

La vuelta de **DON CAMILO**

Giovanni
Guareschi

se



Lectulandia

La obra enfrenta de nuevo a los dos protagonistas de la anterior novela del autor: don Camilo, el clérigo pueblerino, y Pepón, el alcalde comunista, recios e inflexibles los dos. Entretiene, regocija y emociona el espectáculo de esta nueva contienda, en la cual los dos personajes encarnan, por sus tendencias ideológicas, dos posturas irreconciliables ante la vida, pero coinciden allí donde la nobleza de sentimientos junta las manos que momentos antes habían adquirido la ferocidad del puño. La obra es también un fervoroso himno a la bondad del hombre y a la belleza de la vida: un libro que provoca la risa y a la vez emociona.

Giovanni Guareschi

La vuelta de don Camilo

Don Camilo - 2

ePub r1.0

Titivillus 07.04.2020

Título original: *Don Camillo e il suo gregge*

Giovanni Guareschi, 1953

Traducción: Rafael Borràs Betriu

Ilustraciones: Giovanni Guareschi

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

EXPLICASE AQUÍ, EN CUATRO PALABRAS, CÓMO NACIERON DON CAMILO Y PEPÓN Y CÓMO SIGUEN VIVIENDO

Me irrita la cordura de los «funcionarios» que hacen nido en todas partes, incluso en los sitios más impensados, acechando a uno.

Con qué aire de fastidio y de conmiseración me miran cuando me ven llegar al ultimísimo minuto con mis cuartillas llenas de palabras escritas a máquina y de garabatos hechos con tinta china.

«Siempre al último momento, siempre con retraso este desgraciado Guareschi», dicen, aun cuando sus labios queden mudos.

En esos momentos yo estoy saturado de café, de bicarbonato, de nicotina, de cansancio, de sueño. Los trajes se me pegan encima porque hace dos o tres días que no me desvisto. Tengo la barba larga, las manos sucias. Todo me duele: la cabeza, el estómago, el corazón, el hígado, la boca. El pelo, despeinado, me baja hasta la nariz; giran ante mis ojos bandadas de bolitas negras; pero ellos me miran, sacudiendo la cabeza, llena de necia cordura, y me dicen:

«¿Por qué todas las veces te circunscribes al ultimísimo minuto? ¿Por qué no haces tu trabajo poco a poco, cuando tienes tiempo?».

Yo nunca me he arrepentido en la vida de haber hecho mañana lo que podía hacer hoy.

Si hubiera hecho caso a los funcionarios de buen sentido, hoy no tendría siquiera lo poco que tengo.

Recuerdo la antevíspera de la Navidad de 1946. Con motivo de las fiestas era preciso acabar el trabajo antes de lo acostumbrado. Era preciso «anticipar», como dicen los «funcionarios». En ese tiempo, además de mi trabajo en *Candido*, escribía cuentecillos para *Oggi*, otro semanario de la empresa, y así fue como esa antevíspera me encontré en apuros, hasta los ojos, según costumbre: había anochecido y no tenía aún escrita la página que faltaba para completar la última de mi periódico. Apenas había conseguido

escribir, esa tarde, el cuento para el otro semanario, y ya había sido compuesto y compaginado. «¡Hay que cerrar *Candido*!», me dijo el regente.

Entonces hice sacar de *Oggi* el cuento, lo mandé componer de nuevo en tipo más grueso, y lo encajé en *Candido*.

«¡Sea lo que Dios quiera!», exclamé. Después, como para el otro semanario disponía aún de media hora, emborroneé una historieta cualquiera y así tapé el agujero que había quedado abierto.

«¡Sea lo que Dios quiera!», dije.

Y Dios quería precisamente lo que había sucedido. Dios no es un «funcionario».

Quiero decir con esto que si yo, haciendo caso a los «funcionarios», hubiese preparado mi trabajo con tiempo, don Camilo, Pepón y las demás cosas de *Un mundo pequeño* habrían nacido y muerto la antevíspera de la Navidad de 1946.

En efecto, la primera narración de *Un mundo pequeño* («Pecado confesado») era el cuentecillo que había destinado al otro semanario. Y si hubiera aparecido en esas columnas, allí habría concluido, como todos los demás cuentecillos, sin continuación.

En cambio, no bien lo hube publicado en *Candido* fueron tantas las cartas que recibí de mis veinticuatro lectores, que escribí un segundo episodio sobre los casos del grueso cura y del grueso alcalde rojo de la Baja.

Procediendo de este modo, burla burlando, hace dos horas que he dado (al ultimísimo momento y con disgusto de los «funcionarios») la ducentésima entrega de *Un mundo pequeño*.

Y hace tres horas, una carta de París me ha anunciado que la primera colección de cuentos de *Un mundo pequeño* ha alcanzado en Francia la tirada de cerca de ochocientos mil ejemplares.

Jamás me he arrepentido de haber hecho mañana lo que habría podido hacer ayer o un mes antes.

A menudo me entristezco leyendo las cosas que he escrito, pero en el fondo ello no me aflige nunca demasiado, porque puedo decir, con plena conciencia, que siempre me he afanado por no escribirlas. Siempre me he esforzado por diferirlas para mañana.

Así que les he contado, amigos míos, cómo nacieron mi grueso cura y mi grueso alcalde de la Baja.

Doscientas veces los he sacado a bailar obligándolos a hacer las cosas más disparatadas del universo. Tan disparatadas, que a menudo hasta son verdaderas.

Ahora es una lástima: ya que los eché al mundo ¿qué quieren ustedes que haga con ellos? ¿Que los mate?

No porque presumo de creador; no digo haberlos creado yo. Yo les he dado una voz.

Quien los ha creado es la Baja.

Yo los he encontrado, los he agarrado del brazo y los he hecho andar a lo largo del alfabeto.

Y cuando, a fines de 1951, la vez que el gran río rompió los diques e inundó los campos felices de la Baja, me llegaron de lectores extranjeros paquetes de mantas e indumentarias «para la gente de don Camilo y de Pepón», me sentí conmovido como si, en vez de ser un cretino cualquiera, yo fuera un cretino importante.

Lo que tenía que decir sobre la Baja y *Un mundo pequeño* ya lo he dicho en el primer volumen. A la distancia de cinco años vuelvo a encontrarme perfectamente de acuerdo conmigo.

No sé qué suerte tendrá esta segunda ola de historietas, ni me importa cuál sea. Sé que cuando era muchacho, me sentaba a menudo en la orilla del gran río y decía: «¡Quién sabe si cuando sea mayor lograré pasar a la otra orilla!».

Soñaba entonces conquistar una bicicleta.

Ahora tengo cuarenta y cinco años y he conquistado la bicicleta. Y a menudo voy a sentarme como entonces en la orilla del gran río, y mientras mastico un hilo de hierba, pienso: «En esta orilla se está mejor».

Y escucho las historias que me cuenta el gran río, y la gente dice de mí: «Cuanto más viejo se vuelve, más inconsistente». Lo que no es cierto, pues yo siempre he sido inconsistente.

Gracias a Dios.

EL AUTOR.

Roncóle Parmese, mayo de 1953.

LAS LÁMPARAS Y LA LUZ



Don Camilo levantó la vista al Cristo del altar mayor y dijo:

—Jesús, en el mundo hay demasiadas cosas que andan mal.

—No me parece —respondió el Cristo—. En el mundo hay solamente hombres que andan mal. Por lo demás, todo anda perfectamente.

Don Camilo caminó un poco de arriba abajo y luego se paró ante el altar.

—Jesús —dijo—, si yo comienzo a contar: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, y así sigo contando durante un millón de años, ¿llego al fondo?

—No —respondió el Cristo—. Haciendo eso, obras como el hombre que, después de trazar un gran círculo en el suelo, comienza a caminar alrededor de él, diciendo: «Quiero ver cuándo llego al fin». No llegarías jamás.

Don Camilo, que mentalmente se había puesto a caminar sobre ese gran círculo, se sentía presa de la angustia que habitualmente experimenta aquel que por un instante intenta asomarse a la ventanilla que abre sobre el infinito.

—Y, sin embargo —insistió don Camilo—, yo digo que también el número debe de tener un término. Sólo Dios es eterno e infinito, y si el número no tuviera fin, sería eterno e infinito como Dios.

—Don Camilo, ¿qué te pasa con los números?

—Porque, a mi parecer, los hombres andan mal justamente a causa de los números. Han descubierto el número y han hecho de él el supremo regulador del universo.

Cuando don Camilo se ponía en directa era una desgracia. Así anduvo un buen rato, luego bajó la cortina metálica y caminó de un lado a otro por la iglesia desierta. De nuevo se paró delante del Cristo.

—Jesús, ¿este refugiarse de los hombres en la magia del número no es quizás una desesperada tentativa para justificar su existencia de seres pensantes?

Calló un instante, acongojado.

—Jesús, ¿entonces las ideas se han acabado? ¿Los hombres han pensado todo lo pensable?

—Don Camilo, ¿qué entiendes por idea?

—Idea es para mí, pobre cura de campaña, una lámpara que se enciende en la noche profunda de la ignorancia humana e ilumina un nuevo aspecto de la grandeza del Creador.

El Cristo sonrió.

—Con tus lámparas no estás lejos de la verdad, pobre cura de campaña. Cien hombres estaban encerrados en una inmensa habitación oscura y cada uno de ellos tenía una lámpara apagada. Uno encendió la suya y hete aquí que los hombres pudieron mirarse las caras y conocerse. Otro encendió su lámpara y descubrieron un objeto cercano; así, a medida que se encendían otras lámparas, se iluminaban nuevas cosas, siempre más lejanas, hasta que al fin todos tuvieron su lámpara encendida y conocieron cuantas cosas había en la inmensa habitación, y cada cosa era bella y buena y maravillosa. Entiéndeme, don Camilo: las lámparas eran ciento, pero no eran ciento las ideas. Las ideas eran una sola: la luz de las cien lámparas, pues sólo encendiendo todas las lámparas podían verse todas las cosas de la gran habitación y descubrir sus detalles. Y cada llamita no era más que la centésima parte de una sola luz, la centésima parte de una sola idea. La idea de la existencia y de la eterna grandeza del Creador. Como si un hombre hubiera quebrado en cien pedazos una pequeña estatua y hubiera confiado un trozo de ella a cada uno de los cien hombres. No eran cien imágenes de una estatua, sino las cien fracciones de una sola estatua. Y los cien hombres se buscaron, intentaron juntar los cien fragmentos y nacieron miles de estatuas deformes antes que cada trozo lograra unirse perfectamente con los demás. Pero al fin la estatua era construida. Entiéndeme, don Camilo: cada hombre

encendió su lámpara, y la luz de las cien lámparas era la Verdad, la Revelación. Eso debía satisfacerlos. En cambio, cada cual creyó que el mérito de las cosas bellas que él veía no era de su creador, sino de su propia lámpara, que podía hacer surgir de las tinieblas de la nada las cosas bellas. Y éste se detuvo a adorar su lámpara, y aquél anduvo por un lado y aquél anduvo por otro, y la gran luz se empobreció en cien mínimas llamas, cada una de las cuales sólo podía iluminar un detalle de la Verdad. Entiéndeme, don Camilo: es necesario que las cien lámparas se junten otra vez para volver a hallar la luz de la Verdad. Los hombres vagan hoy desesperanzados, cada uno alumbrado por la débil luz de su propia lámpara, y todo se les muestra en torno oscuro y triste y melancólico; y, no pudiendo alumbrar el conjunto, se asen del detalle menudo, arrancado a la sombra por su propia pálida luz. No existen las ideas; existe una sola idea, una sola Verdad, que es el conjunto de miles de partes. Pero ellos ya no pueden verla. Las ideas no se han acabado, porque existe una sola idea y es eterna; pero es preciso que cada cual vuelva atrás para encontrarse con los demás en el centro de la inmensa sala.

Don Camilo abrió los brazos.

—Jesús, atrás no se vuelve... —suspiró—. Estos desgraciados usan el aceite de sus candiles para untar sus fusiles y sus sucias máquinas.

El Cristo sonrió:

—En el reino de los cielos el aceite corre a raudales, don Camilo.

EL CERCO SE QUEBRÓ



Spocchia el intransigente, ese que ya tenía a los muchachos prontos para la segunda oleada, ese que en asuntos de fe tenía el valor de aventajar a Pepón, fuera de servicio era el barbero de Molinillo. Se contaban de él feas historias y decíase que tenía a más de uno sobre la conciencia. Sus clientes eran solamente los proletarios. También era sastre. La vez que un señor de la ciudad, huésped de alguien en el pueblo, había entrado ingenuamente en su barbería, Spocchia había guiñado un ojo a los compañeros que aguardaban el turno, había hecho sentar al desgraciado, y a mitad del afeitado había bajado la navaja y exclamado mientras la pandilla se desternillaba de risa:

—Lo que queda, vaya a que se lo afeite el cura.

Spocchia odiaba de muerte a don Camilo porque estaba seguro de que si Pepón no hacía o dejaba a medio hacer muchas cosas, la causa debía de ser el cura.

Y hacía tiempo que seguía diciendo entre suspiros que de buena gana le habría hecho la barba a don Camilo. Y mil veces, cuando afeitaba a alguno de los suyos, suspiraba al rasparle el gaznate con la navaja.

—¡Si fueras don Camilo, no daría dos liras por tu pellejo!

Así fue como, dale que dale, la tarde de un sábado, cuando el negocio estaba lleno de gente, se abrió la puerta y apareció don Camilo. Estaban Pepón, el Brusco, el Pardo, el Flaco, el Largo, Bólido y otras ocho o diez personas que no eran de la pandilla.

Don Camilo tenía una barbaza dos dedos de larga: se quitó el sombrero, lo colgó de un clavo y se sentó en la única silla desocupada.

—Buenas tardes —dijo tranquilo—. Me han contado que tienes muchas ganas de hacerme la barba. Aquí estoy.

Todos lo miraron asombrados y Spocchia no contestó: apretó los dientes y siguió afeitando a Pielroja.

Don Camilo encendió su medio toscano y empezó a mirar en torno. Además de un retrato de Lenin, había uno de Stalin, uno de Garibaldi, uno de Mazzini y uno de Carlos Marx.

—¡Buen trabajo tienes entre barbas y bigotes! —exclamó don Camilo—. Buena clientela, gente internacional que paga bien.

Solamente en ese momento fingió notar la existencia de Pepón.

—¡Oh! Disculpe, no lo había visto. Buenas tardes, señor alcalde.

—Buenas...

Pepón se sumergió en la lectura de un diario, pero don Camilo, cuando se ponía en marcha, era peor que Bólido.

—¡Eh! —suspiró—. ¡Han pasado años! ¿Te acuerdas, Spocchia, de cuando ibas a la iglesia a servir de monaguillo?

—Pecados juveniles —dijo riendo sarcásticamente Spocchia—. Ahora, si no estoy equivocado, hace algún tiempo que usted no me ve en la iglesia; cosa de diez o doce años.

—En verdad me parecía haberte visto hace pocas noches.

—¡Se equivoca, don Camilo!

—Tal vez: estaba todo oscuro y puedo haberme equivocado. De todos modos, el deseo de volver a ver a tu viejo párroco lo tienes, porque la gente sigue contándome que tú dices a todos que no sé qué pagarías por hacerme la barba. No lo niegues.

Spocchia se pasó la navaja sobre la palma de la mano.

—Es verdad —refunfuñó sombríamente.

—Y me han contado que algunas veces también has dicho que no sé qué pagarías por hacerme un traje.

—Un traje de abeto con forro de cinc —refunfuñó Spocchia—. Ése se lo haría de buena gana.

—Te comprendo, hijo mío —contestó sonriendo don Camilo—. Pero cuando uno quiere hacer trajes de abeto a la gente, debe ser muy exacto en tomar la medida.

El servicio a Pielroja había concluido. Spocchia cerró la navaja y se volvió hacia don Camilo.

—Reverendo —dijo sombrío—, ¿qué ha venido a buscar aquí?

Don Camilo se levantó y fue a sentarse en el sillón que había quedado desocupado.

—He venido para que me hagas la barba.

Spocchia palideció lo poco que aún podía palidecer. Después rodeó el cuello de don Camilo con la toalla y empezó a jabonarle la cara. La jabonó largo tiempo, después afiló largo tiempo la navaja. Después empezó a afeitarse a don Camilo.

Hubo un silencio, se oyó cantar la navaja y todos respiraban despacio.

La navaja pasó y volvió a pasar sobre las mejillas, bajo la nariz, sobre el mentón. Era una barba de alambre, y la navaja, en el silencio, cantaba como una cortadora de césped.

La hoja pasa y vuelve a pasar bajo la barbilla de don Camilo, y viaja arriba y abajo por la garganta. Ahora se demora en desenredar una pequeña mata de pelos sobre al bocado de Adán.

Contrapelo. Alumbra. Rociada desinfectante. Polvo.

El Flaco, que durante todo ese tiempo había quedado inmóvil a caballo de una silla, apretando el respaldo con los dientes, alzó la cabeza, aflojó los nervios y se secó el sudor de la frente.

Pepón escupió con elegancia el título y el artículo de fondo de *Unidad*, que, sin darse cuenta, había estado masticando durante este tiempo.

—Bien, Spocchia —exclamó don Camilo levantándose—. Eres un artista. Nunca encontré una mano tan liviana. En cuanto la tercera prueba del traje de abeto, tú dirás.

Pagó, tomó el sombrero, que le alargó el Flaco, saludó a los presentes, y antes de salir señaló el retrato del *tovarisch* bigotudo.

—Recórtale un poco los bigotes —aconsejó—, no le vendrá mal.

Cuando regresó a su casa, don Camilo refirió al Cristo lo sucedido, y cuando concluyó, el Cristo no pareció muy convencido.

—Don Camilo, ¿era verdaderamente necesario que provocaras a ese hombre con tu bravata?

—Creo que sí —respondió don Camilo.

Después de haber salido don Camilo de la barbería, Spocchia siguió afeitando y afeitando, y por fin, cuando quedó solo con Pepón, cerró la puerta y se quitó el guardapolvo.

—Como ves, ya se produjo —dijo encendiendo un cigarrillo.

—No comprendo —murmuró Pepón.

—Pepón, no tengo ganas de bromear. El asunto es claro: ése ha venido aquí para provocar. Tal vez, mientras él estaba aquí, afuera estuvieran los carabineros. Tal vez estén todavía.

Pepón se echó el sombrero atrás.

—Spocchia —exclamó—, explícate. No entiendo nada.

Spocchia apagó el cigarrillo, hizo con él una pelotita y lo arrojó a un rincón.

—No hay duda que sospechaban de mí y me seguían, o tal vez estaban sólo de paso, o estaban allí por motivos de seguridad: el Padre Eterno lo sabrá. Lo cierto es que esa noche me dispararon una ráfaga de ametrallador; yo tuve que escapar dejando la bicicleta en una zanja y al otro día la bicicleta ya no estaba.

Pepón no parpadeó.

—¿Fuiste tú el que disparó contra don Camilo? —preguntó en voz baja^[1].

—Sí.

—Hiciste una estupidez, Spocchia.

—La estupidez fue no dar en el blanco. Pero el verdadero error fue el primero. Cuando disparé contra Pizzi, sólo me vio el muchacho. La mujer no podía verme, estaba demasiado delante. El muchacho, en cambio, me vio perfectamente. Nuestros ojos se encontraron. Bastaba otra bala para él y todo estaría acabado. Fui un imbécil. Debe de habérselo contado a su madre, pero su madre seguramente no ha hablado: le hice llegar un anónimo muy claro. El muchacho ha hablado con el cura; más de una vez lo he seguido. Por eso el cura ha hablado en su diario maldito, soplando sobre la historia del suicidio y resucitando el lío.

Pepón estaba pálido de furor. Asió a Spocchia por las solapas y lo sacudió.

—¿Por qué tiraste, pedazo de cretino? ¿Quién te lo había ordenado?

—Me había apostado detrás de la ventana que da al campo: cuando vi que Pizzi te apuntaba con el revólver, te defendí.

—¡Yo no necesito ser defendido por nadie, y menos por ti! ¡Había mandado que sacaran las armas solamente cuando yo lo dijera!

—Las cosas están hechas. Así he saldado también una cuenta vieja que tenía con ese cretino. Ahora debo librarme del lío. Si don Camilo ha venido esta tarde aquí y ha hecho ese discurso delante de la gente, es porque se siente seguras las espaldas: era una maniobra combinada con los carabineros, lo juraría. Provocar, para hacer un caso personal, fuera del Partido. Pero el Partido, en cambio, aquí debe intervenir y ayudarme.

Pepón lo miró sombríamente.

—¿El Partido? ¿Y qué tiene que ver el Partido con las barbaridades que haces tú?

—Pepón: eras tú el que mandabas la escuadra, el camión era tuyo, tú entraste en la cocina y te vieron bien la mujer y el hijo de Pizzi. Y tú eres el

alcalde y el jefe de la sección: la responsabilidad es tuya y tú representas al Partido.

Spocchia estaba agitadoísimo. Pepón lo calmó.

—Un momento —dijo—. No hagamos novelas. Puede ser que don Camilo haya venido simplemente para hacer una bravata. Tal vez sospeche, pero no tiene pruebas y trata de hacerte perder la calma. Si tuvieran alguna prueba ya te habrían atrapado. Después de todo, sólo te ha visto el muchacho y tanto vale su sí como tu no.

Spocchia sudaba.

—¡Nadie ha visto —exclamó—, nadie, fuera de ese maldito muchacho!

—Un solo testigo no vale un higo seco: tú debes decir simplemente que mientras yo entraba solo, como es cierto, para hablar con Pizzi, quedaste junto con los demás en el camino. Éramos veinticinco: ¿por qué precisamente habrían de meterte a ti en el lío?

—Me ha visto el muchacho.

—Uno solo no vale.

—¿Y mi bicicleta?

—Las bicicletas no hablan. Tranquilízate. Mañana volveremos sobre el asunto.

A medianoche la luna alumbraba la nieve y parecía de día. Un hombre caminaba buscando la sombra escasa de los cercos. Llegado que hubo a la era de la casa de Pizzi, se acercó cautelosamente a la puerta y procuró abrirla. Luego intentó abrir las ventanas del primer piso, luego agarró una escalera bajo el pórtico y la apoyó al muro para subir.

Hizo ruido porque resbaló en la nieve helada: se abrió una ventana y alguien gritó: «¿Quién es?».

Entonces el hombre dejó la escalera, empuñó el ametrallador y empezó a disparar enloquecido contra las ventanas, gritando: «¡Malditos! ¡Voy a matarlos a todos!».

De una ventana del primer piso asomaron los cañones de un fusil de caza y partió un doble disparo que, a cinco pasos, alcanzó de lleno al hombre y lo tendió sobre la nieve.

Después llegó gente, llegó Pepón, y el muchacho de Pizzi aún tenía el fusil en la mano, porque el que había tirado era él. Y al jefe de los carabineros, cuando llegó, le dijo:

—Es Spocchia, el que mató a mi padre. Yo lo vi cuando le disparó el tiro.

Apenas estuvo muerto resultó que también lo había visto la mujer de Pizzi, la cual mostró la carta anónima, y también lo había visto un sirviente

que regresaba del campo y se había detenido a mirar. Y otros también.

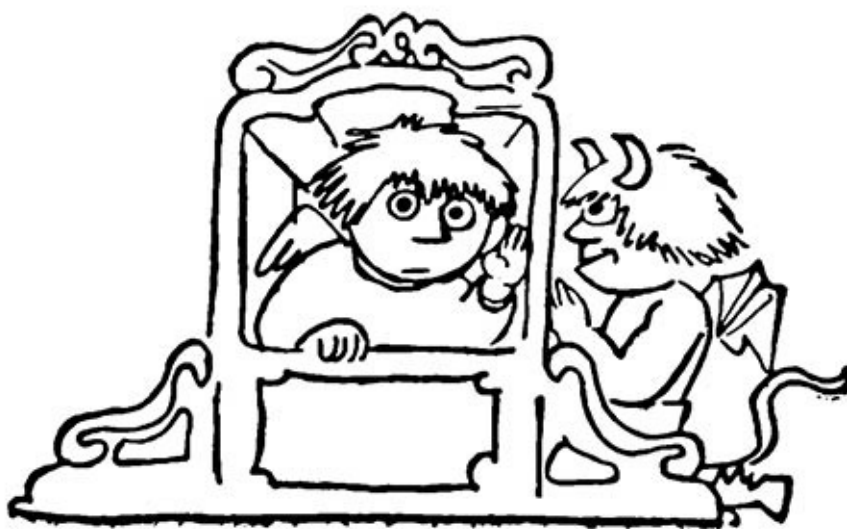
Mientras tanto, el que había encontrado en la zanja la bicicleta de Spocchia se restregaba las manos contento porque ahora la bicicleta era seguramente suya.

Pepón escribió veinte «explicaciones» para fijarlas en la cartelera, pero las rompió todas, les escupió encima y luego gritó: «¡Quien muere ha pagado y la cuenta queda saldada!».

Don Camilo comentó el hecho en pocas palabras: «Es la guerra la que ha arruinado a la juventud. No debe hablarse de culpables, sino de víctimas».

Del suceso nadie habló más y todos se sonreían como si hubiesen salido de una pesadilla, porque el cerco del miedo había sido quebrado.

LA PENITENCIA



Don Camilo contó esta fabulita:

—Un lobo feroz, que recorría hambriento los campos, llegó a un prado cercado por una valla altísima de red metálica. Y, dentro del recinto, pacían tranquilas las ovejitas.

El lobo recorrió todo el cercado para descubrir alguna malla que por casualidad se hubiera aflojado en la red, pero no encontró ningún agujero. Cavó con las patas para intentar hacer un hoyo en la tierra y pasar bajo la red, pero todo esfuerzo fue vano. Probó saltar la red, pero no conseguía llegar siquiera a mitad de ella. Entonces se presentó en la puerta del recinto y gritó: «¡Paz! ¡Paz! ¡Todos somos criaturas de Dios y debemos vivir según las leyes de Dios!». Las ovejitas se acercaron, y entonces el lobo dijo con voz inspirada: «¡Viva la legalidad! ¡Acabe de una vez el reinado de la violencia! ¡Hagamos una tregua!».

«¡Bien!», contestaron las ovejitas. «¡Hagamos una tregua!». Y volvieron tranquilamente a roer el pastito.

El lobo se acostó delante de la puerta del recinto, muy buenecito, y allí se quedó entreteniéndose en cantar alegremente. De vez en cuando se alzaba e iba a roer el pasto que estaba al pie de la red metálica.

«¡Uf, mira qué cosa!», dijeron asombradas las ovejas. «¡También él come el pasto como nosotras! Nunca nos habían dicho que los lobos comen pasto».

«¡Yo no soy un lobo! —contestó el lobo—. Yo soy una oveja como ustedes. Una oveja de otra raza».

Luego explicó que las ovejas de todas las razas debieran unirse, hacer causa común.

«¿Por qué? —dijo al fin—. ¿Por qué no fundamos un Frente Ovino Democrático? Yo acepto con gusto, y aunque la idea es mía, no pretendo ningún puesto de mando. Es hora de unirse para hacer causa común contra el común enemigo que nos esquila, nos roba la leche y después nos manda al matadero». «¡Qué bien habla! —observaron algunas ovejas—. ¡Hay que hacer causa común!».

Y se adhirieron al Frente Ovino Democrático, y un buen día abrieron la puerta al lobo, que entró en el cercado, y hecho jefe del pequeño rebaño, empezó, en nombre de la Idea, la depuración de todas las ovejas antidemocráticas, y las primeras que cayeron bajo sus colmillos fueron, naturalmente, las que le habían abierto la puerta. Al fin la obra de depuración concluyó, y cuando no quedó ni una oveja, el lobo exclamó triunfalmente: «¡Mirad por fin a todo el pueblo unido y concorde! ¡Vamos a democratizar otro rebaño!».

Don Camilo contó esta fabulita justamente el día en que Pepón constituyó en el pueblo el Frente Popular Democrático, y Pepón juzgó la fabulita «difamatoria y provocativa», y empezó una intensa obra de propaganda contra el clero, «puesto al servicio de la causa de los explotadores nacionales y

extranjeros». Naturalmente, don Camilo replicó y la atmósfera empezó a hacerse pesada.

La tormenta estalló cuando empezó en los diarios la polémica sobre el asunto famoso de la absolución, que debía ser negada a quien votara por los comunistas^[2].

Pepón entonces picó en segunda e hizo un discurso durante el cual dio tantos puñetazos sobre la mesa que, al final, se le había hinchado la mano.

Después organizó una manifestación que se detuvo bajo las ventanas de la casa parroquial, y fueron tantos los gritos, que don Camilo hubo de asomarse.

—¡En nombre del pueblo —aulló Pepón—, yo os advierto que si vosotros ponéis en práctica las disposiciones ilegales de la coerción electoral mediante la ausente absolución en caso de comunismo recidivo, nosotros declaramos la huelga religiosa y nadie entra en la iglesia hasta nueva orden!

Don Camilo se limitó a abrir los brazos.

—¡Contestad! —gritó Pepón—. ¿Qué decidís hacer?

—Cuando te hayan hecho obispo te contestaré —respondió tranquilamente don Camilo.

—¡El pueblo manda más que el obispo y que el Papa! —aulló Pepón—. ¡Y el pueblo pide que respondáis a su pregunta! ¿Cómo os comportaréis?

—Me comportaré como debe comportarse un sacerdote.

—¡No basta! —gritó Pepón.

Don Camilo cerró la ventana y Pepón alzó el puño.

—¡Veremos!

Hubo una reunión importante en la Casa del Pueblo y las discusiones fueron muchas. Al fin Pepón dijo:

—Aquí no hay que perderse en charlas. Hacen falta hechos, y en seguida. ¡Inmediatamente hacemos la prueba!

—¿Y quién la hace?

—Yo. ¡Por el bien del pueblo y por el triunfo de la causa estoy dispuesto también a hacerme dar la Extremaunción!

Así fue como, poco después, fueron a advertir a don Camilo que alguien tenía necesidad de confesarse con urgencia, y cuando don Camilo entró en la iglesia encontró a Pepón arrodillado en el confesonario.

Pepón confesó sus pecados y cuando hubo concluido, don Camilo le preguntó:

—¿Alguna otra cosa olvidaste decirme?

—Sí —respondió Pepón—. Esto: que yo soy comunista y votaré por el Partido comunista y trataré de convencer cuanta más gente pueda para que

voten por el Partido comunista, el único capaz de dar al pueblo el bienestar, la justicia social y la paz.

Esperaba fuera de la iglesia todo el estado mayor y una representación adecuada del pueblo trabajador con el corro anexo de curiosos.

—Si le niega la absolución —afirmó el Brusco—, declaramos la huelga de protesta en seguida. Que no nos vengan con historias: la religión es una cosa y la política es otra. Uno puede ser un hombre de bien, sea el que sea el Partido al que está afiliado. El solo hecho de que va a confesarse significa que no tiene la menor intención de combatir la religión.

Un murmullo surgió de la muchedumbre.

Mientras tanto Pepón aguardaba arrodillado, con la cara junta a la rejilla de cobre, procurando ver por los agujeros el rostro de don Camilo.

—¿Puedo recibir la absolución? —pidió Pepón.

—Ciertamente —respondió don Camilo—, con tal que hagas la penitencia debida por tus pecados. Dirás por penitencia cuatro avemarías, tres glorias y quince mil padrenuestros.

Pepón quedó un instante sin habla.

—¿Quince mil padrenuestros? —exclamó—. Pero ¡es una locura!

—No es una locura, hermano: yo me regulo según mi conciencia de sacerdote. He escuchado tus pecados y no te niego la absolución con tal que hagas la penitencia que te señalo. Cuando tú hayas rezado cuatro avemarías, tres glorias y quince mil padrenuestros, uno tras otro, tendrás derecho a estimarte absuelto. Dios sea alabado.

Don Camilo salió del confesonario y se dirigió a la sacristía. Poco después lo alcanzó en la rectoral Pepón.

—¡Usted quiere burlarse de mí! —exclamó—. ¡Quince mil padrenuestros!

—Yo no te obligo a decirlos: si quieres ser absuelto, los dices; si no quieres ser absuelto, no los dices. No limito tu libertad: eres dueño de decirlos o no. Yo me acomodo a las leyes de Dios y de los hombres: no te he señalado una penitencia que no puedas soportar. Cómodamente pueden decirse cinco *páter* por minuto, trescientos por hora, seis mil doscientos en veinticuatro horas. Calculando algún minuto de descanso, tú ves que en dos días y medio puedes decirlos. Hay quien, por penitencia, permanece en ayuno durante semanas: tú puedes cumplir la tuya en dos días y medio. No te pido cosas imposibles. Naturalmente, no te faltará mi asistencia espiritual y yo de cuando en cuando te haré compañía en la iglesia, para impedir que te duermas.

Pepón rió amargamente.

—¡Y todo esto por haber dicho que votaré por los comunistas!

—¡De ningún modo! Esto porque a través de la complejidad de tus pecados, he llegado a la convicción de que para volver a encontrar la orientación que has perdido, te es preciso estar apartado dos o tres días de las tentaciones de la vida y en compañía de Cristo.

—Mejor solo que mal acompañado —gritó Pepón.

—Después de esta blasfemia, para ser absuelto deberás recitar treinta mil padrenuestros —dijo don Camilo.

EL INOCENTE



Se acercaban las elecciones y el aire se calentaba cada día más. Ahora bien, una tarde se presentó a don Camilo un pobre viejo chocho e infeliz. Era uno de esos mendigos que andan vagando con un pajarito dentro de una jaula, y que, cuando alguien los socorre, le dan un «planeta de la suerte» que el pajarito pesca con el pico en la cajita colgada fuera de la jaula. Don Camilo metió la mano en el bolsillo para sacar el portamonedas, pero el viejo meneó la cabeza y le ofreció un paquetito.

Todos eran billetes de una lira, de dos, de cinco y de diez.

—Son mil liras; puede contarlas, reverendo —dijo el viejo—. ¿Bastan para decir una misa?

—Sobran —contestó don Camilo.

—Bueno, mañana vendré a oír la misa. Ha de ser una misa como se debe, con el túbulo y las velas, y con colgaduras fuera de la puerta y un letrero que diga: «A la memoria de S. M. Víctor Manuel III». Y sobre el túbulo una bandera.

Don Camilo miró perplejo al viejo mendigo.

—¿Por qué? ¿No se puede? —preguntó el viejo.

—No, no se puede.

—Bueno —asintió el viejo mendigo—. ¿A qué hora debo venir?

—A las diez y media.

—Bueno, reverendo. Le recomiendo que no equivoque el nombre en el anuncio de la puerta.

—Sí, sí, lo conozco muy bien. No es un nombre que me suene nuevo.

El viejo mendigo se marchó y don Camilo fue a confiarse al Cristo.

—Si mañana alguien nota el anuncio, aquí estalla la revolución francesa.

—¿Entonces, don Camilo, estás arrepentido de haber consentido?

—¡De ningún modo! Sólo quería decíroslo para rogaros echar una mirada a la puerta mientras le vuelvo las espaldas durante la misa. Si acaso mañana pudierais organizar una pequeña ventisca, os lo agradecería.

—¿Y si mañana hubiera sol?

—El sol es el don más hermoso que Dios puede hacer a los hombres —susurró don Camilo inclinándose.

Al atardecer, don Camilo escribió la leyenda con albayalde sobre el fondo negro del acostumbrado tablero, y a las nueve, después que el campanero hubo decorado la puerta, él mismo fue a colgar la tablita en el centro del dintel. A las nueve y veinte el pueblo estaba ya alborotado, y poco después llegaban los carabineros, que se alinearon delante de la iglesia.

Luego, es sabido, llegó Pepón a la cabeza de una larga columna de manifestantes.

—¡Como alcalde protesto indignado contra la provocación! —gritó Pepón—. Y pido que la función sea suspendida por motivos de seguridad pública.

—Misas de sufragio como ésta han sido celebradas en todas las ciudades de Italia y nadie ha impedido que fueran celebradas —respondió el jefe de los carabineros—. En verdad, no veo por qué aquí no debiera estar permitida.

—¡Yo no respondo de las que puedan ser justificadas reacciones populares! —rebatía Pepón—. ¡Éste es un insulto a la democracia!

Don Camilo apareció en la puerta.

—¡Su campaña de provocación prosigue a velas desplegadas, reverendo! —gritó Pepón—. ¡Veo que ahora confiesa descaradamente estar al servicio de la reacción! ¡Está escrito en el letrero!

—Yo estoy al servicio de Dios —respondió don Camilo—. Para mí todas las almas de los cristianos son iguales y no opondría ninguna dificultad a celebrar una misa de sufragio también por tu alma.

—¡Usted morirá antes que yo!

—Esto debe decidirlo el Padre Eterno. Como quiera que sea, te ruego digas a tus gregarios que se hagan a un lado para que pueda pasar el que quiera entrar en la iglesia.

Pepón rió burlonamente.

—¡Tengo ganas de ver quién tendrá el coraje de venir a la iglesia esta mañana! Abran paso: pónganse en dos filas y en silencio. Brusco, anótame en la libreta los nombres de los que entren.

Todos se alinearon en dos filas y esperaron.

No apareció nadie: a las diez y veinticinco llegó el viejo mendigo con su jaula en bandolera, y pasó tranquilo en medio de las dos barreras humanas.

—¡Cuidado! —le gritó el Flaco—. ¡Esas cosas no son para ti!

El viejo se detuvo.

—¿Me hablan a mí?

—Sí, apártate: aquí soplan malos vientos. Ésta es una misa monárquica de reaccionarios.

—Lo sé —respondió tranquilo el viejo, siguiendo su camino—. ¡Yo la he mandado decir!

Cuando Pepón se recobró del golpe era demasiado tarde: el viejo ya estaba en la iglesia.

—¡Habla cuando salga! —gritó una mujer.

El viejo mendigo estaba solo en la iglesia desierta. Se paró ante el túmulo, que estaba cubierto por la bandera tricolor. Algo, evidentemente, no le satisfacía, porque el viejo meneó la cabeza y dejada la jaula sobre un banco, hizo seña con un dedo al pajarito, y éste, sacando la cabeza por los hierros, pescó con el pico una hojita roja.

El viejo desdobló la hojita que estaba plegada en cuatro y la dividió en cuatro pequeños rectángulos, siguiendo las líneas del pliegue.

Después puso los cuatro rectangulitos de papel rojo en medio del blanco de la bandera, dos arriba y dos abajo, distantes tres dedos el uno del otro. Luego volvió a su lugar y se quedó quieto.

Cuando la misa hubo acabado, don Camilo se acercó al viejo, que marchaba hacia la puerta, y le ofreció el paquetito de las mil liras, pero el viejo meneó la cabeza.

—No, no, reverendo. Si no, la cosa pierde todo su valor, todo su significado.

Cuando el viejo mendigo apareció en la puerta, corrió un murmullo entre la gente que aguardaba. El viejo se adelantó cojeando, entre las dos barreras humanas. Antes de que los carabineros tuvieran tiempo para intervenir, un grupo de mujeres se había arrojado voceando sobre el mendigo.

Éste fue sacado en seguida de entre las uñas de las mujeres aullantes. Se le abrió paso: él miró la jaulita deshecha y las hojitas de los planetas desparramadas en el suelo. Vio al pajarito muerto. Meneó un rato la cabeza, luego se volvió y echó de nuevo a andar.

La gente se retiró en silencio y el pajarito muerto quedó solo en medio del atrio. Don Camilo lo recogió, lo envolvió en las hojitas de los planetas y fue a sepultarlo en la huerta, al pie del nogal. En el hoyo puso también el paquete de las mil liras.

Un golpe de viento abrió de par en par la ventana de una capillita y se llevó los cuatro rectángulos de papel rojo que había sobre el túmulo en medio del blanco de la bandera.

EL COMISARIO



El comisario de la Federación (uno de esos tipos sombríos y de pocas palabras que parecen hechos a propósito para andar por ahí con un pañuelo rojo en torno al pescuezo y un ametrallador en las manos) había empezado apenas a *activizar* a Pepón y a los socios reunidos en la Casa del Pueblo, cuando apareció el Flaco, muy agitado.

—¡Han llegado los víveres americanos! —exclamó—. Han pegado manifiestos diciendo que puede irse a buscar el paquete en la casa parroquial. Fideos blancos, leche envasada, mermelada, azúcar y manteca. El manifiesto ha causado mucha impresión.

El comisario preguntó qué decía exactamente el manifiesto, y el Flaco refirió:

—*El paterno corazón del Padre Santo, etcétera, etcétera, la cual todos los necesitados pueden dirigirse al arcipreste don Camilo, etcétera, etcétera.*

—¿Todos los necesitados?

—Todos indistintamente.

Pepón apretó los puños.

—¡Sabía que este maldito me estaba preparando un golpe! ¡Especulan sobre la miseria estos bellacos! ¡Hay que tomar medidas!

—¡Tómalas, compañero! —ordenó el inspector—. Llama a todos los jefes de célula.

Éstos llegaron jadeando y Pepón los enteró de la maniobra reaccionaria.

—¡Dentro de media hora sepan todos los compañeros que si cualquiera de ellos acepta, aunque sea un alfiler, lo estrangulo! Tú, Flaco, ponte de guardia frente a la casa parroquial, no te muevas un segundo y ten los ojos bien abiertos. Y anota en tu libreta todos los que van a retirar el paquete.

—Bien, compañero —aprobó el inspector—. En estos casos conviene obrar con la máxima decisión.

Durante todo el día la gente formó fila delante de la rectoral, y don Camilo reventaba de alegría porque los víveres eran buenos y abundantes y la gente estaba contenta.

—Después ustedes me dirán si las cosas que les darán los rojos serán mejores que éstas —decía don Camilo.

—Los rojos sólo darán grandes paquetes de bolas —contestaban todos.

Entre los rojos también había pobres, pero ninguno se presentó, y éste era el único fastidio de don Camilo, el cual se había preparado una fórmula especial también para ellos: «No te correspondería, porque ya recibes un montón de cosas de Stalin; sin embargo, que te aproveche, compañero; aquí tienes tu paquete». Pero de éstos ninguno se presentó, y cuando fueron a avisarle que el Flaco, escondido detrás de una planta, anotaba los nombres de los que iban a retirar el paquete, don Camilo comprendió que debería guardarse su famosa frase dentro del cuerpo.

A las seis de la tarde todos los pobres «normales» habían recibido lo suyo: todavía quedaba el montoncito destinado a los pobres «especiales». Entonces don Camilo fue a desahogarse con el Cristo del altar mayor.

—Jesús —dijo—, ¿veis esto?

—Veo, don Camilo. Y todo esto es muy conmovedor, porque es gente pobre que necesita tanto como los demás, pero obedece más a sus jefes que a su hambre. Y así le quita a don Camilo la satisfacción de humillarla con su sarcasmo.

Don Camilo bajó la cabeza.

—Caridad cristiana no significa dar lo superfluo al menesteroso, sino dividir lo necesario con el menesteroso. San Martín dividió su capa con el pobrecillo que temblaba de frío: ésa es la caridad cristiana. Ni tampoco, cuando partes tu único pan con el hambriento, debes arrojárselo como se arroja un hueso a un perro. Hay que dar con humildad: agradecer al hambriento que te haya concedido dividir con él su hambre. Hoy tú has hecho solamente beneficencia y ni siquiera has distribuido entre los menesterosos lo superfluo tuyo, sino lo superfluo de los demás: así que no ha habido ningún mérito en tu acción. Con todo eso no te sentías humildísimo, como hubieras debido serlo, pues tu corazón estaba lleno de veneno.

Don Camilo meneó la cabeza.

—Jesús —susurró—, haced que esos desgraciados vengan. Yo no les diré nada. Tampoco les habría dicho nada si hubieran venido antes. Bien sé que

vos me habríais iluminado.

Don Camilo fue a esperar en la rectoral, pero pasó una hora y a nadie se vio. Entonces cerró la puerta y la ventana.

Transcurrió otra hora y ya habían pasado las ocho cuando alguien llamó a la puerta y don Camilo corrió a abrir. Ante él estaba Tormento, uno de los más fieles secuaces de Pepón, y Tormento estaba sombrío y ceñudo como siempre. Quedó parado y silencioso en el umbral de la salita.

—Esto no cambiará un solo milímetro lo que pienso de usted y de sus amigos, ni tampoco mis decisiones electorales —refunfuñó de pronto—. Se lo digo para que no se ilusione.

Don Camilo aprobó con una ligera inclinación de cabeza. Luego sacó del armario uno de los paquetes que habían quedado y se lo alargó a Tormento.

El hombre tomó el paquete y lo escondió bajo la capa. Después se quedó esperando.

—Hable, reverendo —exclamó con ironía—. Tiene derecho a burlarse del compañero Tormento, que viene a escondidas a recibir el paquete de las cosas americanas.

—Sal del lado de la huerta —contestó don Camilo.

Pepón y el comisario federal estaban cenando cuando llegó el Flaco.

—Ya son las ocho y cuarto y el cura se ha acostado.

—¿Todo en regla? —se informó Pepón.

El Flaco titubeó un poco.

—En general, sí.

—¡Habla claro! —le ordenó el comisario federal con voz dura—. Refiere con precisión y trata de no olvidar nada.

—Durante el día, a la parroquia sólo ha ido gente cualquiera. Tomé los nombres. Después, hace un cuarto de hora he visto entrar a uno que a oscuras no he podido identificar bien.

Pepón apretó los puños.

—¡Escupe, Flaco! ¿Quién era?

—Me parecía uno de los nuestros...

—¿Quién?

—Tengo la idea de que se parecía a Tormento. Pero te lo digo sinceramente: no podría jurarlo.

Acabaron de comer en silencio; luego el comisario se alzó.

—Vamos a ver —dijo—. Estas cosas no deben dejarse en el aire.

El hijo de Tormento era aquel niño famoso, flaco y pálido, de ojos grandes, que don Camilo había perseguido una vez. Un niño que hablaba

poco y miraba mucho. Ahora, sentado a la mesa de la cocina, estaba contemplando con ojos asombrados a su padre, quien, sombrío y ceñudo, abría con un cuchillo el tarro de mermelada.

—Después —dijo la madre—. Antes los tallarines, después la leche condensada con la polenta y después la mermelada.

La mujer llevó a la mesa la sopera y empezó a revolver la pasta humeante. Tormento fue a sentarse junto a la pared, entre el aparador y el hogar, y se estuvo contemplando como un espectáculo al muchacho, que, con sus grandes ojos, ahora seguía las manos de la madre, ahora miraba el tarro de mermelada, ahora el tarro de leche condensada, como perdido en medio de tanta alegría.

—¿No vienes? —preguntó la mujer a Tormento.

—No, yo no como —barbotó él.

La mujer se sentó frente al niño y se aprestaba a llenarle de fideos el plato, cuando se abrió de golpe la puerta y entraron Pepón y el comisario federal.

El comisario miró los fideos y cogiendo los tarros leyó los rótulos.

—¿Dónde has tomado estas cosas? —le preguntó con voz áspera a Tormento, que se había levantado y lo miraba pálido.

El comisario federal esperó unos instantes una respuesta que no llegó; después, con suma calma, levantó las cuatro puntas del mantel, las juntó, levantó el bulto y, abierta la ventana, arrojó todo a la zanja.

El niño temblaba, y con las dos manos levantadas delante de la boca, miraba aterrorizado al comisario federal. La mujer se había pegado a la pared, y Tormento, en medio de la pieza, con los brazos colgantes, parecía petrificado.

El comisario se dirigió a la puerta; llegado al umbral, se volvió.

—El comunismo es disciplina, compañero. Quien no lo comprenda, que se vaya.

La voz del comisario sacudió a Pepón, que, arrimado a la pared, se había quedado mirando con la boca abierta, pareciéndole un sueño.

Caminaron en silencio uno al lado del otro en medio del campo oscuro. Pepón estaba deseando llegar al pueblo.

Delante del Hotel del Correo, el comisario le tendió la mano.

—Parto mañana a las cinco —dijo—. Buenas noches, compañero.

—Buenas noches, compañero.

Pepón se encaminó derecho hasta la casa del Flaco.

«Voy a hartarlo de patadas», pensaba. Pero cuando estuvo delante de la puerta del Flaco, titubeó un momento y se volvió por donde había venido.

En su casa encontró a su hijo todavía despierto; el niño le sonrió y le tendió los brazos, pero Pepón no se paró.

—¡Duerme! —dijo solamente.

Y lo dijo con voz dura, mala y amenazadora para que nadie pudiera sospechar —ni siquiera él mismo— que pensaba con angustia en los ojos desenchajados del hijo de Tormento.

LA GRAN JORNADA



El federal, cuando llegó al pueblo para los últimos mítines electorales, quedó con la boca abierta, maravillado. Dijo que secciones de órdago como la de Pepón no había otra en toda la provincia.

Cuando subió a la tribuna, de la concurrencia que atestaba la plaza se levantó tal tempestad de gritos y aplausos, que temblaron los vidrios de las ventanas.

Pepón presentó al orador, y el orador, cesados los aplausos, se acercó al micrófono y dijo:

—Ciudadanos...

Tuvo que interrumpirse porque de la muchedumbre se levantó un murmullo y todos miraban hacia arriba. Se oyó acercarse el zumbido y poco después apareció un pequeño aeroplano rojo que, llegado sobre la plaza, soltó media tonelada de pequeños manifiestos rojos.

Aquí se produjo una batahola, pues todos pensaban solamente en coger al vuelo los manifiestos. También tomó uno Pepón y apretó las mandíbulas.

El orador explicó que verdaderamente los enemigos del pueblo tenían poca fantasía si no sabían cosa mejor que aferrarse a las acostumbradas viejas leyendas, y rebatió con firmeza. Renació la calma en la plaza, pero, en ese momento, el maldito aeroplano rojo reapareció y soltó pequeños manifiestos verdes.

—¡Quietos todos! —gritó Pepón—. ¡Los demócratas honrados no deben recoger las provocaciones de los adversarios vendidos al extranjero!

La plaza recibió con calma la llegada de los manifiestos verdes, que describían el régimen de vida del obrero ruso, y el orador logró hablar durante cinco minutos largos. Pero después el aeroplano volvió a mostrarse y todas las narices se levantaron hacia arriba.

No soltó nada.

—¡Arde! —gritó la gente viendo un penacho de humo negro salir de la cola del aparato, y hubo en la muchedumbre una temerosa ondulación. Pero se trataba de otra cosa, porque el aparato daba extrañas vueltas en el cielo, el humo negro quedó suspendido en el aire y, poco después, la gente notó que el aeroplano había escrito con letras enormes: «Viva la D. C.».

Un aullido de furor se levantó de la escuadra de los activistas, y sólo cuando lo escrito se desvaneció retornó la calma en la plaza y el orador pudo reanudar su discurso.

Cinco minutos después volvía el sinvergüenza aeroplano. No arrojó nada sobre la plaza, pero llegado al límite del pueblo soltó una cantidad enorme de raros adminículos que descendieron ondeando mimosamente en el aire. Se vio que eran pequeños paracaídas con un saquito atado debajo, y ya la multitud no pudo resistir, hubo una dispersión general y sólo quedaron alrededor de la tribuna las escuadras de activistas.

Cuando la gente volvió riendo, alguien trajo uno de los paracaídas a Pepón. En el saquito estaba estampado: «Trigo enviado de Rusia», y dentro del saquito había una porción de papелitos de colores.

La muchedumbre, bajo los gritos de Pepón, dejó de reír, y el orador volvió a hablar. Pero se oyó acercarse una vez más al delincuente del aire.

Entonces Pepón sintió que las tripas se le anudaban por la rabia y, saltando del palco, llamó a su escuadra y se alejó corriendo.

Cuando llegaron a la granja del Largo, se pararon ante un pajar.

—¡Vamos, rápido! —gritó Pepón.

Los hombres sacaron de bajo la paja un grueso utensilio cubierto de bolsas, las que, quitadas, descubrieron una ametralladora de veinte milímetros reluciente de aceite.

La emplazaron; el Brusco intentó una objeción, pero Pepón no lo dejó concluir.

—¡Estamos en guerra! Si ellos tienen derecho a servirse de la aviación, nosotros lo tenemos a servirnos de la defensa antiaérea.

Por suerte el aeroplano había acabado su trabajo y se fue, sin que la defensa entrara en acción. Pero ya el mitin había fracasado, porque en el último lanzamiento el aparato había soltado medio quintal de ejemplares de *La Campana*, edición especial, con un vigoroso artículo de don Camilo. Y todos, menos los activistas, que se habían metido el diario en el bolsillo, se habían puesto a leer.

El federal estaba negro. No contestó siquiera a las excusas de Pepón.

—Compañero —dijo Pepón consternado—, si lo hubiera imaginado, habría emplazado la ametralladora antes de empezar, y después del primer lanzamiento lo habríamos liquidado. Cuando la emplacé era demasiado tarde.

El federal hizo que le explicara la historia de la ametralladora, palideció y la frente se le cubrió de sudor.

—En conjunto las cosas han ido bien —balbució mientras subía a su automóvil.

Mientras tanto, don Camilo, que había seguido los acontecimientos desde lo alto de la torre, atisbando a través de un ventanuco, estaba rogando con las manos juntas:

—Jesús, dame fuerza para resistir a la tentación de tocar a gloria.

Y Jesús le dio la fuerza de resistir a la tentación. Y fue un gran bien, porque Pepón tenía un gato vivo en el estómago, y si hubiera oído sonar las campanas, no habría titubeado un segundo: habría vuelto corriendo al pajar, y, sacando la ametralladora, habría abierto fuego contra el campanario.

Así llegó el famoso domingo.

Pepón se acicaló, hinchó el pecho y salió de casa para ir a votar. Llegado al comicio, como se puso en la fila, todos le dijeron: «Pase, señor alcalde», pero él contestó que en un régimen democrático todos son iguales.

En realidad, hallaba injusto que su voto valiera tanto como el de Pinola, el hojalatero, que estaba borracho siete días a la semana y no sabía siquiera de qué lado salía el sol.

Pepón se sentía fuerte como una torada. Antes de salir había tomado un lápiz y señalado una decena de crucecitas en una hoja^[3].

—Debe ser el voto más decidido de toda la comuna —le explicó a su mujer—. Así: zac, zac, y Garibaldi triunfa para vergüenza de los vendidos y los explotadores.

Pepón se sentía fuerte y seguro de sí como nunca, y recibida la papeleta, se encaminó hacia el «cuarto oscuro», con jactancia feroz: *Sólo puedo dar un voto*, pensó, *¡pero lo daré con tanta rabia que debe valer por dos!*

Se encontró en la penumbra del cuarto con el lápiz apretado entre los dedos.

En el secreto del cuarto oscuro, Dios te ve y Stalin no: pensó en la frase leída sobre uno de los pequeños manifiestos que el maldito aparato había lanzado en el mitin e instintivamente se volvió, pues le parecía sentir que alguien, detrás, lo estaba mirando.

Los curas son la peor ralea del universo, concluyó. *Llenan el cerebro de la pobre gente con un montón de patrañas*. Adelante: *¡cruz sobre Garibaldi!*

Pero el lápiz no se movió. Fue así como Pepón, no sabiendo qué hacer, debió de pensar en la maestra. *Siempre fuiste un bribón*, le susurró al oído la voz de la maestra muerta, y Pepón sacudió la cabezota. *¡No es cierto!*, jadeó.

Una gran bandera roja le pasó ante los ojos y Pepón dirigió el lápiz hacia la estrella con Garibaldi. Pero el rostro pálido del hijo de Tormento se le apareció sobre la hoja. *América, si gana el Frente, ya no nos dará nada*, le susurró al oído la voz de don Camilo.

¡Viles!, contestó Pepón, apretando los dientes.

¡Cien mil italianos prisioneros en Rusia no han vuelto!, le susurró otra vez al oído la voz pérfida de don Camilo.

¡No debían ir!, contestó con ira Pepón. Pero se le apareció la vieja Bacchini, que ya no quería votar más por nadie porque ningún Partido podía hacerle volver de Rusia al hijo, y Pepón se mordió los labios.

Compañero, le susurró entonces al oído la voz dura del comisario federal, *el comunismo es disciplina*.

Pepón apuntó decidido el lápiz contra la estrella con Garibaldi, pero oyó de nuevo la voz pérfida de don Camilo:

¿Quién llenó las fosas de Katin?

¡Son invenciones infames!, respondió Pepón. *¡Eres un puerco vendido al extranjero!*

Pero justo en ese momento le saltó a la cabeza la medalla de plata de don Camilo y su propia medalla de plata. Las oyó tintinear como si chocaran una con otra, y daban el mismo sonido.

¿Y quién mató a Pizzi?, susurró de nuevo la voz de don Camilo.

Yo no he sido, balbució Pepón. *¡Usted sabe quién ha sido!*

Lo sé, respondió pérfida la voz de don Camilo. *Ha sido ése, ese mismo que está escondido bajo la estrella con Garibaldi. Ustedes ya han matado una vez a Pizzi. ¿Por qué quieren matarlo otra vez?*

Pepón acercó la punta del lápiz al cuadradito con la estrella y Garibaldi. *Voto por todos aquellos que los otros nos han matado*, dijo.

De repente oyó la voz del que fue jefe suyo durante la Resistencia, el saragatiano que había sido bajado de la tribuna y golpeado^[4]:

Felices aquellos que quedaron para siempre allá en los montes, compañero Pepón.

¡Carne maldita!, susurró la voz de don Camilo. *Si no hubieran muerto allá arriba, también a ellos ustedes los habrían golpeado.*

Pensó en el comisario que le arrebatava la comida al hijo de Tormento. Pensó en el hijo.

Pepón vio que la punta del lápiz temblaba, pero una gran bandera roja ondeó ante sus ojos y lo reanimó.

Contra todos los explotadores del pueblo que se enriquecen con nuestro sudor, dijo con rabia acercando la punta del lápiz al cuadrado con la estrella y Garibaldi.

No es tu bandera, susurró la voz pérfida de don Camilo, y una tela tricolor ondeó ante los ojos de Pepón.

¡No, yo no traiciono! ¡Es inútil, malditos!, dijo Pepón jadeando e inclinándose.

Poco después salió, y cuando entregó el voto temía que le preguntaran qué había hecho durante todo ese tiempo.

Pero advirtió que habían pasado solamente cuatro minutos y recobró el ánimo.

Don Camilo estaba cenando solo; habíase hecho de noche cuando entró Pepón.

—¿Ya no se usa siquiera pedir permiso cuando se entra en casa ajena? —preguntó don Camilo.

—¡Infames! —gritó Pepón agitado—. ¡Ustedes son la ruina de la pobre

gente!

—Interesante —observó don Camilo—. ¿Vienes a hacerme un discurso?

—¡Ustedes llenan la cabeza de la pobre gente con sus mentiras!

Don Camilo aprobó con una señal de la cabeza.

—Perfectamente; pero ¿por qué vienes a decírmelo precisamente ahora?

Pepón se desplomó sobre una silla y se tomó la cabeza entre las manos.

—Usted me ha arruinado —dijo con voz angustiada. Don Camilo lo miró.

—¿Estás loco?

—No —dijo Pepón—. Ahora ya no lo estoy; pero lo estaba esta mañana y he cometido un delito.

—¿Un delito?

—Sí, yo, Pepón, yo, el jefe de los trabajadores, yo, el alcalde, ¡he votado en blanco!

Pepón escondió nuevamente la cabeza entre las manos y don Camilo le sirvió una copa de vino y se la puso delante.

—¡Pero si perdemos lo mato, porque la culpa es suya! —gritó Pepón levantando de golpe la cabeza.

—De acuerdo —respondió don Camilo—. Si el Frente pierde por un voto, me matas. Si pierde por dos o tres millones, el asunto de tu voto pasa a segundo orden.

Pepón pareció impresionado.

—Lo mato lo mismo, para cobrarle lo del aeroplano —rebatió.

—De acuerdo; mientras tanto, bebe.

Pepón alzó la copa y también alzó la suya don Camilo. Y los dos bebieron.

Cuando Pepón salió, se paró un corto rato en la puerta.

—Estas cosas debemos saberlas solamente nosotros dos —dijo amenazador.

—De acuerdo —contestó don Camilo.

En cambio fue en seguida a contarle todo al Cristo del altar mayor.

Y después le encendió al pie dos gruesos cirios:

—Éste, porque le habéis ahorrado el remordimiento de votar por Garibaldi, y éste porque le habéis evitado el de haber votado por un Partido que no es el suyo.

TÉCNICA DEL GOLPE DE ESTADO



El martes, a las diez de la noche, lloviznaba y soplaba viento, pero llenaba la plaza un gentío que estaba de plantón desde hacía tres o cuatro horas escuchando el altavoz, que daba noticias sobre las elecciones.

De improviso se apagó la luz y todo se hundió en la oscuridad. Alguien fue a la cabina, pero volvió en seguida diciendo que no había nada que hacer, porque el desperfecto estaba quién sabe dónde, en la línea o en la central.

La gente esperó una media hora y luego, como había empezado a llover fuerte, regresó a sus casas y el pueblo se tornó desierto y silencioso.

Pepón fue a encerrarse en la Casa del Pueblo junto con el Pardo, el Brusco, Tormento y Luis el rengo, comandante de la «Volante Roja» de Molinillo; y todos permanecían royéndose el alma a la llama de un cabo de vela y blasfemando contra los de la luz que boicoteaban el pueblo, cuando a las once y media llegó el Flaco, que había ido en la moto a ver si sabían algo en Rocaverde.

Entró con los ojos salidos, agitando un papel.

—¡El Frente ha vencido! —jadeó—. ¡Cincuenta y dos por ciento al Senado y cincuenta y uno a la Cámara! ¡Los otros nada tienen que hacer! ¡Es preciso organizar en seguida una demostración! ¡Si no hay luz, quemamos dos o tres pajares de los más cercanos!

—¡Bien! —gritó Pepón. Pero Luis el rengo asió al Flaco por la chaqueta.

—Despacio, no te muevas —dijo con calma—. Por ahora nadie debe saber nada.

—Arreglemos primero el asunto de la lista.

Pepón lo miró asombrado.

—¿La lista? ¿Qué lista?

—La de los reaccionarios que hay que quitar de en medio. Vamos a ver.

Pepón balbució que no habían hecho ninguna lista y el rengo sonrió malignamente:

—No importa: la tengo yo preparada y completa. La miramos un momentito juntos y, decidida la cosa, procedemos.

El rengo sacó del bolsillo una hojita con unos veinte nombres y la puso sobre la mesa.

—Me parece que están todos los puercos reaccionarios del pueblo —explicó—. He puesto los más urgentes: en cuanto a los demás, luego veremos.

Pepón recorrió los nombres de la lista y se rascó la cabeza.

—¿Qué te parece? —preguntó el rengo.

—¡Bah! —respondió Pepón—. En líneas generales estamos de acuerdo. No veo, sin embargo, que haya tanta prisa. Disponemos de todo el tiempo que queramos para organizar las cosas bien.

El rengo dio un puñetazo en la mesa.

—Al contrario, no tenemos que perder un minuto —exclamó con voz dura—. Ahora que nada sospechan, podemos agarrarlos: si esperamos a mañana, se hacen humo.

El Brusco intervino.

—¡Estás loco! ¡Antes de quitar de en medio a la gente hay que pensarlo siete veces!

—¡Yo no estoy loco y tú no eres un buen comunista! —gritó el rengo—. Éstos son todos unos puercos reaccionarios y nadie puede ponerlo en duda. ¡Si pudiendo hacerlo no los eliminas, traicionas a la causa y al Partido!

El Brusco meneó la cabeza.

—¡Ni por sueño! Al Partido se lo traiciona haciendo barbaridades. Y si uno obra como entiendes obrar tú, arriesga cometer barbaridades fenomenales, porque puede equivocarse eliminando a inocentes.

El rengo levantó el dedo, amenazador:

—Vale más eliminar a diez personas inocuas que dejar escapar una sola que pueda perjudicar al Partido. ¡Al Partido no lo perjudican los muertos, sino los vivos! Ya te lo he dicho: ¡eres un mal comunista! Y si quieres saberlo, siempre lo fuiste. ¡Eres un flojo, un sentimental, un burgués disfrazado!

El Brusco palideció y Pepón intervino.

—¡Basta! El concepto del compañero Luis es justo y no puede ponerse a discusión por cuanto es uno de los conceptos básicos del comunismo. El comunismo indica la meta a la cual debe llegarse, y la discusión democrática debe solamente recaer sobre el modo más rápido y más seguro de llegar a esa meta.

El rengo, satisfecho, aprobó con la cabeza.

—Luego —continuó Pepón—, establecido que estas personas son o pueden ser perjudiciales al Partido y que por eso deben ser eliminadas, debe estudiarse cuál es el modo para llegar al fin. Porque si nosotros, por ligereza, obráramos de manera que alguno de estos reaccionarios consiguiera escabullirse, seríamos culpables de traición ante el Partido. ¿Me explico?

—Es justo —dijeron todos—. Justísimo.

—Aquí somos seis —explicó Pepón— y las personas que hay que eliminar son veinte, entre ellas gente como Filotti, que tiene en su casa medio regimiento y está armado hasta los dientes. Si atacamos una por una a esas personas, al primer tiro de fusil los demás huyen. Así que debemos adoptar el concepto del ataque simultáneo: es preciso movilizar a los hombres y formar veinte escuadras, todas adecuadas a los diferentes objetivos.

—Muy bien —aprobó el rengo.

—¡Muy bien un cuerno! —gritó Pepón—. ¡Porque esto no es todo! Hace falta para nuestro objeto otra escuadra más, la veintiuna, la más robusta, que inmovilice a la fuerza pública apenas intervenga. Además, son necesarias escuadras avanzadas que vigilen los caminos y los diques. Y cuando uno pretende obrar como tú querías, sin ninguna cautela, exponiendo la operación al riesgo del fracaso, no es un buen comunista: es un cretino.

El rengo palideció y tragó saliva. Pepón dio las órdenes. El Flaco iría a avisar a las células de las fracciones para que reunieran a los hombres; éstos, al ascender el cohete verde, se concentrarían en los puntos establecidos, donde se encontrarían el Pardo, el Brusco y Tormento, los cuales formarían las escuadras y fijarían los objetivos a la espera del cohete verde.

El Flaco partió en la moto, y el Pardo, el Brusco, Tormento y el rengo se dispusieron a la obra de organizar las escuadras.

—Que todo sea hecho perfectamente —dijo Pepón—. Ustedes responden personalmente del éxito. Mientras tanto, yo voy a ver cómo anda el asunto por el lado de los carabineros.

Don Camilo, después de haber esperado largo rato que la luz volviera y la radio empezara nuevamente a charlar, se disponía a acostarse cuando sintió

llamar a la puerta: la abrió con cautela y se encontró ante Pepón.

—¡Pronto! —jadeó Pepón, agitado—. ¡Apresúrese! ¡Vístase de hombre, métase en una barca y después vaya a donde mejor le parezca!

Don Camilo lo miró con curiosidad.

—¿Has bebido, compañero alcalde?

—¡Pronto! —exclamó Pepón—. El Frente ha ganado y las escuadras están organizándose. ¡Ya apareció la lista de los que hay que quitar de en medio, y el primero es usted!

Don Camilo se inclinó.

—¡Qué honor inesperado, señor alcalde! ¡Jamás me habría figurado que usted perteneciera a esa flor de bellacos que forman las listas de la gente honrada que hay que eliminar!

Pepón tuvo un ademán de impaciencia:

—¡No diga tonterías, reverendo! ¡Yo no quiero matar a nadie!

—¿Y entonces?

—El que ha sacado a relucir la lista y las indicaciones del Partido es ese rengo maldito.

—Tú eres el jefe, Pepón; podías decirle que se fueran al infierno él y su lista.

Pepón sudaba y se pasó la mano por la frente.

—¡Usted no comprende nada de estas cosas! El Jefe es siempre el Partido y manda siempre el que habla en nombre del Partido. Si yo hubiera insistido, ese maldito me habría puesto en la lista antes que usted.

—¡Qué bueno! ¡El compañero Pepón y el reaccionario don Camilo colgados del mismo árbol!

—¡Don Camilo, dese prisa! —jadeó Pepón—. A usted no se le importa porque es solo, pero yo tengo un hijo, una mujer, una madre y un montón de gente que depende de mí. ¡De prisa, si quiere salvar la piel!

Don Camilo meneó la cabeza.

—¿Y por qué sólo yo? ¿Y los demás?

—A los demás no puedo ir yo a avisarlos. ¡Los demás no son curas! —exclamó Pepón—. Debe hacerlo usted. Vaya a avisar a dos o tres mientras se encamina a la barca y dígales que pasen en seguida la consigna. ¡Y que se den prisa! ¡Copie rápido la lista!

—Bien —aprobo don Camilo cuando hubo anotado los nombres—. Mando al hijo del campanero a llamar a Filotti, y los Filotti, que son cincuenta, avisan a todos los demás. Yo no me muevo de aquí.

—¡Usted debe irse! —gritó Pepón.

—Mi puesto está aquí —rebatíó tranquilo don Camilo— y no me muevo tampoco incluso si viene Stalin en persona.

—¡Usted está loco! —gritó Pepón. Pero en ese momento llamaron a la puerta y tuvo que correr a esconderse en la pieza vecina.

El recién llegado era el Brusco; pero apenas tuvo tiempo de decir: «Don Camilo, márchese», se oyó llamar otra vez. El Brusco fue a esconderse también donde había ido Pepón, y a poco entró en la habitación el Pardo.

—Don Camilo —dijo el Pardo—, he podido zafarme sólo ahora. La cosa está que arde y usted debe irse. Ésta es la lista de los otros que hay que avisar.

Después tuvo que refugiarse él también en la pieza vecina porque llamaron otra vez. Y era Tormento, siempre hosco y feroz. Sin embargo, no llegó a abrir la boca porque volvieron a entrar Pepón, el Brusco y el Pardo.

—Ésta parece una de esas viejas farsas de oratorio —dijo riéndose don Camilo—. Ahora esperamos al rengo, y el cuadro quedará completo.

—Ése no vendrá —gruñó Pepón.

Después suspiró: golpeó con la mano el hombro del Brusco, dio un manotazo sobre el vientre del Pardo y un pescozón a Tormento.

—¡Maldita miseria! —exclamó—. Volvemos a encontrarnos todavía como en aquel tiempo dichoso. Podemos todavía entendernos como entonces.

Los otros tres aprobaron con la cabeza.

—¡Qué lástima! —suspiró Pepón—. Si el Flaco estuviera aquí, estaría toda la vieja guardia.

—Está —explicó con sosiego don Camilo—. El Flaco ha sido el primero en llegar.

—¡Bien! —aprobó Pepón—. ¡Y ahora, usted, don Camilo, dese prisa!

Don Camilo era testarudo.

—No, ya te he dicho que mi puesto está aquí. Me basta saber que ustedes no dispararán contra mí.

Pepón perdió la paciencia y se encajó el sombrero hasta las orejas después de haberle dado también una vuelta de tornillo, como hacía cuando se disponía a trompearse con alguien.

—Ustedes dos cójanlo por los hombros, yo por las piernas, lo levantamos y lo aseguramos sobre el birlocho. Tormento: anda a atarme la yegua.

No habían levantado aún las manos cuando la luz se encendió y quedaron deslumbrados.

Unos segundos después la radio empezó a hablar:

«... Damos los resultados de la Cámara de Diputados en 41.000 comicios de 41.168: Democracia cristiana: 12.000.257. Frente Popular: 7.547.468...»

Todos escucharon en silencio hasta que la radio calló. Entonces Pepón miró sombrío a don Camilo.

—La mala hierba nunca se extirpa —dijo con rabia—. ¡También esta vez se ha salvado!

—También ustedes se han salvado —contestó sereno don Camilo—. Dios sea loado.

Quien no se salvó fue Luis el rengo, el cual esperaba fieramente la orden de disparar el cohete verde y en cambio recibió tantos puntapiés que le encojaron hasta el trasero.

Sic trānsit gloria mundi.

UN LLEGADO DE LA CIUDAD



Luisito se sintió encima los ojos de la madre y de las dos hermanas, pero no levantó la cabeza del plato.

La criada volvió a la cocina y la señora repitió:

—¿Y entonces?

—He hablado con todos los profesores y con el director —explicó el padre—. Dicen que va peor aún que el año pasado.

Luisito tenía catorce años y estaba en segundo año: repetía el segundo, después de haber cursado el primero dos veces.

—¡Vago! —dijo la señora, vuelta hacia Luisito—. ¡Lecciones particulares de latín, lecciones de matemáticas, dinero, sacrificios!

A Luisito le asomaron lágrimas a los ojos.

La señora se inclinó sobre la mesa, aferró a Luisito por el pelo y le alzó el rostro.

—¡Vago! —repitió.

Se oyeron las pisadas de la criada y la señora se reportó. Cuando la muchacha volvió a irse, la señora se dirigió al marido.

—¿Qué intención tiene?

—Ninguna —explicó el padre abriendo los brazos—. La conducta es correcta y nadie se queja. Cuando lo interrogan no responde, cuando hace los deberes en clase no consigue escribir una palabra que no sea una bestialidad. Los profesores no me lo han dicho, pero me han hecho entender que para ellos es un cretino.

—¡No es un cretino! —gritó la señora—. ¡Es un vil! Pero esto debe acabar: hay que encontrar la manera de hacerlo estudiar. Estoy dispuesta a soportar todos los sacrificios del universo, pero debe entrar como interno.

Las dos hermanas miraron a Luisito con desprecio.

—¡Por causa suya tenemos que sufrir nosotras! —exclamó la mayor, que estaba en la Universidad.

—Sufrir nosotras, que no tenemos ninguna culpa —agregó la otra, que era una de las más capaces.

—Todos sufrimos por causa suya —dijo el padre—. Cuando en una familia hay una desgracia, pesa sobre todos. Sea como sea, aun a costa de matarme, lo pondré interno.

Luisito era un muchacho tímido, de esos que hablan poco; pero en tal circunstancia, lo invadió la desesperación y habló.

—¡No quiero estudiar más! —dijo—. ¡Quiero ser mecánico!

La señora saltó y le dio una bofetada.

—¡Quiero ser mecánico! —repitió Luisito.

El padre intervino.

—Cálmate, María. No hay que hacer escenas. Déjalo decir. Él irá como interno y allí encontrarán la manera de hacerlo estudiar.

—¡No quiero estudiar más! —insistió Luisito—. Quiero ser mecánico.

—¡Vete a tu cuarto! —dijo el padre.

Luisito se fue y el consejo siguió la discusión.

—Ahora es más necesario que nunca encerrarlo en un colegio —afirmó la señora—. Ahora se rebela, y aquí sucederían escenas infernales.

—Tomaré mis medidas en el acto —aseguró el padre—. Hoy he conseguido mantenerme tranquilo, pero en adelante no sé si podré.

—Es un muchacho que nos arruinará el hígado a todos —dijo la señora—. Por lo demás, no podemos permitir que a fuerza de repetir los cursos, sea el escarnio de la ciudad. Cuando se tiene decoro, conviene mantenerlo a cualquier precio.

—Ciertamente —aprobo el padre—. El hijo de nuestro portero, que hizo el primer año con Luisito, ya está dos cursos más adelante.

La señora tuvo una crisis de llanto y las dos muchachas miraron con aire de reproche al padre. No había ninguna necesidad, ¡caramba!, de decir cosa semejante. Pero el padre esa cosa la tenía desde tiempo atrás sobre el estómago y debía decirla.

Luisito llegó en el ómnibus de las seis de la tarde. Anduvo vagando por el pueblo y pronto se le hizo de noche. Empezó a lloviznar y el muchacho se resguardó bajo el pórtico que cierra la plazuela por el fondo. Miró los escaparates de tres o cuatro tenduchos.

Todavía tenía en el bolsillo doscientas liras y hubiera querido entrar en el café a tomar un vaso de leche, pero le faltaba valor para hacerlo.

Atravesó la plaza y fue a refugiarse en la iglesia. Se disimuló en el rincón más escondido y hacia las diez, cuando don Camilo entró a dar las buenas noches al Cristo del altar mayor, encontró a Luisito dormido en un banco.

El muchacho, despertado improvisadamente por el grito de don Camilo, viéndose delante aquel hombrachón negro que aparecía aún más colosal en la penumbra de la iglesia, abrió los ojos asombrado.

—¿Qué haces aquí? —preguntó don Camilo.

—Disculpe, señor —balbució el muchacho—. Me he dormido sin querer.

—¡Qué señor! —gruñó don Camilo—. ¿No ves que soy cura?

—Disculpe, reverendo —murmuró el muchacho—, me voy en seguida.

Don Camilo vio los dos grandes ojos llenos de lágrimas y asió por un hombro a Luisito, que ya se había encaminado a la puerta.

—¿Y dónde irás? —preguntó.

—No lo sé —contestó Luisito.

Don Camilo sacó de la sombra al muchacho, lo empujó hasta el altar mayor, donde había luz, y lo miró atentamente.

—¡Oh! Un señorito —dijo al fin—. ¿Vienes de la ciudad?

—Sí.

—Vienes de la ciudad y no sabes dónde vas. ¿Tienes dinero?

—Sí —respondió el muchacho mostrando los dos billetes de cien liras.

Don Camilo se dirigió hacia la puerta remolcando a Luisito. Llegados a la rectoral, don Camilo cogió la capa y el sombrero.

—Sígueme —dijo bruscamente—. Vamos a ver qué piensa de esta historia el jefe de los carabineros.

Luisito lo miró aturdido.

—Yo no he hecho nada —balbució.

—¿Por qué estás aquí? —le gritó don Camilo.

El muchacho bajó la cabeza.

—Me he escapado de casa —explicó.

—¿Escapado? ¿Y por qué motivo?

—Quieren hacerme estudiar a la fuerza, pero yo no comprendo nada de lo que leo. Yo quiero ser mecánico.

—¿Mecánico?

—Sí, señor. Hay muchos que son mecánicos y están contentos. ¿Por qué no puedo ser uno de ellos?

Don Camilo volvió a colgar el abrigo en la percha.

La mesa todavía estaba puesta. Don Camilo registró el aparador y encontró un poco de queso y un trocito de carne.

Después se sentó y se quedó contemplando como un espectáculo a Luisito, que comía según las reglas de la buena crianza.

—¿Quieres ser mecánico? —preguntó en cierto momento.

—Sí, señor.

Don Camilo se echó a reír y el muchacho enrojeció.

La cama del huésped siempre estaba lista en el primer piso, y así no resultó difícil arreglar al muchacho.

Antes de dejarlo solo en el cuarto, don Camilo echó su capa sobre la cama.

—Aquí no hay calefacción —explicó—. Aquí hace frío de veras.

Antes de dormirse, don Camilo dio muchas vueltas en la cama.

«Mecánico —barbotaba—. ¡Quiere ser mecánico!».

Don Camilo se levantó, según su costumbre, muy de mañana, cuando todavía era oscuro, para decir la primera misa. Pero esta vez procuró no hacer ruido para no despertar al señorito que dormía en la pieza vecina. Antes de bajar abrió cautelosamente la puerta para verificar si funcionaba bien el cuarto del huésped. Y vio la cama hecha a la perfección y a Luisito sentado en la silla que estaba a los pies de la cama.

El espectáculo lo dejó estupefacto.

—¿Por qué no duermes, quieres decirme? —dijo malhumorado.

—Ya he dormido.

Aquella mañana llovía y hacía un frío infame; así que el único que escuchó la misa de don Camilo fue Luisito. Y don Camilo dijo también su buen sermoncito y habló de los deberes de los hijos, y del respeto que los hijos deben sentir por la voluntad de los padres, y fue uno de los discursos en que puso mayor empeño. Al pobre Luisito, solo y perdido en la iglesia semioscura y desierta en que la voz tonante del colosal sacerdote retumbaba y se agigantaba, oyéndose decir «vosotros, muchachos», le parecía ser responsable ante Dios de los pecados de todos los muchachos del universo.

—¡Nombre, apellido, padres, lugar y fecha de nacimiento, lugar de residencia y número del teléfono! —mandó don Camilo a Luisito cuando se hubieron desayunado.

El muchacho lo miró asustado, luego dijo cuanto debía decir. Don Camilo se trasladó a un teléfono público.

Le contestó una señora.

—Su hijo es mi huésped. No tema, porque aquí está a salvo de cualquier peligro —explicó don Camilo después de haberse presentado. Acudió al teléfono el padre y don Camilo también lo tranquilizó y le dio un consejo. El muchacho estaba algo turbado. Se daba cuenta del mal que había hecho y estaba arrepentido sinceramente. Debían dejarlo tranquilo algunos días en su casa, que él procuraría convencerlo de ponerse a estudiar de buena voluntad como deseaban los padres. Para su completa seguridad, recibirían confirmación del Obispado de cuanto les había dicho telefónicamente. Si permitían que el muchacho fuera huésped unos días de don Camilo, debían telegrafiarlo.

El telegrama llegó en las primeras horas de la tarde.

—Tus padres te han concedido que permanezcas conmigo algún tiempo —dijo entonces don Camilo a Luisito. Y Luisito por fin sonrió.

Don Camilo se puso el abrigo y salió con Luisito.

Llegaron hasta el extremo del pueblo y se detuvieron ante el taller de Pepón.

Pepón estaba desmontando pieza por pieza un motor de automóvil y cuando vio a don Camilo, arrojó al suelo la llave inglesa y se puso los puños en las caderas.

—Aquí no se habla de política —dijo sombrío—, aquí se trabaja.

—Bueno —respondió don Camilo encendiendo su medio toscano. Luego hizo adelantar a Luisito.

—¿Quién es ése? —preguntó Pepón.

—Éste es un burgués que huyó de su casa porque quieren hacerlo estudiar y él, en cambio, quiere ser mecánico. ¿Te interesa?

Pepón miró al muchacho, grácil y elegante, y luego se rió burlonamente.

—¿Quieres trabajar de mecánico?

—Sí, señor —respondió Luisito.

—¡Aquí no hay señores! —gritó Pepón. Y los ojos de Luisito se llenaron de lágrimas.

—Sí, jefe —susurró Luisito.

Pepón gruñó, se volvió, recogió la llave inglesa y siguió trabajando en el motor.

Luisito miró a don Camilo y éste le hizo señas de que sí. Entonces Luisito se quitó el sobretodo, debajo del cual lucía un lindo mono de tela azul.

Pepón puso a un lado la llave inglesa y empezó a trabajar con las llaves fijas. Destornilló cuatro tuercas de 16.

Necesitaba luego la llave de 14 y se la encontró bajo la nariz.

La llave de 14 temblaba, porque Luisito tenía un miedo terrible, pero era una llave de 14 y Pepón la agarró con rudeza.

Don Camilo entonces se dirigió a la puerta: cuando estuvo en el umbral, se volvió hacia Luisito.

—Mocito —dijo—, aquí se trabaja, no se hace política. Si oyes a ese desgraciado hablar de política, déjalo y vuélvete a casa.

Pepón alzó los ojos y miró hoscamente a don Camilo.

El padre llegó a los diez días y don Camilo lo recibió con muchas consideraciones.

—¿Ha sentado la cabeza? —se informó el padre.

—Es un buen muchacho —respondió don Camilo.

—¿Ahora dónde está?

—Está estudiando —contestó don Camilo—. Iremos a buscarlo.

Cuando llegaron al taller de Pepón, don Camilo se paró y abrió la puerta. Luisito estaba trabajando en el torno con la lima.

Se adelantó Pepón y el padre de Luisito lo miró con la boca abierta.

—Es el padre del muchacho —explicó don Camilo.

—¡Ah! —dijo Pepón con acento poco benévolo, mirando desconfiado de hito en hito al señor lleno de dignidad.

—¿Trabaja bien? —balbució el señor.

—Ha nacido para mecánico —contestó Pepón—. Dentro de un año no sabré ya qué enseñarle y será preciso mandarlo a la ciudad a trabajar en la mecánica de alta precisión.

Don Camilo y el padre de Luisito regresaron en silencio a la rectoral.

—¿Qué le digo a mi mujer? —preguntó preocupado el padre.

Don Camilo lo miró.

—Dígame la verdad: ¿usted está contento de haberse doctorado y de haber acabado como jefe de sección en una oficina del Estado?

—Mi sueño era volverme especialista en motores de explosión —suspiró el padre de Luisito.

Don Camilo abrió los brazos.

—Diga esto a su mujer.

El padre sonrió tristemente.

—Ruegue por mí, reverendo. Todas las semanas vendré a ver a Luisito. Si ocurre algo, escríbame. Pero no a casa: a la oficina.

Después se hizo contar cómo había sido la presentación a Pepón, y cuando supo el detalle de la llave de 14, que era justamente de 14 y se precisaba la de 14, le brillaron los ojos.

—Mi padre —exclamó— era el mejor tornero de la ciudad. ¡Buena cepa no se desmiente!

MISERIA



Don Camilo entró en el taller y encontró a Pepón, que, sentado en un rincón, estaba leyendo tranquilamente el diario.

—El trabajo ennoblece —dijo don Camilo—. Procura no esforzarte demasiado.

Pepón levantó un instante los ojos, volvió la cara para escupir del lado de babor y luego tornó a su lectura.

Don Camilo se sentó en una caja, se quitó el sombrero, se secó el sudor y luego observó tranquilamente:

—En la vida lo que cuenta son los buenos modales.

En ese momento entró el Flaco, jadeando todavía por la carrera hecha en bicicleta. Cuando se encontró con don Camilo, se tocó con un dedo la visera de la gorra.

—Buen día, Eminencia —dijo—. La influencia del clero en las mentes simples todavía oscurecidas por las brumas de la Edad Media es un elemento retardador del progreso.

Pepón no se movió un milímetro. Don Camilo, mientras se ventilaba con el pañuelo, limitó su reacción a un imperceptible cambio de posición del rostro, que le permitió mirar de reojo hacia el lado del Flaco. Éste se sentó en el suelo, contra la pared, y no habló más.

Pasaron unos minutos y llegó Tormento con la chaqueta al hombro y el sombrero echado hacia atrás. Vista la situación, se apoyó en la jamba de la puerta y se sumió en la contemplación del paisaje.

A los pocos minutos llegó el Largo, que, sin decir palabra, apartó de un manotón las herramientas y se sentó en el banco.

Pasaron diez minutos y el único de los cinco que daba señales de estar vivo era don Camilo, quien seguía haciéndose aire con el pañuelo.

De repente Pepón manoseó el diario y lo arrojó lejos.

—¡Mundo asqueroso! —gritó con voz airada—. ¿Así que nadie tiene algo para fumar?

Ninguno se movió y don Camilo continuó haciéndose aire con el pañuelo.

—¿Tampoco usted? —dijo Pepón con enojo a don Camilo—. ¡Desde esta mañana no fumo!

—Y yo hace dos días que no siento el olor de tabaco —refunfuñó don Camilo—. Esperaba que tú tendrías.

Pepón arrojó lejos, de un puntapié, una lata vacía.

—¿Lo ha querido? —gritó—. ¡Ahora goce también usted a su De Gasperi!

—Si tú, en vez de leer el diario trabajases, el dinero para fumar lo tendrías —rebatía sereno don Camilo. Entonces Pepón arrojó al suelo el sombrero y empezó a vociferar.

—¡Trabajar, trabajar! ¿Y qué puedo hacer si nadie pone ya la nariz en el taller? ¿Qué puedo hacer si esta puerca gente antes de hacer arreglar una máquina segadora se cuece los sesos cortando el pasto con la guadaña? ¿Trabajar qué, si desde hace dos meses tengo parado el camión porque nadie transporta nada? ¿Quiere decirme dónde doy con la cabeza para ir tirando?

—Nacionaliza la empresa —contestó con flema don Camilo. Pepón mugió como un buey.

El Flaco levantó un dedo.

—El plan Marshall —dijo gravemente— es el opio de los pueblos. El proletariado necesita reformas sociales, no ilusiones.

Pepón se plantó ante don Camilo con las piernas abiertas.

¡Deje de ventilarse con ese maldito pañuelo! —gritó—. Y en cambio, dígame: ¿qué ha hecho hasta ahora su puerco gobierno?

—No lo sé —respondió sereno don Camilo—. Los diarios no caben en mi presupuesto. Desde hace un mes sólo leo el breviarío.

Pepón se encogió de hombros.

—¡Le conviene no saber lo que sucede! —gritó—. El hecho es que todos ustedes han traicionado al pueblo con sus sucios intereses.

Don Camilo dejó de hacerse aire con el pañuelo.

—¿Yo? —preguntó en voz baja.

Pepón se rascó la cabeza, luego fue a sentarse en su rincón y escondió la cara entre las manos. El silencio recayó de nuevo en el taller medio oscuro.

Pasó algún minuto.

—¡Y pensar que al otro lado del río hay gente que puede trabajar y está en huelga! —exclamó de pronto don Camilo—. ¡Es un delito en momentos como éstos!

Pepón alzó la cabeza.

—¡La huelga es la única arma que posee todavía el trabajador! —gritó—. ¿También ésa quiere quitarnos? ¿Quitarnos todo? ¿Para qué, entonces, hemos combatido y arriesgado el pellejo?

—Para perder la guerra más pronto —contestó don Camilo.

Empezó la discusión sobre quién debía pagar la guerra y prosiguió hasta tarde. Después, escurriendo unos veinte bidones de gasolina, se logró llenar el depósito de la moto y así fue como el Flaco y el Largo partieron, mientras don Camilo regresaba a su casa.

A medianoche una barca se deslizaba silenciosa sobre el agua del río. Dentro había cinco hombres con mono y la cara sucia de grasa: parecían maquinistas o cosa así, y tres de ellos eran unos cristianos grandotes, de espaldas anchísimas. Tocaron tierra en la otra orilla, río abajo. Después de andar un par de kilómetros a través de los campos desiertos, encontraron un camioncito que los aguardaba, subieron y llegaron a una hacienda grande, donde los esperaba gente.

Poco después los cinco hombres ya estaban sacando de los establos enormes carretadas de estiércol. Luego se echaron bajo las vacas a ordeñarlas y eran cinco, pero parecían un batallón. Hacia las nueve, cuando estaban ordeñando las últimas vacas, llegó alguien jadeando: «¡La escuadra!».

Los cinco apenas tuvieron tiempo para ponerse en pie y salir del establo: la escuadra ya estaba junto a la «puerta falsa», donde se veían alineados los tarros llenos de leche.

—¡Ahora les hago ver cómo se hace la manteca! —dijo burlón el jefe de la escuadra de vigilancia dando un puntapié a un tarro, el cual se volcó, desparramándose la leche por el suelo.

—¡Y mientras ustedes despachan los otros tarros, nosotros vamos a vérnoslas con estos puercos carneros! —gritó el jefe de la escuadra, avanzando amenazador hacia los cinco.

Los guapos de la escuadra eran doce, pero tres trancas como las que manejaban los tres hombres valían cuando menos por ocho, y los dos flacos eran ágiles como anguilas y peleaban aventajándose con la velocidad. La escuadra, después de cierto tiempo, tuvo que retirarse con los huesos

magullados. Tres horas después apareció, en la carretera que lleva a la hacienda, medio ejército.

Los cinco aferraron tridentes y aguardaron el ataque. Los guapos se pararon a veinte metros de la era.

—No queremos hacerles nada —gritó el jefe de la banda—. La culpa no es de ustedes, sino de quien ha ido a buscarlos a la ciudad. Él es el que debe pagar. Ustedes, fuera de aquí, que las cuentas con el viejo las ajustamos nosotros.

Las mujeres de la hacienda empezaron a llorar y el amo viejo y sus dos hijos estaban blancos de miedo.

—No se puede —refunfuñó uno de los cinco.

Se quedaron; y los otros avanzaron blandiendo garrotes.

—¡Atención! —gritó uno de los tres más grandes, y blandiendo la horquilla la arrojó contra la manada que llegaba, la cual se paró y dio un salto atrás. Y la horquilla se ensartó en la tierra a medio camino.

El hombre que había lanzado la horquilla, de un brinco estuvo en el establo, pero salió a tiempo para abrir, frente a la banda que había vuelto a moverse, la boca de un ametrallador.

El ametrallador es una cosa seria que da miedo, pero más miedo da cuando, puesto uno frente a un ametrallador, ve la cara de quien lo empuña. Pues en seguida se comprende si ése está resuelto a disparar o no. Y la cara del hombrón con el ametrallador daba la exacta idea de quien, de no escabullirse el contrario antes de un minuto, habría empezado inmediatamente la fiesta.

De noche hubo una tentativa, pero bastó una ráfaga de tiros para convencer a la banda que era mejor desistir.

Los cinco quedaron en la hacienda doce días hasta el fin de la huelga, y cuando se fueron, los llenaron de dinero y de alimentos.

Nadie supo nunca quiénes fueron los cinco malditos carneros.

Un hecho positivo es que por un tiempo Pepón, el Flaco, Tormento y el Largo no hablaron más de crisis, y hubo luego una larga discusión entre don Camilo y el Cristo del altar, porque el Cristo sostenía que el ametrallador lo había llevado él, don Camilo, y don Camilo replicaba que Pepón. Al fin don Camilo abrió los brazos.

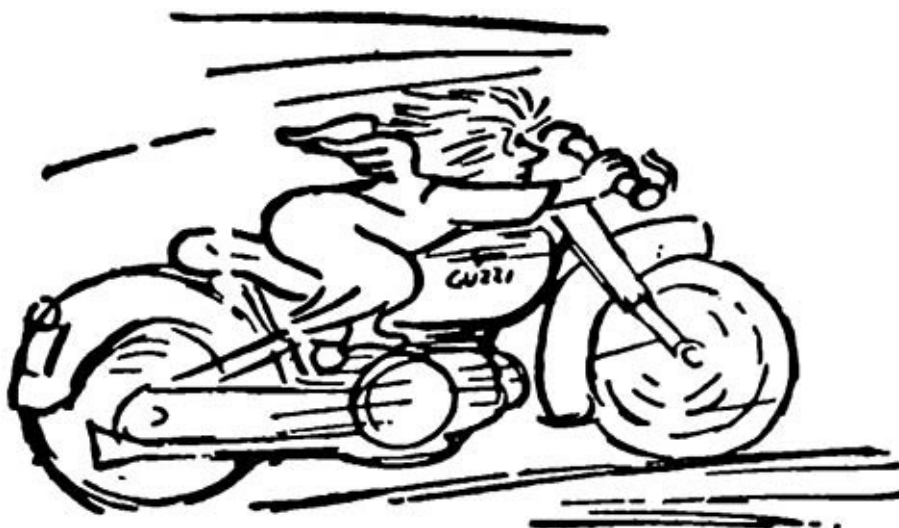
—¡Qué queréis, Jesús mío! —dijo—. ¿Cómo hago para decíroslo? Disfrazados como estábamos, y con la cara aquella y la barba larga, ya no se

sabía cuál era yo y cuál Pepón. De noche todos los lobos son pardos.

Y como el Cristo insistiera en que el hecho había sucedido de día, don Camilo abrió otra vez los brazos.

—¡Qué queréis! En ciertas circunstancias se pierde la noción del tiempo.

LA «VOLANTE»



Era una tarde de febrero, llovía y los caminos de la tierra baja^[5] estaban llenos de barro y tristeza.

Don Camilo, delante del fuego, estaba hojeando una colección de viejos diarios, cuando alguien llegó a explicarle que estaban ocurriendo cosas graves.

Entonces don Camilo dejó el libraco y echándose encima la pesada capa negra, corrió a la iglesia.

—¡Jesús! —dijo—. ¡Todavía debemos habérmola con el hijo de ese desgraciado!

—¿De cuál desgraciado hablas?

—Del hijo de Pepón. Debe de ser poco simpático al Padre Eterno...

—Don Camilo, ¿cómo te atreves a decir que existen seres humanos más o menos gratos al Padre Eterno? Dios es igual para todos.

Don Camilo revolvía un pequeño armario detrás del altar, mientras hablaba con el Cristo crucificado.

—Jesús —respondió—, el hijo de Pepón esta vez está desahuciado. Me llaman para administrarle el Santo Óleo. Un clavo herrumbroso, cosa de nada... Y ahora se muere...

Ya había encontrado todo lo que necesitaba: pasó jadeando delante del altar, se arrodilló de prisa y salió a escape. Pero no corrió mucho: llegado al centro de la iglesia, se paró y volvió atrás.

—Jesús —dijo cuando estuvo ante el altar—, yo debo haceros un largo discurso, pero no tengo tiempo. Os lo haré por el camino. El Santo óleo os lo dejo aquí, sobre el balaustre. No lo llevo.

Anduvo de prisa bajo la lluvia y sólo cuando estuvo delante de la puerta de Pepón, se dio cuenta de que tenía el sombrero en la mano. Se secó la cabeza con la orilla de la capa y llamó.

Fue a abrirle una mujercita que lo precedió y cuchicheó algo asomándose a una puerta. Entonces se oyó un alarido, la puerta se abrió de par en par y apareció Pepón.

Alzó los puños. Tenía los ojos encarnados.

—¡Fuera! —gritó—. ¡Fuera de aquí!

Don Camilo no se movió.

La mujer y la madre de Pepón se asieron de él desesperadamente, pero Pepón parecía enloquecido y se arrojó sobre don Camilo aferrándolo por el pecho.

—¡Fuera de aquí! —gritó—. ¿Qué quiere? ¿Viene a liquidarlo? Fuera, o lo estrangulo.

Blasfemó, y era tan atroz la blasfemia que debió de palidecer el cielo.

Pero don Camilo no se turbó: lo apartó de un empujón y entró en el cuarto del niño.

—¡No! —gritó Pepón—. ¡No, el Santo Óleo no! Si le da el Santo óleo, significa que se acabó.

—¿De qué Óleo Santo me hablas? Yo no traigo conmigo ningún Santo Óleo.

—¡Júrelo!

—Lo juro.

Entonces Pepón se calmó de súbito.

—¿No trajo el Santo óleo?

—No. ¿Y por qué debía traerlo?

Pepón miró al médico, luego a don Camilo. Luego miró al niño.

—¿De qué se trata? —preguntó don Camilo al doctor. Éste meneó la cabeza.

—Reverendo, sólo podría salvar al niño la estreptomicina.

Don Camilo apretó los puños.

—¿Sólo puede salvarlo la estreptomicina? ¿Y Dios no? —gritó—. ¿Dios no cuenta aquí nada?

—Yo soy médico, no cura.

—¡Usted me da asco! —gritó don Camilo.

—¡Sí! —aprobo Pepón.

Don Camilo ya se había soltado.

—¿Dónde está esa estreptomicina?

—En la ciudad —respondió el doctor.

—¡Pues vamos a buscarla!

—Siempre llegaremos demasiado tarde, reverendo. Es cosa de minutos. No hay medios para llegar a la ciudad. El temporal ha cortado el teléfono y el telégrafo. No hay nada que hacer.

Entonces don Camilo alzó al niño, lo envolvió en el cobertor y la colcha.

—¡Apresúrate! —le gritó a Pepón—. Llama a los de la escuadra.

Los de la escuadra estaban aguardando en el taller: entre otros mocetones, el Flaco.

—Hay seis motocicletas en el pueblo: yo corro a pedirle a Breschi la «Guzzi» de carrera; ustedes vayan por las otras. ¡Si no se las dan, ataquen!

Todos siguieron de pie. Don Camilo corrió a casa de Breschi.

—Si no me das la moto, este chico muere. ¡Y si muere, yo te rompo el pescuezo! —dijo don Camilo.

No abrió siquiera la boca y le lloraba el corazón pensando en la «Guzzi» de carrera, nueva, flamante, arruinada en medio del barro y la tiniebla.

Diez minutos después la escuadra estaba lista sobre las estrepitosas motocicletas. En algunas casas quedó alguna cabeza rota, pero don Camilo dijo que eso no importaba.

—Somos seis: uno debe llegar por fuerza a la ciudad —explicó don Camilo. Él montaba la «Guzzi» de carrera, roja y rutilante, y llevaba al niño. Lo hizo asegurar bien con la capa y una cuerda, y luego partió.

Dos delante, dos detrás, flanqueando a don Camilo, y a la cabeza Pepón sobre la enorme «DKW» de Bolla; a lo largo de los caminos oscuros,

desiertos y tristes de la Baja, la «Volante», bajo la lluvia, vibraba como una saeta.

El camino está resbaladizo, las curvas son imprevistas e insidiosas. Las ruedas pasan rasando las zanjas y las tapias; pero la «Volante» no se detiene.

Adelante, adelante, adelante por el barro y sobre la grava.

Al fin llegan a la ancha carretera asfaltada.

Pero de pronto don Camilo oye salir un gemido doloroso del bulto que lleva consigo. Es preciso ir más ligero.

—Jesús —implora don Camilo apretando los dientes—. Jesús, ¡dame más gasolina!

Y de súbito la «Guzzi» brincó como si dentro de sus cilindros tuviera toda la fábrica de gasolina de Mandello con la comisión administrativa completa.

¡Adelante, adelante!

Los pasa a todos, y Pepón la ve escurrirse de su lado y no puede seguirla porque ya no tiene fluido: ¡él no tiene un Jesús como el de don Camilo a quien pedir todavía gasolina!

Corre la «Volante» en la noche, y es una carrera infernal, pero don Camilo vuela.

Don Camilo nunca supo cómo llegó. Sólo le dijeron que apareció con un niño en brazos, que agarró por el pescuezo a un portero del hospital, que después partió de un empujón una puerta y después amenazó a un médico con triturarle la cabeza.

Lo cierto es que la «Volante» regresó sin el niño, el cual ya necesitaba solamente algún reposo en su linda piececita del hospital.

Volvió la «Volante» la misma noche, y entró en el pueblo zumbando, llena de fango glorioso.

LA BICICLETA



No se alcanza a comprender cómo en esa lonja de tierra que está entre el gran río y la carretera principal hubo un tiempo en que no se conocía la bicicleta. En efecto, en la tierra baja, desde los viejos de ochenta años hasta los niños de cinco, todos andan en bicicleta. Y los niños son especiales, pues se emplean con las piernas puestas oblicuamente al triángulo del cuadro, y la bicicleta anda toda torcida, pero anda. Los viejos campesinos viajan comúnmente en bicicleta de mujer, mientras los viejos agrarios barrigudos usan todavía las viejas «Triumph» de cuadro alto, y suben al asiento sirviéndose del pequeño estribo enroscado al perno de la rueda posterior.

De veras es cosa de risa ver las bicicletas de los campesinos, esos brillantes aparatos de metales especiales, con instalación eléctrica, cambio de velocidades, porta-paquetes patentados, cubrecadenas, cuentakilómetros y otras porquerías semejantes. Ésas no son bicicletas, sino juguetes para entretener las piernas. La verdadera bicicleta debe de pesar por lo menos treinta kilos. Descostrada de barniz, de manera que sólo quede de él alguna huella, la verdadera bicicleta, primeramente debe tener un sólo pedal. Del otro debe de haber quedado sólo el perno que, pulido por la suela del zapato, brilla maravillosamente y es la única cosa reluciente en todo el conjunto.

El manillar, privado de mangos, no debe estar estúpidamente en posición perpendicular al plano de la rueda, sino ladeado no menos de doce grados a derecha o izquierda. La verdadera bicicleta no tiene guardabarro posterior: solamente tiene el anterior, del que debe colgar un trozo de cámara de automóvil, preferiblemente de goma colorada, para evitar las salpicaduras.

También puede tener guardabarro posterior si es que molesta al ciclista el reguero de fango que viene a formarse en el lomo cuando llueve. En tal caso, sin embargo, el guardabarro debe estar rajado para permitir al ciclista la frenada a la americana, que consiste exactamente en bloquear, con la presión de los fondillos, la rueda posterior.

La verdadera bicicleta, la que puebla los caminos de la tierra baja, no tiene freno y las cubiertas deben estar debidamente destripadas, luego taponadas con viejas gomas, para originar en la cámara esas hinchazones que después permiten a la rueda correr dando graciosos brincos. Entonces la bicicleta se incorpora de veras al paisaje y no da, siquiera de lejos, la idea que pueda servir de espectáculo: como les sucede precisamente a las bicicletas de carrera que, con respecto a las verdaderas bicicletas serían lo que unas bailarinas de cuatro cuartos comparadas con las animosas y sustanciosas amas de casa. Por lo demás, un hombre de ciudad estas cosas nunca llegará a entenderlas, porque el hombre de ciudad entiende tanto de cuestiones sentimentales como una vaca de poesía lírica. Tipos que están repletos hasta los ojos de porquerías morales, y que llaman «equino» a una yegua porque, a su juicio, llamar yegua a la yegua no es una cosa limpia. Y llaman *toilette o water closet* al excusado, pero lo tienen en su casa, mientras en la tierra baja lo llaman letrina, pero lo tienen todos bien lejos de su casa, en el fondo del corral. El *water* en la pieza inmediata a aquella en que se duerme y come, sería el *progreso* y la letrina fuera de donde se vive sería la *civilización*. Es decir, una cosa más incómoda, menos elegante pero más limpia.

En la Baja la bicicleta es tan necesaria como los zapatos, o mejor, más necesaria que los zapatos, pues mientras uno, aunque no tenga zapatos, si tiene bicicleta puede andar tranquilamente en bicicleta, si tiene zapatos pero no bicicleta, ha de ir a pie. Alguien acaso observará que eso puede suceder también en la ciudad; pero en la ciudad es otra cosa, como que hay el tranvía eléctrico, mientras que en los caminos de la Baja no hay rieles y sí solamente, marcadas en el polvo, las líneas derechas de las bicicletas, de las carretas y de las motos, cortadas de cuando en cuando por el surco liviano y asaeteado que dejan las culebras cuando pasan de una a otra zanja.

Don Camilo nunca había comerciado en la vida: salvo que se quiera llamar comercio comprar un kilo de carne o dos cigarros toscanos con la correspondiente caja de *fulminantes*, como los llaman en la Baja, y que no son otra cosa que esos fósforos infames que solamente prenden cuando se los frota sobre los fondillos o bajo la suela de los zapatos.

Don Camilo nunca había comerciado, pero le gustaba el comercio como espectáculo, y por eso, cuando hacía buen tiempo, el sábado montaba en bicicleta e iba a la villa a ver el mercado.

Le interesaban mucho el ganado, las máquinas agrícolas, los fertilizantes y los desinfectantes de las plantas, y cuando tenía ocasión de comprar el cartucho de azufre o de sulfato de cobre que necesitaban las cuatro vides que había detrás de la casa parroquial, se ponía contentísimo, y se sentía no menos agricultor que Bidazzi, el cual era dueño de doscientas hectáreas. Además, en el mercado había los vendedores de baratijas y los entretenimientos, y ese aire de fiesta y de abundancia que levanta la moral.

También ese sábado don Camilo aprovechó el lindo día, y montado en su vieja bicicleta molió alegremente los doce kilómetros que hay hasta la villa. El mercado estaba formidable con tanta gente que nunca se había visto y don Camilo gozaba más que si hubiese estado en la Feria de Milán.

Después, a las once y media, fue a retirar la bicicleta del depósito, y arrastrándola por el manillar en medio de la barahúnda, se encaminó hacia la callecita por donde habría desembocado en pleno campo.

Pero aquí el demonio metió su asquerosa cola, porque don Camilo, pasando delante de un comercio recordó que debía comprar no sé qué baratija, y entró, después de apoyar la bicicleta contra la pared; pero cuando salió, la bicicleta ya no estaba.

Don Camilo era una enorme máquina de huesos y músculos, y de la planta de los pies a la cima de la cabeza era alto como un hombre normal subido sobre un escabel, mientras que de la cabeza a los pies era alto al menos un palmo más: lo que significa que mientras los demás lo veían de cierta manera, él se veía de otra, porque el valor de don Camilo era alto justamente un palmo más que su estatura. Y aunque le encarasen el cañón de un fusil, no perdía una línea de valor. Pero cuando tropezaba en una piedra o le jugaban una mala pasada se encogía y se le agolpaban las lágrimas a los ojos por la humillación.

En tales momentos sentía una especie de lástima de sí mismo y el alma se le llenaba de melancolía.

No alborotó.

Se limitó a preguntar con indiferencia a un viejecito que estaba allí parado, si había visto a alguien en una bicicleta de mujer de redecilla verde. Y como el viejo contestó que no recordaba haberlo visto, se tocó el sombrero y se fue.

Pasó delante del puesto de los carabineros, pero no pensó siquiera entrar: el hecho de que a un pobre cura con veinticinco liras en el bolsillo le hubiesen

robado la bicicleta era de carácter moral, sobre todo, y por lo tanto un asunto que no debía ser mezclado con los casos normales de la vida. Son los ricos los que, cuando les roban, corren en seguida a denunciar el hurto, pues para ellos es un simple asunto de dinero, mientras que, para el pobre, padecer un hurto es una ofensa: tal como si a quien tiene una sola pierna un maldito cochino le diera adrede un empujón o le rompiera la muleta.

Don Camilo se echó el sombrero sobre los ojos y se encaminó a su casa. Cuando sentía a sus espaldas que llegaba un birlocho, salía del camino y se escondía por miedo de que le ofrecieran subir. Quería caminar a pie, no sentía ganas de hablar con nadie. Y sobre todo quería moler a pie los doce kilómetros, casi para agravar la culpa de quien le había hecho ese agravio infame, por el gusto de sentirse aún más ofendido. Caminó una hora sin parar, solo como un perro en la carretera llena de sol y de polvo, y sentía una gran pena en el corazón por ese desgraciado don Camilo en el que pensaba como si se tratara de otro.

Caminó una hora entera sin parar y la carretera estaba desierta. Llegado que hubo a la entrada de una calleja secundaria, se sentó en el parapeto de un puentecito de ladrillos, y en el parapeto estaba apoyada su bicicleta.

Era verdaderamente la suya, la conocía pieza por pieza, no había modo de equivocarse.

Miró en torno y no vio a nadie.

Tocó la bicicleta: con los nudillos golpeó el manillar y era realmente de hierro, no una ilusión.

Miró otra vez en torno: no había nadie. La casa más cercana estaba por lo menos a un kilómetro. Desnudos, pelados todavía los cercos.

Se asomó al parapeto del puente y vio a un hombre sentado en la zanja seca.

El hombre miró hacia arriba y movió la cabeza como para decir: «¿Qué hay?».

—Esta bicicleta es mía —balbució don Camilo.

—¿Qué bicicleta?

—Ésta que está apoyada en el parapeto del puente.

—Bueno —observó el hombre—. Si en el parapeto del puente hay apoyada una bicicleta y si la bicicleta es suya, ¿qué tengo que ver yo con eso?

Don Camilo quedó perplejo.

—Preguntaba —explicó—. No quería equivocarme.

—¿Está seguro de que es suya?

—¡Ya lo creo! Me la han robado hace una hora en la villa, mientras entraba en una tienda. No comprendo cómo se encuentra aquí.

El hombre rió.

—Se ve que, cansada de esperarlo, se le ha adelantado. Don Camilo abrió los brazos.

—¿Usted, como cura, es capaz de mantener un secreto? —se informó el hombre.

—Ciertamente.

—Bueno, entonces le diré que la bicicleta está ahí porque la he traído yo.

Don Camilo abrió los ojos.

—¿La encontró en alguna parte?

—Sí, la encontré delante de la tienda en que usted había entrado. Y entonces la tomé.

Don Camilo quedó un momento dudoso.

—¿Ha sido una broma?

—¡No digamos estupideces! —protestó, ofendido, el hombre—. Figúrese si a mi edad voy a ir por ahí con bromas. La he tomado en serio. Luego lo pensé mejor, y corrí detrás de usted. Lo he seguido hasta dos kilómetros de aquí. Después corté por el camino bajo y cuando llegué a este sitio se la puse bajo la nariz.

Don Camilo se sentó sobre el parapeto y miró al hombre sentado en la zanja.

—¿Por qué ha tomado esa bicicleta si no era suya?

—Cada cual hace su oficio; usted trabaja con las almas y yo trabajo con las bicicletas.

—¿Has hecho siempre este oficio?

—No; hace sólo dos o tres meses. Recorro las ferias y los mercados y trabajo tranquilo porque todos estos campesinos tienen en su casa damajuanas llenas de billetes de mil. Esta mañana no había conseguido nada y entonces tomé su bicicleta. Después, de lejos, lo he visto salir y sin decir palabra, empezar a andar. Entonces me han asaltado algunos escrúpulos y lo he seguido. No logro tampoco comprender cómo ha sido esto: el hecho es que he tenido que seguirlo. ¿Por qué todas las veces que iba a llegar un birlocho usted se escondía? ¿Sabía que yo venía detrás?

—No.

—Y en cambio era así. Si usted hubiera subido a un birlocho, yo me habría vuelto. En cambio, visto que seguía caminando a pie he tenido que hacer lo que he hecho.

Don Camilo meneó la cabeza.

—¿Y ahora dónde vas?

—Vuelvo a la villa a ver sí consigo encontrar algo.

—¿Otra bicicleta?

—Se comprende.

—Entonces toma ésta.

El hombre miró hacia arriba.

—Reverendo, ¡ni aunque fuera de oro! Siento que la tendría sobre la conciencia durante toda la vida. Me arruinaría la carrera. ¡Dios me libre de los curas!

Don Camilo le preguntó si había comido y el otro contestó que no.

—Entonces ven a comer a mi casa.

Se acercaba un birlocho, el de Brelli.

—¡Adelante! Monta en la bicicleta y sígueme. Yo subo al coche.

Lo hizo parar y subió diciendo que le dolía una pierna.

El hombre salió de la zanja y volvió a la carretera. Estaba enojadísimo: arrojó al suelo el sombrero, dijo un montón de malas palabras, destinadas a muchos santos y luego montó en la bicicleta.

Ya hacía diez minutos que don Camilo había preparado la mesa cuando llegó a la casa el hombre de la bicicleta.

—Debes conformarte —dijo don Camilo—. Sólo hay pan, embutido, un trozo de queso y un poco de vino.

—No se preocupe, reverendo —contestó el hombre—; ya proveí yo. —Y puso sobre la mesa un pollo.

—Atravesaba el camino —explicó—. Sin querer le he pasado sobre el pescuezo con la rueda de la bicicleta. Me ha dado pena dejarlo agonizante en medio de la carretera. Le he abreviado los sufrimientos. Reverendo, no me mire con esos ojos: si usted lo cocina en la parrilla como es debido, estoy seguro de que Dios le perdonará.

Don Camilo hizo cocinar el pollo en la parrilla y subió del sótano una botella de las especiales.

Unas horas después el hombre se dispuso a volver a sus asuntos, pero estaba muy preocupado.

—Ahora —suspiró— es una desdicha volver a robar bicicletas. Usted me ha arruinado la moral.

—¿Tienes familia?

—No, soy solo.

—Muy bien; te tomo como campanero. El otro se ha ido hace dos días.

—Pero yo no sé tocar las campanas.
—Un hombre que sabe robar una bicicleta aprende en seguida.
El hombre sacudió la cabeza y abrió los brazos.
—¡Al diablo usted y la hora en que lo encontré! —refunfuñó.
Y se quedó de campanero.

PALIZA MATRIMONIAL



Don Camilo, cuando veía aparecer en la iglesia o en la rectoral al viejo Rocchi, refunfuñaba para sí: «¡Ya llegó el comisario político!». Porque el viejo Rocchi era el jefe de esa escuadra de vigilancia que no falta en ninguna parroquia y que tiene por oficio vigilar la conducta del cura en la iglesia y fuera de ésta y escribir cartas de protesta al obispo cuando, según los vigilantes, el cura se desvía o, sin más, da escándalo.

El viejo Rocchi no faltaba naturalmente a ninguna función religiosa, y como tenía el banco de familia en primera fila, podía seguir a don Camilo de

la a, a la zeta, y así, de vez en cuando, durante la misa se volvía hacia su mujer y le decía con una sonrisita: «Ha cortado». O bien: «Quién sabe dónde tiene hoy la cabeza». O bien: «Ya no es el don Camilo de antes».

Al final iba a la rectoral a hacer sus observaciones sobre el sermón y a dar sus consejos.

Don Camilo, ciertamente, no era el tipo que pudiera preocuparse por gente como el viejo Rocchi; pero le fastidiaba sentir siempre aquellos ojos encima y si durante la misa se le hacía necesario sonarse la nariz, alzaba los ojos hasta el Cristo crucificado y rogaba mentalmente: «Jesús, asistidme: haced que yo consiga sonarme la nariz de manera que no dé escándalo».

Rocchi, en efecto, era severísimo en las cuestiones formales. «Cuando el arcipreste de Tres Villas se suena la nariz durante la misa, no lo notas; pero éste parece una trompeta del Juicio Final», había observado más de una vez.

Rocchi era, en suma, un tipo hecho así y si Dios permite que existan tipos hechos así, ello significa que también son necesarios. Tenía tres hijos y una hija, Paulina, que era la muchacha más hermosa y virtuosa del pueblo. Y fue justamente Paulina quien una tarde sobresaltó a don Camilo en el confesonario.

—Yo no puedo darte la absolución si antes no haces lo que debes hacer — dijo don Camilo.

—Me doy cuenta —contestó la muchacha.

Ésta es una de las acostumbradas historias pueblerinas y para comprenderla bien sería menester habitar un tiempo en las casas bajas de la llanura, a lo largo del río, sentir sobre los sesos el sol de julio, ver asomar la luna enorme y roja por encima del dique alguna noche de agosto. Todo parece inmóvil en la llanura de la Baja, y se piensa que no sucede nunca nada a lo largo de los diques desiertos, y que no puede suceder nada dentro de esas casas rojas y azules de ventanas pequeñas. En cambio, suceden más cosas que en la montaña y en las ciudades, porque ese sol condenado penetra en la sangre de la gente. Y esa luna roja y desmesurada no es la sólita luna gélida de otros lugares; también ella quema y de noche calienta el cerebro de los vivos y los huesos de los muertos. Y en invierno, cuando el frío y la niebla abruman el llano, el calor almacenado durante el estío todavía es tanto que la gente no tiene el cerebro bastante fresco para volver a reflexionar sobre las cosas hechas durante el verano, y es así como de tiempo en tiempo una escopeta escupe fuego de atrás de un cerco, o una muchacha hace lo que no debía hacer.

Paulina regresó a su casa, y cuando la familia hubo rezado el rosario, se acercó al padre.

—Papá —dijo—, le debo hablar.

Los demás se fueron a sus asuntos y la muchacha y el viejo Rocchi quedaron solos ante el hogar.

—¿De qué se trataría? —preguntó receloso el padre.

—Se trataría de pensar en mi matrimonio.

Rocchi encogió los hombros.

—No pienses en eso. No son asuntos tuyos. Cuando llegue la hora, encontraremos el tipo conveniente.

—Llegó la hora —explicó la muchacha—. Y también he encontrado el tipo conveniente.

Rocchi abrió tamaños ojos.

—¡Vete a la cama y que no te oiga hablar nunca más de estas cosas! —gritó.

—Muy bien —contestó la muchacha—. El hecho es que usted oirá hablar a otros.

—¿Entonces has dado escándalo? —gritó aterrorizado Rocchi.

—¡No, pero el escándalo estallará! Son cosas que no pueden esconderse.

Rocchi aferró el primer objeto que encontró al alcance de la mano y desgraciadamente era una media estaca. La muchacha se acurrucó en un rincón, tratando de protegerse la cabeza, y allí quedó, inmóvil y silenciosa, bajo la tempestad de palos.

Fue, con todo, afortunada en su desdicha, porque la estaca se quebró, y el hombre se calmó entonces.

—¡Si tienes la desgracia de estar viva todavía, levántate! —dijo el padre.

La muchacha se levantó.

—¿Nadie sabe nada? —preguntó Rocchi.

—Él lo sabe... —susurró la muchacha. Y aquí el viejo perdió otra vez la brújula y empezó a cascar con un palo sacado de un haz apoyado en el hogar.

Cuando cesó la segunda oleada, la muchacha se levantó.

—También lo sabe don Camilo —susurró—. Me ha negado la absolución. El hombre se abalanzó una vez más a la muchacha.

—Si usted me mata, habrá un escándalo peor —dijo ella, y el viejo se calmó.

—¿Quién es él? —preguntó el viejo.

—Es el Halcón —respondió la muchacha.

Si hubiera dicho: «Es Satanás en persona», le habría causado menos impresión.

El Halcón era Luisito Bariga, uno de los más importantes sujetos del estado mayor de Pepón. Era el intelectual de la cuadrilla, el que preparaba los discursos de propaganda, organizaba los mítines y explicaba las instrucciones federales. Era, por consiguiente, más hereje que todos los demás de la banda, porque entendía más que los otros. El suceso era horrendo.

La muchacha había recibido ya demasiados golpes: el padre la tiró sobre una cama; después se sentó cerca de ella.

—Basta ya de golpearme —dijo la muchacha—. Si me toca de nuevo me pongo a gritar y doy un escándalo. Yo debo defender la vida de mi hijo.

Hacia las once de la noche el viejo Rocchi cedió al cansancio.

—No puedo matarte, no puedo meterte en un convento en el estado en que estás —dijo—. Casaos y que os ahorquen.

El Halcón, cuando vio tan malparada a su Paulina, quedó con la boca abierta.

—Debemos casarnos, o me moriré —dijo la muchacha.

—¡Ciertamente! —exclamó el Halcón—. Es lo que te pido desde hace tiempo. También ahora mismo, Paulina.

Era una tontería pensar en casarse tres cuartos de hora después de medianoche; con todo, una frase dicha así, bajo el pórtico de la era, a la vista de los campos cubiertos de nieve, tenía un valor.

—¿Has explicado ya todo a tu padre? —preguntó el Halcón.

La muchacha no contestó y el Halcón comprendió que había dicho una estupidez.

—¡Yo agarro el ametrallador y los mato a todos! —exclamó—. Yo...

—No se trata de agarrar el ametrallador: se trata sencillamente de ir a pedirle al párroco el consentimiento.

El Halcón dio un paso atrás.

—Sabes que no puedo. Conoces mi posición. Basta casarse ante el alcalde.

La muchacha se arrebujo el chal.

—No —respondió—. Eso, nunca. No me importa lo que pueda suceder. O nos casamos como cristianos, o no nos vemos más.

—¡Paulina! —imploró el Halcón. Pero la muchacha había ya entrado por la consabida puertecita.

Paulina se quedó en cama dos días: el tercero, el viejo Rocchi subió a su cuarto.

—¡Lo viste la otra noche! —dijo—. Lo sé.

—Yo también lo sé.

—¿Y entonces?

—No hay nada que hacer: no quiere casarse como cristiano. O se casa como cristiano, o no hay caso.

El viejo se puso a vociferar y a dar puntapiés a todos lados.

Después bajó, se echó sobre los hombros la capa y salió.

Fue así como don Camilo, poco a poco, se encontró ante un grave problema.

—Reverendo, usted sabe lo que ha sucedido —dijo Rocchi.

—Yo no sé nada.

Rocchi debió de referir el asunto con todos los pormenores. Y don Camilo, al fin, abrió los brazos.

—Es preciso vigilar a los hijos, querido señor Rocchi; es preciso darles una sana educación moral. Ése es el primer deber de un padre.

Era la derrota de Rocchi, y el viejo, de haber podido, habría estrangulado a don Camilo.

—Reverendo, he dado mi consentimiento para el matrimonio, pero el pillastre del Halcón no quiere casarse por la iglesia.

—Me lo imaginaba.

—Yo vengo para que usted me ilumine: ¿es más escandaloso que una muchacha, en el estado en que se encuentra mi hija, no se case, o es más escandaloso que se case de un modo no cristiano?

Don Camilo meneó la cabeza.

—Aquí no es cuestión de escándalo: es cuestión de bien o de mal —contestó—. Hay que pensar en el que nacerá.

—¡A mí me interesa que se casen pronto y luego que vayan a hacerse ahorcar! —exclamó Rocchi.

—Si usted cree que eso es lo esencial, ¿por qué viene a pedirme consejo? Si solamente le interesa que se casen, deje que se casen como ellos crean mejor.

—La verdad es que la muchacha ha dicho que o se casa por la iglesia o no se casa.

Don Camilo sonrió.

—Usted debiera sentirse contento de tener una hija de principios tan sanos. Un mal no se elimina con otro mal. Es una muchacha juiciosa. Usted

debiera estar orgulloso de ella.

—¡Esto concluye en que yo la mato! —gritó Rocchi saliendo de la rectoral.

—¡Bueno; no pretenderá, supongo, que yo convenza a su hija de no casarse por la iglesia! —le gritó don Camilo mientras el otro salía.

De noche la muchacha oyó las piedras tiradas a la ventana y tanta fue la insistencia que se decidió a bajar.

El Halcón la esperaba, y cuando la pudo mirar a la cara la muchacha se puso a sollozar.

—Ya lo he resuelto —explicó el mozo—. Mañana aparecerá el comunicado de mi expulsión del Partido. Antes de dejarme partir, Pepón ha querido que lo escribiera yo.

La muchacha se le acercó.

—¿Te pegó mucho?

—Hasta cansarse —explicó el Halcón—. ¿Cuándo nos casamos?

—También ahora mismo —respondió la muchacha. Y ella también había dicho una gran estupidez, pues era casi la una de la noche, y por añadidura el pobre, aparte de otras magulladuras, tenía un ojo tan negro como el carbón.

—Mañana, al atardecer, iré a hablar con el arcipreste —dijo el Halcón—. Pero yo a la Municipalidad no quiero ir. Lo haremos sin alcalde. No quiero ver más a Pepón.

Se tocó el ojo magullado y la muchacha le puso una mano en el hombro.

—También veremos al alcalde; no temas: estaré yo allí para defenderte.

Paulina fue a visitar a don Camilo por la mañana temprano.

—Puede darme la absolución —dijo—. Vea que yo no he hecho nada de lo que le había confesado. Póngame simplemente en la cuenta de más la mentira que le he dicho.

Don Camilo la miró perplejo.

—Si no inventaba esa historia, ¿era usted el que convencía a mi papá de que me dejara casar con el Halcón?

Don Camilo negó con la cabeza.

—Pero no le digas nada a tu padre —le aconsejó—. Tampoco cuando estéis casados.

Era una maldad; pero, ciertamente, la petulancia de Rocchi merecía un castigo.

—No, no se lo diré —contestó la muchacha—. La paliza me la dio como si fuera cierto lo que le conté.

—Precisamente —afirmó don Camilo—. ¿Por qué echar a perder tan santa paliza?

Cuando pasó ante el altar, el Cristo lo miró un poco enfadado.

—Jesús —explicó don Camilo—. El que se humilla será exaltado, el que se exalta será humillado.

—Don Camilo, tú andas desde hace tiempo por un camino peligroso.

—Con la ayuda de Dios se puede andar por cualquier camino —respondió don Camilo—. Éste será un matrimonio que valdrá por quince de los acostumbrados.

Y en verdad fue así.

EL KOLJÓS



Cuando fueron a decirle que el pueblo había ocupado las Gravas, Boschini estaba haciendo las cuentas de la leche, cosa seria, pero dejó todo plantado y, habiendo hecho atar el caballo al birlocho, fue a ver.

Por el camino encontró al jefe de los carabineros, que, en bicicleta, pedaleaba como ánima en pena hacia el pueblo.

—Voy a telefonar que me envíen refuerzos —explicó el jefe—. Somos sólo cuatro gatos y no seremos bastantes para echar a esos violentos.

Boschini se echó a reír.

—¿Y por qué los quiere echar? La vez que consigo encontrar unos desgraciados que toman en consideración las Gravas, usted quiere hacer que se me escapen. Deje correr.

Un campo de treinta hectáreas es un asunto serio, y las Gravas eran justamente una finca de algo más de treinta, pero era tierra que, sembrando trigo, producía piedras, por tanto, después de haber conocido Dios sabe cuántos arrendatarios y aparceros, la finca había quedado abandonada. Estaba

abandonada desde hacía por lo menos diez años, pero el pueblo lo había notado sólo ahora, y es así como la había ocupado, con banderas a la cabeza de la columna y cartelones con palabras tremendas.

Apenas Boschini apareció en la calle que llevaba a la casa, todos corrieron al encuentro, amenazadores, y lo rodearon.

Pepón se adelantó y dijo con voz sombría:

—Métase bien en la cabeza que aquí estamos y aquí nos quedaremos^[6]. Si a usted no le interesa la tierra, interesa al pueblo hambriento.

—Bueno —respondió Boschini—. Pero aquí los casos son dos, porque la ley no la he inventado yo: o ustedes desalojan mi propiedad, o se ponen en orden arrendándola.

—¿Eso quiere decir que usted intenta especular sobre la miseria del pueblo hambriento? —preguntó Pepón.

—No me parece, dado el precio especial que les haría —respondió Boschini—. Hacemos un pequeño contrato y yo les doy el fundo por una lira anual. Ustedes me dan cinco liras y se ponen al corriente por cinco años.

Pepón lo miró desconfiado.

—¿Qué porquería esconde esto? —preguntó.

—Ninguna porquería, porque todo se hará por escrito ante notario —repuso Boschini, tranquilizándolo—. Quiero simplemente divertirme sin renunciar a la propiedad. Quiero simplemente ver qué conseguirán ustedes sacar de este maldito pedregal.

El contrato regular fue redactado ante un notario y Pepón tomó en arriendo las Gravas por el término de cinco años, previo el pago de cinco liras, todo ello en nombre de la Cooperativa Agrícola Popular.

Y en una proclama solemne, callando el detalle del contrato, anunció al mundo que *sobre las orillas del Volga italiano había nacido el primer koljós de la República, conquistado por el sacrificio y el ardimiento del pueblo*.

Organizar un *koljós* no es un chiste, pues es necesario informarse de cómo funcionan las granjas colectivas en los países democráticos, es necesario idear reglamentos, estatutos, establecer turnos de trabajo, seleccionar las solicitudes de los aspirantes koljosianos, y sigan contando.

Boschini pasó tres meses sin dejarse ver en las Gravas; después, cierto día llegó, y visto que nadie había movido siquiera un guijarro y todo estaba como antes (salvo la bandera roja en la punta de un alto mástil plantado en medio de la era), buscó a Pepón y le dijo:

—Cuando estén arrepentidos del negocio, yo les devuelvo las cinco liras y anulamos todo.

Pepón se rió divertido.

—Nosotros venimos de muy lejos y vamos muy lejos —contestó—. Nosotros no tenemos prisa; el primer plan quinquenal funciona perfectamente. Quien viva, verá.

El *koljós* de las Gravas se había vuelto la diversión de todos los reaccionarios de aquellos parajes y era un continuo ir y venir de gente que daba vueltas alrededor de la finca para curiosear y decir malignidades. Pero la finca parecía abandonada.

Finalmente estalló la bomba y el pueblo fue convocado en la plaza para escuchar comunicados de importancia extraordinaria.

Prepararon todo como era debido, acudió gente de todos los lugares del municipio y de los municipios vecinos, y cuando la plaza estuvo llena como un huevo, en la tribuna forrada de rojo apareció Pepón.

—Compañeros —dijo Pepón—, el momento es solemne. ¡La gloriosa nación soviética nos tiende la mano fraterna y envía a la Cooperativa Agrícola Popular su táctil ayuda!

Pepón continuó en este tono y habló de la diferencia sustancial que hay entre quien quiere la paz y quien quiere la guerra, y otras cosas esenciales. Luego concluyó que, como las palabras vienen de Occidente y los hechos de Oriente, había presentado al pueblo hechos concretos.

—¡Abrid paso a la civilización que avanza! —vociferó al final. Y el pueblo abrió paso y entre dos alas de gente avanzó solemne, precedido por una formidable estafeta motociclista, el majestuoso tractor a oruga ruso asignado al *koljós* de Pepón.

—¡Abrid paso a la civilización y a la paz! —vociferó otra vez Pepón, y la banda empezó a tocar el himno *Bandera roja*.

Era un momento de veras solemne, y justamente en ese momento el tractor se paró, y fue una lástima, porque ya estaban listos los niños y las niñas vestidos de rojo que, provistos de grandes ramos de flores, deberían arrojarlos sobre la majestuosa máquina.

El Flaco, que estaba al volante, descendió y empezó a hurgar dentro de la caja del motor, después se volvió hacia el palco y abrió los brazos desolado. Estaba en ayunas de todo eso.

Entonces Pepón abandonó el palco, y rabioso, con los ojos encendidos, se dirigió hacia el tractor.

—Maldito saboteador —le dijo al Flaco en voz baja—. ¡Después ajustaré cuentas contigo!

No había motor capaz de esconderle a Pepón secretos achaques. Se quitó la chaqueta y empezó a trabajar con la llave inglesa, pero después de dos minutos un perno se le deshizo entre las manos. No había nada que hacer.

—La máquina es magnífica —dijo en voz alta—. La máquina es perfecta, pero los sabotadores son demasiados en este puerco mundo.

No obstante, no era posible dejar plantado el tractor en medio de la plaza. Había que hacerlo desfilar de cualquier modo frente al palco, en el cual, por otra parte, estaba también el representante de la Federación provincial.

Belletti prestó su «Fordson» americano, y así, arrastrado por el Occidente fautor de guerras, el Oriente pasó frente al palco y lo cubrieron de flores.

Mientras tanto, aparte del pequeño incidente, el tractor estaba allí y se hacía oír, porque hacía un estrépito del diablo. Y también había un poderoso arado, lo que significaba que Pepón tenía razón cuando afirmaba que el plan quinquenal estaba en plena marcha.

Pepón, sediento de desquitarse, trabajó la noche entera en torno al tractor. Trabajó también todo el día siguiente, porque encontró muchas cositas que no estaban a punto.

Pero al fin pudo hacer fijar un comunicado histórico:

Cooperativa Agrícola Popular koljós Las Gravas

Comunicado N.º 1

En la mañana del sábado, con intervención de todas las autoridades comunales, se iniciarán, con breve y vibrante ceremonia, los trabajos de roturación de la tierra conquistada por el pueblo.

*¡La tierra para los campesinos!
¡Viva la Paz! ¡Viva el Trabajo!*

Llegó la mañana del sábado y las Gravas fueron invadidas por un gentío. Pepón explicó brevemente el significado del hecho; después el trabajador más anciano del koljós se asió a la manivela para poner en marcha el motor. En el volante estaba el koljosiano más joven, y todo ello ofrecía un espectáculo delicadamente alegórico.

La banda empezó a tocar el himno de los trabajadores: el anciano hizo girar la manivela, pero fue derribado, gimiendo, al suelo: un contragolpe le había roto el brazo derecho. Lo notaron solamente los que estaban más cerca,

porque Pepón, de un salto, había tomado su lugar y puesto él en marcha el motor.

El pueblo gritó entusiasmado, y el tractor, despidiendo alegres explosiones, se movió. Prosiguió seis metros con aire verdaderamente majestuoso; luego se paró. Pepón intervino y con no más de media hora de trabajo devolvió su perfecta eficiencia al motor, y el tractor volvió a partir.

A los treinta metros ocurrió un hecho curioso: el tractor hizo un viraje repentino, partió los cables con que venía enganchado a remolque el arado y, continuando su vuelta endiablada, pasó por encima de aquél partiendo en dos el timón.

Simplemente: se había roto una de las orugas del lado derecho, el conductor había sido despedido del asiento y el tractor se había puesto a girar sobre sí mismo.

Hubo en las filas de la reacción gente que ese día se emborrachó de júbilo y a algunos los acometieron calambres de tanto reír.

Pepón tenía el hígado hinchado como un dirigible, y como el daño era más bien grande, trabajó cuatro días para poner el tractor en condiciones de hacer de tractor y el arado en condiciones de hacer de arado.

La roturación del *koljós* volvió a hacerse casi clandestinamente. Nadie la anunció, pero todos la sabían, y cuando el tractor se movió para continuar el surco comenzado, los cercos y las matas de en torno a las Gravas estaban llenos de ojos curiosos.

La espera era grande, pero no quedó burlada: llegado a la mitad del surco, el tractor se resistió a seguir y se vio a Pepón saltar y gritar como un loco.

Ya Pepón trabajaba exclusivamente para el tractor, pero la roturación no adelantaba por la sencilla razón de que no bien quedaba arreglado, el tractor ruso hacía veinte metros y después se plantaba como una mula.

Y la música no tenía traza de acabar.

Una tarde don Camilo estaba en su casa leyendo cuando apareció Pepón.

—Reverendo —dijo—, en esto no entra la política. ¡Está de por medio la tierra por arar, la tierra por bonificar, el pan para la gente que tiene hambre!

—¿Y qué? —preguntó con calma don Camilo.

—Yo no sé qué tiene ese tractor en la panza. ¡No anda! Apenas concluyo de arreglarlo por el lado derecho, se descompone del lado izquierdo. Apenas he concluido de componerlo en la parte de abajo, algo se le estropea en la de arriba.

—Ésta es una casa parroquial, no un taller mecánico —explicó don Camilo.

—Afuera tengo la moto —continuó Pepón— y lo hacemos en un minuto. Venga a bendecir ese tractor, que debe de tener en la panza todas las maldiciones de la creación.

Don Camilo movió la cabeza.

—Por un tractor bolchevique yo no me muevo, tampoco si estuviera muriéndose.

Pepón se marchó apretando los puños, pero poco después don Camilo pedaleaba hacia el *koljós*.

Las Gravas estaban totalmente a oscuras. Sólo había alguna luz en la era. Sentado en medio de un montón de hierros, Pepón, con una llave inglesa en la mano, estaba mirando desconsolado el tractor, en torno del cual había trabajado ocho horas seguidas.

—¿Y entonces? —preguntó don Camilo.

—No entiendo ya nada —gimió Pepón oprimiéndose la cabeza entre las manos—. He repasado todo, he verificado todo, he puesto todo a punto, he probado todo. ¡No va! ¡No va!

El desconsuelo de Pepón era inmenso, como la tristeza de la tierra desnuda, como el silencio de la noche. Y sobre el agua del gran río corría el viento de la primavera.

Don Camilo se acercó a la máquina y alzó el hisopo, musitando las palabras rituales.

Cuando hubo acabado, Pepón dio vuelta a la manivela y la máquina se puso en movimiento tronando y humeando como si estuviera arrojando al demonio por el tubo de escape.

Pepón subió, se puso al volante e inició la marcha.

La máquina se encaminó hacia el surco empezado.

Y no se paró.

LOS ESPÍRITUS



La Perrilla era una casa en ruinas, abandonada desde hacía treinta o cuarenta años.

La Perrilla estaba lejos del pueblo, sepultada en medio de los aromos; y como cerca se hallaba el transbordador, mucha gente pasaba por las cercanías, pero ninguna llegaba hasta la casa. Ahora bien, muchos habían notado que en La Perrilla sucedía algo raro y habían llegado a la conclusión de que sólo podían ser espíritus.

—Usted es el alcalde —dijo la opinión pública a Pepón— y debe ir a ver de qué se trata. Si tiene miedo, es otro asunto. Pero cuando uno tiene miedo, en lugar de hacer de alcalde, es mejor que haga otro oficio.

Pepón entonces se levantó, fue a su casa a tomar la escopeta de doble cañón y, seguido por la opinión pública, se encaminó a La Perrilla. Cuando el grupito llegó ante el espeso bosquecillo de aromos en medio del cual se vislumbraban los muros desconchados de la casa maldita, todos se detuvieron; y Pepón comprendió que si no hubiera seguido adelante, el Partido habría recibido un golpe tremendo en el municipio y en los municipios limítrofes. Penetró en el bosquecillo.

Cuando, llegado a la «puerta falsa», vio ante sí la puertecilla desvencijada que llevaba a la cocina, lo acometieron todos los sudores que pueden acometer a un hombre. Después se apoderó de él la desesperación y de golpe abrió la puertecilla. Sólo vio dos ojos inmensos fijos en él; levantó la escopeta y apuntó a los dos ojos, pero un grito de angustia lo detuvo a tiempo.

—Le ruego, señor, que no me haga daño.

La muchacha tenía una voz dulce, pero hablaba con dificultad, como si no encontrara las palabras.

—¿Quién eres? —jadeó Pepón.

De afuera llegaba el murmullo de la gente que aguardaba en la orilla del bosquecillo; la muchacha corrió a la ventana, miró a través de una rendija de los postigos destartados, luego se volvió hacia Pepón y le imploró juntando las manos:

—Le ruego, señor, que no diga nada, en nombre de Dios.

Pepón sintió que detrás de él estaba sucediendo algo; y volviéndose de pronto, se encontró con otros dos ojos, grandes como los de la muchacha, pero más bajos, porque pertenecían a un niño que tenía por cuna un cesto de mimbre.

—¡Mundo de tal por cual! —gritó enfurecido Pepón—. ¿Puede saberse qué historia es ésta?

—Le ruego, señor, que no diga nada, en nombre de Dios —repitió llorando la muchacha, que se había inclinado sobre el cesto como para proteger al niño.

Cuatro ojos implorantes así eran demasiados para Pepón; se puso la escopeta en bandolera y salió golpeando la puerta con violencia.

Cuando lo vio aparecer, la gente enmudeció.

—Miré por todos lados —explicó Pepón sombrío—. No encontré nada positivo. Pero, efectivamente, algo raro debe de haber allí. Efectivamente, se oyen rumores que me gustan poco.

Don Camilo miró, preocupado, a Jorgito, el hijo menor de los Morini: luego abrió los brazos.

—Cálmate y habla.

El mozo se secó el sudor que le goteaba de la frente y se sentó frente a don Camilo.

—Cuando estaba prisionero en Alemania —dijo—, me llevaban todas las mañanas fuera del campo a Bremen, junto con los demás compañeros. Limpiábamos los escombros de las calles; pero era un lío, porque también de día llegaban los aeroplanos, unos mil o mil quinientos cada vez, y era un problema encontrar un lugar donde refugiarse. Una mañana de los primeros días de abril del 45, mientras cavaba, me cayó sobre una pierna un bloque de cemento; como para partírmela, pero tengo los huesos duros y no me la partió; sin embargo, no podía caminar. En ese momento llegaron los aeroplanos y yo quedé al descubierto, solo como un perro. Me arrastré dentro de una casa derrumbada y allí encontré sentada sobre un montón de

escombros a una muchacha. Yo me las arreglé para hablar en alemán. «¿Qué haces?», le pregunté. «Estoy aquí», contestó la muchacha. Yo había oído respuestas cretinas, pero estúpida como ésa, ninguna.

«Veo que estás aquí —dije—. ¿Por qué no vas al *Bunker*?». Mientras tanto había empezado la música, y parecía un terremoto. «Todo kaputt», respondió la estúpida, sonriendo. «¿Kaputt también tu cerebro?», le pregunté. «No —dijo la muchacha—. Kaputt mi padre, kaputt mi madre, kaputt mi hermanita, kaputt mi casa. Todo abajo aquí», explicó indicando el montón de escombros sobre el que estaba sentada...

El mozo se interrumpió.

—Reverendo —suspiró—, la guerra es una inmundicia; pero cuando dos se encuentran bajo un bombardeo en masa, sentados sobre la ruina de una familia, haciendo tales discursos, ¿qué quiere usted que haga un cristiano? Hice la paz por separado con Alemania. «Todo kaputt», suspiró la muchacha mirándome con sus ojos condenados. «No —contesté—, todo no. ¡Dios no está kaputt!...».

—¡Bravo! —exclamó don Camilo.

—Y entonces ella me miró; después bajó de los escombros y me vendó la pierna con el pañuelo que llevaba al cuello. Después volvió a su montón de escombros y siguió mirándome. El *Lager* estaba a cinco o seis kilómetros de la ciudad, y la pierna me dolía de un modo infernal; terminado el bombardeo me hicieron recorrer el camino a pie, y Dios sabe qué me trabaja adentro, pero ese maldito pañuelo que me vendaba la pierna me impedía pensar lo que habría querido pensar. A la mañana siguiente yo estaba mejor y llegado que hube a cierto punto de la calle, vi a la muchacha, que estaba esperando. Siguió a la columna hasta el lugar de trabajo y allí se quedó, sentada sobre un montón de escombros, hasta cuando nos hicieron regresar. Entonces nos siguió hasta el *Lager*. «Ésa quiere que le devuelva su pañuelo», pensé. Entonces, por la tarde, lo lavé, lo planché con la tapa de la gamella, que llené de brasas, lo envolví en un papel, poniendo una piedra adentro; y a la mañana siguiente, cuando la muchacha volvió a repetir la historia del día antes, le arrojé el pequeño envoltorio. Al otro día volví a verla esperándome fuera del campo; después me acompañó hasta el trabajo; después se sentó y se quedó a mirarme trabajar; y después, al regreso, me siguió. Yo me dije: «Pero ¿qué quiere ahora de mí esta maldita alemana? ¿Quiere cobrar el alquiler del pañuelo?». Hablarle no podía, porque estaba prohibido; cuando llegó otra alarma, fingí haber sido lastimado en una pierna y permanecí en el lugar. Así fue como me acerqué: «¿Puedo saber qué quieres de mí?», le pregunté de

mala manera, mientras caían bombas como si lloviese. «No lo sé —contestó—. ¿Te disgusta que te mire?». «Pero ¿por qué quieres mirarme precisamente a mí?», dije yo. «¿Y a quién voy a mirar?», preguntó ella. En ese momento cayó una bomba a poca distancia y por el desplazamiento del aire nos encontramos... Nos encontramos... como quien dice... abrazados...

—He oído decir que las bombas dan bromas muy raras —aprobó gravemente don Camilo—. ¿Después cayeron otras bombas cerca?

—No —respondió el mozo—. El bombardeo acabó en ese punto y fue el último. Después llegaron a libertarnos los aliados y nos tuvieron encerrados dentro del campo para evitar confusiones y la alteración del orden público. Después nos trasladaron a otro campo, y allí esperamos algún tiempo; después yo fui uno de los afortunados y me embarcaron entre los primeros en un tren de repatriados.

—¿Y la muchacha? —preguntó don Camilo—. ¿Volviste a verla?

—Sí; la muchacha estaba en la estación presenciando mi partida. Sólo Dios sabe cómo hizo para seguirme y alcanzarme; el hecho es que la muchacha estaba en la estación.

—Un lindo caso, ciertamente. ¿Y entonces?

—Y entonces usted debe pensar que aún había una confusión infernal y que casos como éste han ocurrido centenares. Hice una colecta entre los más íntimos y conseguí un par de zapatos, un par de pantalones, una chaqueta y un sombrero de alpino. ¡Y la muchacha subió a mi vagón vestida de alpino! Llegué de noche y la hice esconder —continuó el mozo—. No podía volver a casa con una mujer. Usted sabe cómo son los míos; en estos casos son tremendos. Volvía a casa solo y encontré lo que jamás había pensado encontrar.

Don Camilo se agarró la cabeza entre las manos.

—¡Qué lío, muchacho!

Los Morini eran gente acomodada, dueña de un fundo con un establo repleto de animales. Tenían seis hijos, cuatro varones y dos mujeres. La guerra se había llevado a tres de los varones y había devuelto uno solo: Jorgito. Los otros dos habían sido fusilados en represalia por los alemanes, en el mismo patio de la casa, ante los ojos del padre, de la madre y de las dos hermanas. Y ahora Jorgito regresaba con una muchacha alemana.

—Reverendo —dijo acongojado Jorgito—, si la hubiera llevado a casa, me la habrían hecho pedazos. Y ella no tiene ninguna culpa, ¿comprende? No podía abandonar a los míos; ni tampoco podía abandonarla a ella.

—¿Dónde está? —preguntó don Camilo.

—La he tenido escondida en la ciudad; pero ahora que está el niño...

—¡También el niño! —gritó don Camilo—. ¡También esta complicación!

—Ahora que, en fin, las cosas están como están, desde hace un año vive escondida en La Perrilla... Voy a verla de noche, cuando puedo... Desde hace un año lleva una vida de topo.

Don Camilo se levantó y empezó a caminar de arriba abajo.

—Pero el lío mayor sucede ahora —gimió el mozo—. Vengo de allá; usted conoce la historia de los espíritus, etcétera; Pepón ha ido a La Perrilla y ha visto todo. Ella no ha dicho quién es; pero si Pepón habla, en un momento se descubre la verdad. No es por mí, reverendo; pero si los viejos llegan a enterarse, les da un ataque al corazón. Reverendo, ¿qué debo hacer?

—Ve a La Perrilla y yo voy a ver a Pepón —respondió don Camilo.

Don Camilo entró inmediatamente en materia.

—Fuera de ti, ¿quién sabe lo que has visto hoy en La Perrilla? —preguntó.

—Usted —refunfuñó Pepón—. ¿Qué es lo que usted no sabe?

—Bien —dijo don Camilo—. Queda entendido que debemos saberlo solamente nosotros dos.

Pepón miró a don Camilo; después se rió burlonamente.

—Usted vaya a dar órdenes en la sacristía. Y nada más que para demostrarle el miedo que le tengo, le garantizo que mañana lo sabrán hasta los gatos.

—¡Eres un bellaco! —dijo don Camilo.

Pepón lo miró apretando los dientes; después cambió improvisamente de expresión.

—Bueno —dijo conciliador—; si esa muchacha y el pequeñuelo le interesan a usted personalmente, entonces podemos discutir... Somos hombres, reverendo, y se sabe que la carne es débil...

Don Camilo había recibido de Dios dos dones importantes: una inmensa fe y un tipo de directo al mentón capaz de derribar un buey, admitiendo que un buey tenga mentón. Un alcalde, aun cuando de la talla de Pepón, además de poseer un mentón, es menos robusto que un buey. Pepón absorbió el directo y se desplomó.

—Yo te haré ver si la carne es débil —gruñó don Camilo.

—¡Ajustaremos las cuentas! —gritó Pepón levantándose.

—Pepón —dijo don Camilo—, éste no es sitio para ajustar cuentas. Estoy en tu casa y para mí la hospitalidad es sagrada e inviolable. Levanté la mano

sobre ti y estoy afligido: no la levantaré más. Si no te tranquilizas, te rompo la cabeza con esta barra de hierro.

Pepón retrocedió.

—Escucha ahora —dijo don Camilo—. Después harás lo que quieras. Toma la capa y vamos a La Perrilla.

Entrando en la desnuda habitación, alumbrada solamente por el aterido foguezuelo del hogar, Pepón vio primeramente seis ojos: los dos de la muchacha, los dos del niño y los dos de Jorgito.

Sin hablar, él y don Camilo se sentaron delante del hogar; después don Camilo dijo al mozo:

—Repítele con todos los pormenores lo que me has contado a mí.

El mozo repitió su relato, y Pepón escuchó en silencio, ceñudo, con la cabeza baja.

Cuando aquel concluyó, saltó en pie arrojando lejos el hurgón con que había removido las cenizas todo el tiempo que duró el relato.

—Pero, condenado de porquería —gritó—, ¿con tantas mujeres como hay en el mundo, precisamente tenías que ir a encontrar una de la raza de esos malditos que han matado a tus hermanos?

—Pepón, él no ha sido el que la buscó. Fue cosa del desplazamiento de aire producido por la bomba...

—¡Usted cálese, que si no aquí acabamos a cuchilladas! —gritó Pepón—. ¡Hay muertos aquí! ¡Muertos que reclaman venganza!

—También había muertos bajo el montón de escombros sobre el cual, en Bremen, estaba sentada la muchacha —dijo don Camilo en voz baja.

—¿Y qué? ¿Acaso los mataron los hermanos de este imbécil? —rebatía Pepón—. Tú, condenado de porquería, haciendo lo que has hecho, has escupido sobre los cadáveres de tus dos hermanos.

La muchacha seguía atentamente el discurso de Pepón. Se veía que comprendía todo. Cuando la voz tonante de Pepón calló, se oyó la voz sumisa y dulcísima de la muchacha.

—Se lo ruego, señor —susurró, poniendo largo espacio entre una y otra palabra—. Usted tiene razón. Yo antes no sabía. Después era demasiado tarde. Tampoco él sabía. Por favor, hay que tener un poco de paciencia.

La muchacha sonreía; Pepón miró a don Camilo.

—Hay que tener, por favor, un poco de paciencia... Es la guerra, señor...

La muchacha estaba sentada con el niño en brazos, cerca de Jorgito. Extendió una mano, buscó la de él y se la estrechó.

¿Cuánto duró aquel silencio?

Rompió la pesadilla el llanto del niño. Porque el niño fue el primero que advirtió, sin saberlo, que su madre no estaba ya allí, que había vuelto a sentarse sobre su montón de escombros entre los muros derribados de Bremen. Allí quedaba una pequeña, insignificante cosa fría.

Apenas esa tarde había sido descubierta por Pepón, había decidido beber el contenido de la botellita escondida en el agujero que ella conocía. Y la muerte se había apoderado de ella lenta y dulcemente.

A Jorgito le faltaron fuerzas para gritar; Pepón lo asió de un brazo y fue a llevárselo a los padres.

—Vigílenlo y no lo abandonen un momento —dijo simplemente—, si no quieren perder también a éste.

Luego volvió corriendo a La Perrilla y encontró al niño, que dormía en el cesto, y a don Camilo arrodillado ante la muchacha muerta.

Entonces se arrodilló él también; después empezó a sollozar.

—Despacio, que despiertas al niño —susurró don Camilo.

Cayó el silencio en la cocina y pasó algún tiempo; y el silencio se volvía siempre más lóbrego, pesado y frío, como si, poco a poco, el aire se helara.

De repente se oyó un gemido largo y desgarrador que recorrió las habitaciones vacías y desiertas de la casa maldita.

Pepón palideció y miró aterrorizado a don Camilo; pero don Camilo dijo en voz alta:

—Paz para vosotras, almas de todos los muertos asesinados por la guerra.

—Amén —jadeó Pepón.

¡Y el gemido calló!

En La Perrilla fue encontrada muerta una desconocida. Las autoridades establecieron que, extraviada, se había refugiado allí y había muerto de frío.

La encontraron con un niño al lado, y el arcipreste tanto hizo que, con la ayuda de Dios, logró hacerlo adoptar por los Morini.

El alcalde, a veces, mientras, estando acostado, miraba la oscuridad con los ojos abiertos, oía una voz que contaba: «“...Todo kaputt”, suspiró la muchacha, mirándome con sus condenados ojos. “No —contesté yo—, todo no. Dios no está kaputt...”».

Era como si a Jorgito le hubieran vuelto el cerebro: a veces le parecía que alguien le había contado también a él una historia así. Una condenada historia de guerra.

EL ÁNGEL DEL 1200



Murió el viejo Bassini y en su testamento estaba escrito: «Dejo todo al arcipreste, para que haga dorar el ángel del campanario; así brillará y desde arriba podré saber dónde está mi pueblo».

El ángel estaba encima de la torre, y visto desde abajo no parecía gran cosa, porque la torre era alta; pero cuando, armados los andamios, subieron, se vio que era casi grande como un hombre. Se necesitaba mucho oro de subidos quilates para cubrirlo.

Llegó de la ciudad un especialista y subió a estudiar el trabajo, pero no se quedó mucho tiempo: descendió muy agitado a los pocos minutos.

—Es un arcángel Gabriel de cobre labrado a martillo —explicó a don Camilo—. Una belleza extraordinaria. ¡Cosa auténtica, del 1200!

Don Camilo miró al hombrecito, luego meneó la cabeza.

—¿Y cómo puede ser del 1200 si la iglesia y el campanario tienen, cuando mucho, trescientos años? —objetó.

—Hago este oficio desde cuarenta años atrás y he dorado millares de estatuas. Si no es del 1200, yo le hago el dorado gratis.

Don Camilo era un hombre que se sentía bien cuando tenía los pies apoyados en el suelo, pero la cosa despertó en él tanta curiosidad, que subió junto con el hombrecito hasta la cima del campanario para ir a verle la cara al ángel.

Quedó con la boca abierta porque, de veras, el ángel era de una belleza extraordinaria.

Don Camilo descendió muy turbado: ¿cómo había podido acabar encima de la torre de la pobre iglesia campesina un ángel tan hermoso?

Revolvió el archivo de la parroquia para encontrar algo que aclarara el extraño asunto, pero no encontró absolutamente nada.

A la mañana siguiente, el especialista volvió de la ciudad con dos señores que subieron a la torre y cuando bajaron repitieron a don Camilo lo que ya había dicho el hombrecito: era una auténtica obra maestra del 1200.

Eran dos profesores en el ramo artístico: dos hombres gordos, y don Camilo les agradeció conmovido.

—Es una cosa notable —exclamó—. Un ángel del 1200 sobre el campanario de esta pobre iglesia. Es un honor para todo el pueblo.

Por la tarde llegó un fotógrafo y subió a fotografiar el ángel por los cuatro costados. A la mañana siguiente, el diario de la ciudad traía un largo artículo que hablaba del ángel del 1200, y el artículo, ilustrado con tres fotografías, concluía explicando que habría sido un verdadero delito dejar allá arriba, arruinándose a la intemperie, esa preciosa obra maestra. El patrimonio artístico pertenece a la cultura y a la civilización; por consiguiente debe ser tutelado, y casi en seguida. Eso le hizo arder los oídos a don Camilo.

—Si estos malditos de la ciudad se proponen timarnos el ángel, se equivocan —dijo don Camilo a los albañiles que estaban reforzando el andamio alrededor de la torre.

—Se equivocan, sí —dijeron los albañiles—. Nuestras cosas no se tocan.

Después llegó más gente, otros personajes, también del obispado, y todos subieron a mirar el ángel, y todos de regreso dijeron a don Camilo que era un delito dejar una cosa tan bella expuesta al agua y al hielo.

—Le compraré un impermeable —gritó al fin don Camilo. Y como los demás le objetaron que eso no era razonar, don Camilo razonó—: En todas las ciudades del mundo hay estatuas que son obras maestras y nadie piensa ponerlas al abrigo. ¿Por qué debemos hacerlo nosotros con nuestro ángel? ¿Por qué no van ustedes a Milán a decir a los milaneses que la «Virgencita» de la Catedral se destruye quedando allá arriba y que conviene descenderla para abrirla? Los milaneses los recibirían a puntapiés si ustedes les hicieran una propuesta semejante, ¿sí o no?

—La «Madonnina» de Milán es otra cosa —respondió a don Camilo uno de los personajes.

—¡Pero los puntapiés son los mismos en Milán que aquí! —replicó don Camilo.

Como la gente que se agolpaba en el atrio alrededor de don Camilo comentó sus palabras con un «¡bien!», los otros no insistieron.

Algún tiempo después el diario de la ciudad volvió al ataque.

Dejar un ángel del 1200, un ángel tan hermoso, encima del campanario de un perdido pueblecito de la tierra baja era un delito. No porque se quisiera quitarle el ángel al pueblo, sino que ese mismo pueblo habría podido adquirir, gracias al ángel, una atracción turística, cuando el ángel hubiese sido expuesto en un lugar accesible. ¿Qué enamorado de objetos artísticos se habría movido para trasladarse a un remoto pueblecillo de la tierra baja para mirar, desde la plaza, una estatua puesta en el extremo de un campanario? El ángel debía ser llevado al interior de la iglesia, se haría un calco, y luego, una copia exactísima sería colocada, dorada convenientemente, encima del campanario.

La gente leyó el artículo y empezó a murmurar que, en verdad, mientras el ángel quedara encima del campanario nadie podría ver su belleza. En la iglesia todos hubieran podido verlo y el campanario nada habría perdido, pues tendría su ángel dorado, exactamente igual al otro.

Los personajes de la parroquia discutieron el punto con don Camilo, y don Camilo al fin admitió que no tenía razón en insistir. Cuando bajaron el ángel del campanario, todo el pueblo estaba en la plaza y durante muchos días el ángel quedó en el atrio porque todos querían verlo y tocarlo. También llegó gente de los pueblos cercanos, pues se había difundido la voz de que se trataba de un ángel milagroso.

Cuando hubo que hacer el calco para la reproducción, don Camilo no cedió:

—El ángel no se mueve de aquí. Traigan las herramientas y saquen el molde aquí mismo.

El viejo Bassini, hechas las cuentas generales y liquidados todos sus negocios, había dejado dinero más que suficiente para dorar, no ya uno, sino diez ángeles; así que el dinero alcanzó cómodamente para el calco en bronce que iría encima del campanario.

Y el calco llegó, chispeante de oro fino, y la gente fue a verlo y concluyó que era una obra maestra.

Lo compararon centímetro por centímetro con el original y todo resultaba igual del modo más extraordinario.

—Si estuviera dorada también la otra estatua, nadie lograría distinguirla —dijo la gente.

Entonces a don Camilo lo asaltaron algunos escrúpulos.

—Haré dorar también el ángel verdadero —decidió—. Dinero hay.

Aquí intervinieron los personajes de la ciudad y dijeron que la estatua original no debía ser tocada por muchísimas razones; pero don Camilo tenía ideas muy claras.

—Aquí el arte no tiene nada que ver —afirmó—. El viejo Bassini me ha dejado su dinero para que haga dorar el ángel del campanario. El ángel del campanario es éste, y yo debo hacerlo dorar; de otro modo traiciono la voluntad del difunto Bassini.

Mientras tanto el ángel nuevo fue izado sobre el campanario; inmediatamente los especialistas empezaron a dorar el ángel viejo y pronto remataron la tarea.

El ángel viejo fue colocado en la iglesia, en un nicho cercano a la entrada, y visto así, todo de oro fino, era cosa de maravilla.

La víspera de la inauguración, don Camilo no podía dormir. A las diez de la noche se levantó y bajó a contemplar su ángel de oro.

«Mil doscientos —dijo don Camilo—. Y esta iglesia hace menos de trescientos años que ha sido levantada. Tú existías cuatrocientos años antes de esta iglesia. ¿Qué hiciste para ir a parar sobre la torre? ¿Quién te llevó?».

Don Camilo miró las grandes alas del arcángel Gabriel, luego se pasó la manaza sobre la cara sudorosa. ¡Vamos! ¿Cómo podía un ángel de cobre volar hasta la aguja de un campanario?

El ángel estaba dentro del nicho, protegido por un gran cristal con marco, que podía abrirse. Don Camilo sacó de prisa la llavecita del bolsillo y abrió el cristal.

Un ángel habituado a vivir allá arriba, ¿cómo podía quedar encerrado dentro de esa caja? Le parecía que debía de faltarle el aire.

Se le apareció el viejo Bassini: «Dejo todo al arcipreste, para que haga dorar el ángel del campanario; así brillará y desde arriba podré saber dónde está mi pueblo».

«Desde arriba el viejo Bassini no ve brillar su ángel —pensó don Camilo—. Ve brillar un ángel falso. El que quería ver brillar era éste...».

Su zozobra creció. ¿Por qué engañar al viejo Bassini?

Don Camilo fue a arrodillarse ante el Cristo del altar mayor:

—Jesús —dijo—, ¿por qué he estafado al viejo Bassini? ¿Por qué hice caso a esos imbéciles de la ciudad?

El Cristo no contestó y don Camilo volvió otra vez ante el ángel.

«Durante trescientos años tú has mirado estos campos y esta gente. Durante trescientos años tú, silencioso, has velado sobre esta tierra y estos hombres. Quizá durante setecientos años, porque acaso esta iglesia surgiera de las ruinas de una más antigua. Nos has salvado de las guerras, del hambre, de la peste. ¿Cuántos rayos rechazaste? ¿Cuántas tormentas pusiste en fuga? Desde trescientos años atrás, quizá desde setecientos, has enviado el último saludo del pueblo a las almas de los muertos que subían al cielo. Tus alas han vibrado al son de todas las campanas: campanas tristes, campanas alegres. Siglos de gozos y de dolores están encerrados en tu metal. Y ahora estás aquí, sin aire, en una jaula dorada, y no verás más el sol, y no verás más el cielo azul. Y en tu lugar hay un ángel falso que viene de la fundición y trae encerrado en su metal solamente el eco de las blasfemias de los fundidores, envenenados por la política.

»Y ese ángel falso ha ocupado tu puesto. Un hombre iluminado por la fe te forjó. A martillazos modeló tu metal milímetro por milímetro; máquinas monstruosas e impías han creado el otro, que es idéntico a ti; pero mientras en cada milímetro cuadrado de tu metal existe algo de la fe del ignorado artesano del 1200, en el metal del otro sólo hay la fría impiedad de la máquina. ¿Cómo podrá protegernos ese despiadado e indiferente ángel falso? ¿Qué puede importarle de nuestros campos y de nuestra gente?». Ya eran las once de la noche. Una noche llena de silencio y de niebla. Don Camilo salió de la iglesia y se hundió en la oscuridad.

Pepón bajó en seguida a la calle y miró de mala manera a don Camilo.

—Te necesito —dijo don Camilo—. Ponte la capa y sígueme.

Llegados a la iglesia, don Camilo mostró a Pepón el ángel chispeante de oro fino.

—Te ha protegido a ti, a tu padre, a tu madre y a la madre de tu padre y de tu madre. Debe proteger también a tu hijo. Debe volver a su sitio.

Pepón miró a don Camilo.

—¿Se ha vuelto loco?

—Sí —respondió don Camilo—. Pero, aun cuando estoy loco, no puedo hacer solo la locura que me pasa por la cabeza. Necesito la ayuda de otro loco como tú.

El andamio estaba todavía intacto en torno de la torre: don Camilo embutió la sotana en los pantalones y subió. Poco después llegó Pepón con un aparejo.

Eran solamente dos, pero su locura y fortaleza valía por seis: ataron el ángel, destornillaron el pedestal y la estatua fue descendida.

La entraron a fuerza de brazos a la iglesia, sacaron el ángel verdadero y en su lugar pusieron el falso.

Lo engancharon al aparejo y lo izaron.

Para fijar el otro ángel en la aguja habían sido menester cinco hombres: ellos dos solos lo fijaron. Cuando estuvieron abajo, corrieron a la rectoral. Estaban bañados en sudor y neblina, tenían las manos desolladas. Advirtieron que eran las cinco de la mañana.

Entonces pensaron en lo que habían hecho y les entró un gran miedo.

Alboreaba. Fueron a espiar por la ventana y el ángel estaba allá arriba, encima de la torre.

—Es imposible —balbució Pepón.

Después se apoderó de él una ira violenta y se volvió hacia don Camilo.

—¿Por qué me obligó a hacer esto? —gritó—. ¿Qué tenía que ver yo en este maldito asunto?

—No es un maldito asunto —respondió don Camilo—. Demasiados ángeles falsos andan rodando por el mundo y trabajan para nuestro mal. Precisamos ángeles verdaderos, que nos protejan.

Pepón hizo una mueca de disgusto.

—¡Las acostumbradas estupideces de la propaganda clerical! —dijo. Y se fue sin saludar.

Pero cuando estuvo delante de la puerta de su casa algo lo obligó a volverse y a mirar hacia arriba, y vio al ángel, que desde la cima del campanario brillaba a la luz del día.

«Adiós, compañero», murmuró tranquilizado Pepón, quitándose el sombrero.

Mientras tanto, don Camilo, arrodillado ante el altar mayor, estaba diciéndole al Cristo crucificado:

—¡Jesús, yo no sé cómo hemos logrado hacer esto! Y el Cristo no contestó, pero sonrió porque él lo sabía.

ABUNDANCIA Y CARESTÍA



Carestía era un hombre de la ciudad llovido en el pueblo de un modo extraordinario; pero, para empezar, no se llamaba Carestía, pues tenía él también nombre y apellido como todos los cristianos, y también era en aquellos tiempos un buen mozo, y listo. Lo llamaban así en el pueblo no tanto porque fuese flaco como porque Marina era una guapa moza, abundante en carnes, de donde resultaba propio llamarlos Abundancia y Carestía.

Carestía llegó segundo al pueblo. Hablamos de cuando habían organizado la vuelta ciclista de la tierra baja: una prueba importante, con corredores fuertes, llegados también de otras provincias. Carestía tenía entonces unos veinte años, corría bien en bicicleta y participaba en la vuelta de la Baja porque había buenos premios. Llegó al pueblo en el segundo puesto, distanciando veinte metros del primero, y fresco como una rosa.

—¡Ése, dos kilómetros más allá pasa a la cabeza y ya no lo alcanza nadie!
—dijo la gente.

En efecto, cortada la raya, en vez de moderar la velocidad, aceleró y atravesó el pueblo entre gritos y aplausos.

No había hecho doscientos metros fuera del pueblo cuando se le reventó una goma.

Mientras, echado sobre un montón de grava, cambiaba el *palmer* de la bicicleta, se arrimó una muchacha que había salido de una casita aislada de allí cerca y le preguntó si necesitaba algo.

Carestía vio por primera vez a aquella que la gente llamaría más tarde Abundancia, pero que se llamaba Marina. Olvidó el *palmer*, la carrera y todo el resto del mundo y comenzó a charlar con la muchacha. Después, al

atardecer, saludó a la muchacha, vendió la bicicleta, se compró un par de pantalones, una camisa y un par de zapatos, y allí se quedó.

Pasaba el día paseando de arriba abajo a lo largo del dique, y al atardecer iba a visitar a Marina.

Una de esas tardes, Marina le vio bastante mala cara y entonces descubrió que el dinero de la bicicleta se había acabado y que Carestía no comía desde hacía algún tiempo.

Le dio de comer, y cuando lo vio entonado, le habló con mucha dulzura.

—Usted es un muchacho listo e inteligente; éste es un pueblo chico, pero trabajo hay siempre para la gente capaz. ¿Por qué no trata de encontrar un empleo?

—Probaré —contestó Carestía.

Efectivamente, probó; pero después de dos o tres días de trabajo lo dominó una gran tristeza y hubo de abandonar el empleo.

—Es cuestión de temperamento —le explicó a Marina—. El mío es un temperamento pasional, así que no estoy hecho para la vida rutinaria. Yo he nacido para la aventura.

Carestía hablaba bien porque era de ciudad y había visto muchas cosas: comedias, cinematógrafo, óperas, pruebas deportivas. Además, había leído libros llenos de historias maravillosas.

Marina lo escuchaba y de vez en cuando suspiraba.

—¡Qué hermosa debe de ser la vida! —decía.

Marina era costurera; trabajaba bien y todo el santo día estaba sentada a la máquina de coser: vivía con una especie de abuela viejísima, que le preparaba la comida. Dejaba de trabajar a la caída de la tarde, cuando llegaba Carestía.

Después ocurrió que, como no alcanzaba a terminar el trabajo, debía afanarse también de noche, y fue así como, en vez de encontrarse sobre el puentecito, empezaron a verse un poco adentro y un poco afuera, en el sentido de que Marina trabajaba dentro de la casa y Carestía se quedaba en el patio, apoyado en la reja de la ventana.

Por supuesto, cuando llegó el otoño y comenzó a llover, a Carestía se le hizo pasar adentro y las cosas acabaron en que ya no salió, pues se casó con Marina. Después murió la vieja abuela, y habiendo quedado solos, los dos se volvieron la comidilla del pueblo.

En efecto, Carestía jamás fue visto mover un dedo, y Marina, en cambio, trabajaba siempre desde por la mañana temprano hasta la noche, y no se quejaba nunca.

Cuando tenía algún dinerito de más lo daba a Carestía: lo mandaba al cinematógrafo de la ciudad. Carestía iba al cinematógrafo por la tarde y cuando regresaba —y lo hacía pronto porque seguía siendo un corredor endemoniado en bicicleta— Marina ya estaba esperándolo impaciente.

Entonces Carestía le contaba toda la película con pelos y señales, y Marina se divertía más que si estuviese viéndola con sus ojos.

Cierta vez lo mandó también al teatro, a la representación de una ópera, pero encontró que el asunto, sin la música, no valía nada.

—Me divierto más en el cinematógrafo —concluyó.

Llegó la guerra y Carestía tuvo que partir. Marina se quedó esperándolo mientras trabajaba a la máquina de coser. Pero de cuando en cuando se consolaba: «¡Quién sabe qué cosas tendrá para contarme!».

Efectivamente, Carestía, al regreso, tenía muchas cosas que contar y las contó todas, mientras Marina abría los ojos de par en par.

Carestía no movió un dedo tampoco en la posguerra: más bien, como necesitaba olvidar los horrores que había visto y sufrido, se aplicó precisamente a olvidar.

Una tarde llegó a casa de Marina un muchacho con un mensaje urgente. Marina se levantó de la máquina de coser y siguió al muchacho.

Encontró a Carestía tendido sobre un banco de la hostería del Molinillo, como muerto. Estaba borracho perdido.

Aunque flaco, pesaba; así que Marina salió corriendo a buscar la carretilla que guardaba en su casa bajo el cobertizo y cargando con Carestía se lo llevó consigo.

Transcurridos dos o tres días, Carestía volvió a la hostería del Molinillo. Al atardecer llegó a casa de Marina el muchacho del hostelero: esta vez Marina lo siguió arrastrando la carretilla.

Encontró a Carestía en las mismas condiciones de la primera vez, y como la primera vez, lo condujo a casa y lo acostó.

Transcurrieron tres años y puede decirse que todos intentaban ayudar a Carestía, pues Marina daba pena, tan hermosa todavía y tan desgraciada que se alzaba de la máquina nada más que para tomar la carretilla e ir a retirar a Carestía, que yacía borracho perdido bajo alguna mesa de la hostería.

Carestía meneaba la cabeza.

—Mátenme, pero no me hagan trabajar —contestaba.

De tiempo en tiempo, después de largos períodos de bonanza, durante los cuales todo era como una balsa de aceite, el pueblo se convertía en una especie de infierno.

Siempre por causa de la política, ese sucio negocio que envenena la sangre de la gente y pone al hijo contra el padre y al hermano contra el hermano. Carestía vivía fuera del mundo aun cuando no se emborrachara; así que nunca se había mezclado en política y siempre se había mantenido lejos de ella, también porque ocuparse de política es un trabajo que a menudo se vuelve sin más ni más una faena ingrata.

Cierta mañana, Carestía, que ya había olvidado perfectamente la curda de cinco días antes, se encaminó a la puerta, pero Marina le cerró el paso.

—No debes salir: hay líos por ahí.

—Los líos existen para aquel que se los busca —contestó Carestía—. Yo busco solamente algún vasito de vino.

—Hay líos que, aunque no los busques, vienen a tu encuentro —rebatía Marina—. Hay huelga y las escuadras andan recorriendo el pueblo. Toda es gente llegada de afuera, que arrea palizas sin mirar a nadie a la cara.

El asunto se ponía muy feo: los rojos habían dicho que la huelga debía ser general; los pueblos se habían trocado las escuadras de vigilancia para que los hombres no fueran reconocidos, y todos esta vez tenían un miedo loco. Y los campos estaban desiertos, pues los propios amos, vistas las fachas forasteras que andaban dando vueltas por ahí, tenían miedo de ser creídos esquiroles por equivocación y apaleados.

—Quédate en casa —dijo Marina a Carestía—. Si te toman por uno de los que quieren trabajar, te asesinan.

Carestía se echó a reír y salió.

Veinte minutos después el dueño de la Pobeda vio a Carestía aparecérselo delante y lo miró receloso.

—¿Qué anda buscando? —le preguntó hosco.

—Quiero trabajar —contestó tranquilo Carestía—. Cuando todos los demás trabajan es inútil que yo también me ponga a trabajar. Mi trabajo es importante cuando los demás no trabajan.

El dueño de la Pobeda lo miró estupefacto; después le señaló el establo donde las vacas, con las ubres hinchadas, mugían invocando que alguien fuera a ordeñarlas.

Al atardecer llegó a casa de Marina un muchacho, como de costumbre, y Marina, como de costumbre, lo siguió arrastrando tras de sí la carretilla.

Levantó a Carestía, abandonado, como muerto, sobre el borde del camino, cerca de un montón de grava. Lo habían agarrado cuando había salido del establo, y apaleado. Estaba cubierto de sangre.

Marina lo cargó en la carretilla. Se arrancó la camisa, debajo del vestido, y le vendó las llagas más grandes: en seguida la sangre tiñó de rojo las blancas vendas. Con el agua de la zanja le lavó la cara.

En la encrucijada tomó el camino que atravesaba el pueblo.

Los rojos ocupaban la plaza y la gente estaba espiando por las rendijas de las ventanas.

Marina apareció de improviso y avanzó lentamente, empujando la carretilla con el cuerpo exánime y ensangrentado de Carestía.

Mostrábase altiva como una reina y nunca había parecido tan hermosa.

El rebaño de los rojos se abrió y todos, enmudecidos, miraron asombrados pasar la mujer que empujaba la carretilla con el cuerpo exánime del libre trabajador Carestía.

Fue preciso un mes de cama para que Carestía pudiera volver a ponerse en pie. Cuando Marina lo vio restablecido, lo aferró por los hombros.

—Júrame que no trabajarás nunca más —exclamó—. ¡Júramelo!

Carestía no quería, pero después juró. Y fue hombre de palabra.

EL ANILLO



Quien no hubiera conocido la historia se habría asombrado de que la Gisela sintiera formársele un nudo en la garganta cada vez que entraba en aquella pieza del piso bajo, polvorienta y desordenada, especie de depósito, revoltijo de muebles, baúles, cajas, cuadros y otros cachivaches; pero sabiendo la historia, todo se vuelve claro.

La explicación la daba un retrato iluminado en el que se veía a la mujer del podestà^[7] emperifollada, sentada con la gravedad de una emperatriz en un sillón de alto respaldo: la mano izquierda abandonada sobre el brazo acolchado del sillón, como con distraída negligencia, pero en realidad con estudio, para mostrar el famoso anillo.

Cuando veía ese retrato, la Gisela se sentía mal, y sin embargo, nadie obligaba a la Gisela a entrar en la habitación y a mirar el retrato. Pero la Gisela, en cambio, al menos una vez al día entraba en esa habitación para mirar el retrato, como si le gustara acongojarse.

El hecho es que en los Pilares, los Torconi ya no vivían desde mucho tiempo atrás y parecía que no tuvieran intención alguna de volver porque soplaban malos vientos. Además, aunque hubieran vuelto, los Biolchi, antes de aflojar la quinta, habrían andado a tiros; por tanto, era Gisela Biolchi la dueña de la quinta, pero en realidad quien mandaba todavía allí era siempre la odiosa señora Mimí Torconi, la mujer del podestà.

Y todo ello era efecto del anillo. Del famoso anillo. No era cuestión de magia u otras tonterías; era cuestión de prestigio: el anillo famoso era como la insignia del mando.

No cuesta nada entender que éstas son las habituales divagaciones psicológicas de las novelas y las comedias, cosa de gente de ciudad; hasta Gisela Biolchi, que no sabía hacer una «O» con el vaso y era sencillamente la mujer de un aparcero, llegaba a comprenderlo muy bien, por donde se ve que la filosofía, la psicología y demás zarandajas de la misma especie arruinan la cabeza aun al que no sabe que existen. Algo como un bacilo de Koch del cerebro.

La finca de los Torconi se llamaba los Pilares, precisamente, por dos pilares sin verja, antiquísimos, levantados a medio camino sobre la ruta número 4, del lado derecho, yendo hacia el río.

De los pilares partía una larga calle, y al fondo se levantaba el palacete rodeado del jardín, cuyos muros confinaban con el resto de la quinta: la casa del aparcero Biolchi, las habitaciones de los peones, el establo, el henil y demás dependencias.

Hoy día, cuando se habla de quintas, uno piensa seguidamente en los horrores que crecen como hongos en las ciudades y convierten los barrios en secciones de la Feria Muestraria. Pero las quintas que se ven en la Baja son una cosa seria: anchas casas cuadradas con el piso bajo, el primer piso y los desvanes con sus ventanitas a modo de tajadas de sandía. Las ventanas son simétricas y, como debe ser entre cristianos, más altas que anchas, pues los cristianos son más altos que anchos.

La quinta Torconi estaba construida de dicho modo: llena además de muchas cosas bellas, con sala, saloncito y también un aposento personal de la señora Mimí, pues la señora Mimí, siendo la mujer del podestà necesitaba, se comprende, una salita privada con sillones de raso y alfombras y la campanilla para llamar a la criada. «María, el té...». El café no era suficientemente *chic*, érale preciso a la señora Mimí ese brebaje amarillento. Y los relativos bizcochitos especiales hechos traer a propósito de la ciudad.

La Gisela, cuando hablaba de esas cosas con los peones, se volvía azul de rabia; y a decir verdad no le faltaba razón, pues los Torconi, que eran sólo dos, más la criada, disponían de diez o doce habitaciones, y los Biolchi, que tenían un regimiento de hijos, debían arreglarse en cuatro piececitas.

Pero lo que más enojaba a Gisela Biolchi eran los aires de emperatriz que se daba la señora Mimí. Era una hermosa mujer, de unos cuarenta y cinco años, con un seno ostentoso (como que no había tenido nunca hijos); vestía siempre de oscuro porque era rubia y lo oscuro le sentaba, y no llevaba ni brazaletes ni alfileres ni otras joyas: simplemente un enorme anillo de brillantes engarzados en oro. Algo que daban ganas de arrodillarse y besarlo.

El secreto de todo estaba en el anillo: la Gisela recordaba que cierta vez había visto a la señora Mimí desarreglada, con un vestido raído y un pingajo por pañuelo en la cabeza, porque estaba haciendo limpieza. Vestía peor que la sirvienta y tenía la cara sucia de polvo; pero en el dedo tenía el famoso anillo e imponía el mismo respeto que cuando estaba ataviada. Más que precioso (era de oro y pequeños brillantes), era majestuoso; tenía la dignidad de la insignia del mando.

El podestà Torconi se daba él también aires de importante y siempre estaba a la defensiva; pero nunca hubo nada que decir de él: no necesitaba entrar en combinaciones sospechosas porque era rico, y nunca había hecho mal a nadie porque no quería hacer carrera política. A lo sumo, era un podestà antipático, así como hoy sería dicho un alcalde antipático. Pero nadie lo había notado.

Cuando se produjo el vuelco^[8], entonces un montón de gente notó que era un podestà antipático, y en tales casos basta empezar. Siguió siendo podestà también mientras duró la segunda oleada y no hizo ni más ni menos que cuanto había hecho antes, pero el odio crecía alrededor de día en día.

En la historia siempre ha sido así: en cierto momento una determinada situación empieza a cambiar, y la gente entonces descubre que ha sido oprimida y de pronto se apodera de ella el afán de encontrar a quien apalear o matar a tiros el día del vuelco definitivo. Y el odio que antes nunca había existido, nace y crece, y todos miran a la víctima elegida, mientras pasa, y piensan: «¡Te durará poco, bribón!».

Un día don Camilo fue a visitar al podestà: había entrado el año 45 y en todas partes empezaba a sentirse un fuerte olor a quemado.

—Será mejor que se marche cuando aún es tiempo —dijo don Camilo al podestà—; hágame caso.

—Reverendo —contestó Torconi—, usted lo sabe bien: yo no he hecho daño a nadie.

—Eso no significa nada. Significa todo ante Dios, pero frente a una ráfaga de ametrallador, no significa nada. Los medios a usted no le faltan. Si yo se lo digo es porque tengo mis razones.

A Torconi no le gustaba la fuga.

—Es para quien tiene la conciencia sucia —rebatíó.

—Si un toro enfurecido rompe la cadena y se le echa encima, ¿usted no se aparta? Aunque tenga la conciencia limpia, si no se aparta, el toro lo destripa.

—Eso es distinto: aquí, escapar es humillante.

—Es humillante morir asesinado cuando uno no ha hecho ningún mal. Es necesario proteger a la gente de bien: yo lo protejo a usted y usted cuida de protegerse a sí mismo.

A Torconi lo fastidiaba malditamente abandonar su hermosa casa. Pero reconoció que era preciso abandonarla: aguardó hasta los primeros días de abril y después fue a saludar a don Camilo.

—Me voy, reverendo. En el caso de que deba pasar mucho tiempo antes que el aire se vuelva respirable, le dejo esta carta para mi aparcero Biolchi. Contiene las instrucciones relativas a lo que debe hacer: venta de los productos, depósito de las ganancias, etcétera. Usted verá. Yo intentaré llegar a Suiza con mi mujer. He recibido un montón de cartas anónimas llenas de amenazas. Usted tiene razón.

—Haga las cosas sin ruido —le advirtió don Camilo.

—He organizado perfectamente mi desaparición: el único que sabe algo es usted. Yo estoy tranquilo.

Torconi hizo las cosas verdaderamente bien y su fuga sólo fue notada tres días después. «¡Hemos hecho mal en dejarlo escapar!», dijo entonces con rabia la gente. «¡Si no hubiera tenido esa negra alma condenada, no se habría escapado!».

Luego sucedió lo que sucedió, y un buen día aparecieron por las calles del pueblo los de pañuelo rojo al cuello.

Los Biolchi no dejaron escapar la ocasión: marido y mujer se pusieron los dos un pañuelo rojo al cuello, cargaron sobre el birlocho dos bolsas de botellas, se trasladaron al comité, entregaron las botellas y preguntaron:

—Nosotros y nuestros hijos nos arruinamos la existencia en un gallinero de cuatro piezas donde llueve, mientras que a veinte metros de nosotros hay un palacete vacío porque un puercito de podestà ha escapado para librarse de la justicia del pueblo. ¿Eso está bien?

—Ocupen el palacete y den sus cuartos a los peones —contestó el comité empezando a destapar las botellas.

Y los Biolchi rompieron la cerradura de la puerta y se posesionaron de la casa. Pero ahí comenzó la tragedia.

Pusieron retratos, baúles, muebles, ropa blanca personal y los utensilios de cocina de los Torconi en la pieza que hacía ángulo en el piso bajo, pues a ellos les interesaba el espacio vital, no la propiedad privada. Inmediatamente la Gisela se sintió la señora Gisela y quiso tener para sí intacta la salita privada, y las cortinas en las ventanas, y los floreros, y en muchas habitaciones también las alfombras, porque ése había sido su sueño durante años, y luego todo estaba tan bien arreglado y con tanta elegancia, que habría sido un delito echar a perder esa armonía que ella no comprendía, pero sentía. Y de ese modo, poco a poco, exceptuadas las cosas secundarias y los retratos y los efectos personales y la ropa de cama y los utensilios de cocina de los Torconi, todo volvió a aparecer y a ocupar el sitio de antes. Y la Gisela se transformó en una fiera, porque si alguien ensuciaba una alfombra o se sentaba en un sillón de raso, saltaba como una leona. Empezó por cerrar con llave todas las habitaciones principales, y la familia se redujo a vivir en la cocina y en las piezas de servicio.

Los negocios iban bien, pues no debiendo ya hacer las cuentas con el dueño, el aparcero retenía para sí el noventa por ciento y aún más, y el resto lo depositaba en el Banco como estaba escrito en la carta que le había entregado don Camilo. Y con la bolsa negra y otros negocios los Biolchi

estaban llenos de dinero. La Gisela se mandó hacer trajes oscuros parecidos a los de la señora Mimí y de cuando en cuando se acicalaba e iba a encerrarse sola en las habitaciones prohibidas a sus familiares, y tocaba esto y aquello y se sentaba en los sillones de raso. Una tarde intentó hacerse el té: lo hizo hervir y resultó intomable, pero ella lo bebió sonriendo.

Era el ama, en suma: todo le pertenecía, pues le era imposible pensar ni lejanamente que los Torconi pudieran un día regresar. Y además, los Biolchi, si alguien hubiese intentado sacarlos de la casa, estaban dispuestos a liarse a tiros o de modo peor. La Gisela era el ama, en fin; pero sentía que, en realidad, allí la que mandaba todavía era la señora Mimí. Tanto era así que, si intentaba cambiar de sitio cualquier objeto —un florero, una chuchería—, en seguida se sentía obligada a volver a colocarlo donde estaba antes.

Entonces la Gisela iba a sufrir en la pieza del ángulo: miraba el gran retrato de la señora Mimí y se convencía cada vez más de que todo el secreto residía en el anillo famoso. No bien hubiese tenido en el dedo un anillo semejante, la Gisela se habría sentido realmente la señora Gisela, el ama. Dio así en atormentar al marido con la historia del anillo: el anillo, siempre el anillo. Quería el anillo; sin el anillo no podía vivir.

Dinero no faltaba; además, el oro y los diamantes representaban siempre una óptima inversión.

—Te compro un brazalete —le contestaba el marido—. Te compro un alfiler, te compro unos pendientes.

Pero la Gisela quería el anillo y solamente el anillo. Una noche el aparcero no aguantó más.

—Con tal que cierres de una vez esa maldita boca —dijo—, tendrás el anillo y que Dios te fulmine.

Bajaron, se dirigieron a la pieza de los trastos, movieron una caja, quitaron dos hileras de baldosas y luego comenzaron a cavar despacio. Primero el cemento, después el cascajo, después la tierra. Siguieron excavando con las uñas: encontraron el brazo izquierdo de la señora Mimí y lo levantaron; abrieron los dedos descarnados de la señora Mimí y le quitaron el anillo. Después volvieron a cubrir y colocaron en su sitio las baldosas.

La Gisela, al fin, con el anillo en el dedo se sintió el ama. Pero perdió el dominio de sí y dos días después alguno de los criados le vio en el dedo el anillo de la señora Mimí. Era un anillo que todos conocían en el pueblo: corrió la voz y ésta llegó lejos.

Una tarde aparecieron en la carretera los carabineros, pero cuando el aparcero y su mujer los divisaron, subieron al primer piso y empezaron a

disparar tiros. Los dos, Biolchi y la Gisela.

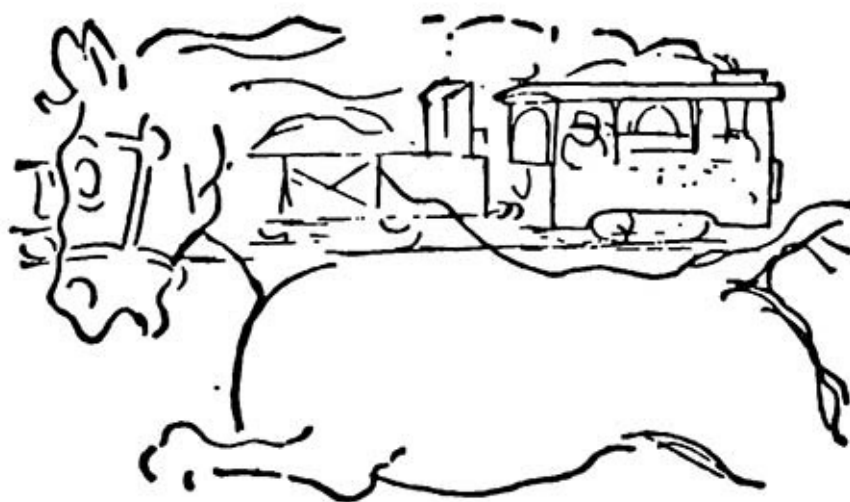
Tiraron también los carabineros y la cosa duró hasta que una descarga acabó con los dos desgraciados.

Encontraron a la Gisela, tiesa, empuñando todavía el fusil, junto al cadáver del marido. Estaba muy compuesta y en el dedo tenía el anillo de la señora Mimí.

Encontraron a la señora Mimí sepultada, junto con el marido, en el cuarto de los trastos: a los dos los habían liquidado los Biolchi a hachazos en la cabeza, la noche que preparaban la fuga.

Correspondió a don Camilo volver a colocar el anillo en el dedo de la señora Mimí, y la señora Mimí pasó a dormir en tierra bendita con su anillo en el dedo, y he aquí cómo fue nuevamente el ama.

EL BLANCO



Ahora, para ir a la ciudad, la gente de la Baja usa el ómnibus, uno de esos malditos coches modernos donde un cristiano está obligado a viajar como un baúl en el vagón de equipajes, y que si se le revuelve el estómago o le ocurre algo peor, no puede moverse de su asiento. Y que, cuando en invierno hay

niebla o el pavimento está escarchado, lo menos que puede suceder es que vayan a parar todos a un canal.

Lo particular es que antes había el tranvía de vapor, con sus carriles seguros, por donde el tranvía encontraba siempre el camino debido, también con la escarcha, también con la niebla. Después, un buen día, algún acreditado cabezón de la ciudad descubrió que el viejo tranvía de vapor era cosa superada y sustituyó un medio seguro con un medio accidental.

El tranvía de vapor, además de trasladar gente, continuaba el día entero transportando cascajo, arena, ladrillos, carbón, remolachas, maderas, cien cosas más, y era maravilloso, no sólo porque prestaba un servicio extraordinario, sino porque estaba lleno de poesía.

Cierto día llegaron diez o quince desgraciados con la gorra del municipio y empezaron a sacar los rieles; nadie protestó; todos dijeron: «¡Ya era hora!». En efecto, hasta las viejas encapuchadas que van a la ciudad, cuando mucho, una vez por año y pasan el tiempo esperando que el tiempo pase, ahora tienen prisa.

El tranvía de vapor salía de la ciudad y llegaba hasta el gran río; después volvía atrás. Los pueblos grandes están todos en fila a lo largo de la carretera provincial, menos el que está a unos dos o tres kilómetros adentro. Entonces, como para tocar ese poblachón el tranvía hubiera tenido que dar una vuelta complicada a causa de los diques y canales, habían construido un empalme que llevaba de aquél a la carretera, y un coche del tranvía cargaba la gente de ese lugar y la conducía hasta la parada; iba después a buscarla allí y volvía a conducirla al pueblo.

Pero el coche era arrastrado por un caballo.

El último de los caballos que prestaron servicio con ese coche fue también el mejor de todos, el *Blanco*, un hermoso animal que parecía descendido de un monumento. Entre los rieles del desvío los durmientes habían sido cubiertos de tierra apisonada. Por ese sendero trotaba seis veces al día y pocos momentos antes de que el vehículo se parara, apenas oía chirriar el freno salía de los rieles y trotaba de costado; así que cuando el conductor le gritaba: «Lééé...», el *Blanco* se detenía disciplinado, pero sin correr el peligro de que la parte delantera del coche le diera un golpe en el trasero.

El *Blanco* prestó servicio muchos años y conocía a la perfección su oficio. Tenía un oído extraordinario y sentía el pito del tranvía de vapor cuando los demás no soñaban siquiera imaginarlo.

Sentía el pito desde que el tranvía avisaba que iba a llegar a Trescastillos; entonces el *Blanco* empezaba a raspar con las herraduras el empedrado de la

caballeriza. Ello significaba que ya era la hora de atarlo al coche, pues había el tiempo justo para cargar a la gente, ponerse en viaje y llegar a la carretera cinco minutos antes de que apareciera el tranvía de vapor.

El día en que por vez primera no se oyó el pito, porque el tranvía no llegó, el *Blanco* parecía endemoniado y permaneció con las orejas tiesas y los músculos tensos hasta la noche. Esto se repitió durante casi una semana; después se tranquilizó.

El *Blanco* era un grande y hermoso animal y cuando la administración del tranvía lo hizo subastar, hubo bastante barullo, pues todos querían comprarlo. Lo adquirió Barchini, que lo ató al carro nuevo, el colorado, el de adrales altísimos, y aun entre las varas el *Blanco* marchaba que era un espectáculo.

La primera vez que lo ataron ocurrió un suceso que por poco no puso en apuros a Barchini, el cual guiaba sentado encima de un gran cargamento de remolachas.

Efectivamente, cuando Barchini dijo: «¡Lééé!» y tiró de las riendas para que parara, el *Blanco* se desvió bruscamente hacia la izquierda y Barchini no fue al suelo por milagro. Pero en adelante el *Blanco* no hizo ninguna otra broma parecida, pues entendió en seguida que el carro es una cosa completamente diferente del tranvía.

Alguna nostalgia le sobrevenía cuando iba por el camino que llevaba del pueblo apartado a la carretera provincial. A la ida no sucedía nada, pero al regreso, si no se prestaba atención, el *Blanco* iba sobre la izquierda y caminaba rasando la zanja, por la parte donde antes había los rieles del tranvía.

Pasaron años y el *Blanco* envejecía. Era un animal tan animoso y tan bueno, que Barchini le había tomado cariño como a uno de la familia; así que también cuando fue volviéndose un rocín cansado, nadie pensó librarse de él. Le hacían ejecutar faenas livianas, y un día que Barchini vio a un peón darle un palo, agarró un tridente y si el desgraciado no corre a refugiarse en el henil, lo ensarta.

Con el andar del tiempo, el *Blanco* se volvía cada vez más tardo e indiferente. Llegó al punto que ya no movía siquiera la cola para espantar las moscas y no era menester atarlo cuando se detenía en algún sitio, pues no se habría apartado de donde lo dejaban tampoco si se hundía el universo.

Allí se quedaba con la cabeza colgando, como si en vez de ser un caballo verdadero estuviera embalsamado.

Ese sábado, al *Blanco* lo había atado al birlocho liviano para llevar una bolsa de harina a don Camilo, y mientras el peón entraba en la rectoral con la

bolsa al hombro, el caballo aguardaba en el atrio con la cabeza colgando.

Y he aquí que de repente el *Blanco* alzó la cabeza y atiesó las orejas: fue algo tan extraordinario e inesperado, que a don Camilo, el cual estaba prendiendo el toscano delante de la puerta de la casa, se le cayó el fósforo de la mano.

El *Blanco* permaneció con las orejas tiesas unos instantes.

Luego ocurrió el suceso: el *Blanco* salió corriendo.

Atravesó la plaza como un rayo y si no atropelló a nadie, fue un milagro. Enfiló decidido la calle que llevaba a la carretera provincial y desapareció en medio de una polvareda.

—¡El *Blanco* ha enloquecido! —gritó la gente.

Pepón llegó en motocicleta y don Camilo, arremangándose la sotana, saltó sobre el sillín trasero.

—¡Rápido! —gritó don Camilo. Pepón dio marcha y aflojó el freno.

El *Blanco* volaba por la calle que llevaba a la carretera, el birlocho daba tumbos como si navegara en un mar en borrasca, y si no se deshacía era porque algún santo protege a los birlochos.

Pepón había dado toda la marcha y a medio camino la moto alcanzó al caballo.

—¡Arrímate! —gritó don Camilo—. Trato de agarrarlo por el freno.

Pepón se arrimó y don Camilo consiguió aferrar al *Blanco* por el cabestro; y ya parecía que el *Blanco*, agotado el aliento, estuviera dispuesto a recordar que era un viejo rocín humilde y paciente, cuando de improviso dio un sacudión que obligó a don Camilo a soltar la presa.

—Hay que dejarlo ir —gritó don Camilo en el oído de Pepón—. ¡Ya no lo para nadie! Acelera, que vamos a esperarlo.

Pepón dio de nuevo toda la marcha y la moto enderezó velozmente hacia la carretera.

Llegado al cruce, Pepón se detuvo. Intentó decir algo, pero don Camilo lo mandó callar.

Y he aquí que, transcurridos unos pocos instantes, llega el *Blanco*: dentro de unos segundos alcanzará la carretera y ya Pepón se abalanza a dar la alarma; pero no lo hace a tiempo. Además, no es necesario.

El *Blanco*, llegado al cruce, se para y se echa de costado. Rueda en el polvo mientras el birlocho, con las varas rotas, vuelca en la zanja.

El *Blanco* está allí, echado en el polvo de la carretera como una bolsa de huesos; y sobre la carretera pasa, resoplando, la apisonadora de la empresa que ha comenzado a renovar el pavimento.

La máquina, cuando pasa, silba. Un largo silbato. Y de la bolsa de huesos del *Blanco* se alza un relincho.

Ahora el *Blanco* es verdaderamente una bolsa de huesos. Pepón se queda mirando algunos instantes la osamenta y después se quita el sombrero y lo arroja al suelo.

—¡El Estado! —grita Pepón.

—¿El Estado qué? —pregunta don Camilo.

Pepón se vuelve con cara de pocos amigos.

—¡El Estado! —grita—. Uno habla y habla, y cuando oye el silbido del Estado, ahí ve.

—¿Ve qué? —pregunta don Camilo.

—Lo que se ve en todas partes —grita Pepón—. Tal vez a uno con el fusil en la mano, el casco en la cabeza y la mochila liada a la espalda... ¡Y después, en vez de encontrarse con el tranvía, como esperaba, da con la apisonadora! ¡Pero, mientras tanto, él ha muerto!

Pepón quería decir la mar de cosas, pero no sabía por dónde empezar. Recogió el sombrero, se lo encasquetó, luego se lo quitó con ademán majestuoso, saludando la osamenta del *Blanco*:

—¡Salve, pueblo! —dijo.

Llegó un gentío: quién en bicicleta, quién en birlocho. Llegó también Barchini.

—Ha oído el silbato de la apisonadora —explicó don Camilo— y ha creído que fuera el tranvía. Ha muerto creyendo que fuera el tranvía. Lo hemos comprendido por el modo como lo ha saludado.

El viejo Barchini meneó la cabeza.

—Lo importante es que haya muerto creyendo que era el tranvía —dijo.

«CIVIL Y LA BANDA»



Lo llamaron el Romañolo por la sencilla razón de que procedía de la Romaña. Se había establecido en el pueblo hacía muchísimos años, pero seguía siendo romañolo hasta la medula de los huesos. Para explicar qué es la Romaña desde el punto de vista que yo entiendo, baste decir que en un pueblo romañolo hay un tipo apodado «Civil y la banda» a causa de que en cierta ocasión, durante un acto político, estando en la tribuna, de repente ésta se hundió, nuestro tipo se desplomó y apenas notó que se venía abajo, gritó: «¡Civil y la banda!». Esto para significar que él quería el funeral civil y la banda que suena con tiempo de marcha fúnebre el himno de Garibaldi.

En Romaña, cuando deciden hacer un nuevo pueblo, en primer lugar levantan un monumento a Garibaldi, y en segundo levantan la iglesia, pues no da gusto ser enterrados con un funeral civil si no hay un cura a quien contrariar.

El negocio consiste en contrariar al cura.

El Romañolo hablaba mucho y decía las palabras difíciles que se leen en las gacetas republicanas. El hecho de que el rey se hubiese marchado lo había perjudicado bastante, porque le había quitado el más importante argumento polémico: entonces se había encarado enteramente con el cura, y todos sus discursos concluían siempre con las mismas palabras:

—¡Y cuando yo reviente, funeral civil y la banda!

Un día, como don Camilo, aun conociendo la historia de la *a*, a la *zeta*, no le había hecho nunca caso, el Romañolo lo había parado en la calle.

—Reverendo, nada más que para que sepa regularse, métase en la cabeza que así como nunca me ha jorobado vivo, tampoco me jorobará muerto. ¡No quiero curas en mi funeral!

—Muy bien —le contestó con calma don Camilo—. Pero usted ha equivocado la dirección. Debe dirigirse al veterinario; yo me intereso por los cristianos, no por los animales.

El Romañolo entonces empezó:

—Cuando el señor Papa...

Pero don Camilo lo interrumpió:

—Dejemos tranquilos a los ausentes y hablemos de los presentes. Esto quiere decir que yo rogaré al Padre Eterno que lo mantenga vivo cuanto más sea posible, a fin de que usted tenga tiempo para volver a pensarlo.

Cuando el Romañolo cumplió los noventa años, en el pueblo lo agasajaron, y también don Camilo, habiéndose encontrado con él le puso cara sonriente y le dijo:

—¡Felicidades!

Pero el Romañolo lo miró de mal modo y le gritó:

—¡Ruegue cuanto quiera a su Dios, reverendo! Algún día deberá aflojar Él también y dejarme morir. ¡Entonces reiré yo!

El suceso de los caballos ocurrió el año siguiente.

El suceso de los caballos había ocurrido en un pueblo de la otra orilla del río y de él hablaron todos los diarios.

Había muerto un rojo, un viejo de setenta y cuatro años, y le habían organizado el funeral sin curas y con banderas rojas, claveles rojos, pañuelos rojos y no sé qué más rojo.

Puesto el ataúd en la carroza, la banda había empezado a tocar *Bandera roja* en tiempo de marcha fúnebre, y los caballos habían empezado a caminar con la cabeza baja como en todos los demás entierros.

El cortejo iba detrás agitando todos sus trapos rojos.

Pero, llegados ante la iglesia, los caballos de pronto se paran, y nadie consigue moverlos.

Mientras algunos aferran los caballos por el cabestro, otros empujan la carroza; pero los caballos se plantan como columnas.

Alguien empuña un bastón y empieza a desempolvar el lomo de los animales; pero los caballos se encabritan y acaban por arrodillarse.

Por fin consiguen hacerlos levantar y caminar: los dos caballos avanzan un poco, pero cuando están a la vista del cementerio se encabritan y luego empiezan a recular.

«El viejo (explicaban los diarios) no había rehusado el funeral religioso: habían sido los hijos los que quisieron el entierro civil».

Se habló mucho en el pueblo de esta historia de los caballos: no era una bola y el suceso podía ser verificado; bastaba tomar una barca y pasar a la otra orilla del río.

Hubo grandes discusiones, y allí donde un grupo de gente discutía, en cierto momento se adelantaba el Romañolo, el cual empezaba a gritar: «¡Edad Media! ¡Edad Media!».

Después explicaba que el suceso nada tenía de extraordinario: la costumbre, simplemente. Desde hacía muchísimos años los dos caballos estaban acostumbrados a detenerse cuando llegaban delante de la iglesia, y también esa vez se habían detenido.

La gente, muy impresionada, interrogó a don Camilo.

—¿Qué dice usted de esto, reverendo?

Don Camilo abrió los brazos:

—La Providencia Divina es infinita y puede elegir también a la más humilde de las criaturas, aun la flor, o el árbol o la piedrecita, para dirigir a los hombres su admonición. Lo triste es que los hombres, mientras no escuchan los razonamientos juiciosos de quien les explica la palabra de Dios, son propensos a prestar la máxima consideración a los razonamientos de un perro o de un caballo.

Esta manera de hablar de don Camilo no gustó a muchos, y los hombres de copete de la parroquia fueron a la rectoral a quejarse.

—Reverendo, el suceso es extraordinario y ha impresionado inmensamente al pueblo; usted no debe subestimarlos; al contrario, debe darle una interpretación que sirva para iluminar la enseñanza moral que surge del hecho.

—Yo puedo decir simplemente lo que he dicho —respondió don Camilo—. Dios, cuando quiso dar a los hombres las tablas de la Ley, llamó a un hombre, no llamó a un caballo. ¿Ustedes creen, pues, que Dios está tan decaído que necesita recurrir al auxilio de los caballos? El hecho es el que es: saque cualquiera la advertencia que su conciencia le sugiera. Si la cosa no les gusta, corran a decirle al obispo que me mande de paseo y ponga en mi lugar uno de esos dos caballos.

Mientras tanto, el Romañolo echaba empumarajos de rabia, porque oyendo sus explicaciones la gente se encogía de hombros y contestaba:

—Sí, muy bien; no es nada extraordinario ni milagroso; pero...

Por eso cierta vez que el Romañolo se encontró con don Camilo, lo paró:

—Llega a punto, reverendo. ¿Podría tenerse la explicación oficial del suceso de los dos caballos?

—Usted equivoca siempre la dirección —contestó sonriendo don Camilo—. Yo no me ocupo ni de caballos ni de otros animales: usted debe dirigirse al veterinario.

El Romañolo hizo un largo discurso para explicar el comportamiento de los dos caballos, al cabo del cual don Camilo abrió los brazos.

—Me doy cuenta de cómo la cosa haya podido impresionarle tanto. Si ésta le ha sugerido honestas reflexiones, es preciso agradecer a la Divina Providencia que ha permitido a dos bestiecitas inocentes inspirarle sabios pensamientos.

El Romañolo levantó amenazador el dedo descamado:

—¡Los caballos no se detendrán cuando yo pase delante de usted dentro del ataúd!

Don Camilo abrió nuevamente los brazos y fue a decirle dos palabritas al Cristo crucificado.

—Jesús —susurró—, él hace tonterías, no para ofenderos a Vos sino para fastidiarme a mí. Recordad que es romañolo cuando comparezca ante Vos para responder de los actos de su vida. Jesús, lo malo de la historia es que él tiene más de noventa años y con sólo tocarlo con un dedo caería patas arriba. Si tuviera treinta o cuarenta y fuera sólido y robusto, sería otra cosa.

—Don Camilo, el sistema de enseñar la caridad cristiana dando a la gente puñetazos en la cabeza no me gusta —dijo severo el Cristo.

—Tampoco a mí —replicó humilde don Camilo—; conviene, sin embargo, tener presente que en muchas cabezas las ideas no son malas, sino que están simplemente mal concertadas; así que a menudo, con agitarlas un poco, van a ocupar su debido lugar.

El Romañolo compareció ante Pepón, en su despacho, y dijo sin preámbulos:

—Toma esta hoja de papel sellado, llama a dos de tus compinches para que sirvan de testigos y escribe lo que te digo.

Arrojó sobre la mesa la hoja y se sentó.

—Adelante, pon la fecha y escribe claro: «Yo, el suscrito, Libre Martelli, hijo de José y de 91 años, de profesión librepensador, en la plenitud de mis facultades mentales y de mi espontánea voluntad, dispongo que a mi muerte todos mis bienes líquidos e inmuebles sean transferidos a este municipio para que dicho municipio reemplace inmediatamente con un furgón automóvil el

carro de caballos empleado hasta ahora para el transporte de los muertos al cementerio municipal...».

Pepón dejó de escribir.

—¿Y qué? ¿Quieres que, en cambio, deje mis bienes al cura?

Pepón balbució:

—Claro que acepto; pero ¿cómo hacemos para conseguirte en seguida el furgón? Costará por lo menos un millón y medio y nosotros...

—Tengo dos millones en el banco: tú cómpralo y yo te lo pago.

El Romañolo salió de la Municipalidad hinchado de satisfacción y por vez primera en su vida entró en el atrio.

—¡Reverendo! —gritó—. El asunto está en regla: ¡Cuando yo pase delante de usted dentro del ataúd, los caballos no se pararán! ¡He arreglado todo: curas y caballos!

El Romañolo se había agitado demasiado esos días. Y también había bebido demasiado. Ahora bien, no era que el vino le hiciese daño: el vino siempre le había hecho bien. Le hizo daño el agua, porque una noche, volviendo a su casa lleno de vino, sintió urgencia de dormir y se acostó dentro de la zanja.

A más de noventa años pasar una noche dentro de una zanja con el agua hasta la barriga, puede causar contratiempos. Fue así como le sobrevino una pulmonía, la cual en dos días lo liquidó. Antes de cerrar los ojos para siempre, hizo llamar a Pepón:

—¿Entonces estamos de acuerdo?

—De acuerdo: todo será hecho según su voluntad.

El furgón automóvil lo inauguró él, el Romañolo; y asistió todo el pueblo, pues aparte de lo demás, la entrada en funciones del furgón era un acontecimiento.

El furgón fúnebre se movió al son de la banda y procedió lento, majestuoso y seguro.

Ya va a pasar ante la iglesia. Pero ante la iglesia la máquina se para.

El conductor mueve inútilmente la palanca: no hay nada que hacer.

Desciende y abre la caja del motor. Todo está en su lugar: las bujías, el magneto, el carburador. El depósito de la gasolina está lleno.

La puerta de la iglesia está cerrada, pero a través de una rendija don Camilo ve todo. Ve gente que se afana en torno de la máquina y la máquina que no se mueve.

La banda ha dejado de tocar y todo es silencio. La gente mira alelada y no se oye una voz, un rumor.

Pasan así largos momentos; después don Camilo se recobra, corre a la sacristía y llega hasta las cuerdas de las campanas.

—Dios te perdone... —susurra jadeando don Camilo cuando aferra las cuerdas—. Dios te perdone...

Resuenan en el aire desierto los repiques fúnebres de las campanas.

La gente se estremece, el conductor tira de la palanca. El motor vuelve a funcionar y el furgón parte.

Pero ya nadie lo sigue; el conductor acelera siempre más, y el coche desaparece en el polvo de la calle que lleva al cementerio.

RADAMÉS



El padre de Radamés era Badil, el cerrajero, quien realmente se llamaba Hernani Gniffa por donde se comprende en seguida que se trataba de una familia lírica.

Badil cantaba de oído superiormente y cuando había embarcado algunos medios litros sacaba del pecho una voz rotunda y maciza que daba gusto oírla.

Cuando se lo llevaron a don Camilo, el hijo de Badil, Radamés, tenía seis años y no se habría dado por él ni un céntimo.

Badil quería que don Camilo lo pusiera en el coro con los otros chicos y don Camilo le probó la voz.

—Cuando más, puedo ponerlo a tirar del fuelle del órgano.

Radamés tenía una voz delgaducha, dura y cortante como la astilla de una piedra.

—Es mi hijo —contestó Badil— y debe tener voz. Todavía está ligada. Hay que hacérsela salir.

Decirle que no a Badil significaba darle el disgusto más grande de su vida.

—Probemos.

Y probó. Probó en todas las formas, pero dos años después Radamés simplemente había empeorado. Ahora, la voz, aparte de ser más estridente que antes, se quebraba por momentos. Sin embargo, Radamés tenía un tórax que le partía la camisa, y oír salir de ese fuelle un chirrido de esa especie, daba rabia.

Al fin don Camilo perdió los estribos y cierta vez, levantándose del órgano, soltó a Radamés un puntapié de media tonelada que lo pegó a la pared como una piel de higo.

En materia de voces, en ocasiones un puntapié hace más que tres años de solfeo cantado. Radamés volvió al coro y de improviso le apareció una voz que se hubiera dicho llegada de la Scala de Milán. Qué digo: del Teatro Regio de Parma.

Y cuando lo oyeron, dijeron todos que habría sido una picardía no hacerlo estudiar.

Los pueblos son así: uno muere de hambre, y nadie se compadece porque es antipático. Otro es simpático y el dinero salta para hacerle estudiar canto. Hubo, pues, un grupo al que le dio por mandarlo a la ciudad. No para que hiciera vida de señorito, pues tales sistemas no se usan por esas partes, pero sí se juntó bastante para pagarle las lecciones. Para lo demás, Radamés se arreglaba llevando paquetes, cortando madera y haciendo otras tareas.

De tiempo en tiempo Badil iba a la ciudad a visitarlo y al regreso decía: «No va mal; se está formando».

Hubo después el lío de la guerra y también Radamés se perdió quién sabe dónde. Un día, concluida aquélla, reapareció en el pueblo.

Pepón ya era alcalde y cuando don Camilo le dijo que era preciso llegar hasta el fin con Radamés, Pepón encontró lo necesario para mandarlo de nuevo a la ciudad.

Pasaron algunos años y Radamés regresó.

—Me hacen cantar *Aída* —dijo.

Pasaba el pueblo un feo momento a causa de la política; el aire estaba pesado, era aire de palos; pero ante esa noticia la lucha quedó suspendida.

Pepón convocó una reunión en la Municipalidad, a la que asistió también don Camilo.

La primera cuestión fue la de encontrar dinero.

—Está de por medio el honor del pueblo —explicó Pepón—. Radamés no puede presentarse como un zarrapastroso ante esos macacos de la ciudad.

La junta dijo que eso era justo.

—Si hubiera alguien que fuera a sacarles dinero a esos puercos que tienen, de mi parte me empeño en movilizar la solidaridad de la clase proletaria —afirmó Pepón.

Don Camilo comprendió de pronto que eso iba con él y contestó:

—Habría.

Radamés hizo una relación detallada que fue encontrada satisfactoria en todos sus pormenores.

—Aquí no hay protecciones o corrupciones —comentó sañudo Pepón—. ¡Ésta es otra auténtica victoria del pueblo!

Don Camilo se volvió a Radamés:

—¿Y bajo qué nombre te presentas?

—¿Bajo qué nombre? —gritó Pepón—. ¡Con el de él! ¿Quiere que se presente con el suyo?

Don Camilo no se calentó:

—Radamés Gniffa no es un nombre que pueda estamparse en un cartel. Es el nombre más desgraciado del universo porque hace reír.

Intervino Badil:

—¡Yo me llamo Hernani Gniffa y, sin hacer reír a nadie he llevado este nombre durante sesenta y cinco años!

—De acuerdo; ¡pero tú eres cerrajero, no tenor! —repuso don Camilo—. Aquí nadie se fija en estos detalles, pero en arte es otra cosa. El público quiere nombres fáciles de pronunciar, que suenen bien, que puedan volverse populares.

—¡Cuentos! —exclamó Pepón—. Estupideces burguesas.

Don Camilo lo miró:

—Si José Verdi, en lugar de llamarse José Verdi, se hubiera llamado Radamés Gniffa ¿habría sido lo mismo?

Pepón quedó impresionado por la observación.

—Y si el señor José Stalin —insistió don Camilo acosándolo—, en lugar de llamarse José Stalin, se hubiera llamado Evasio Bergnocloni, ¿habría sido lo mismo?

—¡Figúrese! —refunfuñó Pepón—. ¡Stalin llamarse Bergnocloni! ¡Ni pensarlo!

Fue una sesión laboriosa que duró hasta altas horas de la noche. Concluyó en que todos se pusieron de acuerdo sobre Franco Santalba.

Radamés se encogió de hombros.

—Lo que ustedes hacen por mí, está bien hecho.

Llegó el día famoso. Por la mañana la comisión se encontró reunida en la plaza para leer el anuncio del diario recién recibido de la ciudad.

Traía la fotografía de Radamés y debajo la leyenda: «El tenor Franco Santalba».

Se pusieron de acuerdo sobre el viaje.

—Saldremos más bien temprano para encontrar localidades. En el Dodge cabemos todos —dijo Pepón—. La cita es aquí a las cuatro.

—Habrá que avisar al arcipreste —dijo alguien—. No puede venir, pero es preciso avisarle.

—El clero no me interesa —repuso Pepón.

Fueron a la casa parroquial y hallaron a don Camilo muy triste.

—No puedo ir, ustedes lo saben. Un cura no puede ir a una primera función teatral como ésa. Lo siento. Pero después ustedes me contarán.

Apenas salieron los de la comisión, don Camilo fue a desahogarse con el Cristo crucificado.

—Siento no poder ir —suspiró don Camilo—. Radamés en cierto sentido es hijo un poco de todos. Por otra parte, el deber es el deber. Mi lugar es éste, no entre las cosas frívolas y mundanas de los teatros.

—Ciertamente, don Camilo —respondió el Cristo—. Son pequeñas renunciaciones que hay que hacer con el corazón sereno.

—Pequeñas en sentido absoluto —dijo don Camilo—. Grandes renunciaciones en sentido relativo y en el caso específico. ¡Es un caso particularísimo y único que no se repetirá! Sea como sea, precisamente porque es una renuncia que cuesta algún sacrificio es necesario hacerla con el corazón sereno. Y sin quejarse. La queja disminuye el valor del sacrificio. Más aún, si una renuncia origina resentimiento, puede decirse que el sacrificio ya no tiene ningún valor.

—Naturalmente —aprobo el Cristo.

Don Camilo se paseó de arriba abajo por la iglesia desierta.

—La voz —explicó deteniéndose ante el altar mayor—, la voz se la saqué yo afuera. Era un chiquilín así de alto. No cantaba, chirriaba como un cerrojo herrumbroso. Y hoy canta *Aída* en el Teatro Regio. Radamés en *Aída*. Y yo no puedo escucharlo. Parecería una renuncia que me cuesta un gran sacrificio, y sin embargo, tengo el corazón sereno.

—Ciertamente —susurró sonriendo el Cristo.

Sentados en la delantera del paraíso, Pepón y los suyos esperaban con un temporal en la cabeza.

Hacía buen rato que esperaban porque en el paraíso los asientos hay que conquistarlos, no basta pagar la entrada.

Cuando cantan *Aída*, el paraíso no está lleno; el paraíso rebosa. Con todo, aun antes de que la representación empezara un hombre consiguió atravesar la marea y llegar a la primera fila detrás de Pepón. Era un hombrachón con un guardapolvo verde de viaje y parecía que Pepón lo conociera porque le hizo lugar y el hombrón se sentó.

—Si Radamés tiene miedo va a ser una desgracia —barbotó Pepón—. Esta gente no tiene piedad.

—Esperemos —dijo el hombrón.

—Si lo silban mato a alguno —dijo Pepón al vecino.

Y éste le hizo seña de permanecer tranquilo.

Pero no lo silbaron. Tuvieron piedad y se limitaron a reír. Hacia el fin del acto, las cosas empeoraron. El miedo se volvió terror y Radamés soltó unos gallos tremendos.

El paraíso aulló. Fue un aullido que hizo ondear el telón.

Pepón apretó los dientes y la cuadrilla se dispuso a acometer y a hacer una carnicería. Pero el hombrón agarró a Pepón por el cogote y lo arrastró fuera.

Pasearon al fresco, a un lado del teatro, y cuando oyeron un bramido, comprendieron que Radamés había soltado otro gallo. Después las trompas de la marcha triunfal devolvieron la calma a la gente.

Poco antes de que se iniciara el tercer acto, el hombrón dijo a su compañero:

—Vamos.

No los querían dejar entrar en el escenario; pero frente a dos demonios que embestían con la fuerza de un *Panzer*, no hay nada que hacer.

Cuando Radamés, abatido, aterrado, se prestaba a ser empujado nuevamente ante el público, se encontró de pronto frente a los dos: quedó boquiabierto.

Entonces el hombrón del guardapolvo verde le pasó detrás y le soltó en el trasero un puntapié digno, no ya de Franco Santalba, sino de Tamagno.

Radamés entró en escena casi volando, pero era otro.

Al llegar al *lo son disonorato!*, el teatro se vino abajo con los aplausos.

—A los cantantes hay que conocerlos a fondo —dijo el hombrón triunfalmente a Pepón, que aullaba de alegría.

—Sí, rev... —respondió Pepón. Pero una mirada de aquél le cortó la palabra.

DOS MANOS BENDECIDAS



Pepón estaba domando una gruesa barra de hierro que debía convertirse en alguna pieza complicada de una verja y de cuando en cuando probaba el martillo sobre el yunque y el yunque cantaba.

A Pepón le gustaba mucho batir el hierro. Batir el hierro rinde menos que trabajar en torno a los motores, pero alegra.

Poner a punto un motor de tractor o de automóvil es como buscar el error que impide funcionar una operación aritmética: el hombre se pone al servicio de la lógica inflexible de la máquina, y es una tarea humillante.

Sacar a martillazos algo de una barra de hierro es imponer la propia voluntad a la materia. Metal es el de un motor y metal el de una verja; pero en el primer caso quien manda es el metal; en el segundo, quien manda es el hombre.

Pepón dejó de martillar, fue a meter la barra entre los carbones de la fragua y empezó a hacer girar la manija del fuelle: sólo entonces el niño avanzó.

El niño había entrado en el taller cuando Pepón, habiendo sacado de la fragua la barra incandescente, se había puesto a batirla sobre el yunque, en medio de un chisporroteo, pero había permanecido mirando callado e inmóvil porque le gustaba ver trabajar el hierro, y porque Pepón estaba tan absorto en su trabajo que habría sido una picardía interrumpirlo.

—Me manda mi abuela —dijo el niño.

Pepón volvió la cabeza y trató de entender a cuál abuela podía corresponder tal nieta. Nunca había visto al niño, pero no tenía una cara nueva. En esa cara había algo que Pepón ya había visto.

—¿Y quién es tu abuela? —preguntó.

El niño —una cosita de diez u once años, con una carita pálida y dos ojos algo asustados— se quedó perplejo.

—Mi abuela —explicó— es la mamá de mi papá.

—¿Y tu papá quién es?

—Mi papá ha muerto —susurró el muchacho.

Pepón sacó del fuego la barra, la puso sobre el yunque y empezó de nuevo a martillar.

Le disgustaba haber hecho esa pregunta al niño y no insistió en su averiguación.

—He comprendido —dijo—. ¿Qué es lo que quiere tu abuela?

—Mi abuela me dijo que le haga una cruz con el nombre en la plaquita. Éste es el dinero y en este papel está lo que debe ponerse en la placa.

Pepón dejó la barra y el martillo y tomó la hojita que el muchacho le alcanzaba. Pocas palabras escritas por una vieja mano bastante insegura: *Antonio Lolli, de 30 años, fallecido la noche del 29 de junio de 1945. — Rogad por él.*

Pepón se secó el sudor con el dorso de la mano.

—Hace bastante tiempo que ya no hago cruces —dijo—. Además, tengo mucho trabajo. Ve al taller de Vigiola, cerca del Molinillo. Ése te la hace con seguridad, y mejor que yo.

El muchacho meneó la cabeza:

—La abuela me dijo que debe hacerla usted porque usted sabe dónde hay que ponerla; así que cuando la tenga hecha usted mismo la pone en su sitio.

La barra de hierro se había ennegrecido. Pepón la metió de nuevo en la fragua y empezó a dar vuelta a la manija rápidamente.

—Mira que debes de haberte equivocado —exclamó—. Tu abuela te habrá dicho que fueras a otro taller.

—Mi abuela dijo que fuera al de Pepón, el que es alcalde. Mi abuela dijo que debe hacerla usted porque solamente usted sabe dónde hay que ponerla.

Pepón se encogió de hombros:

—¡Entonces tu abuela se ha equivocado!

El muchacho estuvo callado unos instantes, luego susurró:

—Mi abuela no se equivoca.

Pepón sacó de la fragua la barra de hierro y volvió a martillarla con rabia.

—Vete a decirle a tu abuela que me duele, pero que no dispongo de tiempo. Además, no comprendo qué diablos quiere.

«Antonio Lolli, de 30 años, fallecido la noche del 29 de junio de 1945».
Pepón machacaba la barra de hierro con el martillo, pero mientras tanto pensaba en esa noche maldita.

El Flaco había venido a despertarlo a las dos.

—Jefe, está sucediendo algo raro: una escuadra ha venido a llevarse a Antonio Lolli. El Brusco, que esta noche tiene el agua y estaba regando, ha visto cuando la escuadra llegó a la compuerta detrás de la casa de Lolli.

Pepón se había enojado.

—He dicho que a Lolli hay que dejarlo tranquilo. Lolli no ha hecho nada grave. ¿Quiénes son los de la escuadra? No pueden ser de los nuestros.

—Dice el Brusco que todos tienen un pañuelo sobre la cara para no hacerse conocer. Pero, a su parecer, debe de ser la escuadra de la Aldehuela.

Pepón ya estaba resuelto a salir:

—¡Se las van a ver conmigo los de la Aldehuela! Que se metan en sus asuntos esos condenados. Aquí mandamos nosotros. Quédense en su pueblo. ¿Hace mucho que se llevaron a Lolli?

—Hace diez o quince minutos —había contestado el Flaco—. ¡Y lo malo es que se han llevado también a la mujer de Lolli!

Pepón y el Flaco habían saltado sobre las bicicletas y empezado a dar vueltas para ver si daban con aquellos condenados. Pero ¿cómo hacer para encontrar gente en medio de los campos a las dos de la madrugada?

No habían perdido mucho tiempo, sin embargo: imprevistamente habíase oído una descarga de ametrallador del lado de las Gravas. Pepón y el Flaco habían apretado los pedales y corrido hacia las Gravas.

El sendero que lleva a las Gravas estaba cerca, pero no habían corrido cien metros, cuando cuatro hijos de mala madre habían surgido del cerco y Pepón y el Flaco se habían encontrado con la boca de un ametrallador sobre el vientre y otra sobre el lomo.

La luz de una linterna de bolsillo los había cegado; después los ametralladores habían sido bajados.

—¡Ah! ¿Son ustedes?

Los cuatro tenían cubierta la cara, menos los ojos, con un pañuelo; se lo quitaron y eran exactamente los de la escuadra de la Aldehuela. Uno de ellos había silbado y al instante habían llegado un malandrín alto y flaco que traía también un pañuelo sobre la cara, pero a quien Pepón habría reconocido aunque el pañuelo lo hubiese cubierto de la cabeza a los pies. Era el jefe de la escuadra de la Aldehuela.

—¡Hola. Bill!, ¿qué diablos sucede?

—Hemos arreglado a un canalla —contestó Bill—. Cierto Lolli. Tú debes de conocerlo bien.

—Sí que lo conozco bien —rezongó Pepón—. Justamente había dicho que lo dejaran tranquilo, pues no hay cargos graves contra él.

—Los había para mí —respondió duramente Bill—. De cualquier manera, está arreglado. Ha sido un asunto bien organizado: antes de liquidarlo le hemos hecho cavar la fosa. Ahora su mujer la está tapando.

Pepón había proferido un reniego.

—¡Eso es una cochinada! ¡Cosa de salvajes!

Bill le había puesto una mano sobre el hombro mientras sus cuatro acompañantes levantaban los cañones de los ametralladores.

—¡Compañero, si empezamos a hacer sentimentalismo, estamos frescos! De todos modos, entre buenos amigos las cuentas claras: métase cada cual en sus asuntos. Lolli tenía una cuenta pendiente y ha pagado. También la tenía la mujer y también ella ha pagado. No hay que tener piedad con los enemigos del pueblo.

La verdad es que el mayor delito cometido por Lolli en perjuicio del pueblo había sido el de casarse con Rosita, del Alamito, y el peor delito de Rosita el de haberse casado con Lolli en vez de hacerlo con Bigacci, de la Aldehuela, que más tarde fue llamado Bill.

Con cuatro ametralladores sobre las costillas Pepón no podía discutir mucho. Y además estaba el Partido de por medio, etc.

Había contestado simplemente:

—Bien: allá vosotros.

En esos momentos se habían oído pasos: los de la escuadra habían vuelto a cubrirse con los pañuelos haciendo señas al Flaco y a Pepón de esconderse detrás del cerco.

Habían llegado de improviso otros dos de la escuadra, y en medio de ellos caminaba una mujer con los ojos vendados con un pañuelo.

—Cárguenla en la bicicleta y llévenla hasta la puerta de su casa —había ordenado en voz baja Bill a los dos—. Y díganle que si habla los quitamos a todos de en medio: a ella, al hijo y a la vieja.

Pepón seguía martillando como un condenado el hierro que ya se había vuelto negro y pensaba en la noche del 29 de junio de 1945.

La mujer de Lolli había muerto un par de meses después: el miedo y el dolor la habían hecho enloquecer. Siempre estaba escondida en el desván, no hablaba con nadie y no comía. La vieja entonces había ido a vivir en Arroyito junto con el niño y nadie oyó más hablar de ella.

No se había encontrado el cuerpo de Lolli y nadie sabía nada de él. El Flaco, el Brusco y Pepón nunca habían hablado de esa noche, ni siquiera entre ellos. Alguien había hecho circular una voz que la gente creyó verdadera: Lolli había huido con una muchacha por él conocida en la ciudad, y su mujer había enloquecido del disgusto.

El mismo don Camilo lo había creído; cierta vez, durante el sermón, había aludido a la historia de Lolli presentándola como ejemplo de las desgracias que pueden ocurrir cuando los hombres pierden la cabeza detrás de unas faldas.

Así habían transcurrido seis años y he aquí que, de pronto, salía a flote el hijo de Lolli.

Mi abuela no se equivoca nunca, había dicho a Pepón.

Pepón se dio cuenta de que estaba maltratando inútilmente una barra de hierro ya fría y dejó el martillo para atrancar la fragua. Entonces notó que el niño aún estaba allí. Se había sentado en una caja cerca del torno y aguardaba tranquilo.

—¡Te he dicho que te vayas de aquí! —gritó Pepón.

—Dijo mi abuela que no debo moverme hasta tanto usted no haga la cruz —respondió tranquilo el niño.

Pepón aferró el martillo y dio un fuerte martillazo sobre el yunque:

—¡Yo tengo que hacer! ¡Vete de aquí!

Al niño, azorado, se le llenaron los ojos de lágrimas. Salió, y Pepón reanudó su trabajo y procuró apartar el pensamiento de Lolli. Pero a mediodía, cuando salió del taller, encontró al niño sentado en una piedra al lado de la puerta.

—¡Te he dicho que te fueras! —gritó Pepón.

—Mi abuela me dijo que no debo moverme hasta que usted me haga la cruz.

Volvió al taller alrededor de las dos y el niño ya no estaba sentado donde mismo: se había sentado en la orilla de la cuneta, junto al puentecito de ladrillos, del lado de la calle.

Pepón fingió no haberlo visto, entró en el taller y trabajó como un bruto hasta las seis de la tarde. No salió: se le ocurrió ocupar el tiempo que tenía libre antes de llegar a la hora de la cena, poniendo un poco de orden en el taller. Y cuando su mujer lo llamó desde la ventana del patio, le contestó renegando que no lo fastidiara y que le mandara algo de comer, pues no podía moverse.

Cuando uno de los hijos le llevó a Pepón la comida, éste se esforzó en colocarse en tal posición que no pudiera verlo; pero al cabo le dirigió una mirada, y fue así como notó que su hijo tenía la misma edad que el otro y que, cuando le gritaban algo, se le llenaban los ojos de lágrimas lo mismo que al otro.

Pepón se acercó al banco y sumergió la cuchara en el plato de la sopa; pero el banco estaba delante de la ventana, y Pepón, alzando los ojos, vio que el hijo de Lolli estaba todavía allí, esperando, sentado en la orilla de la zanja.

Entonces se apoderó de él una ira bestial. Corrió afuera, agarró al niño por un brazo, lo llevó en vilo al taller y empezó a atrancar puertas y ventanas.

El niño no decía nada: se quedó parado mirando.

Cuando todo estuvo cerrado, Pepón aferró un martillo y levantándolo en son de amenaza, gritó:

—¡Siéntate y come, o te parto la cabeza!

El niño se sentó y comió lentamente.

—¡Bebe también vino! —gritó Pepón, cuando hubo acabado.

El niño movió la cabeza negativamente:

—No me gusta, porque mi abuela no quiere...

Pepón aferró un trozo de hierro y lo arrojó con rabia contra la pared:

—¡Tu abuela! ¡Tu abuela! ¡Siempre tu abuela! ¿Qué es lo que quiere de mí tu maldita abuela?

El niño, con calma, recapituló:

—Dijo mi abuela que me haga...

—¡Basta! —gritó Pepón agarrando la botella del vino. Bebió hasta la última gota sin retirar los labios.

Después arrojó la botella en medio de la chatarra y asiendo por la solapa al niño, lo empujó hasta la fragua.

—¡Tira y calla! —gritó.

Trabajó cinco horas seguidas: despidió martillazos como una ametralladora, y mientras tanto el niño seguía impertérrito haciendo girar la manija del fuelle de la fragua.

A medianoche la cruz estaba concluida: una gruesa y sólida cruz de hierro macizo y pesado, con muchas volutas y las palabras que la vieja había escrito en el papel grabadas en la placa de latón.

El niño la miró asombrado.

—Es maravillosa —susurró.

Después, pasado el asombro, recommenzó:

—Dijo mi abuela que usted...

Pepón no lo dejó concluir: lo arrastró hasta el patio y lo metió en el *sidecar*.

Se puso en movimiento y partió a toda velocidad.

—¿Dónde vives?

—En Arroyito.

—¿En Arroyito dónde?

—La primera casa después del puente.

La primera casa después del puente de Arroyito tenía aún iluminada la ventana de la cocina. La vieja esperaba evidentemente el regreso del muchacho. Quizá estuviera rogando arrodillada sobre el escalón del hogar.

Pepón paró:

—Baja.

El niño le lanzó un atadizo.

—¿Qué me das?

—Dinero —explicó tímidamente el muchacho.

—¡No quiero dinero!

—Dijo mi abuela que se lo debo dar a la fuerza. Ha dicho mi abuela que no acepta regalos de usted...

Pepón rugió:

—¡Baja, o te estrangulo!

El niño se levantó como para bajar y Pepón estaba en guardia pronto a defenderse como un tigre; pero el niño era de una habilidad diabólica y, antes de marcharse, logró rozar con una pequeña mano blanda y tibia la mano derecha de Pepón asida del manillar.

Pepón no partió, huyó blasfemando, y su furor contra el pícaro de muchacho aumentó tanto que no advirtió que había equivocado el camino. Y

tanto fue así que de pronto se encontró delante de una casa aislada de la Aldehuela.

Como estaba allí, se quedó. Dio dos puntapiés en la puerta de la casita y, cuando alguien entreabrió las hojas de una ventana, del primer piso, dijo:

—Bill, soy yo. Vístete en seguida y baja. Es asunto urgente.

Bill descendió a los pocos minutos y se sentó en el cesto.

—Te lo explicaré cuando hayamos llegado —dijo Pepón.

A las dos de la mañana Pepón y Bill estaban en el taller.

—¿Puede saberse qué pasa? —preguntó Bill preocupado.

Pepón le mostró la cruz que estaba apoyada en la pared y Bill se inclinó para leer la inscripción. Se irguió pálido.

—¿Qué significa esto?

—Significa que tú ahora levantas esa cruz y vas a plantarla en la fosa que tú solo conoces.

Bill lo miró estupefacto.

—Compañero, ¿te has vuelto loco?

—Es algo largo de explicar, compañero. Después te lo explicaré. Alguien sabe y no conviene irritarlo, pues de otro modo todos acabamos en la cárcel.

Bill tenía las ideas claras:

—Nadie sabe dónde está sepultado Lolli y hasta que no encuentren el cadáver nada pueden hacer. Si les indicamos dónde está enterrado, les damos la prueba más grave. O sea, que Lolli no ha huido con una muchacha, sino que ha sido asesinado. Colocar la cruz sería una estupidez bestial.

Pepón no se dejó impresionar por la lucidez del razonamiento:

—Bill, en ciertos momentos particulares también es preciso hacer estupideces bestiales. Éste es un momento particular...

—¿Un momento particular? ¿Y por qué?

—Porque es el momento en que yo tengo en la mano este martillo y si no haces lo que te digo, te doy con él en la cabeza. Es un momento particular como aquel en que tus hombres me apuntaron con el ametrallador contra la barriga y tú dijiste que me ocupara de mis asuntos. Lolli es un asunto mío.

Pepón tenía la cara del hombre que, teniendo entre las manos un grueso martillo, está resuelto a golpearlo en la cabeza de alguien.

Bill bajó los ojos y Pepón, después de palparle los bolsillos, lo cargó junto con la cruz en la moto.

Viajaron en tinieblas. Encontraron el sendero de las Gravas.

Allí descendieron y avanzaron a pie, Bill con la cruz sobre el hombro, que llevaba fatigosamente, pues era muy pesada.

Llegados que hubieron cerca de un bosquecillo de aromos, Bill dijo:

—Es aquí.

Pepón, precavido, había llevado consigo una pala. Cavó hasta cuando encontró algo. Entonces volvió a cubrir y plantó la cruz.

Al regreso no hablaron. Pepón marchó a toda velocidad por la calle desierta y paró solamente cuando estuvo delante de la casa de Bill.

Entraron juntos en el zaguán.

—Pepón —dijo Bill—, te juro que esta traición me la pagas.

Entonces Pepón sintió sobre su mano derecha la tibieza de la mano del niño y le descargó a Bill un puñetazo que, habiéndole dado en pleno rostro, lo hizo recular hasta el fondo del zaguán y desplomarse como una bolsa de estiércol sobre los peldaños de la escalera. Uno de esos puñetazos a la cara que obligan al hombre que lo ha recibido a mandar rehacer la fotografía en todos sus documentos de identidad y que hacen decir a los conocidos: «¡Y pensar que era un hombre tan hermoso!...».

Pepón volvió a cerrar la puerta y a subir en motocicleta, perdiéndose en la noche.

Al guardar la moto en el garaje notó algo blanco en el fondo del cesto: era el dinero de la vieja. El muchacho había obedecido a la abuela y lo había dejado allí antes de bajar.

Pepón lo metió en un sobre y antes de acostarse, corrió a introducir el sobre, en el cual había escrito: *Misas por el alma del difunto Antonio Lolli*, en el buzón de la puerta de don Camilo.

«Esta noche no hay modo de acostarse», pensaba.

Al fin ganó la cama, y la mano que había golpeado a Bill le dolía. Pero poco a poco el dolor desapareció y Pepón volvió a sentir la tibieza de la caricia del niño.

Y era una dulce tibieza que, despacito, se extendía de la mano al brazo, del brazo al pecho, y allí entraba a alegrar el corazón.

Mi abuela no se equivoca nunca. La vieja Lolli se había metido en la cabeza que su hijo dormiría como todos los cristianos en tierra bendita y no se había equivocado.

Que se hiciera justicia no le interesaba. Dentro de poco, cuando hubiese muerto, porque era ya viejísima, habría contado todo al buen Dios y Dios proveería a ajustarle las cuentas definitivamente a Bill.

Pepón se durmió cuando el cielo empezaba a aclararse y no pensaba siquiera lejanamente que dentro de pocas horas la gente, encontrando la cruz, habría dicho: «¡Vaya a saberse quién la hizo! Debe de haber sido un artista de

los buenos, pues aquí tampoco Pepón, que es Pepón, y conoce su oficio, sería capaz siquiera de hacer la mitad de esas volutas».

Porque, naturalmente, nadie podía saber que el hijo de Lolli había movido el fuelle de la fragua y que sus ojos no se habían apartado un instante de las manos del herrero.

Y cuando un niño como ése mira así dos manos de herrero, éstas son manos bendecidas.

EL ALTAVOZ



—Jesús —dijo don Camilo al Cristo crucificado del altar mayor—, ¿a qué seguir hablando si nadie me escucha?

Don Camilo estaba henchido de amargura y el Cristo le susurró palabras de consuelo.

—No, don Camilo: no es cierto que no se te escuche. Cuando tú hablas desde el altar o desde el púlpito, todos están atentos a tus palabras. Muchos no las entienden, pero no importa: lo importante es que la semilla de la palabra de Dios quede depositada en su cerebro. Un día, improvisamente, al mes o al

año, o a los diez años, quien ha escuchado la palabra de Dios sin entender su significado volverá a oír resonar en su oído esa palabra y ya no será una nueva palabra, sino una admonición. Ella representará la solución de un angustioso problema, representará un rayo de luz en la tiniebla, un sorbo de agua fresca en la sed. Lo que importa es que ellos escuchen la palabra de Dios: algún día quien la ha escuchado sin entenderla advertirá que ella se ha vuelto un concepto. Habla incansablemente, don Camilo; pon en tus palabras toda tu fe, toda tu desesperada voluntad de bien. Esparce con mano generosa esa semilla que algún día fructificará aun en el cerebro más árido. Dondequiera que exista un cerebro, existe una posibilidad de razonar. Habla y conténtate con que todos te escuchen.

Don Camilo meneó la cabeza.

—Yo hablo y nadie me escucha —dijo—. Yo hablo y veo delante de mí siempre las mismas caras. Las caras de la gente acostumbrada, que escucha de mis labios lo que ya sabe, mientras no veo nunca las caras de los únicos que necesitarían escuchar, por mi voz, la palabra de Cristo. Jesús, éstos, mientras hablo, están discutiendo en la hostería o conspirando en sus cubiles. Es por éstos por los que digo que hablo y nadie me escucha. Yo pongo en mis palabras mi fe entera y todo mi aliento, y grito, pero mis palabras no han llegado siquiera hasta la mitad del atrio, y ya se han desvanecido en el aire.

Don Camilo suspiró:

—Jesús, yo necesito encontrar dinero para comprarme un altavoz que pondré encima del campanario. Entonces, cuando hable desde el púlpito o desde el altar, mi voz resonará como trueno y deberán escucharme aun aquellos que no vienen aquí. ¡Jesús, hazme vencer al *Totocalcio*!^[9].

El Cristo habló severamente a don Camilo.

—Si está establecido que tú ganes, ganarás. Pero si ganas, ciertamente no será porque tú hayas inducido a Dios a cambiar lo que está preestablecido, para hacerte un favor personal. Y debieras agradecerle nada más que porque te habrá concedido la gracia de cumplir una acción de acuerdo con la divina armonía que regula todas las cosas del universo. Don Camilo, un día caminas preocupado y de pronto, al atravesar la línea férrea, uno de tus pies queda aprisionado no se sabe cómo en un riel. Por más esfuerzos que haces no consigues sacarlo y nadie puede ayudarte. La línea férrea es doble, tiene dos vías paralelas y tú no sabes por cuál de las dos pasará el tren. Pides auxilio a tu Dios. Poco después, suena un pito: el tren pasa sobre la otra vía. Te has salvado y das gracias a Dios por haber predispuesto las cosas de manera tal que no te agarrara la vía contraria. No puedes agradecer a Dios el haber hecho

pasar el tren por donde tú querías que pasara. El tren estaba ya en viaje cuando tú metiste el pie en el riel. El tren marchaba por la otra vía. Tú no puedes pensar que Dios, para favorecerte, lo haya sacado de una vía para llevarlo a la contraria. Debes, pues, solamente agradecerle que el tren rodara por la otra.

Don Camilo agradeció y se persignó.

—Si gano en el *Totocalcio* os lo agradeceré, no por haberme hecho ganar, sino por haber ganado —dijo.

—Así que, si no ganas, no me lo reproches —concluyó el Cristo sonriendo.

Don Camilo tuvo un gran altavoz encima del campanario y la palabra de Dios llegó hasta dentro de la Casa del Pueblo, porque era el altavoz más poderoso que se había encontrado. Y así llegó también el famoso día de la partida de los reclutas.

Pepón esperaba ese día. Tenía a tal propósito ideas extraordinariamente claras. O más bien, las ideas claras a tal propósito las tenían los otros, los que mandaban instrucciones a Pepón; pero Pepón estaba convencido de que eran sus ideas, y se preparó con tiempo.

La partida de los reclutas de la clase llamada debía resultar un acontecimiento importante. Pepón envió en comisión al Flaco y a la escuadra con órdenes perentorias: buenas cosas y muchas. Y conseguirlas por las buenas o por las malas.

Cada recluta debía partir con su buen paquete de provisiones de boca entregadas por el alcalde durante una solemne ceremonia efectuada en la plaza. Y, naturalmente, después de un discursito hecho a medida.

Era el discursito el que interesaba a Pepón. Los jóvenes debían clavarle bien en la cabeza que no son carne de cañón, que el soldado no está al servicio del gobierno sino del pueblo, que el primer deber del soldado es el de pensar en la paz y combatir a los belicistas.

Llegó el día, un hermoso día de sol, y la plaza estaba atestada de gente.

Subiendo a la tribuna, que se levantaba a pocas decenas de pasos del atrio, Pepón miró con ojos sombríos el altavoz.

—¡Esperemos que ese maldito no gaste bromas! —refunfuñó. Y estaba preocupado, pues con semejante instrumento a su disposición don Camilo podía volverse un flagelo nacional.

—Lo importante es que no lo provoques —observó el Flaco—. No te metas con el Papa. Golpea en la tecla de América y del gobierno vendido. Tal vez al final puedas darle también un golpecito al Vaticano.

Empezó el discurso de Pepón y empezaron los sufrimientos de don Camilo, el cual escuchaba escondido detrás de una ventana de la casa parroquial.

«Jesús —rogó mentalmente don Camilo—, ya que me habéis conseguido el micrófono, dadme la fuerza de no usarlo si ese desgraciado dice bestialidades demasiado grandes. Jesús, escuchadme, porque necesito mucho vuestra ayuda. Pensad que el micrófono ya lo tengo en la mano y sería suficiente que bajara esta llave para que mi voz retumbara en la plaza como un trueno».

Pepón empezó a hablar y no le hacía falta el altavoz, pues su voz era potente y llegaba hasta el dique del río grande.

—Os traigo el saludo del pueblo —comenzó Pepón—. De ese pueblo que ha querido significaros su afecto con un generoso don de comestibles, además del vino y otros géneros alimenticios. Junto con el saludo de los trabajadores, yo os quiero traer la voz de la conciencia democrática. Esa voz que tiene una sola palabra: ¡Paz!

«Jesús, ya llegamos», jadeó don Camilo.

—Paz que quiere decir justicia social, trabajo, libertad —continuó Pepón—, respeto de la vida humana, porque han pasado los tiempos bárbaros y medievales del pueblo considerado carne de matadero para los intereses inmundos de los especuladores y los explotadores.

El jefe de los carabineros, que escuchaba detrás de un pilar del pórtico, se secó el sudor y se tocó el bolsillo donde tenía la libreta y el lápiz.

—¡Vosotros, hijos del pueblo —voceó Pepón—, no estáis al servicio de los politicastros que se sientan en el gobierno, estáis al servicio del pueblo! ¡Y el pueblo quiere la paz! ¡El pueblo quiere solamente esa paz que insidían las maquinaciones atlánticas, y esa paz debemos defenderla! ¡No queremos cañones! ¡Queremos trabajo y casas! ¡No queremos aviones de bombardeo y submarinos! ¡Queremos caminos, escuelas, agua y justicia! ¡No os dejéis engañar por aquellos que cuando entréis en los cuarteles os hablarán de patria y otras mentiras! ¡La patria somos nosotros! ¡La patria somos el pueblo! ¡La patria son los trabajadores que sufren!...

Don Camilo sudaba como una fuente y el micrófono le abrasaba las manos. «Jesús —imploró—, dad una poca luz a esta mi pobre cabeza llena de oscuridad. ¡O yo, si ése continúa, hago un disparate!».

Dios lo iluminó y le dio fuerza para desenchufar el micrófono y poner la púa del altavoz en el combinado.

«¡Si continúa haré música!», decidió don Camilo.

Pepón había retomado aliento y el jefe de los carabinieri ya tenía en las manos el lápiz y la libreta.

—¡Soldados! —gritó Pepón—. ¡Escuchad la voz de vuestro pueblo! ¡Id a los cuarteles, porque así lo quiere la bárbara ley enemiga de los trabajadores, pero decid clara y redondamente a los que intentan armaros para combatir a los hermanos proletarios del gran país de la libertad, que vosotros no combatiréis! Decid que vosotros...

En ese momento el altavoz de la torre empezó a sonar. Don Camilo atacaba.

Pepón se interrumpió y palideció. Todos permanecieron callados. ¿Qué diría el altavoz?

Pero del altavoz no salieron palabras. Salieron las notas del himno del Piave.

Justamente, el Piave.

Pepón se quedó boquiabierto y no conseguía continuar, pero el Flaco le dio un puntapié, y entonces se recobró. Su voz, potente, se mezcló con la música que salía del altavoz.

—Decid a aquellos que intentan engañar al pueblo, a aquellos que difaman al pueblo, que nuestros padres defendieron entonces la patria del invasor, y que nosotros hoy estamos dispuestos a volver sobre el Carso y sobre el monte Grappa, donde hemos dejado a la mejor juventud italiana. ¡Allí donde está Italia, allí, en todas partes está el monte Grappa, cuando el enemigo se asoma a las sagradas fronteras de la patria! ¡Decid a los difamadores del pueblo italiano que si la patria llamara, vuestros padres, en cuyos pechos brillan las medallas al valor conquistadas en los pedregales ensangrentados, jóvenes y ancianos, volverán a encontrarse unidos y pelearán, en cualquier parte y contra cualquier enemigo, por la independencia de Italia al solo fin del bien inseparable del Rey y de la patria!

Así dijo: el Rey. Y el Rey voló junto con la patria sobre las alas del Piave, saludado por los gritos delirantes de una plaza atestada de gente. Y el jefe de los carabinieri lo vio pasar por el cielo de la República, pero no lo ensartó con el lápiz para clavarlo en las hojas de la libreta.

Al contrario, lo saludó llevando la mano a la visera.

LA «VIRGEN FEA»



La gente la llamaba la «Virgen fea»: algo que hace erizar el cabello, pues tiene sabor de blasfemia colectiva. En realidad, la gente, hablando de «Virgen fea», no tenía la menor intención de faltar al respeto a la Madre de Dios. Decía lo menos que puede decirse de la famosa estatua que constituía una espina en el corazón de don Camilo.

Era una estatua grande, alta más de dos metros: un trasto pesado como el plomo. Una gran estatua de barro cocido pintada con colores tan infames que hacían daño a la vista.

El modelador debió de ser, haya paz para su alma, el mayor pícaro del universo. Si la hubiera modelado un pobre ignorante de todo principio de escultura, pero hombre de bien, nadie habría podido llamar fea a esa Virgen. Aun en cosas de arte la ignorancia pone toda su alma en hacer la estatua o el cuadro cuanto más bellos puede, y en cosas de arte cuenta siempre más la intención que la habilidad técnica.

Pero en este caso había modelado la Virgen alguien que, evidentemente, sabía trabajar bien. Un canalla que había empleado toda su habilidad de escultor en hacer una Virgen fea. Y lo había logrado.

La primera vez que don Camilo entró —*tempóribus illis*— en la iglesia, había quedado profundamente turbado por la fealdad de la imagen, y en el acto había decidido sustituirla con otra digna de representar a la Madre de

Dios. En seguida habló del asunto, pero le habían contestado que no pensara siquiera en eso.

Se trataba de una terracota de 1693 y le habían mostrado la fecha grabada en el zócalo.

—No importa cuándo la hicieran —había objetado don Camilo—. ¡Es fea!

—Fea, pero antigua —le habían contestado.

—¡Antigua, pero fea! —había replicado don Camilo.

—¡Un objeto histórico, reverendo! —habían concluido los otros.

Don Camilo luchó en vano durante algunos años. Si era un objeto histórico, se enviaría la estatua a un museo y se la reemplazaría por otra Virgen con cara más de cristiano.

En el peor de los casos habría puesto la «Virgen fea» en un rincón de la sacristía, colocando en su lugar, en la capillita, la nueva Virgen.

Sólo se trataba de encontrar el dinero.

Pero cuando don Camilo comenzó sus visitas y explicó el asunto, todos lo miraron asombrados.

—¡Reemplazar la Virgen fea! ¡La Virgen fea es una estatua histórica! —le contestaron—. No se puede. ¿Cómo se reemplaza un objeto histórico?

Don Camilo abandonó su empresa; pero la espina le quedó en el corazón y de vez en cuando se desahogaba con el Cristo del altar mayor.

—Jesús, ¿por qué no me ayudáis? ¿No os sentís personalmente ofendido viendo representada de esa forma la Madre de Dios? ¿Cómo podéis permitir que la gente llame a la Madre de Dios «Virgen fea»?

—Don Camilo —respondía el Cristo—, la verdadera belleza no es la del rostro. Tan cierto es ello que éste después desaparece y en la tierra se convierte en tierra. En cambio, todo lo que es verdaderamente hermoso es eterno y no muere con la carne. La hermosura de la Madre de Dios es la de su alma, y esta belleza es intacta e incorruptible. ¿Por qué habría de ofenderme si alguien ha plasmado en la arcilla una estatua de mujer de feo rostro y luego ha puesto esa estatua sobre el altar de la Virgen? El que se arrodilla delante de ese altar no dirige sus plegarias a la estatua de arcilla, sino a la Madre de Dios que está en los Cielos.

—*Amén* —respondió don Camilo.

Y se marchaba, pero padecía oyendo hablar a la gente de la «Virgen fea».

Y la espina le quedó hincada en el corazón y se acostumbró a ese dolor; pero el día de la procesión de agosto, cuando sacaban la «Virgen fea» de la capillita y la llevaban en andas, a hombros, a lo largo de las calles del pueblo, el dolor tornábase agudo.

Desaprisionados de la sombra de la capilla los rasgos del rostro de la Virgen resaltaban con violencia bajo los rayos del sol.

Feo; pero, antes que feo, era también un rostro malo. Un rostro de rasgos groseros. Ojos pasmados antes que estáticos. Y el Niño en brazos de la Virgen era un bulto de trapos, un bulto del cual emergía un rostro inexpresivo de muñeco.

Don Camilo se había ingeniado para encubrir esa fealdad adornando la estatua con velos, diademas, collares. Pero todo ello, en vez de mejorarla, la había empeorado, hasta que al fin don Camilo había quitado todos los aderezos, y los colores horrendos con los cuales estaba pintarrajeada la terracota habían resurgido más infames que antes.

La guerra pasó también por las calles de los pueblos remotos situados a orillas del gran río. Hubo casas destruidas y casas saqueadas. Manos ladronas y sacrílegas se atrevieron aun a profanar los altares. Cayeron bombas del cielo: campanarios e iglesias fueron alcanzados. Don Camilo no quería confesárselo, pero en el fondo de su corazón tenía la secreta esperanza de que algo lo libraría de la «Virgen fea».

Cuando la soldadesca extranjera empezó a merodear por aquellos parajes, don Camilo fue a referirle sus preocupaciones a quien correspondía:

—La «Virgen fea» es una obra maestra de 1693. Un objeto histórico. ¿No sería conveniente hacerla transportar lejos, a lugar seguro?

Le contestaron que estuviese tranquilo: artística, histórica, pero fea, le explicaron. Su fealdad era su defensa. De 1693 a esa fecha, si no hubiera sido tan fea, alguien ciertamente se la habría llevado.

Y pasó la guerra, y pasaron otros años y al fin llegó el momento en que don Camilo sintió más agudo que nunca el pinchazo de la espina. Había efectuado arreglos en la iglesia: pintado los muros, rehecho las columnas de ladrillos y de los balaustres de madera, dorado las lámparas y los candelabros de los altares.

En medio de todo ese lujo, en medio de todo ese esplendor, la estatua de la «Virgen fea» verdaderamente desentonaba. Una mancha negra sobre un fondo gris se ve y no se ve. Una mancha negra sobre un fondo blanco resalta como un moretón en un ojo.

—Jesús —dijo don Camilo arrodillándose ante el Cristo crucificado del altar mayor—. Vos debéis ayudarme esta vez. Jesús, para reconstruir la iglesia he gastado el poco dinero que tenía; también he gastado no poco dinero que no tenía y estoy cargado de deudas. Me he racionado la comida, hasta he suprimido mi cigarro toscano. Y mi júbilo hoy no es tanto porque

veo tan hermosa la iglesia, cuanto porque he tenido la fuerza de hacer tantos sacrificios. Libradme de la espina que me aflige el corazón. Haced que no se diga más que la iglesia de don Camilo es la de la «Virgen fea».

El Cristo sonrió:

—Don Camilo, ¿quiere el destino que yo deba repetirte siempre el mismo discurso? ¿Por qué quieres que te diga lo que te he dicho mil veces? ¿Que la verdadera belleza no es la del rostro? ¿Que la verdadera belleza es la que los ojos no pueden ver porque es interior y desafía las injurias del tiempo, y no se vuelve, como la otra, tierra en la tierra?

Don Camilo inclinó la cabeza sin contestar. Y era un signo muy malo.

Se acercaba el día de la procesión de agosto y cierta mañana don Camilo mandó llamar a los porteadores.

—Este año —explicó don Camilo— el recorrido de la procesión es más largo, porque antes de entrar en el pueblo habrá que llegar hasta las Casas Nuevas del Camino Bajo.

Era un agosto infernal y el pensamiento de caminar dos kilómetros por un camino cubierto de grava pocos días antes con ese peso sobre los hombros era tal como para desalentar al tipo más guapo del universo.

—Pueden hacerse dos turnos —aconsejó Giarola, que era prácticamente el jefe de los porteadores en todas las procesiones.

—Es peligroso —adujo don Camilo—. Las manos sudan, el calor golpea en la cabeza: en el momento en que hacen el cambio los hombres, puede venirse todo al suelo. A mi parecer se podría adornar bien el camión pequeño de Rebecchi y cargar sobre él a la Virgen. Es también algo más fastuoso: creo que a ustedes no les parecerá mal.

Al contrario, a los hombres no les gustaba; pero, por otra parte, pensando en el camino y en el calor el disgusto disminuía. Contestaron que a ellos les parecía bien.

Rebecchi consintió de buen grado en facilitar el camión pequeño y el día siguiente lo llevó a la cochera de don Camilo, porque don Camilo no se fiaba de nadie y quería arreglar y decorar él mismo el camioncito.

Así fue como la entera semana martilló como un condenado, pero la noche del sábado todo estaba perfectamente en su punto: una robusta plataforma había sido clavada en el piso del camioncito. Cada cosa había sido disfrazada y, a decir verdad, el conjunto constituía una figura de primer orden.

Después llegó el domingo y a la hora señalada la «Virgen fea» fue llevada fuera de la iglesia y colocada en la plataforma. El pedestal fue atado con

sólidas cuerdas a la armazón de madera y las cuerdas fueron disimuladas bajo grandes adornos florales.

—Puede ser conducido sin ninguna preocupación —dijo don Camilo a Rebeci—; no puede caerse tampoco si te pones a correr a noventa. Yo lo garantizo.

—Adornada de este modo y con todas esas flores, casi es hermosa —dijo la gente cuando el camión fue puesto en marcha.

La procesión se encaminó hacia las Casas Nuevas del Camino Bajo y el camioncito procedía a paso de hombre, pero lo mismo daba tumbos sobre los guijarros y también porque el maldito embrague justamente entonces se había puesto a funcionar a su antojo y el vehículo era sacudido por vaivenes tan violentos que, si don Camilo no hubiese atado del modo como lo había hecho el pedestal de la estatua a la plataforma, le habría gastado una broma pesada a la pobre «Virgen fea».

Don Camilo, que había notado el contratiempo del embrague y se figuraba, por lo tanto, el lío en que debía de encontrarse Rebeci, llegados que hubieron a las Casas Nuevas, introdujo un cambio en el programa.

—El camión marcha despacio con dificultad sobre la grava —explicó—. Ahora nosotros cortamos a través de los campos y en diez minutos llegamos a la carretera provincial. Rebeci vuelve atrás pronto y nos espera en el puente. Allí reordenamos la procesión y marchamos magníficamente hacia el pueblo porque todo el camino está bueno.

Rebeci retrocedió con su camioncito y con la «Virgen fea», la cual, pobrecita, hizo verdaderamente el viaje más incómodo en su larga vida.

En el puente el cortejo se reordenó e inició la marcha hacia el pueblo: el camino allí era liso y todo andaba bien, por más que, de vez en cuando, por culpa del maldito embrague, el camioncito daba un saltito adelante como si hubiese recibido un puntapié en el trasero.

El pueblo estaba todo adornado, pero donde las cosas habían sido hechas realmente bien era en la calle principal, la que no acababa nunca, con pórticos a uno y otro lado. En ella, cada ventana estaba llena de flores y colgaduras, y la gente arrojaba flores desde todas las ventanas.

Desgraciadamente, la calle estaba empedrada y el camión, que además del embrague descompuesto tenía las gomas duras como el hierro, aun yendo despacio, parecía padecer el baile de San Vito.

Pero la «Virgen fea» estaba como soldada sobre el camión y eso era mérito personal de don Camilo.

A medio camino de los pórticos empezó el trecho más infame, porque allí el empedrado había sido roto para abrir los desagües y una parte estaba llena de baches.

—Pasado ese trecho ya no hay ningún peligro —dijo la gente que, aun cuando tenía la mayor confianza en las sogas de don Camilo, había dejado un ancho espacio vacío alrededor del camión.

Pero la «Virgen fea» no atravesó la zona peligrosa.

No cayó porque las cuerdas de don Camilo funcionaban como si las hubiese atado Sansón; pero un salto más fuerte que los otros la hizo desmoronarse.

No era una terracota: era en cambio algo crudo, un endiablado amasijo de ladrillos, yeso, cal o Dios sabe qué, y al cabo de dos o tres mil sacudidas asesinas se desmoronó y los trozos cayeron al suelo y se desmenuzaron.

Pero el clamor que se levantó del gentío no fue porque la «Virgen fea» se hubiera roto en pedazos.

Fue por la «Virgen hermosa».

La gente abrió asombrada los ojos y lanzó un grito porque, caída en pedazos la «Virgen fea», del pedestal mutilado qué había quedado atado a la plataforma del camión, emergía, centelleante como un fruto de plata libertado de la rugosa corteza, una Virgen maravillosa, más pequeña que la otra, pero toda de plata.

Don Camilo la contempló admirado y en seguida acudieron a su mente las palabras del Cristo: «La verdadera belleza no es la del rostro... La verdadera belleza es la que no pueden ver los ojos porque es interior y desafía las injurias del tiempo y no se convertirá, como la otra, en tierra en la tierra...».

Se volvió hacia una vieja que se había puesto a vocear: ¡Milagro! ¡Milagro!, y la hizo callar con un grito; después se inclinó y recogió uno de los fragmentos de la «Virgen fea».

Era un trocito de cara, uno de los dos ojos malos y pasmados que él había mirado tantas veces con odio.

—Volveremos a rehacerte, trozo por trozo —dijo don Camilo en voz alta—. A costa de emplear un año o diez años yo te reconstituiré, pobre «Virgen fea» que has salvado a la Virgen de plata de la codicia de todos los bárbaros llovidos aquí desde aquel día del 1600 hasta ayer. Quien te plasmó de prisa, recubriendo con tu costra la Virgen de plata, te hizo fea y desairada para salvarte de las manos de los salteadores, que tal vez ya venían en camino hacia este pueblo, o hacia otro pueblo o la ciudad donde estabas y de donde después llegaste aquí. Ahora te recompondremos, trozo por trozo, y estarás

sobre tu altar junto a la Virgen de plata. Yo, involuntariamente, he provocado tu fin miserable, oh «Virgen fea»...

Aquí don Camilo dijo la más descarada mentira de su vida. Pero por otro lado no podía, *córam pópulo*, explicar que él había elegido el itinerario más largo y pedregoso, que él había hinchado hasta reventar las gomas del camión, que había saboteado el embrague y que, por último, para ayudar a la grava, al empedrado y a los baches, había empezado con un martillo y un punzón a hacer en el barro cocido de la estatua algún agujerito y alguna pequeña grieta, pero que había suspendido de pronto el trabajo porque se había dado cuenta de que no se trataba de terracota sino de un estuco que se habría resquebrajado solo.

Más tarde se lo diría en confianza al Cristo del altar mayor. El cual, por lo demás, lo sabía muy bien...

—Tú, pobre «Virgen fea», has salvado a la Virgen de plata de las uñas rapaces de los bárbaros que han infestado nuestro suelo desde los tiempos lejanos hasta ayer. ¿Quién salvará a la Virgen de plata de los bárbaros de hoy, que se asoman amenazadores a las fronteras de la civilización y miran con ojos feroces la Ciudadela de Cristo? ¿Quiere esto ser un presagio? ¿Quiere significar que estos bárbaros no bajarán a nuestros valles o que, si intentan bajar, bastarán nuestra fe y nuestro brazo para defenderte?...

Pepón, que en primera fila «observaba atentamente el fenómeno», se dirigió al Flaco.

—¿Puede saberse a quién le habla? —preguntó en voz baja.

—¡Bah! —contestó el Flaco encogiéndose de hombros—. ¡Las acostumbradas fantasías de los clericales!...

UN FANTASMA DE SOMBRERO VERDE



Había anochecido hacía un buen rato y don Camilo aún tenía los ojos abiertos de par en par y estaba buscando en la cama el sitio justo donde hacer el nido.

Oyó sonar las horas en la torre: ya era domingo y no uno de los habituales domingos, sino el domingo de las elecciones.

Los rojos tenían espaldas sólidas en ese pueblo y la idea de poderlos echar de la Municipalidad ponía frenético a don Camilo.

Cuando sonaron las dos, don Camilo saltó de la cama. Se vistió y salió al atrio, oscuro y desierto.

Entró en la iglesia por la puertecita del campanario y fue a arrodillarse ante el Cristo del altar mayor. Empezó a rezar.

La iglesia estaba iluminada solamente por la lámpara suspendida ante el altar, y el silencio parecía en esa penumbra aún más profundo.

Sonaron las dos y media y las campanadas del reloj cayeron en el silencio como bombas, luego se desvanecieron, pero algo hizo sobresaltar poco después a don Camilo.

Alguien estaba hurgando cautelosamente la cerradura de la puertecita de la torre. No había modo de equivocarse: entonces don Camilo se alzó y se introdujo sin hacer ruido en el confesonario más cercano.

Oyó saltar el pestillo. Oyó abrirse la puerta y luego cerrarse. Oyó que alguien entraba en la iglesia.

Don Camilo no se movió: aguardó reteniendo el aliento; después, con un dedo, apartó un poquito la cortinilla del confesonario.

Inmóvil como un pilar, un hombre estaba en pie ante el altar mayor y miraba hacia arriba.

Pasaron largos minutos, luego el hombre suspiró profundamente. Musitaba algo, pero no se entendía qué estaba diciendo. Así barbotó largo tiempo, en pie; luego se sentó y hundió la cabeza entre las manos.

Don Camilo no se movió un milímetro y aguardó acurrucado en el confesonario. Y un dulce entorpecimiento se apoderó de él.

Despertó sobresaltado.

La iglesia estaba desierta y llena de luz: don Camilo se encontró embutido dentro del confesonario y le costó un trabajo endiablado poner en movimiento su gran máquina de huesos y de carne.

Miró el reloj.

—¡Casi las seis! —dijo—. Qué cosa extraña, Jesús: he soñado que alguien hacia las dos y media de la madrugada entró en la iglesia para rogar. He soñado que entró por la puertecita de la torre abriéndola con una ganzúa. ¡En mi vida he tenido un sueño más disparatado! ¡Qué cosa extraña los sueños!

El Cristo suspiró.

—Extraña cosa por cierto, los sueños: especialmente si el que se va olvida el sombrero.

Don Camilo se volvió y, sobre el banco, justo allí donde había visto sentarse al nocturno visitante clandestino, había en efecto un sombrero verde.

Don Camilo tomó el sombrero verde y lo revolvió entre las manos.

—¿Y ahora qué hago con esto?

—Ponlo de nuevo allí, sobre el banco, don Camilo. Haz cuenta que lo haya dejado para tener ocupado el lugar. Algún día volverá.

Don Camilo sacudió la cabeza.

—Ten fe, don Camilo —dijo el Cristo—. No tiene importancia que ello ocurra dentro de un mes o de un año o de más años. Algún día volverá, y sin pasar por la puertecita de la torre, y sin usar ganzúas. Y entonces no vendrá a rogarme que le haga ganar las elecciones.

—Sea hecha vuestra voluntad —susurró don Camilo volviendo a poner sobre el banco el sombrero verde de Pepón.

El último mitin para las elecciones municipales lo celebró Pepón la tarde del sábado. Por la mañana habló en la plaza un personaje de campanillas del partido adversario, en fin, el de la otra lista. Había venido de la ciudad, y sabía lo que quería.

—¡Libertaremos también esta pequeña ciudad de los invasores rojos —gritó—, de los siervos del extranjero, de los enemigos de Cristo! —y todos lo aplaudieron.

Al atardecer, desde la misma tribuna habló Pepón.

La plaza estaba llena como un huevo, porque todos esperaban que Pepón gritara locuras llegando quién sabe hasta dónde.

Pepón, en cambio, no gritó: habló poco y con mucha calma.

—Ciudadanos —dijo—, os saludo. Mi partido puede ordenarme decir lo que él quiera, pero yo os diré lo que quiero yo. Yo estoy aquí simplemente para saludaros. En los años corridos, yo y mis compañeros hemos hecho un montón de cosas: yo no sé cuántas habrán sido las cosas buenas y cuántas las bestialidades. Sea como sea, si nos hemos equivocado, ello dependía no de nuestra buena voluntad, sino de nuestra ignorancia y poca práctica. Yo habré sido el alcalde más bestia del universo; pero puedo asegurar que mi intención era la de beneficiar al pueblo.

Pepón se secó el sudor que le goteaba de la frente.

—Ciudadanos: nosotros no tenemos ninguna esperanza de ganar y hemos presentado una lista simplemente porque queremos ver si nos despedís ni más ni menos que con un puntapié en el trasero, o bien si nos despedís de buenos modos con el certificado correspondiente. Queremos ver si ese certificado lo hemos merecido o ni eso siquiera. Somos como escolares que han hecho el deber y lo presentan a la señora maestra: veamos si hemos merecido cero, o bien cinco, o bien suficiente. Exprese cada uno libremente su juicio y cuando no *seremos más* alcalde no me quitéis el saludo, pues si os hemos pisado los pies no lo hemos hecho adrede. *Errare humanórum*.

Pepón se registró el bolsillo y sacó de él algo.

—Ciudadanos —dijo—, cuando hace cinco años fui elegido alcalde, yo tenía en el bolsillo un cigarro toscano y quinientas liras; ahora, después de haber sido alcalde cinco años, tengo en el bolsillo doscientas setenta liras y medio cigarro: ésta es mi historia.

Don Camilo, que escuchaba espiando detrás de los postigos entornados de la ventana de la casa parroquial, se había quedado con la boca abierta.

—Yo —continuó Pepón—, yo, si me da un patatús que me deje seco, no puedo siquiera hacerme refrescar la cara con el agua bendita y debo ir al cementerio como un baúl lleno de trapos: eso es lo que he ganado. Nadá más tengo que decir, ciudadanos. Ahora yo quisiera gritar «viva Italia», pero no puedo, pues si lo hago me acusan de querer explotar a la patria en favor de la política del Partido...

Pepón se quitó el sombrero con un amplio ademán.

—Buenas tardes, señores —concluyó.

La gente, aturdida, miró a Pepón bajar de la tribuna y alejarse seguido por su estado mayor.

No hubo un grito.

La plaza se vació lentamente y sólo cuando estuvo vacía don Camilo empezó a pensar de nuevo. Una cosa así no se la esperaba.

Pepón se rendía.

Llegó la noche y luego despuntó la aurora del domingo famoso. Don Camilo fue a votar alrededor de las diez. Pepón y los suyos votaron pocos cada vez y todo funcionó sin tropiezos.

Votaron también el lunes hasta la una de la tarde. Después el pueblo fue vaciándose y llegó la noche.

Al mediodía del martes llegó a la rectoral Barchini: tenía los ojos fuera de las órbitas.

—Reverendo —jadeó—, ¡han ganado ellos!

Don Camilo saltó en pie, apretando los puños; después volvió a sentarse.

Le vinieron ganas de colgarse de las campanas y empezar a tocar a muerto, le vinieron ganas de echarse a gritar y dar puñetazos sobre la mesa.

No hizo nada de eso.

«Libertaremos la ciudad de los invasores rojos, de los siervos del extranjero, de los enemigos de Cristo...»: le acudió a la mente el discurso lleno de petulancia del famoso personaje venido a propósito de la ciudad para asombrar al pueblo.

—¡Cretino! —gritó—. Con todos sus diplomas y su cultura se ha hecho embromar por un desgraciado que no sabe siquiera hacer una «O» con el vaso.

Tampoco esa noche don Camilo lograba hacer el nido en la cama: tenía en el estómago un gato vivo y a las tres se levantó, se vistió y fue a refugiarse en la iglesia.

—Jesús —dijo arrodillándose ante el altar mayor—, si no me ayudáis me dará un ataque apoplético.

Rezó un poco y luego buscó refugio en el confesonario, como la vez anterior, esperando encontrar alguna paz en el sueño. Se amodorró, pero al rato despertó sobresaltado.

Alguien, como la famosa noche del fantasma del sombrero verde, alguien hurgaba con una ganzúa la cerradura de la puertecita de la torre.

Don Camilo aguardó inmóvil como una piedra; de pronto un hombre entró en la iglesia y se acercó al altar mayor.

El hombre llevaba capa negra: sacó algo bajo la capa y se adelantó pasando más allá del balaustre. Se detuvo delante de un gran candelabro que

había a la izquierda del altar e introdujo en el candelabro el grueso cirio que había llevado escondido bajo la capa.

Después prendió un fósforo, frotándolo bajo la suela de un zapato y encendió el cirio.

Entonces don Camilo no pudo contenerse más y salió del confesonario. El hombre se volvió de golpe apretando los puños, mas se tranquilizó en el acto.

—¿Puedo saber qué hace aquí el señor alcalde a las tres y media de la madrugada, en la casa de Dios, en la que se ha introducido forzando la cerradura?

Pepón no se turbó. Señaló el Cristo crucificado del altar:

—Asuntos nuestros, reverendo. Estábamos de acuerdo.

—¿De acuerdo en qué?

—Si me hacía ganar, yo le traería un cirio.

Don Camilo perdió la calma.

—*Vade retro!* —gritó—. ¿Cómo te atreves, demonio, a venir a blasfemar aquí en la misma casa de Dios?

—¿Y quién blasfema?

—¡Es una blasfemia que tú creas que Cristo ha hecho triunfar la lista sacrílega de vosotros. Si uno va a la iglesia a pedirle a Dios que lo ayude a matar a un hombre de bien y consigue matarlo, es dos veces delincuente: la primera porque mata, la segunda porque se atreve a pensar que Dios lo ha ayudado a matar, lo ha ayudado a violar su ley sagrada!

Pepón abrió los brazos.

—Yo no he matado a nadie. Yo he pedido a Dios que me hiciera elegir alcalde de nuevo. Y Dios me ha ayudado. No es delito ser alcalde.

Don Camilo levantó el dedo con aire de amenaza:

—¡Es un delito trabajar por el enemigo de Cristo! ¡Tú estás al servicio del enemigo de Dios y te atreves a creer que Dios te ha ayudado a hacer triunfar a su enemigo!

Pepón se encogió de hombros.

—Es inútil que trate de mezclar en esto la política —respondió—. Aquí no tienen nada que hacer los anticristos: aquí hay un hombre que viene a encenderle un cirio a Dios porque lo ha ayudado a ser alcalde de nuevo.

Don Camilo apretó los puños y se encaminó decidido hacia el gran cirio.

—¡Si usted lo apaga, le parto la cabeza! —gritó Pepón aferrando un grueso candelabro.

—Ciertamente no permitiré una riña sobre las gradas del altar de Cristo —dijo don Camilo—. Bien, que arda ese fuego impío. ¡Él no es más que una

llameante ofensa hecha a Dios, y Dios te castigará por el sacrilegio!

Pepón retrocedió y se dirigió hacia la sacristía y la puertecita de la torre.

—Reverendo —rezongó—, es inútil que saque a relucir las palabras de *El Trovador* y de *La fuerza del destino*. Mi cirio puede estar prendido allí. Yo estoy en paz con mi conciencia. Y Dios lo sabe. Porque si no lo supiera, no me habría hecho ganar la elección.

—¡Fuera de aquí! —gritó don Camilo. Y Pepón se retiró.

Don Camilo caminó de arriba abajo delante del altar; luego se paró, y volviendo los ojos al Cristo crucificado abrió los brazos:

—Jesús —dijo—. Vos lo habéis visto y oído: él ha blasfemado aquí en vuestra presencia.

El Cristo sonrió.

—Don Camilo —dijo con dulzura—, don Camilo, lo importante es tener fe en Dios, creer en Dios. Creer en un ser superior que ha creado todo y todo lo administra y que al final castigará a los malos y premiará a los buenos. No seas demasiado severo con Pepón: peor es votar contra los rojos y no creer en Dios que votar por los rojos pero creer en Dios. La máxima ofensa que puede hacerse a Dios es no creer en Dios. La fe ilumina y algún día toda sombra, aun la más espesa, desaparecerá del alma de quien tiene hoy la mente confusa. Don Camilo: aquel que no tiene fe, no ve porque no tiene ojos. Tampoco ve quien tiene los ojos vendados, pero puede ver, y algún día la venda caerá de sus ojos y sus ojos conocerán la luz. No oye quien no tiene oídos, ni puede oír; y tampoco oye quien tiene tapadas con cera las orejas, pero puede oír y cuando la cera se disuelva, él oirá la voz de Dios.

Don Camilo abrió los brazos.

—Jesús —imploró—; él ha blasfemado al venir a agradecer el que hayáis ayudado a la causa de vuestros enemigos. De aquellos que os niegan.

—Don Camilo, él ha venido a agradecer a Dios, no ha agradecido al jefe de su partido. Y no ha rogado al jefe de su partido que lo hiciera vencer: ha rogado a Dios. Él no niega a Dios: al contrario, él reconoce la potencia de Dios. Algún día comprenderá todo cuanto hoy no comprende porque no conoce la verdad. No es fácil para todos el camino que conduce a la verdad.

Don Camilo miró sombríamente el cirio de Pepón, que ardía al lado del altar.

—Bien, apágalo, don Camilo, si te molesta. No podrás nunca apagar la otra llama que él ha encendido ante mi altar la otra madrugada.

Don Camilo no entendía.

—¿Otra llama ante vuestro altar? ¿Y dónde?

—Don Camilo, Pepón no ha votado por su lista: ha marcado con su cruz la cruz que está en el emblema de tu lista.

Don Camilo saltó en pie.

—Jesús —exclamó—, ¡él ha engañado a todos! ¡El lobo se ha vestido con piel de cordero!

—¿O bien es el cordero que lleva todavía encima la piel del lobo?

Don Camilo no conseguía recobrar su serenidad.

—Jesús, eso no lo sé: ¡yo sé solamente que él ha triunfado una vez más!

—Diría en cambio que he triunfado yo, don Camilo.

El sombrero verde que Pepón había abandonado sobre el banco de la iglesia noches antes, todavía estaba allí. Don Camilo lo miró.

—No tengas prisa, don Camilo —susurró sonriendo el Cristo—. Hay que tener fe en Dios.

Pero don Camilo todavía no lograba recobrar la paz del espíritu.

—Jesús —exclamó con voz angustiada—, él es vil porque me ha engañado y ha engañado a todos.

—A mí no, don Camilo.

—Jesús —gimió don Camilo—, él, el otro día, cuando habló en la plaza, me llenó el corazón de piedad. Lo he visto triste y abandonado por todos...

Don Camilo se pasó la mano por la frente sudorosa.

—Jesús —gimió—, yo he votado por él... ¡Yo he cometido ese sacrilegio!... ¡Pero yo no sé cómo ha sucedido esta cosa horrible!...

—Yo sí, don Camilo —respondió sonriendo el Cristo—. El amor a tu prójimo ha hecho callar tu razonamiento. Que Dios te perdone, don Camilo.

CENTELLA DICHO CEN



Dos días antes de abrirse la caza, *Relámpago* murió. Era viejísimo y tenía pleno derecho a estar harto de hacer de perro cazador, oficio que le daba un trabajo extraordinario por la sencilla razón de que no era el suyo.

Don Camilo no pudo hacer otra cosa que cavar un hoyo profundo en el huerto, no lejos del seto de aromos, echar adentro la osamenta de *Relámpago*, cubrirla de tierra y suspirar.

Durante unos quince días don Camilo anduvo triste; después se le pasó, y una mañana, sabe Dios cómo, se encontró en medio de los campos con la escopeta en las manos.

Una codorniz se levantó de un alfalar y don Camilo disparó el doble tiro. La codorniz siguió volando tranquila y don Camilo iba a aullar: «¡Canalla de perro!», pero recordó que *Relámpago* había muerto y le volvió la tristeza.

Anduvo dando vueltas por los campos a lo largo de los diques y bajo las hileras de vides, disparó tiros como una ametralladora, pero sin ningún resultado. ¿Cómo conseguir algo sin perro?

Le había quedado un cartucho: se levantó una codorniz y don Camilo tiró cuando el ave salvaba un seto vivo. Sin duda no le había errado, pero ¿de qué modo saberlo? Podía haber caído en medio del seto o más allá, en la hierba del prado. Era tanto como buscar una aguja en un pajar. Mejor no preocuparse.

Don Camilo sopló dentro de los dos cañones de la escopeta y ya miraba en torno para orientarse y encontrar el camino de su casa cuando un crujido le hizo volver la cabeza.

Del seto salió un perro que llegó hasta él corriendo y le arrojó a los pies la gruesa liebre que llevaba entre los dientes.

—¡Mundo... viejo! —exclamó don Camilo—. Ésta sí que es linda. Yo le tiro a una codorniz y éste me trae una liebre.

Don Camilo recogió la liebre y vio que estaba mojada. También estaba mojado el perro. Evidentemente venía de la otra orilla y había atravesado el río a nado. Puso la liebre en el morral y se dirigió hacia su casa. Con el perro detrás. El perro lo siguió y, cuando don Camilo entró en la rectoral, se quedó esperándolo acostado delante de la puerta.

Don Camilo nunca había visto un perro de esa raza. Era un hermoso animal y debía de ser de los muy buenos. Quizá se tratara de uno de esos perros que tienen registrado el árbol genealógico como los condes y los marqueses: como quiera que fuese, no tenía encima ningún documento de identificación. Traía un hermoso collar, pero en él no había ninguna chapa con nombre o dirección.

«Si no viene del otro mundo y si alguien lo ha perdido, ese alguien se hará ver», pensó don Camilo. E hizo entrar al perro.

A la noche, antes de dormirse, pensó bastante en el perro, pero tranquilizó su conciencia concluyendo:

«El domingo lo diré en la iglesia».

Cuando, por la mañana temprano, don Camilo se levantó para decir misa, había olvidado al perro: se lo encontró entre los pies mientras iba a entrar en la iglesia.

—¡Quieto ahí y espera! —le gritó don Camilo. El perro se acostó delante de la puertecita de la sacristía y cuando don Camilo salió todavía estaba allí y le hizo fiestas.

Almorzaron en compañía, y al concluir, viendo el perro que don Camilo alzaba la escopeta que estaba apoyada en un ángulo, para colgarla del clavo habitual, empezó a ladrar, y corría hacia la puerta, después entraba para ver si don Camilo lo seguía, y tanto continuó la comedia que don Camilo hubo de abrazar el arma y encaminarse hacia el campo.

Era un perro extraordinario, uno de esos animales que obligan moralmente al cazador, que lo induce a pensar: «Aquí, si yerro el tiro, hago una figura de perro».

Don Camilo se empeñó a fondo, pues le parecía que debía rendir examen y, francamente, se mostró un cazador digno del perro.

Al volver con el morral lleno, don Camilo tomó una decisión:

«Lo llamaré Centella».

Después, en un segundo tiempo, pensando que Centella es un nombre demasiado largo, perfeccionó la cosa:

«Centella, llamado Cen».

Como ya su trabajo había concluido, el perro holgábase a media milla de distancia, persiguiendo las mariposas en el borde de un enorme alfalfar.

—¡Cen! —gritó don Camilo.

Pareció como si alguien, del otro lado del prado, hubiese lanzado contra don Camilo un obús: el perro partió arrastrando la panza por el suelo y sólo se veía el rastro que, hendiendo el mar de alfalfa, el animal dejaba tras sí.

Ya está *Cen* con un palmo de lengua afuera, plantado delante de don Camilo, esperando órdenes.

—¡Bravo, *Cen*! —le dijo don Camilo. Y el perro hizo en torno de él tal zarabanda de saltos, aullidos y ladridos que don Camilo pensó:

«¡Si éste no acaba, yo también me pongo a ladrar!».

Pasaron dos días y un condenado pequeño Satanás, que se había puesto sobre los talones de don Camilo y le hacía largos discursos tentadores, casi había logrado convencerlo de olvidar que el domingo debía referir en la iglesia la historia del perro, cuando la tarde del tercero, volviendo de caza con el morral lleno y con *Cen* que hacía de batidor, don Camilo encontró a Pepón. Pepón estaba sombrío: también él venía de cazar, pero su morral estaba vacío.

Pepón miró a *Cen*, después sacó del bolsillo un diario y lo abrió.

—Es curioso —murmuró—, parece justamente el perro que buscan aquí.

Don Camilo tomó el diario y en seguida encontró en él lo que nunca habría querido encontrar. Un fulano de la ciudad ofrecía una buena recompensa a quien le hubiese hecho hallar al perro cazador tal y cual, extraviado tal día en tal lugar a lo largo del río.

—Bien —refunfuñó don Camilo—. Ya no necesitaré decirlo en la iglesia el domingo. Déjame el diario. Después te lo devuelvo.

—Comprendo, pero es una lástima —replicó Pepón—. En el pueblo dicen que es un perro extraordinario. Parece, por lo demás, que esto sea cierto, porque cuando usted tenía a *Relámpago*, morrales como ése nunca llevó a casa. Lástima de veras. Yo, en su lugar...

—También yo en tu lugar —lo interrumpió bruscamente don Camilo—. Pero como estoy en el mío, hago mi deber de hombre de bien y devuelvo el perro al dueño legítimo.

Llegado al pueblo, don Camilo entró corriendo en la oficina de correos y envió un telegrama al tipo de la ciudad. Así, el pequeño Satanás condenadísimo que estaba estudiando un hermoso discurso para hacérselo a

don Camilo, perdió el partido. Y esto fue también porque había pensado que don Camilo escribiría al tipo una carta; no había pensado en el telégrafo.

Escribir una carta pide su tiempo, quince, veinte minutos. Y en quince o veinte minutos un pequeño Satanás inteligente consigue invertir una situación. Para borrar cuatro palabras telegráficas en una oficina postal bastan pocos segundos y en ese tiempo ni siquiera un gran Satanás puede hacer mucho.

Don Camilo volvió a su casa con la conciencia tranquila, pero con mucha tristeza. Y suspiraba aún más fuerte que cuando había enterrado a *Relámpago*.

El tipo de la ciudad llegó al día siguiente en un «Aprilia». Era engreído y antipático.

—¿Mi perro está aquí? —preguntó.

—Aquí hay un perro extraviado por alguien y encontrado por mí —precisó don Camilo—. Usted debe probar que es suyo.

El tipo describió al perro desde el principio hasta el fin.

—¿Es bastante, o debo describirle también cómo tiene hechas las tripas? —concluyó.

—Es bastante —contestó con hosquedad don Camilo, abriendo el tabuco que había debajo de la escalera.

El perro estaba acostado y no se movió.

—¡Cen! —lo llamó el tipo.

—¿Se llama así? —preguntó don Camilo.

—Sí.

—Es raro —observó don Camilo.

El perro no se había movido y el tipo de la ciudad lo llamó otra vez:

—Cen.

El perro gruñó y sus ojos eran malos.

—No parece que sea el suyo —dijo don Camilo.

El tipo se inclinó y, aferrando al perro por el collar, lo arrastró fuera del tabuco. Volvió el collar del revés y mostró una chapita de latón que tenía grabadas algunas palabras.

—Vea, reverendo. Aquí están grabados mi nombre, mi dirección y el número de mi teléfono. Aunque el perro no parezca mío, lo es.

El tipo señaló el automóvil a Cen.

—¡Vamos, sube! —ordenó.

Y Cen, lentamente, con la cabeza baja y la cola entre las piernas, subió al automóvil y se aovilló en el piso.

El tipo sacó del bolsillo un billete de cinco mil liras y se lo ofreció a don Camilo.

—Por la molestia —dijo.

—No ha sido una molestia para mí devolver la cosa hallada a su legítimo propietario —contestó don Camilo rechazando el dinero.

El tipo de la ciudad agradeció:

—Le estoy muy agradecido, reverendo. Es un perro que me cuesta un montón de dinero. Raza purísima. Procede de una de las mejores perreras inglesas. Ha ganado tres premios internacionales. Yo soy algo impulsivo: días atrás, como me hizo errar una liebre, le solté un puntapié. Es un perro quisquilloso.

—Es un perro que tiene dignidad profesional —respondió don Camilo—. La liebre usted no la erró, tanto es así que después la encontró y me la trajo a mí.

—Ya le pasará —dijo riendo el tipo de la ciudad al subir al automóvil.

Don Camilo tuvo una noche pérfida. A la mañana siguiente, cuando salió de la iglesia después de haber celebrado la misa, estaba sombrío. Llovía a cántaros y soplaban un viento endemoniado, pero *Cen* estaba allí.

Embarrado hasta los ojos y mojado como un trapo de piso, *Cen* estaba acostado delante de la puerta de la sacristía y cuando vio a don Camilo, concertó una escena digna de un final de último acto.

Don Camilo entró en la casa parroquial con *Cen*, pero pronto se apoderó de él la tristeza.

—No hay que ilusionarse —dijo al perro, suspirando—. Ya sabe el camino y volverá a buscarte.

El perro aulló como si hubiese entendido. Y se dejó lavar y asear por don Camilo; luego se acurrucó delante del hogar donde don Camilo había prendido un haz de leña para que *Cen* se secara.

El tipo de la ciudad volvió esa misma tarde. Estaba enojadísimo porque había enfangado su «Aprilia».

No fue preciso explicar nada: entró en la rectoral y encontró a *Cen* acurrucado junto al hogar ya sin fuego.

—Siento causarle otra molestia —dijo el tipo—. Pero ya verá usted que ésta es la última vez. Lo llevaré a una casa de campo que tengo en el Varesotto. De allí no podría escapar aunque fuera una paloma mensajera.

Cuando el tipo lo llamó, *Cen* gruñó amenazador y esta vez no subió por sí solo al automóvil, sino que el amo tuvo que hacerlo entrar por la fuerza. Y

cuando estuvo en el coche intentó escapar. Y cuando cerraron la puerta empezó a saltar sobre los asientos y a ladrar rabiosamente.

A la mañana siguiente don Camilo salió de la casa parroquial con el corazón que le latía con fuerza; pero *Cen* no estaba. Ni tampoco al otro día, y don Camilo paso a paso fue resignándose. Así transcurrieron quince días, pero la noche del decimosexto, hacia la una, don Camilo oyó que alguien lo llamaba de abajo, y era *Cen*.

Bajó corriendo, y en el atrio, bajo las estrellas, se desarrolló el encuentro más patético que jamás fue escrito. Tan patético como para hacer olvidar a don Camilo que estaba en camisa.

Cen volvía en condiciones desastrosas: sucio, hambriento y tan cansado que no podía tener derecha la cola.

Fueron necesarios tres días para reacondicionarlo, pero la mañana del cuarto, cuando don Camilo entró en la rectoral, acabada la misa, *Cen* lo asió de la sotana con los dientes, lo llevó al rincón donde estaba colgada la escopeta y combinó tal escena que obligó a don Camilo a tomar el arma, la cartuchera y el morral y ganar el campo.

Transcurrió una semana extraordinaria: *Cen* era cada vez más fenomenal y los morrales de don Camilo ponían verdes a todos los cazadores de la región.

De cuando en cuando alguien venía a ver al perro y don Camilo explicaba:

—No es mío: me lo ha dejado un tipo de la ciudad para que se lo acostumbre a cazar liebres.

Una mañana llegó también Pepón y se quedó a mirar un largo rato a *Cen* en silencio.

—Esta mañana no salgo —dijo don Camilo—. ¿Quieres probarlo?

Pepón lo miró asombrado.

—¿Usted cree que vendría?

—Creo que sí: no sabe que eres comunista. Te ve conmigo y cree que eres una persona decente.

Pepón no respondió, pues la idea de probar ese perro fenómeno le hacía olvidar lo demás. Don Camilo descolgó del clavo la escopeta, la cartuchera y el morral y entregó todo a Pepón.

Cen, que había entrado en agitación apenas vio a don Camilo acercarse a la escopeta, miró extrañado la maniobra.

—*Cen*, vete con el señor alcalde —le dijo don Camilo—. Hoy yo tengo que hacer.

Pepón, después de abrocharse la cartuchera, de ponerse en bandolera el morral y de pasarse por el hombro la correa de la escopeta, se puso en marcha: *Cen* lo miró, luego miró a don Camilo.

—Anda, anda con él —lo incitó don Camilo—. Es feo, pero no muerde.

Cen siguió a Pepón. Pero estaba perplejo, y, a los pocos pasos, se volvió.

—Anda, anda con él —le repitió don Camilo—. Pero ¡cuidado!, porque intentará inscribirte en su Partido.

Cen salió. Si don Camilo le había dado a ése la escopeta, la cartuchera y el morral, debía entenderse que ése era su amigo.

Cen regresó a las dos horas: entró corriendo en la rectoral con una magnífica liebre en la boca y la dejó a los pies de don Camilo.

Poco después llegó Pepón, jadeando como una locomotora y echado a todos los diablos.

—¡Al demonio usted y su perro extraordinario! —gritó—. ¡Un gran perro, un verdadero fenómeno, pero se come la caza! ¡Se ha comido una liebre así de larga! Las codornices y las perdices me las ha traído: la liebre se la comió.

Don Camilo levantó la liebre y se la alargó a Pepón.

—Es un perro que razona —explicó—. Ha pensado que si la escopeta y los cartuchos eran míos, era justo que fuera mía también la liebre muerta con esa escopeta y esos cartuchos.

Y el hecho que *Cen* había obrado de perfecta buena fe era fácil comprenderlo, pues cuando vio a Pepón no escapó; al contrario, le hizo la mar de cumplidos.

—Es un animal extraordinario —dijo Pepón—. Yo a ese tipo no se lo devolvería aunque viniese con los carabineros.

Don Camilo suspiró.

El tipo de la ciudad volvió una semana después. Vestía de cazador y traía una joya de escopeta de doble cañón, liviana como una pluma.

—Escapó también de allá —explicó—. He venido a ver si por casualidad ha vuelto.

—Volvió justamente ayer —respondió sombrío don Camilo—. Lléveselo enhorabuena.

Cen miró al amo y gruñó.

—¡Este vez te arreglo yo! —exclamó el tipo de la ciudad acercándose al perro.

Pero *Cen* gruñó sordamente y el tipo perdió la calma y le soltó un puntapié.

—¡Maldito puerco! ¡Te enseño yo la buena crianza! —gritó—. ¡Échate!

El perro se tendió en el suelo siempre gruñendo. Y entonces don Camilo intervino:

—Es un perro de raza: no hay que tratarlo con violencia. Déjelo tranquilo un minuto, que se calme. Entre a tomar un vaso.

El hombre entró en la salita. Don Camilo bajó al sótano a buscar una botella, pero antes de llegar a la bodega tuvo tiempo para escribir una esquelita que le dio al hijo del campanero.

—Llévasela corriendo a Pepón, al taller.

En la esquila había pocas palabras: *Ha vuelto el tipo. Préstame en seguida veinte mil liras, pues me propongo comprar él perro. Urgentísimo.*

El tipo de la ciudad bebió algunos vasos de clarete, habló de esto y de aquello con don Camilo, después miró el reloj y se levantó:

—Lo siento, pero debo marcharme. Me esperan los amigos a las once en el Crucero. Tenemos una batida de caza y apenas me queda tiempo para llegar a la cita.

Cen estaba todavía acurrucado en su rinconcito y apenas vio al tipo gruñó. Y gruñó aún más amenazador cuando el tipo se le acercó.

En ese momento se oyó el ruido de una motocicleta y don Camilo, al asomarse a la puerta, vio que Pepón había llegado.

Don Camilo hizo una seña interrogativa y Pepón contestó con una seña afirmativa de la cabeza. Después le mostró las dos manos abiertas, y después otra vez una mano y un dedo de la otra.

Después, con la palma de la derecha vuelta hacia abajo cortó el aire en sentido horizontal.

Eso significaba que tenía dieciséis mil quinientas liras.

Don Camilo dio un suspiro de alivio.

—Señor —dijo al tipo de la ciudad—, como usted ve, el perro le ha cobrado aversión. Son perros de raza, que no olvidan, y usted no se saldrá con la suya. ¿Por qué no me lo vende?

Don Camilo hizo mentalmente el cálculo de todos sus recursos, luego concluyó:

—Puedo darle dieciocho mil ochocientas liras: es todo cuanto tengo.

El tipo de la ciudad soltó una risotada:

—Reverendo, usted bromea: este animal me cuesta ochenta mil liras y no lo vendería ni por ciento. Si me ha tomado antipatía, se la haré pasar.

No importándole que *Cen* gruñera amenazador, el tipo aferró al perro por el collar y lo arrastró hasta el automóvil. Después intentó introducirlo,

pero el perro, aullando, trató de soltarse y con las uñas rayó el barniz del guardabarro.

El tipo perdió la calma y con la mano libre empezó a descargar puñetazos sobre el lomo del animal. El perro se agitó furiosamente y habiendo logrado agarrar la mano que lo tenía por el collar, la mordió.

El hombre dejó la presa gritando, y el perro fue a acurrucarse junto al muro de la rectoral, y desde allí se quedó mirando, entre gruñidos, a su enemigo.

Don Camilo y Pepón, que habían contemplado la escena boquiabiertos, cuando se dieron cuenta de lo que estaba sucediendo no tuvieron tiempo para decir ni pío. El tipo, pálido como un muerto, había sacado del automóvil la escopeta y la había apuntado contra el perro.

—¡Maldito puerco! —dijo entre dientes mientras hacía fuego.

El muro de la rectoral se manchó de sangre: *Cen*, después de lanzar un aullido desgarrador, quedó inmóvil en el suelo.

Mientras tanto el tipo había vuelto a subir al «Aprilia» y salido a toda velocidad. Don Camilo ni siquiera lo notó, ni tampoco que Pepón había saltado sobre la motocicleta y se había marchado también.

Don Camilo, arrodillado ante *Cen*, sólo pensaba en éste.

El perro lo miró gimiendo cuando don Camilo le acarició ligeramente la cabeza. Después le lamió la mano.

Después se alzó y ladró alegremente.

Pepón volvió a los veinte minutos. Estaba nervioso y apretaba los puños.

—Lo alcancé en la casilla del Riacho: tuvo que parar allí porque las barreras del paso a nivel estaban bajas. Lo saqué del «Aprilia» y le he dado tantas trompadas como para ponerle la cara del tamaño de una sandía. Él intentó tomar el fusil y yo entonces se lo rompí en el lomo.

Estaban en el zaguán: un gañido lo interrumpió.

—¿Todavía no ha muerto? —preguntó Pepón.

—Solamente recibió una ráfaga en el trasero —explicó don Camilo—. Cosa superficial: dentro de una semana estará mejor que antes.

Pepón se pasó, perplejo, la manaza por la barbilla.

—Sea como sea —explicó don Camilo—, moralmente él lo ha matado. Cuando ha tirado sobre el perro, su intención era la de matarlo. Si San Antonio Abad le ha hecho errar la puntería, eso no disminuye un milímetro la bellaquería del proceder. Tú has hecho muy mal en dar de trompadas a ese desgraciado, porque la violencia siempre debe ser condenada. Con todo...

—Precisamente: ¡con todo! —dijo Pepón—. Es seguro que ése no se hará ver más por estos lados; ¡así que usted ha salido ganando un perro!

—Medio perro —especificó con calma don Camilo—. Porque moralmente yo te soy deudor de las dieciséis mil quinientas liras que no me has prestado, pero que estabas dispuesto a prestarme. Por consiguiente, medio perro también es tuyo.

Pepón se rascó la cabeza.

—Mundo... viejo —barbotó— ¡es la primera vez que encuentro un cura que se porta como un hombre de bien y no embroma al pueblo!

Don Camilo lo miró amenazador:

—Joven, si mezclamos la política, yo vuelvo sobre lo dicho y me guardo el perro entero.

—Delo por no dicho —exclamó Pepón, el cual era, sí, lo que era, pero en fin el cazador es hombre y como tal le interesaba mucho más conservar la estimación de *Cen* que la de Marx, Lenin y congéneres.

Cen, con el trasero vendado, llegó al zaguán y con alegres ladridos puso el sello sobre el pacto de no agresión.

TRISTE DOMINGO



Entró en la rectoral Bías Grolini, sacó del bolsillo una carta y se la alargó a don Camilo.

Don Camilo, que bajo la vigilancia de *Centella* (dicho *Cen*), estaba preparando el acostumbrado racionamiento de cartuchos para la escopeta, tomó la carta y antes de leerla, lanzó una mirada interrogativa a Bías Grolini.

—La historia de siempre —explicó Bías—. ¡Ese pillastre anda mal!

Don Camilo leyó la carta: la dirección del colegio no estaba de ningún modo contenta con el hijo de Bías.

Pedía que se hiciera presente alguien de la familia y que hiciese valer su autoridad.

—Es mejor que vaya usted —dijo Bías Grolini—. Si voy yo, el único discurso que puedo hacerle es romperle la cabeza. Vaya usted, reverendo, y díglele clara y redodamente que si no marcha derecho, lo echo de casa a puntapiés.

Don Camilo meneó la cabeza:

—Es un razonamiento más estúpido que el de romperle la cabeza —refunfuñó—. ¿Cómo es posible echar de casa a un chico de once años?

—Si no puedo echarlo, lo envío a un correccional —gritó Grolini—. ¡No quiero ver más a ese sinvergüenza!

Grolini estaba enfurecido y don Camilo le pidió que se calmara:

—El domingo por la tarde iré a hablarle —concluyó.

—¡Le autorizo a hacerle pasear todo el colegio a puntapiés! —gritó Bías—. Cuantos más le dé, más gusto me dará.

Cuando se fue, don Camilo se quedó revolviendo entre las manos la carta de la dirección. La historia lo fastidiaba bastante, pues había sido justamente él quien había incitado a que hicieran estudiar al chico, poniéndolo en el colegio.

Bías estaba lleno de dinero: trabajaba la tierra, pero era tierra suya. Y tierra buena, con un establo lleno de animales, y tractores y automotores de todas clases.

Jaimito, el último de la nidada, era un chiquilín despierto que siempre se había portado bien en la escuela, y a Bías la idea de tener en la familia un estudioso le gustaba mucho. No hablemos de su mujer, que respiraba prosopopeya.

Por lo tanto, cuando Jaimito aprobó el quinto grado, lo embalaron y lo encerraron en el mejor colegio de la ciudad. Y fue el propio don Camilo quien hizo las diligencias y condujo al niño a su destino.

Jaimito era el chico más bueno y tranquilo que don Camilo jamás conociera. Lo había tenido cerca, entre sus monaguillos, desde pequeñito, y nunca le había causado fastidios, así que no lograba comprender cómo Jaimito podía haberse vuelto tan mal sujeto.

Llegó el domingo y don Camilo se presentó en el colegio a la hora de la visita a los niños.

Cuando el rector oyó nombrar a Grolini se agarró la cabeza entre las manos. Don Camilo abrió los brazos.

—Estoy sorprendido —dijo mortificadísimo—. Siempre lo he conocido como un niño bueno y obediente. No alcanzo a explicarme cómo se ha vuelto tan díscolo.

Sacó del cajón del escritorio una carpeta y extrajo de ella una hoja:

—Mire esta composición suya de italiano.

Don Camilo se encontró entre las manos una hoja limpiísima, donde estaba escrito con excelente caligrafía: *Jaime Grolini - Clase primera B - Tema: Hablad de vuestro libro preferido - Desarrollo.*

Don Camilo volvió la hoja, pero ésas eran las únicas palabras escritas por Jaimito.

—Aquí tiene —exclamó el rector entregando a don Camilo toda la carpeta—. Sus deberes de clase son todos así. Cuando ha escrito con hermosa caligrafía el tema o el problema, cruza los brazos y espera que el tiempo pase. Si lo interrogan, no contesta una palabra. Al principio pensábamos que fuera completamente cretino; pero lo hemos vigilado, hemos escuchado sus

discursos con los compañeros. Cretino no es. Al contrario, es todo menos cretino.

—Le hablaré yo —dijo don Camilo—. Lo llevo conmigo a algún sitio tranquilo y, si es preciso, le hago un repaso general.

El rector miró las manos enormes de don Camilo.

—Si usted no consigue convencerlo con esos argumentos, creo que ya no hay nada que hacer —dijo—. No tendría derecho a salir, pero se lo dejo de buen grado hasta la tarde.

Cuando a los pocos minutos Jaimito llegó, en el primer momento don Camilo no lo reconoció siquiera. Aparte del uniforme de paño negro, aparte de la cabeza rapada con máquina al cero, Jaimito tenía encima algo diverso.

—Usted no se preocupe —susurró don Camilo saludando al rector—. Déjelo por mi cuenta.

Caminaron en silencio por las calles desiertas de la ciudad oprimida por el tedio de la tarde de domingo y el niño parecía aún más pequeño y delgado al lado de aquel cura tan grande.

Llegaron a la periferia y don Camilo miraba en torno para encontrar un sitio en el cual pudiera hablar libremente.

Se introdujo resuelto en una callejuela que llevaba al campo. A los cincuenta metros dobló por una vereda que costeara un canal.

Había un poco de sol y aunque los árboles estaban desnudos, la campiña mostrábase bastante alegre.

Llegados que hubieron a un grueso tronco cortado, don Camilo se detuvo para sentarse: tenía en la cabeza todo el discurso que le endilgaría al chico. Era un discurso que habría hecho palidecer a un elefante.

Jaimito estaba de pie delante de don Camilo. De pronto dijo en voz baja:

—¿Puedo correr un poco?

—¿Correr? —preguntó don Camilo con voz dura—. ¿Qué, en el colegio no se puede correr durante los recreos?

—Sí, se puede —susurró el niño—. Pero poco. En seguida uno llega a la pared.

Don Camilo miró la cara descolorida del niño y su cabeza rapada:

—Corre hasta donde quieras; luego vuelve, que hemos de hablar.

Jaimito partió como un rayo: don Camilo lo vio atravesar el campo, introducirse bajo una hilera de vides ya desnudas y recorrerla encorvado.

Volvió a aparecer jadeante, con las mejillas encendidas y los ojos que le brillaban.

—Descansa y luego hablaremos —murmuró don Camilo.

El niño se sentó, pero de pronto saltó y se lanzó como un rayo hacia un olmo que estaba a pocos pasos. Parecía un gato mientras trepaba al árbol. Habiendo alcanzado un sarmiento que había llegado hasta la copa del árbol, el chico hurgó un poquito entre las hojas rojizas y descendió.

—¡Uva! —exclamó, mostrando a don Camilo un pequeño racimo que el otoño había olvidado allá arriba.

El niño mascó los granos despacito, uno por uno. Cuando acabó, se sentó a los pies del tronco cortado.

—¿Puedo tirar una piedra? —preguntó.

Don Camilo se mantenía al acecho: «¡Sí, diviértete, que luego ajustaremos cuentas!», pensó.

El niño se alzó, recogió una piedra, la limpió de la tierra, la sopló y luego la arrojó. Y don Camilo tuvo como la impresión de que la piedra no volvería más y seguiría viajando siempre entre las nubes.

Empezó a soplar un airecito molesto y don Camilo pensó que tal vez hubiera sido mejor buscar un café tranquilo de los alrededores para hacer allí su discurso. Después de todo, no era menester gritar para que el chico entendiera.

Reemprendieron la marcha: el niño preguntó si podía correr otro poco, y así lo hizo. Halló otro racimo pequeñito, olvidado por el otoño.

—¡Quién sabe cuánta hay allá! —suspiró mientras picaba los granos—. Ahora debe de haber uva colgada de las viguetas...

Don Camilo rezongó:

—¡Qué me importa de la uva!

El arrabal estaba triste. Toparon con un hombrecito que llevaba una cesta llena de algarrobas, castañas secas y cacahuetes, y Jaimito abrió los ojos de par en par.

—¡Porquerías! —masculló malhumorado don Camilo—. ¡Te compraré otra cosa!

—No, gracias —respondió el chico con una voz que hizo enfurecer a don Camilo.

El hombrecito de la cesta se había parado: era viejo en el oficio y sabía con quién trataba: tampoco esta vez se equivocó, pues don Camilo volvió atrás y con rudeza le arrojó un billete de cien liras.

—¿Mixto, reverendo?

—Mixto.

Tomó el cartucho de porquerías y se lo metió en la mano al chico. Volvieron a pasear por la solitaria avenida de circunvalación y el niño

empezó a mascar Algarrobas, castañas secas y cacahuates.

Don Camilo resistió hasta que pudo, después extendió la mano hacia el cartucho y él también pescó.

Los cacahuates y las Algarrobas le hicieron recordar el sabor de los tristes domingos de su niñez, y el corazón se le llenó de congoja.

Sonaron las horas en un campanario. Don Camilo sacó el reloj: eran las cinco menos veinte.

—¡Rápido! —dijo al chico—. ¡A las cinco debes estar adentro!

Caminaron de prisa y mientras tanto el sol se había escondido detrás de las casas. Llegaron a la hora justa: antes de doblar el jardincito del colegio, el niño dio a don Camilo el cartucho de las porquerías.

—Cuando volvemos a entrar nos revisan —explicó en voz baja—. Si nos encuentran estas cosas, se las llevan.

Don Camilo puso el cartucho en el bolsillo.

—Yo duermo allá arriba —explicó en voz baja el niño señalando una ventana del primer piso con pesadas rejas y, en la parte inferior, esa especie de cajoncito que impide mirar abajo.

Titubeó un poco y luego señaló una ventana de la planta baja, enrejada, pero sin el cajón de tablas.

—Es la ventana del corredor del guardarropa —explicó—. Si puedo, en vez de tomar por el corredor grande, tomo por ése y así puedo saludarlo.

Don Camilo acompañó al niño hasta el portón grande, después volvió atrás y se puso a esperar en la acera, cerca de la ventana que miraba a una callejuela lateral.

Para aparentar gravedad, encendió un cigarro.

Le pareció que pasaba mucho tiempo, después sintió un cuchicheo: Jaimito había entreabierto las hojas de vidrios de la ventana y lo saludaba al otro lado de la reja.

Entonces don Camilo se acercó y sacando del bolsillo el cartucho de los cacahuates y las Algarrobas, se lo alargó al muchacho.

Hizo ademán de alejarse, pero hubo de volverse en seguida: Jaimito estaba todavía allí y aunque sólo se le veía de los ojos para arriba, esos ojos estaban tan desesperadamente llenos de lágrimas, que don Camilo sintió que le corría un sudor frío por la frente.

No se sabe cómo sucedió: el hecho es que don Camilo se encontró apretando con sus dos manos tremendas dos barrotes de la reja y vio que los barrotes se encorvaban lentamente. Y cuando la abertura fue suficiente, don

Camilo extendió un brazo dentro de la ventana, aferró por el codo al chico y lo sacó.

Ya había oscurecido; además, nadie se habría sorprendido de ver a un colegial de paseo con un cura.

—Adelántate y espérame —explicó don Camilo al niño—. Yo voy al garaje a buscar la moto.

A las ocho estaban en la entrada del pueblo, y el niño, durante el viaje, se había comido todas las algarrobas y las castañas secas.

Don Camilo lo bajó.

—Ven a la casa parroquial del lado del campo y procura que no te vean —le explicó.

A las nueve, Jaimito dormía en la otomana del corredor del primer piso, mientras don Camilo concluía de cenar en la cocina.

A las nueve y cuarto llegó Bías Grolini con los ojos fuera de las órbitas. Agitaba en el aire un telegrama:

—¡Ese sinvergüenza se ha escapado del colegio! —gritó—. ¡Si lo encuentro, lo mato!

—Entonces es mejor que no lo encuentres —gruñó don Camilo.

Bías Grolini ya no comprendía nada, a tal punto estaba enfurecido.

—¡Por suerte usted lo había reprendido! —gritó.

Don Camilo meneó la cabeza:

—No hay remedio: ese muchacho ha nacido para hacer tu oficio. No puede estar alejado del campo... Tan buen muchacho... ¡Y tal vez ahora haya muerto!

—¿Muerto? —gritó Bías Grolini.

Don Camilo suspiró:

—Lo he encontrado en condiciones que me preocupan y me dijo cosas que verdaderamente me impresionaron. Por lo demás, tú ya lo habías dado por perdido... Le he referido lo que me habías dicho: que no querías verlo más, que lo habrías enviado al correccional.

Bías Grolini se desplomó en una silla y, cuando pudo hablar, gritó:

—Reverendo, si Jesús me concede la gracia de volvérmelo a traer a casa sano y salvo, hago reparar a mis expensas todo el campanario.

—No es necesario —respondió don Camilo—. Jesús tendrá en cuenta tu dolor. Vete a tu casa tranquilo y ten confianza en mí. Yo salgo a buscar a tu hijo.

Jaimito volvió a su casa al día siguiente y lo acompañó don Camilo. Todos estaban en la era, pero nadie abrió la boca.

Solamente *Flik*, el viejo perro del pajar, apenas lo vio empezó a alborotar y por el contento saltaba como un canguro. Jaimito le tiró la gorra de colegial y *Flik* la agarró al vuelo, y echó a correr por los campos con la gorra entre los dientes. Jaimito corría detrás.

—El rector me ha telefoneado los detalles esta mañana —explicó Bías a don Camilo—. Dice que no logra comprender cómo pudo el muchacho torcer dos barrotes de una gruesa reja.

—Es un chico muy ducho —respondió don Camilo—. Será un agricultor extraordinario. Es mejor ser un buen agricultor por amor, que un mal titulado por la fuerza.

Después don Camilo se marchó en seguida, porque, hurgando en el bolsillo, había sentido bajo los dedos un cacahuete y se moría de ganas de comerlo.

HISTORIAS DEL DESTIERRO Y DEL REGRESO



San Martín trajo al pueblo gente nueva: entre otros, cierto Marasca, y mejor que no lo hubiese traído.

Marasca tenía un chico y, cuando lo acompañó a la escuela, dijo a la maestra:

—Sé que aquí los miércoles viene el cura a enseñar religión: esto significa que cuando llegue el cura usted me hará el favor de mandar a casa al muchacho.

Y como la maestra contestó que no podía hacerlo, Marasca los miércoles no enviaba al hijo a la escuela.

Don Camilo resistió hasta que pudo; al fin, la tarde de un miércoles fue al Olmito, donde Marasca era aparcero.

Don Camilo no tenía ganas de reñir: sólo tenía ganas de bromear, pero Marasca, apenas lo vio aparecer en la era, dio la impresión de no gustarle las bromas.

—Aquí vivo yo —dijo, acercándose—. Usted debe de haber equivocado el puente.

—No lo he equivocado —replicó tranquilamente don Camilo—. Como veo que su hijo no puede ir nunca a la escuela los miércoles, he venido yo aquí para enseñarle un poco de religión.

Marasca lanzó un reniego, lo que no era ciertamente una respuesta que pudiera darse a un tipo como don Camilo.

—A usted también le hace falta alguna lección de religión —observó don Camilo—. Si usted quiere, puedo dársela.

Un hermano de Marasca se había acercado y se hallaba aguardando con cara torva.

—¡Váyase, y no se deje ver más en mi era, cuervo! —gritó Marasca.

Don Camilo no abrió la boca: volvió sobre sus pasos y cuando hubo atravesado el puentecito y estuvo en el camino, se encaró con él:

—Bueno, ya no estoy en tu era; pero ahora deberías venir a repetirme eso que dijiste, pues no entendí bien.

Los dos hermanos se miraron un momento y después pasaron ellos también el puente y fueron a plantarse ante don Camilo.

Uno de los Marasca llevaba en la mano un tridente y pensó servirse de él para abreviar la discusión.

Fue una mala idea, pues la cosa acabó en que el mango de la horquilla sirvió a don Camilo para cepillar el lomo a los dos Marasca.

Derivó de eso tal bulla, que el viejo obispo mandó llamar a don Camilo y le dijo:

—Monterana está sin párroco: partes para Monterana y bajas cuando regrese el párroco.

Don Camilo balbució:

—Pero el párroco de Monterana ha muerto...

—Exactamente —replicó el obispo.

Monterana era el pueblo más desgraciado del universo. Cuatro chozas de piedra y barro, y una de las cuatro chozas era la iglesia, a la que se distinguía de las casas comunes porque tenía a un costado el campanario.

Para llegar a Monterana era preciso, pasando cierto puente, abandonar la carretera provincial y tomar por una especie de torrentera pedregosa que llamaban camino de herradura, pero que jamás una mula habría podido recorrer. Don Camilo llegó arriba con el alma entre los dientes y miró alrededor, acobardado.

Entró en la casa parroquial y le pareció que le faltaba el respiro: tan chicos y bajos eran los cuartos.

Una vieja toda encogida saltó afuera de algún agujero de la choza y lo miró a través de las hendiduras de los ojos.

—¿Quién es usted? —preguntó don Camilo.

La vieja abrió los brazos. Evidentemente, ya no se acordaba.

Como la viga central de la cocina era sostenida por un tronco de árbol, a don Camilo le entraron ganas de hacer de Sansón: así todo se habría acabado.

Después pensó que un cura como él había pasado la vida entera en medio de esa desolación, y entonces se calmó.

Entró en la iglesia, y poco le faltó para echarse a llorar, porque nunca había visto nada más mísero y desconsolador.

Se arrodilló en la grada del altar mayor y levantó los ojos hacia el Crucificado.

—Jesús —dijo. Después le faltaron las palabras: el Crucifijo del altar mayor era una cruz negra de madera resquebrajada, desnuda y cruda. Del Cristo de yeso sólo quedaban las manos y los pies traspasados por gruesos clavos.

Casi le entró miedo.

—Jesús —exclamó acongojado—. Vos estáis en el cielo, en la tierra y en cualquier lugar, y no me era necesario un simulacro vuestro de madera o de piedra para sentirlos cerca de mi alma; pero aquí es como si vos me hubieseis abandonado... Jesús, ¿qué es de mi fe si hoy me siento tan solo?

Volvió a la casa parroquial y encontró un mantel sobre la mesa y, sobre el mantel, un trozo de pan y un trocito de queso. La vieja apareció trayendo una

jarra de agua.

—¿De dónde vienen esas cosas? —preguntó don Camilo.

La vieja abrió los brazos y elevó los ojos al cielo. Tampoco ella lo sabía: durante largos años había sido así con el cura viejo.

Ahora el milagro continuaba con el cura nuevo. Eso era todo.

Don Camilo se santiguó y le vino a la mente la cruz negra y muda. Sintió un escalofrío en la espalda y tuvo miedo de tener miedo. Pero era la fiebre que se apoderaba de él. Y también la fiebre la enviaba la Divina Providencia, como el pan y el queso y la jarra de agua.

Pasó en cama tres días: el cuarto llegó una carta del obispo: «... *No te muevas por ningún motivo... No te hagas nunca ver abajo en el pueblo: la gente debe olvidar haber conocido a un sacerdote tan indigno de su misión... Que Dios te perdone y te asista...*».

Se alzó con la cabeza llena de viento y fue a asomarse a la ventana. El aire estaba frío y tenía sabor de niebla.

«Pronto llegará el invierno —pensó con terror don Camilo—. La nieve me sitiara y yo quedaré separado del mundo. Solo como un escollo en medio del océano...».

Eran las cinco de la tarde; convenía apresurarse, no dejarse sorprender por la noche.

Más que bajar, don Camilo rodó por el camino de herradura y llegó a la carretera a tiempo de alcanzar el ómnibus. A las seis de la tarde estaba en la ciudad. Visitó dos o tres garajes y al fin encontró a alguien que consintió en llevarlo en automóvil hasta la encrucijada de las Acacias.

Llegado allí, don Camilo atravesó los campos y a las diez estaba en la huerta de la casa de Pepón.

Pepón miró preocupado a don Camilo.

—Necesito llevar algo a Monterana —dijo don Camilo—. ¿Anda el camión?

Pepón se encogió de hombros.

—¡Valía de veras la pena despertarme para esto! Hablaremos de ello mañana.

—No, vamos a hablar ahora mismo —exclamó don Camilo—. Necesito en seguida el camión.

Pepón lo miró:

—Reverendo, ¿se ha vuelto loco?

—Sí —respondió don Camilo.

Ante una respuesta tan lógica, Pepón se rascó la cabeza.

—Vamos, pronto —apremió don Camilo—. ¿Cuánto quieres?

Pepón tomó un cabo de lápiz e hizo el cálculo.

—Son setenta kilómetros para ir y setenta para volver, que hacen ciento cuarenta. Seis mil quinientas liras entre gasolina y aceite. Después hay que incluir el servicio y la tarifa nocturna. Pero, como se trata de ayudarlo a mudarse de este pueblo, que ya estaba harto de sufrirlo.

—¡Concluye! —lo interrumpió don Camilo—. ¿Cuánto quieres?

—Estimo todo en diez mil liras.

Don Camilo contestó que estaba conforme. Pepón extendió la mano.

—Pocos, malditos sean, y ahora mismo —barbotó.

Diez mil liras era todo cuanto poseía don Camilo, fruto de meses y más meses de ahorro.

—Pon en movimiento el camión y espérame a medio camino en la carretera del Bosquecito.

Pepón abrió de nuevo los ojos:

—¿Y qué debe cargar en el Bosquecito? ¿Ramos de aroma?

—Como no te importa, cierra el pico.

Pepón refunfuñó que de noche y en medio de una carretera difícilmente habría encontrado con quién charlar.

La fiebre daba a don Camilo no ya fatiga, sino una excitación que nunca había sentido. Tomó por en medio de los campos y llegó a la iglesia por el lado del pomar. O mejor debiera decirse que fue a dar con la cabeza contra la iglesia, pues había niebla. Don Camilo tenía en el bolsillo sus llaves y entró por la puertecita del campanario. En cambio, salió por la puerta grande, pero nadie podía verlo.

Pepón a veces tenía ideas brillantes: viendo caer la niebla y pensando que don Camilo debía de caminar a través de los campos y cargado de cosas, pensó que si de vez en cuando hubiese dado algún toque de bocina, quizás habría hecho un favor al cliente.

Don Camilo llegó, ayudado por la bocina y la fiebre: jadeaba, pero cuando Pepón se aprestó a descender del camión para darle una mano, respondió:

—No necesito nada: pon en movimiento el camión y emprende la marcha cuando yo te lo diga.

Apenas la carga estuvo hecha don Camilo fue a sentarse junto a Pepón y dio orden de partir.

La niebla los acompañó durante treinta kilómetros y fueron treinta kilómetros duros, pero los otros cuarenta los hicieron volando.

A las dos de la madrugada, pasado el famoso puente, el camión de Pepón se paraba ante la entrada del camino de herradura de Monterana.

Don Camilo rehusó cualquier ayuda aun para descargar las cosas. Pepón lo oyó afanarse detrás del camión, y cuando lo vio aparecer bajo la luz de los faros, abrió los ojos de par en par.

—¡El Cristo crucificado!

Don Camilo avanzó fatigosamente por el sendero y Pepón, viendo semejante trabajo, saltó del camión y lo alcanzó:

—¿Puedo darle una mano, reverendo?

—¡No toques! —gritó don Camilo—. ¡Vete, y antes de hablar por ahí, piénsalo!

—¡Buen viaje! —contestó Pepón.

Y en la noche empezó el Vía Crucis de don Camilo.

El Crucifijo era enorme, todo de roble. El Cristo estaba esculpido en una madera dura y maciza. La cuesta era empinada y los gruesos guijarros, mojados y resbaladizos.

Jamás don Camilo había sentido sobre sus hombros tanto peso. Los huesos le crujían y a la media hora se vio forzado a arrastrar la cruz, así como Cristo la arrastró hacia el Calvario.

Y la cruz volvía siempre más pesada, y el camino siempre más duro, pero don Camilo no cedía.

Resbaló y cayó sobre un canto afilado. Sintió que la sangre le chorreaba de la rodilla, pero no se detuvo.

Una rama le arrebató el sombrero y lo hirió en la frente, pero él continuó. Las espinas le arañaban la cara y le arrancaban la sotana, pero don Camilo seguía subiendo. Y su rostro rozaba el rostro del Cristo crucificado.

Oyó el rumor de un manantial y no se detuvo para beber: siguió subiendo. Una hora, dos horas, tres horas.

Pero fueron menester cuatro antes de que llegara al pueblo. La iglesia estaba en la parte más alta y para llegar a ella era preciso recorrer un sendero, aunque sin piedras, muy fangoso. Entró en él y nadie lo vio, ni podía verlo, pues la gente estaba todavía metida en sus camas: ya desfallecía y sólo la desesperación lo mantenía todavía en pie. Esa desesperación que procede de la esperanza.

Se encontró en la iglesia desierta y desolada, pero ahí no había acabado todo, pues don Camilo tenía que desensartar la cruz negra y desnuda e introducir en los hierros fijos en la pared, detrás del altar, el pie de su cruz. Y fue una lucha gigante, pero al fin el Cristo crucificado quedó en lo alto.

Después don Camilo se echó al suelo, ya sin fuerzas ni pensamientos; pero tañó la campana y en seguida estuvo en pie y corrió a la sacristía a asearse la cara y las manos, y a prepararse para la primera misa.

Encendió él mismo las velas del altar y eran dos velitas, pero ¡le parecía que daban tanta luz!

En la iglesia sólo había dos personas, pero a don Camilo le parecía no haber nunca visto tanta gente, pues una de las dos era la consabida vieja, de la que no sabía siquiera quién fuese ni cómo se llamase, pero la otra era Pepón, que no había tenido el ánimo de volver a subir al vehículo y había seguido paso a paso a don Camilo. Y si bien no llevaba la cruz sobre los hombros, había participado de esa inmensa fatiga como si cargara también él el peso.

Y después, habiendo entrado en la iglesia, hallándose cerca del cepillo de los donativos, había introducido por la ranura el billete de diez mil que le había dado don Camilo.

—Jesús —susurró don Camilo levantando los ojos hasta el Cristo crucificado—, ¿os disgusta estar aquí?

—Dios está en todas partes —respondió el Cristo.

—Jesús, la bandera es única, pero cada regimiento tiene su bandera. Vos sois mi bandera, Señor.

II. El pueblo

La nueva parroquia de don Camilo era una escuálida aldea de montaña, poblada en esos días nada más que por mujeres, ancianos y niños, pues los hombres válidos todavía estaban en el lugar adonde una tradicional emigración estacional los había trasladado. Y los que habían quedado debían cuidar no sólo sus casas, sino también los animales y esa poca tierra donde, a fuerza de trabajos durísimos, se conseguía sacar algo más que hierba y maleza.

La voz tonante de don Camilo era desproporcionada allí arriba: él lo advirtió en el acto, el primer domingo que pronunció su sermón durante la misa. Hablaba como si aún estuviera en la tierra baja, en la iglesia grande, llena de feligreses de sangre caliente y de corazón impregnado de pasiones. La voz de don Camilo estalló bajo la bóveda breve y parecía que habría de partirla. Los viejos y las viejas y las mujerucas y los chiquillos abrieron los ojos de par en par, espantados: no lograban comprender por qué aquel cura tan grande estaba enojado con ellos, que no hacían ni podían hacer —aunque lo hubiesen querido— nada malo.

—Jesús —dijo don Camilo al Cristo—, aquí, si no cierro el escape, sucede que los asusto y ninguno viene más.

—Así lo creo yo también, don Camilo —respondió el Cristo sonriendo—. Es inútil disparar cañonazos contra un gorrioncito. Ésta es toda gente que necesita de alguien que le hable en voz baja y la consuele mientras espera. La política hasta aquí no ha llegado, o se ha ido junto con los hombres y volverá con ellos cuando vuelvan los hombres, si el trabajo extenuante les ha permitido acordarse de la política. Reserva tus truenos y tus rayos para cuando regreses al llano.

Don Camilo desde entonces bajó el tono de la voz, pero le parecía ser otro, porque don Camilo había nacido para luchar, y allá arriba solamente había que luchar con la melancolía.

Había llevado consigo su escopeta e intentó ir de caza; pero, acostumbrado a la llanura y al río, en la montaña no se hallaba.

Cen, por su parte, no intentó siquiera hacer de perro de caza: en seguida hizo comprender que para él la montaña era un contrasentido, y durante las pocas salidas de don Camilo se comportó como si fuera un perro normal de paseo.

Los días transcurrían lentamente; con todo, transcurrían, porque don Camilo siempre conseguía ocupar su tiempo no inútilmente a costa de tener que reducirse a ayudar a algún viejo a partir leña, a costa de ponerse a recomponer todo el adoquinado delante de la iglesia o a remendar el tejado de la casa parroquial.

Pero nada más triste que la llegada de la noche. La poca gente se metía en sus guaridas, y la aldehuela, oscura y silenciosa, parecía un cementerio. Uno se sentía aislado completamente del mundo: no existía tampoco la posibilidad de escuchar la radio, pues allá arriba la luz eléctrica aún no había llegado y la casa parroquial era tan mísera y tan triste, que aun buscando distraerse leyendo a la luz del quinqué, uno se sentía abrumado por el ambiente sórdido.

De vez en cuando don Camilo corría a la iglesia a hablar con el Cristo crucificado del altar mayor. Y una noche le contó al Cristo toda su congoja.

—Jesús —dijo don Camilo—, si estoy triste no es porque me falte la fe. La verdad es que no consigo olvidar que aquí no puedo hacer ninguna de las muchas cosas que podría y debería hacer. Jesús: yo aquí me siento como un transatlántico encerrado en un estanque.

—Don Camilo, donde hay agua, existe el peligro de que alguien pueda ahogarse. Y dondequiera hay alguien que puede correr el peligro de ahogarse, es preciso que un guardián vigile. Si un hermano que vive a cien millas de

distancia de aquí tiene necesidad inmediata de un remedio que tú posees, y si tú, para llevarle ese remedio, que pesa un gramo, puedes emplear solamente un enorme auto-carro de ocho ruedas capaz de transportar quinientos quintales, ¿te afliges acaso de tener que emplear ese medio desproporcionado, o más bien agradeces a Dios el haberte permitido poseer ese medio? Y luego, don Camilo, ¿estás seguro de ser un transatlántico estrechado por las orillas de un exiguo lago alpestre? ¿O no es ése un feo pecado de presunción? ¿No eres, en cambio, quizás, una entre tantos millares de pequeñas barcas que por haber navegado en el mar vasto y tempestuoso y haberse salvado de las olas con ayuda de Dios, ahora se cree un transatlántico y desdeña la poca agua del lago de montaña?

Don Camilo bajó la cabeza con humildad:

—Jesús —suspiró—, soy un humildísimo barquichuelo que añora el mar tempestuoso. Mi pecado es ése. Pecado de añoranza. Pienso en los que he dejado allá: hace tres meses que nada sé de ellos y me aflige pensar que ya me hayan olvidado.

El Cristo sonrió:

—Es difícil olvidar a un cura tan corpulento.

Don Camilo volvió a su casa. La habitación estaba casi en tinieblas porque a la mecha del quinqué se le había antojado hacer caprichos y don Camilo buscó las tijeras para volverla juiciosa; pero oyó que alguien llamaba a la ventana.

Don Camilo pensó instintivamente en el viejo que habitaba cerca de la fuente. «Se ve que no ha querido hacerme caso —dijo para sí—, y en vez de ponerse en cama ha ido a recoger leña. Y ahora necesita el Santo Óleo».

Abrió las celosías y se encontró ante una fea cara forastera.

—A las once y media de la noche no se viene a molestar a un hombre de bien —exclamó con voz dura don Camilo—. ¿Qué quiere?

—¡Abra, reverendo! —contestó el otro—. Hágame entrar.

—No recibo a gente que no pertenece a mi parroquia —replicó don Camilo cerrando la ventana.

Pero fue a abrir la puerta y el individuo entró y se dejó caer sobre una silla.

Don Camilo encontró las tijeras, arregló la mecha, y, colocado de nuevo el tubo, avivó la llama del quinqué.

—¿Y bien? —preguntó sin dignarse mirar al individuo—. ¿Puede saberse qué ha sucedido?

—¡He hecho una barbaridad! —respondió Pepón con aire sumamente dramático.

Don Camilo fue a dar cuerda al reloj, que estaba en un rincón.

—Ninguna novedad entonces —murmuró don Camilo—. Sin embargo, si ahora has decidido avisarme cada vez que haces una barbaridad, te conviene instalar una línea telefónica directa de tu casa hasta aquí. ¿Vas a quedarte mucho tiempo?

Pepón se secó la frente.

—Reverendo, estoy en un lío —exclamó.

—Es natural: quien hace barbaridades se mete en líos. De todos modos, has equivocado la dirección. Debes dirigirte a la sede central del Partido. Además, ahora cerramos la oficina: aquí no se visita a los hombres de bien a las once y media de la noche.

Pepón se levantó bruscamente.

—¡Yo he venido aquí a las nueve! —afirmó con aire agresivo.

—Me disgusta que hayas tenido que aguardar tanto tiempo —explicó don Camilo—. Pero te aseguro que yo te he visto sólo ahora. ¿Y dónde has estado desde las nueve hasta las once y media?

—Con usted —contestó Pepón.

Y don Camilo lo miró muy preocupado.

En el pueblo, después de la partida de don Camilo, las cosas habían marchado como debían marchar. Porque don Camilo, con su empeño continuo de querer meter la nariz en todos los enredos de carácter político y con sus acciones personales, conseguía siempre cambiar los términos de la situación, figurando al cabo como directo antagonista de los rojos.

En suma, cada lío que surgía entre los rojos y sus adversarios naturales volvía al final un asunto personal entre don Camilo y Pepón. Y de este modo volvía don Camilo el pararrayos sobre el cual se descargaban los rayos de los rojos. Y como don Camilo tenía dos hombros formidables, conseguía siempre arreglar las cosas sin grandes dolores de cabeza ni para sí ni para los otros.

Ahora que la almohadilla había sido quitada, los rojos y los otros habían entrado en contacto directo.

También entre los otros había gente dura, y el más duro era Darío Cagnola, rico propietario de tierras que manejaba directamente sus fincas, un hombre que había conquistado su patrimonio trabajando y estaba dispuesto, por tanto, a defenderlo con los dientes.

Cagnola no aflojaba ante las imposiciones y las amenazas. Y si sus peones, durante las huelgas, no se atrevían a trabajar, Cagnola hacía llegar de la otra orilla del río escuadras de trabajadores libres cuya cara de gente expedita y decidida quitaba a cualquiera las ganas de merodear por las inmediaciones del fundo de Cagnola.

Éste era el número uno entre los enemigos del pueblo, como los llamaban los rojos, y a decir verdad, Cagnola, con muy buen juicio, procuraba hacerse ver lo menos posible en la población. Pero las pocas veces que debía ir no podía extremar la prudencia hasta ponerse una barba fingida y disfrazarse de fraile capuchino.

La última vez fue a la caída de la tarde y no podía mandar a otro en su lugar, pues Darío Cagnola tenía que hacerse arrancar una muela. Con todo, apenas el dentista le hubo arreglado la boca, Cagnola se dirigió hacia la plazuela donde había dejado el automóvil, y caminaba ligero, pero hubo quien lo vio.

Dos o tres días antes había ocurrido un lío porque un par de guapos de la banda juvenil de los rojos llegó hasta el fundo de Cagnola, y habiendo topado con él le solicitaron que firmara la consabida petición por la paz o cualquiera otra cosa por el estilo. Cagnola, levantando un palo del suelo, había contestado que él estaba dispuesto a firmar, pero con aquella estilográfica.

Entonces los dos muchachos habían vuelto a la base sin decir más.

Al regreso hicieron la relación de lo ocurrido y fue así como, la tarde famosa, cuando uno de los rojos vio a Cagnola, dio la alarma a la Casa del Pueblo. En seguida salieron el Pardo y otros dos, que alcanzaron a Cagnola en la plazuela, en el mismo momento en que iba a subir al automóvil.

Eran tres hombres fornidos, pero Cagnola frente a ellos era Pepón, y cuando disparaba un puñetazo hacía silbar el aire.

La discusión fue rapidísima: apenas vio delante de sí al Pardo y a los otros dos, Cagnola se apoyó con las espaldas en la puerta del automóvil y apretó los dientes.

—Me gustaría ver ese tipo de estilográfica que usted mostró el otro día a nuestros dos muchachos —dijo el Pardo amenazador.

—No la tengo, pero sí una de otro tipo —respondió Cagnola pescando con el brazo por la ventanilla del automóvil y sacando de éste una gruesa llave inglesa.

—Ésta tiene una plumita liviana —explicó.

Uno de aquellos dos sacó un bastón que llevaba escondido detrás, pero no lo hizo a tiempo para usarlo, pues le llegó tal puntapié de Cagnola, que quedó

tendido en el suelo.

El Pardo se lanzó contra Cagnola, pero no anduvo mucho: la llave inglesa le rompió la cabeza.

Viendo caer al Pardo con la cabeza ensangrentada, los otros dos huyeron.

En ese justo momento pasó por allí en motocicleta Pepón, que volvía de la ciudad y llevaba al Flaco en el porta-paquetes.

Pepón, más que descender de la motocicleta, saltó como despedido.

Cagnola no tuvo tiempo siquiera de ponerse en guardia porque el puño de Pepón lo fulminó. Herido en la mandíbula, cayó hacia atrás y, al caer, se golpeó la cabeza contra el parachoques de su automóvil.

—Cuando lo vi caer de ese modo con la cabeza partida y quedar inmóvil en el suelo, comprendí en seguida que había hecho una barbaridad —dijo Pepón concluyendo su relato.

—Siempre fuiste muy inteligente —observó don Camilo—. ¿Y después?

—Después, como la plaza estaba desierta y yo sentía que iba a llegar gente, volví a subir a la moto y huí con el Flaco. Nadie me había visto, pues eran ya las nueve y llovía: cuando llegamos al pie del camino de herradura, el Flaco volvió con la moto y yo he subido hasta aquí.

—Bien —dijo don Camilo—. Y ahora, ¿cómo harás para volver a tu casa si el Flaco se ha ido?

—Vendrá a buscarme mañana temprano. Diré que he venido porque quería que usted sirviera de mediador en nuestra cuestión de los jornaleros. Así nadie podrá acusarme de que fui yo el que golpeó a Cagnola. Si yo estaba aquí a las nueve, ¿cómo podía estar a las nueve en el pueblo?

Don Camilo meneó la cabeza:

—Tú a las nueve no estabas aquí, y yo no mentiré a la justicia. No diré nada de lo que me has dicho, pero jamás diré que a las nueve estabas aquí. No puedo proteger a un asesino.

—Le di un puñetazo porque vi al Pardo en el suelo lleno de sangre —precisó Pepón—. Peor para él si cayó mal. Además, Cagnola tiene la cabeza dura y no puede haber muerto. El hecho es que soy el alcalde y no puedo defender a mis amigos agredidos; y ustedes aprovecharán el suceso para originar un maldito escándalo y hacer que me echen.

—¿Y yo qué tengo que ver en eso? —preguntó don Camilo.

—Dije ustedes en el sentido de la reacción, de los agrarios y demás compinches. ¡Lo que quiero evitar es el escándalo! ¡Yo no he cometido ningún delito!

Don Camilo encendió su medio toscano:

—Compañero, ¿y si Cagnola hubiese muerto?

—¡Mejor! ¡Un puerco menos! —gritó Pepón.

—Y un asesino más —precisó don Camilo con calma. Pepón se agarró la cabeza entre las manos.

—Y entonces, ¿qué puedo hacer? —exclamó poseído de repentina angustia.

—Esperemos tranquilamente los acontecimientos —respondió don Camilo—. Quédate hasta que vengan a buscarte: necesito un sacristán.

De pronto Pepón levantó los ojos y señaló la ventana. Aguardaron en silencio unos instantes: alguien llamaba.

—¿Dónde me escondo? —preguntó Pepón agitado.

—Pasa al otro cuarto: hay un catre. Acuéstate y finge que duermes.

Pepón corrió a echarse en el catre, en el cuartito vecino, y don Camilo fue a abrir la puerta.

Se encontró frente a un hombrachón desgredado y agitado: era Darío Cagnola.

—Reverendo, estoy en un lío —jadeó el hombrachón—. He hecho una barbaridad.

—¿Barbaridad en qué sentido?

—Creo que mate al Pardo. Había ido a hacerme sacar una muela. Mientras volvía a mi automóvil, me agredieron entre tres. Me defendí con una llave inglesa, el Pardo la recibió en la cabeza y cayó al suelo en un lago de sangre. Los otros dos huyeron. En ese momento llegó Pepón en motocicleta: me pilló de sorpresa y me dio un puñetazo. Al caer, me golpeé la cabeza en el parachoques. Cosa de nada. Me recobré en seguida. Oía que llegaba gente: salté dentro del automóvil y huí. Lo he dejado en un monte, poco antes de llegar al camino de herradura. Es un lío grande, reverendo. Usted conoce mi posición en el pueblo. Usted debe ayudarme: los rojos, como quiera que sea, especularán enormemente sobre eso.

Don Camilo abrió los brazos:

—Cálmese. Después hablaremos.

Don Camilo se paró y fue al otro cuarto, donde Pepón, con extraordinario entusiasmo, simulaba roncar.

—Ven —le dijo don Camilo—. No hay ningún peligro.

Pepón se alzó y siguió a don Camilo. Cuando entró en la habitación alumbrada y se vio frente a Cagnola, se mostró turbado un instante. También Cagnola se quedó un momento con la boca abierta mirando a Pepón, después se paró y cerró los puños; pero don Camilo intervino.

—Tengan a bien sentarse, señores —dijo con voz imperiosa—. Ésta es mi casa.

Don Camilo se sentó ante la mesa, entre los dos.

—La extrema derecha —explicó—, la extrema izquierda y el centro. El centro, considerado no en sentido político, sino en sentido cristiano.

Don Camilo volvió a encender el medio toscano, del que arrojó algunas robustas bocanadas.

—Ésta es una fábula profundamente instructiva —prosiguió don Camilo—. La extrema izquierda y la extrema derecha, reconociendo haber cometido un grave error, recurren a la eterna sabiduría de la Iglesia. Y la eterna sabiduría de la Iglesia responde: hermanos, si en lugar de recurrir a mí después de haber cometido un gran disparate recurrieran antes, uniformando el modo de obrar con mis preceptos, no habrían cometido barbaridades y no merecerían los dos ser echados de aquí a puntapiés. Pues ustedes sólo piensan en la Iglesia cuando ven en ella un asilo seguro para su miedo.

Pepón masticó una objeción:

—En efecto: ¡antes de hacer algo es necesario pedir autorización al cura!

—No, hermano alcalde —replicó sereno don Camilo—. Cuando digo Iglesia no digo cura, no digo clero: digo Cristo. Cristo, que ha establecido: haga cada cual su deber. Si cada hombre hace su deber, serán amparados los derechos de los demás. Las revoluciones no se hacen con la violencia, ha enseñado Cristo. Con la fuerza no se defiende la riqueza: la riqueza se defiende justificándola.

Don Camilo abrió los brazos y suspiró:

—Palabras sabias, pero palabras. Además, ahora es demasiado tarde. Demasiada gente no ha hecho su deber y el odio ha envenenado la sangre de la gente. El juego se ha vuelto el que es, y hay que atenerse a él. Ahora yo los dejo solos. Dejo la extrema izquierda frente a la extrema derecha. Los dos son igualmente fuertes y combativos. Golpéense, golpéense hasta que quieran. Y después, cuando se hayan golpeado, me dirán qué es lo que han construido de positivo.

Don Camilo se puso en pie, pero Cagnola lo asió de una manga.

—Quédese —susurró.

Se quedaron los tres, la derecha, la izquierda y el centro, mirando la llamita del quinqué. Después la derecha cayó dormida, con la cabeza apoyada sobre la mesa. Después cayó la izquierda.

Después cayó también el centro. Y así pasaron la noche y así los sorprendió el sol del amanecer.

Entonces la extrema izquierda fue a hacer de campanero y la extrema derecha de monaguillo.

Mientras, acabada la misa, estaban tomando el café con leche, llegó el Flaco.

—Cagnola ha desaparecido misteriosamente —explicó, entrando en el cuarto, pues sólo lo veía de espaldas—. Parece que se ha refugiado en Suiza.

—Claro —contestó don Camilo—. ¿Y el Pardo?

—La llave inglesa lo ha herido de refilón en la sien: la sangre era de la oreja, que se le ha desgarrado un poco.

Don Camilo meneó la cabeza.

—¿Qué historia es ésa de la llave inglesa? —preguntó—. Yo tengo noticia de que el Pardo ha sido atropellado por el automóvil de Cagnola y arrojado al suelo. ¿Qué dicen de esto él y los otros dos?

Don Camilo consultó de una mirada a Pepón y a Cagnola, luego se dirigió al Flaco:

—Vete a advertirle al Pardo que mientras atravesaba la calle ha sido atropellado por el automóvil del señor Cagnola.

Cagnola levantó la cabeza.

—¡Por un automóvil no identificado! —precisó—. Si no, digo cómo han ocurrido realmente las cosas.

La extrema izquierda apretó los puños, y el centro dijo:

—Cuanto antes me despejen la casa, mayor gusto me darán.

Se marcharon por olas sucesivas, primero la extrema izquierda, después la extrema derecha.

Don Camilo se quedó solo, pensando tristemente en el pueblo que, mientras tanto, con la cabeza vendada aguardaba órdenes para la acción pasada y la acción futura.

III. Del monte al llano

Tristes días los del destierro en la aldehuela que estaba en la cima del monte. Días todos iguales uno a otro, tanto que no daba ya gusto arrancar de mañana la hojita del almanaque, pues era como volver la página de un libro formado de hojas en blanco.

—Jesús —decía don Camilo al Cristo del altar mayor—, esta melancolía enloquece. ¡Aquí no sucede nada!

—No comprendo —respondía sonriendo el Cristo crucificado—: cada mañana el sol nace y cada tarde el sol se pone; cada noche veo millares de estrellas girar sobre tu cabeza; la hierba brota en los prados, el tiempo continúa rodando, Dios está presente y se manifiesta a cada instante y por doquier. ¡Me parece que suceden muchas cosas, don Camilo! Me parece que suceden las cosas más importantes.

—Perdonad la necedad de un pobre cura de la llanura —decía. Pero al día siguiente repetía las mismas cosas porque tenía un grueso nudo en la garganta, el cual crecía continuamente. Y ésa era la única novedad.

Mientras tanto, a orillas del río grande, en el pueblo, no sucedía nada gordo, pero sí tantas cosas extravagantes que habrían disgustado también a don Camilo si las hubiera sabido.

El curita que habían mandado a regentar la parroquia durante la convalecencia política de don Camilo era una excelente persona y, no obstante, todo su relleno de teoría y todas sus palabritas ciudadanas, pulidas y redondas, se había adaptado con rapidez a los humores corrientes y ponía la mejor voluntad en demostrar que había comprendido cuál viento soplaba y de qué lado convenía tomar a la gente. Y la gente, rojos o blancos, verdes o negros, pagaba su cortesía llenando la iglesia durante todas las funciones, pero sin conceder nada más.

Nadie iba ya a comulgar: «No se ofenda, reverendo —suplicaban al curita consternado—, pero estamos acostumbrados a él desde hace tantos años, que comulgaremos cuando vuelva. No tema, saldaremos también las cuentas atrasadas».

Nadie se casaba: los matrimonios eran aplazados hasta el día en que él volviese.

Parecía que todo hubiera sido concertado aun en lo tocante al nacer y al morir, porque desde que don Camilo había partido nadie había venido al mundo y nadie lo había dejado para ir al otro. Y la extraña historia duró

meses y más meses; pero, finalmente, un buen día llegó a la rectoral una mujeruca a avisar que el viejo Tirelli estaba a punto de morir, y el curita entonces montó en la bicicleta y corrió a la cabecera del viejo.

IV. El viejo Tirelli

El viejo Tirelli tenía tantos, pero tantos años, como para cansar en el cómputo a un contador de banco. Tampoco él sabía cuántos cargaba en el lomo: siempre había vivido sin un resfriado, pero ahora, por culpa de esa maldita bomba atómica que había revuelto todas las estaciones, padecía una grave dolencia pulmonar y se estaba preparando para abandonar la administración de las cosas terrenas.

Antes de entrar en el cuarto del viejo, el curita habló con el doctor, que salía.

—¿Es grave, doctor?

—Ya ha muerto —respondió el doctor—. Científicamente está más que muerto. Es cierto que sigue respirando; pero ésa es una ofensa a la ciencia médica.

El curita pasó al cuarto del viejo Tirelli y se sentó a la cabecera del cadáver, bisbisando una plegaria.

El viejo abrió los ojos y lo miró largamente.

—Gracias —dijo al fin en un soplo—. Espero.

El curita sintió que el sudor le humedecía la frente.

—En cuanto Dios le conceda un poco de vida, usted debe poner en paz su conciencia —exclamó el curita.

—Sí, lo sé —replicó el viejo—. Pero espero que él vuelva.

El curita no podía ponerse a discutir con un moribundo. Fue, pues, a suplicar a los familiares que estaban en la otra habitación: también ellos mejor que él sabían cómo andaban las cosas y cómo era un milagro que el viejo todavía alentara. Debían, pues, procurar convencerlo de que se confesara.

Los familiares fueron a hablar con el viejo: le explicaron con extrema claridad lo que el doctor había establecido, y el viejo, que tenía gran confianza en el doctor y que a pesar de estar ya muerto científicamente, aún era capaz de razonar con el habitual buen sentido, contestó:

—Sí, me doy cuenta: la cosa es gravísima. No hay que perder un minuto. Vayan en seguida a llamar a don Camilo porque quiero partir de este mundo con la conciencia tranquila.

Le contestaron que ante todo don Camilo no habría podido abandonar su parroquia para venir a confesar o bendecir al viejo Tirelli. Y que, en segundo lugar, aunque hubiese consentido en bajar, había que ir a buscarlo allá arriba y traerlo al llano. Eran muchas horas y en el caso se trataba de minutos.

El viejo comprendió la sensatez de la objeción:

—Es justo —contestó— hay que acortar el tiempo. Cárguenme en el automóvil y llévenme allá.

El doctor, que todavía estaba en la otra habitación y había oído todo, se adelantó.

—Tirelli —dijo—, hágame caso si todavía me guarda algún aprecio. Lo que usted dice es una locura. No podrá andar tres kilómetros. ¿Por qué quiere morir por el camino como un perro? Muera en su cama y aproveche el aliento que el Padre Eterno todavía le regala para poner en paz su conciencia. Dios es el mismo, tanto acá en la llanura, como allá en el monte, y el reverendo es un sacerdote exactamente igual a don Camilo.

—Lo sé —susurró el viejo—. Pero yo no puedo faltarle a don Camilo. El reverendo debe comprenderlo. Así que me acompañará en el viaje: si me siento morir antes de llegar, me confesaré con él. Pronto, apresúrense.

El viejo Tirelli estaba todavía vivo y por consiguiente él era el dueño de sí mismo y de su casa. Mandaron corriendo a llamar la autoambulancia y, después de cargar en ella al viejo y al curita, dieron orden de partir. El más joven de los Tirelli y su hijo saltaron sobre la motocicleta y siguieron a la ambulancia.

Ésta corría con todo el aliento de sus cuatro cilindros, pero el viejo Tirelli de tiempo en tiempo exclamaba: «¡Pronto! ¡Pronto! ¡Tengo prisa!».

Cuando la ambulancia llegó al pie del camino de herradura por donde se subía a la aldea, el viejo Tirelli estaba todavía vivo.

El hijo y el nieto lo sacaron en la camilla y empezaron a trepar por la cuesta. El viejo Tirelli estaba reducido a los huesos, sostenidos juntos por un poco de piel, unos cuantos nervios y una cantidad enorme de testarudez, y la carga no era pesada. El curita seguía detrás de la camilla y así anduvieron cerca de dos horas.

Al fin apareció improvisamente la aldea, y la iglesia, que se veía a doscientos metros. El viejo Tirelli tenía los ojos cerrados, pero la vio igualmente.

—Gracias, reverendo —susurró al curita—. Le compensarán la molestia.

El curita se ruborizó y volvió atrás, brincando sobre los guijarros del camino.

Don Camilo, sentado delante de la puertecita de la casucha que hacía el oficio de rectoral, estaba fumando melancólicamente su medio toscano; apenas vio aparecer cosa tan extraña como la camilla llevada por los dos Tirelli, quedó estupefacto, con la boca abierta.

—Ha querido a la fuerza que lo trajéramos aquí —explicó el hijo de Tirelli—. Quiere que usted lo confiese.

Don Camilo alzó de la camilla al viejo, junto con el colchoncito y las colchas, y delicadamente lo entró en la casa y lo acostó en la cama.

—¿Qué debemos hacer nosotros? —preguntó el hijo de Tirelli asomándose a la puerta. Y don Camilo les hizo seña de que se salieran y pronto. Después se sentó a la cabecera del viejo Tirelli: el moribundo se había amodorrado, pero oyendo musitar a don Camilo, abrió los ojos.

—He venido aquí porque no podía hacerle agravio —explicó con un hilo de voz.

—¡Usted está diciendo una bestialidad y hace agravio a Dios! —le contestó don Camilo—. Los sacerdotes no son tenderos, son ministros de Dios. Cuando uno se confiesa, lo que interesa es la confesión en sí. Por eso el cura está detrás de la celosía que le oculta el rostro. Cuando usted se confiesa, no cuenta sus asuntos a este o aquel cura: usted se los confiesa a Dios. ¿Y si se moría durante el largo trayecto?

—Llevaba conmigo de escolta al curita —susurró el viejo—. Me habría confesado con él. Mis pecados podía muy bien decírselos lo mismo a él... Un desgraciado que ha pasado la vida entera trabajando honradamente del alba al ocaso, no ha tenido siquiera tiempo para cometer pecados... Quería saludarlo a usted antes de partir. Y quería que fuera usted el que me acompañara al cementerio. Cuando uno se pone en viaje en compañía de don Camilo, parte seguro...

El viejo dijo todos sus pecados y eran pecados de chicos. Don Camilo lo bendijo.

—Don Camilo —susurró el viejo al final—, ¿si no me muero en seguida, se enoja?

Era inútil discutir porque el viejo Tirelli no era humorista, hablaba en serio.

—Haga su comodidad —respondió don Camilo—. Aunque viva todavía dos mil años, a mí no me causará ninguna molestia.

—Gracias —suspiró el viejo.

Era un hermoso día con un cielo que parecía pintado a la nitrocelulosa, y el sol calentaba. Don Camilo abrió de par en par la ventana y dejó tranquilo al

viejo, que se había dormido y parecía sonreír.

—Jesús —dijo don Camilo al Cristo—, hoy ha sucedido algo. Y es algo tan grande que aún no he comprendido bien de qué se trata.

—No te fatigues el cerebro, don Camilo —respondió el Cristo—. Existen cosas que no es preciso comprender. Ahora piensa en tu viejo, que puede necesitarte.

—Más que a mí os necesita a Vos —exclamó don Camilo.

—¿No te parece bastante que él haya llegado vivo hasta aquí?

—A mí me basta siempre lo que Dios me concede. Si Dios me ofrece un dedo, no le aferro la mano... Pero ciertas veces quisiera aferrársela.

Don Camilo recordó a los dos Tirelli que aguardaban fuera y corrió hacia ellos.

—Ahora tiene la conciencia en paz y duerme —explicó—. Hagan lo que les parezca.

—Yo me quedaría —dijo el nieto del viejo—. Ya el milagro se hizo y no puede esperarse que ocurra otro. Voy abajo un momento a avisar a los de la ambulancia que esperen. Lo descenderemos y lo enterraremos en nuestro cementerio.

Antes de que don Camilo tuviera tiempo de explicar que el viejo quería ser sepultado allí mismo, el hijo del viejo se volvió hacia el mozo y le dijo con voz dura:

—Corre abajo y di a los de la ambulancia que se vayan y espérame, que te alcanzo y volveremos a casa.

El mozo partió corriendo y el hombre se dirigió a don Camilo:

—Haga usted —murmuró.

V. Gina y Mariolino

Don Camilo pasó la noche a la cabecera de Tirelli. Cuando tuvo que bajar a decir misa llamó, para que lo sustituyera, a la vieja encargada de los quehaceres domésticos. Acabada la misa descansó unas dos horas y después de asegurarse de que el viejo estaba todavía vivo, dio una carrerita hasta la choza de la fuente para llevarle algo al muchacho que se había roto una pierna.

De regreso oyó que alguien lo saludaba:

—Buen día, reverendo.

Y alzando la cabeza vio que una muchacha le sonreía desde la ventanita de un primer piso.

Por un instante puso el ceño del que no reconoce; luego debió de reconocer y gritó:

—¿Qué haces aquí?

Al lado de la cabeza de la muchacha apareció la cara poco cordial de un mozo.

—Estamos veraneando —dijo el mozo—. ¿Acaso hay que pedir permiso al párroco para venir aquí de veraneo?

Don Camilo meneó la cabeza:

—¡Muchacho, cuidado! Si por casualidad has venido aquí en misión de agitación y propaganda, has equivocado la dirección. Este aire no está hecho para ti ni para los desgraciados de tu calaña.

El mozo se retiró renegando, pero la muchacha siguió tranquilamente asomada a la ventana y sonriendo.

—Iremos a visitarlo, reverendo —dijo.

—Muy bien; pero vengan a visitarme cuando yo los llame —exclamó don Camilo volviéndoles las espaldas.

Después a lo largo del camino continuó refunfuñando: «¿Qué cuernos han venido a hacer aquí esos dos botarates? ¿Qué nuevo lío habrán inventado?»^[10].

El nuevo lío que Mariolino, el de la Quemada, y Gina Filotti habían inventado era bien gordo.

Un lío que era la consecuencia directa del primero, mayúsculo, en el que tiempo atrás habían encontrado la manera de mezclar a don Camilo dos veces: cuando habían ido hasta el agua de la capilla sumergida, a morir juntos, y cuando se habían presentado en la iglesia porque querían vivir juntos.

Desde el día en que Mariolino, el de la Quemada, y Gina Filotti se habían casado, había transcurrido bastante tiempo y una noche los dos desgraciados jóvenes habían planteado seriamente la cuestión.

—Por mí será un varoncito, y eso me alegra, pues sé que tú querías una niña —dijo Gina.

—Por mí será una nena, y eso me alegra mucho, pues sé que tú y la gentuza de tu familia querían que fuera un varón —replicó el mozo.

—Claro: las mujeres tiran al padre y los varones a la madre —exclamó la muchacha—. Gran negocio tener una hija con el carácter del padre y de los abuelos paternos.

El otro contestó en el sentido contrario y la discusión se calentó.

—¡Si yo no estuviera en mi estado y no tuviera miedo de agitarme demasiado, ya te habría dado unos cachetes! —gritó Gina.

—¡Si no estuvieras en ese estado y yo no tuviera miedo de hacer daño a la nena, ya te habría roto la cabeza! —gritó Mariolino.

—¡Delincuente, bolchevique! —chilló Gina—. No me verás más: ¡me vuelvo a vivir con mamá!

—¡Ésta es la última vez que nos vemos! —chilló Mariolino—. Me vuelvo a vivir con mi padre. ¡Ya no puedo soportar roerme el hígado con la hija de un agrario!

Aquí nació la lógica consideración de que si los dos se iban, el hijo, aunque no nacido todavía, habría quedado solo allí, sin padre ni madre. Y entonces se pusieron de acuerdo.

—Varón o mujer, lo importante es que sea el más lindo de todo el pueblo —concluyó Gina—. Y aunque resultara el más feo, para nosotros siempre será el nene más hermoso del mundo.

Para llegar a una conclusión así, en verdad no era necesario reñir tan ásperamente.

Pasaron más días y semanas, y he aquí que mientras el conflicto se agravaba cada vez más, otro importantísimo problema fue puesto sobre el tapete.

—Hay que pensar en el nombre que le daremos —dijo Gina—. Sea varón o mujer, apenas nacido debemos tenerle a punto su nombre.

Los nombres sugeridos por Mariolino eran perversos, pues partían de Lenina y llegaban a Comunarda. Gina contraatacó con una serie de nombres que partían de Pío y llegaban a Alcides^[11].

Se pusieron de acuerdo sobre Alberto y Albertina. Pero después surgió el tercero y más grave problema.

—¿Y cómo lo bautizaremos? —gimió de pronto Gina.

—No la bautizaremos —contestó Mariolino—. Sin embargo, si uno se empeña en bautizarla, va a la iglesia y la hace bautizar.

—¡A la iglesia! ¡Pero en la iglesia no está ya don Camilo! —exclamó la muchacha.

—¡Qué importa! —replicó Mariolino—. Este cura o aquél todos son una misma joroba.

Gina contraatacó en defensa del clero, pero de repente palideció y se abandonó jadeando sobre la silla.

—No te agites, Gina —le dijo con mucha dulzura el marido—. Puede hacerte daño. Habla con calma, yo también lo haré así.

Continuaron porfiando amablemente hasta la noche. Al fin Gina dijo:

—Aparte de todo lo restante, lo que don Camilo ha hecho por nosotros nos impide hacer bautizar al niño por otro cura. Por lo demás, los niños deben ser bautizados en seguida. No podemos aplazar el bautismo seis o siete meses.

—Es muy sencillo —dijo Mariolino—, apenas nazca la niña, la anotamos en la municipalidad, porque Pepón ha hecho por nosotros lo mismo que ha hecho don Camilo, y después la llevamos a hacerla bautizar por tu cura.

—No se puede —dijo la muchacha—. Los niños deben ser bautizados donde nacen. Y hay que marcharse. Yo mañana hago el equipaje.

Transcurrieron seis días sin que sucediera ninguna novedad: el viejo Tirelli seguía pareciendo muerto, si bien permaneciendo en vida. Don Camilo, para no topar con esos dos desgraciados que había visto en la ventana, no salió una sola vez de su casa: ante todo porque debía hacer de enfermero del viejo y luego porque ella le había dicho: «Iremos a visitarlo».

Y he aquí que en las primeras horas de la tarde del séptimo día, la vieja entró agitada en la habitación:

—¡Reverendo, pronto, baje! ¡Una cosa extraordinaria! ¡Pronto!

Don Camilo descendió y saliendo al atrio se encontró ante el más extraño espectáculo del universo: o sea, ante Mariolino y Gina, que ahora, sin embargo, eran tres, por cuanto entre los dos estaba la vieja partera del pueblo, toda vestida de fiesta y con un rorro en brazos.

Don Camilo quedó perplejo; luego se acercó.

—¿Y bien? —preguntó brusco a la comadre.

—La señora hacía unos días que estaba veraneando aquí cuando le nació el niño.

Don Camilo hizo una mueca.

—¿Para hacer esto han subido ustedes hasta aquí? —preguntó.

—Seguramente yo no habría venido —exclamó agresivo Mariolino—. Pero ella quería a la fuerza que usted lo bautizara. Como si todos los curas no fueran una sola cosa. Si no quiere bautizarlo, tanto mejor.

Don Camilo meditó largamente, pues la situación era muy complicada; luego dijo:

—¡Bueno!

Los dos no mostraban intención de entrar. Evidentemente esperaban a alguien: tanto era así que Mariolino sacaba continuamente del bolsillo el reloj. Don Camilo abrió de par en par la puerta de la iglesia y fue a preparar la pila bautismal. Mientras tanto, dos columnas de forasteros entraban en el pueblo.

Una de ellas había venido por el acostumbrado camino de herradura y estaba formada por toda la banda de los Filotti, los agrarios. La otra había venido por el camino semejante de Vallehondo y estaba formada por toda la banda de los rojos de la Quemada.

Las dos columnas entraron al mismo tiempo en la plazuela, procediendo de dos partes opuestas y convergiendo hacia la puerta de la iglesia.

Los dos esposos entraron y, seguidos por las respectivas bandas, se acercaron a la pila bautismal, junto a la cual aguardaba don Camilo.

—¿Quién es el padrino? —preguntó.

Avanzaron simultáneamente el viejo Filotti y el viejo de la Quemada. Ambos apretaban los dientes y ambos pusieron juntos las manos sobre los encajes, entre los cuales chillaba el fruto de la reacción burguesa y de la revolución proletaria.

—¡Abajo las patas! —dijo hosco y amenazador un tipo que había aparecido en ese momento en la puerta de la iglesia. Era Pepón, que, aproximándose a la pila, aferró al niño y afirmó—: Aunque haya nacido aquí, su alcalde efectivo soy yo. ¡A mí me corresponde ser el padrino!

Cuando el rito hubo terminado, don Camilo se apartó porque la vieja criada le hacía señas desesperadas.

—Quiere que vaya en seguida —jadeó la vieja.

Don Camilo subió y entró impetuosamente en el cuarto del moribundo. Habiendo encontrado la mirada de Tirelli, don Camilo perdió el sentido de la claridad cristiana y exclamó:

—¡No, Tirelli, justamente ahora, no! ¡Usted no puede entristecernos esta fiesta de la vida, muriendo!

El viejo meneó la cabeza:

—Quería precisamente decirle que he resuelto vivir, reverendo: este aire delgado me ha sanado los pulmones. Siento que ya no tengo nada. Avise a mi hija que venga a curarme y búsqieme un buen alojamiento.

Don Camilo tenía la cabeza algo confundida, pues estaban sucediendo demasiadas cosas al mismo tiempo.

Bajó y se encontró con el curita joven y Pepón.

—¡Sólo falta el jefe de los carabineros y con eso está todo el pueblo! —refunfuñó don Camilo.

—Aquí estoy, simplemente como chófer en servicio público —explicó Pepón—. El reverendo me pidió que lo trajera hasta aquí, y ya que estaba, dejé el automóvil al pie del camino y vine a ver cómo andaban las cosas. Veo que van mal, pues usted revienta de salud.

El curita alargó a don Camilo un sobre.

—Es de Su Excelencia el obispo —explicó—. Vengo a hacer el cambio. Usted puede regresar en seguida aprovechando mi automóvil.

—Yo había convenido un viaje de ida —dijo Pepón, interviniendo con rudeza—. No tengo ninguna intención de volver a llevar al pueblo a cierta gente.

—Pagaremos la diferencia —dijo don Camilo.

—No es cosa de dinero, sino de principios —replicó Pepón—. Además, cuanto más tarde vuelva, será mejor. No debe ilusionarse por el hecho de que un viejo loco haya venido aquí para morir y dos muchachos sin juicio hayan hecho lo que han hecho: en el pueblo estamos muy bien sin usted.

—¡Por eso mismo regreso en el acto! —dijo don Camilo.

En verdad, en el pueblo la gente no estaba bien de ningún modo. El cielo había abierto sus cataratas y los diarios hablaban de desdichas cada día mayores, concertadas por la crecida de los ríos en todas partes.

Pero para la gente del pueblo la cuestión era exclusivamente local y las viejas habían comenzado a decir:

—Ya ven: desde que don Camilo se ha ido llevándose el Cristo del altar, han empezado las desgracias...

El Cristo crucificado del altar mayor estaba vinculado al gran río, pues todos los años se hacía la procesión que llegaba hasta el dique, donde se celebraba la bendición de las aguas. Las viejas meneaban la cabeza:

—Mientras Él estuvo aquí, nos protegió. Y ahora no está.

Cuanto más subían las aguas del río, más se hablaba del Crucifijo, y aun los cerebros más cabales empezaron a desvariar. Fue así como el obispo, una mañana, recibió la visita de un grupo de hombres llegados del pueblo, que iban a decirle sus razones y las de los demás fieles.

—Ilustrísima —imploraron—, devuélvanos nuestro Crucifijo. Debemos hacer sin demora una gran procesión hasta el dique. Debemos bendecir las aguas. O bien todo el pueblo será arrollado por la crecida.

El viejo obispo respiró dolorosamente.

—Hermanos —dijo—, ¿ésa es vuestra fe? Dios, entonces, no está dentro de vosotros, sino fuera de vosotros, ya que tenéis fe en un simulacro de madera y sin él os sentís desesperados.

Había en el grupo hombres que tenían la cabeza sobre los hombros.

Se adelantó el viejo Bonesti.

—Ilustrísima —exclamó—, no es que falte la fe en Dios. Nos falta la fe en nosotros. El sentimiento de la patria existe en nosotros dondequiera

estemos, pero cuando en la guerra se sale al ataque es necesario ver ondear la bandera del regimiento. La bandera mantiene viva la fe en nuestras fuerzas, que la necesitamos aun cuando exista dentro de nosotros la fe en la patria. Ese Cristo crucificado es nuestra bandera y don Camilo su abanderado. Cuando volvamos a ver nuestra bandera, encontraremos de nuevo la fe en nuestras fuerzas y lucharemos con mayor valor contra la adversidad.

El viejo obispo había abierto los brazos:

—Hágase la voluntad de Dios.

Y la expedición de recuperación había partido para Monterana, y estaba allí.

VI. Don Camilo regresa

Cuando don Camilo salió de la iglesiuca llevaba sobre los hombros el gran Crucifijo. Se dirigió hacia el camino de herradura y comenzó a descender: esta vez la Cruz era liviana como una pluma.

Abajo estaba el viejo *jeep* de Pepón, al que él llamaba taxi y que servía para transportar personas y cosas. Don Camilo subió con el Crucifijo, llevándolo derecho como una bandera.

El autocar con los de la Quemada estaba aguardando allí mismo y cuando Pepón se movió, siguió al *jeep*.

Al pie del otro camino de herradura había dos grandes y lucientes automóviles de Filotti: en el primero iba Gina con el niño en brazos, al lado de Mariolino, que conducía. Mariolino metió el automóvil entre el *jeep* y el camión de la banda roja. La segunda ola de los Filotti se puso detrás del camión.

Después, naturalmente, apareció el Flaco: llegaba disparado, en motocicleta, pues la tardanza del jefe lo preocupaba. Cuando vio cómo estaban las cosas dio la vuelta y marchó delante de todos a manera de batidor.

Toda la gente esperaba a don Camilo a la entrada del pueblo: en sus manos, el Crucifijo se alzaba derecho como una bandera.

VII. Cómo llovía

Don Camilo había vuelto después de la primera misa. La gente lo rodeó y todos pedían: «¡Procesión, procesión!».

—El Cristo está de nuevo en ese altar y de allí no se moverá —contestó don Camilo—. Se moverá el año próximo, el día de la bendición de las aguas. Este año las aguas ya han sido bendecidas.

Una mujer dijo:

—¡Sí, pero las aguas siguen subiendo!

—Jesús lo sabe muy bien —replicó duro don Camilo—. No le hace falta que nadie le refresque la memoria. Yo, simplemente, puedo rogar a Jesús que nos dé fuerza para soportar con ánimo sereno todos nuestros sufrimientos.

Pero la gente estaba obsesionada por el miedo de que el agua rompiera el dique e insistía en pedir la procesión, y entonces don Camilo se volvió aún más duro.

—¡Sí, la procesión; pero no llevando una cruz de madera de paseo por las calles sino a Cristo dentro del corazón! Que cada cual haga de ese modo su procesión. Tened fe en Dios, no en el simulacro de madera. Entonces Dios os ayudará.

Siguió lloviendo. Y llovía en todas partes: en la llanura y en el monte. Y los rayos hendían las viejas encinas, y la borrasca revolvía el mar. Y los ríos empezaron a hincharse, y como seguía lloviendo, al cabo rompieron los diques e inundaron las ciudades y cubrieron de fango aldeas enteras.

El gran río se volvió cada vez más amenazador y las aguas seguían empujando los diques y subiendo.

La guerra, cuando pasó por ese lugar había roto un trozo de dique en el punto que llamaban la Chopera, y sólo hacía dos años que lo habían reconstruido. El pueblo miraba con miedo hacia la Chopera, pues todos estaban seguros de que si el gran río aumentaba su presión, sería en la Chopera donde se abriría una vía de agua.

La tierra allí no podía haberse comprimido suficientemente: el agua se infiltraría y cortaría el dique. Lo demás podría resistir perfectamente, como tantas veces había resistido; pero en la Chopera no.

El miedo creció junto con el agua. Llegaron los técnicos y explicaron que el dique de la Chopera habría resistido. El peligro existía, sin embargo, y siempre mayor: la gente debía con tiempo evacuar aquel sitio sin aguardar al último minuto. Los técnicos se fueron a las diez de la mañana. A las once el agua había crecido aún más y de repente al miedo le sucedió el terror.

—¡Ya no queda tiempo para salvar nada! —alguien dijo—. El dique de la Chopera se partirá y se perderá todo. Hay un solo modo de salvarse: atravesar el río e ir a romper el dique de la otra orilla.

Nadie supo quién había dicho tal blasfemia: el hecho es que todos, a los pocos instantes, sabían solamente una cosa: que el único modo de salvarse era pasar a la otra orilla y romper el dique. Ochenta personas de cada ciento pensaban afanosamente cuál sería el sistema más expedito para pasar al otro lado y cortar el dique.

Y ya era ineluctable: alguien habría conseguido pasar y habría cortado el dique.

Pero, de pronto, la lluvia cesó. Y durante algunos instantes la esperanza de que las aguas descendieran alumbró los corazones. Entonces se oyó tocar las campanas a rebato y todo el pueblo se precipitó en el atrio.

—Hermanos —dijo don Camilo cuando vio la plaza atestada de gente—, sólo nos queda una cosa que hacer: no perder tiempo y con serenidad empezar a poner a salvo los bienes más importantes.

Comenzó a llover nuevamente.

—¡Ya no tendremos tiempo! El dique de la Chopera no resistirá —gritaron.

—Resistirá —contestó don Camilo—. Y estoy tan seguro de ello que ahora mismo voy a plantarme sobre el dique, en la Chopera, y no me moveré. ¡Si estoy equivocado, pago!

Don Camilo abrió su enorme paraguas y se encaminó hacia el dique. La gente lo siguió. Y lo siguió cuando subió el terraplén y empezó a caminar hacia la Chopera; mas, de pronto, la multitud se detuvo, pues habían llegado a la parte nueva del dique.

Don Camilo se volvió.

—Que cada cual desocupe con calma su casa —gritó—. Yo, mientras, llevo hasta la Chopera y allí espero que ustedes hayan concluido.

Reanudó la marcha y a los cincuenta metros, exactamente donde el dique debía romperse, se detuvo.

La gente estaba perpleja y miraba, ora al agua, ora al cura.

—¡Vengo a hacerle compañía, reverendo! —gritó una voz. Pepón salió de en medio del gentío y entonces todos lo miraron.

—El dique resistirá, no hay ningún peligro —gritó Pepón—. Así que nadie haga tonterías y todos procedan con calma al traslado de las cosas a las órdenes del vicealcalde. Yo, mientras tanto, espero para demostrarles que estoy seguro de lo que digo.

Cuando los vio a los dos, al cura y al alcalde sobre el dique, a la altura de la Chopera, la gente fue presa como de un frenesí y todos corrieron a sus casas y empezaron a sacar los animales de los establos y a cargar los carros.

La evacuación empezó: mientras tanto llovía y el agua no mostraba intención de cesar de crecer.

Pepón y don Camilo, sentados en dos gruesos cantos, aguardaban bajo el paraguas.

—Reverendo —dijo de pronto Pepón—. Es seguro que si ahora usted se encontrara allá en la cima del monte donde estuvo hasta ayer, probablemente se sentiría mejor.

—No creo. ¡Si fuera así, el obispo no me habría permitido volver abajo!

Pepón quedó callado un rato, luego se dio un manotazo en un muslo:

—Si, por ejemplo, el dique se derrumbara en este momento en que la gente ha empezado la evacuación, piense qué magnífico resultado: todo estaría perdido, nosotros y ellos.

—Si en cambio nos hubiéramos salvado cortando el dique en la otra orilla y ocasionando la muerte y la ruina de otra mucha gente, sería peor. Si no me equivoco, señor alcalde, hay cierta diferencia entre desgracia y delito.

Al atardecer el agua comenzó a descender y don Camilo y Pepón abandonaron el dique y regresaron al pueblo, ya desierto porque la gente se había marchado toda.

Llegados al atrio se detuvieron.

—Podrías en verdad dar gracias a Dios por haberte salvado el pellejo —dijo don Camilo a Pepón—. Te ha hecho ese favor.

—En efecto —replicó Pepón—. Pero me ha dado el disgusto de salvarle a usted el pellejo, así que hay empate.

VIII. La campana

Como el dique mayor no se movió un milímetro, una mañana muchos de los que habían huido por miedo al agua, regresaron al pueblo para cargar más cosas.

Pero hacia las nueve ocurrió lo que nadie esperaba.

El agua se abrió paso bajo el dique y apareció de repente a flor de tierra.

No había mucho que hacer contra un chorro de esa especie; por tanto, los que habían vuelto se pusieron a salvo huyendo en birlochos y camiones.

Don Camilo había trabajado hasta las tres de la madrugada en transportar al primer piso y al desván todas las cosas de la planta baja. Estaba solo y se había cansado terriblemente. Al fin se había echado en la cama, cayendo en un sueño pesadísimo.

Se despertó a las nueve, cuando sintió gritar a los que escapaban.

Al rato no oyó ningún rumor y cuando se asomó a la ventana vio el atrio desierto.

Entonces subió al campanario desde donde se veía todo distintamente: el agua ya había invadido la parte baja del pueblo y avanzaba con lentitud.

Don Camilo cambió de ventana y vio sobre el dique mayor a mucha gente que miraba hacia el pueblo.

Los que habían escapado en los birlochos y los camiones, habían alcanzado a los otros infelices que estaban acampados con los animales y las cosas salvadas, en los pueblos vecinos, y todos, habiendo dejado a los chicos a cuidar los carros, se habían dirigido al pueblo en birlochos, motocicletas y bicicletas hasta encontrarse el camino del dique a la vista del pueblo, ya inundado.

Miraban enmudecidos el pueblo, que estaba cerca, a media milla, y cada uno veía su casa aun cuando no la viera.

Nadie hablaba: las viejas lloraban silenciosamente. Se quedaban mirando cómo moría su pueblo y ya lo veían muerto.

—¡No hay Dios! —dijo un viejo con voz bronca.

En ese momento sonaron las campanas.

Sonaron sus campanas, no había modo de equivocarse por más que hubiese algo distinto en los tañidos.

Todos los ojos miraban solamente el campanario.

Don Camilo, cuando vio a la gente sobre el dique mayor, había descendido. El agua había ya cubierto dos de los peldaños del portal.

—Jesús, perdonadme si había olvidado que hoy es domingo —dijo don Camilo arrodillándose ante el altar mayor.

Antes de ir a prepararse en la sacristía, pasó al tabuco del campanario y se asió de una cuerda esperando que fuera la conveniente. Lo era, y la gente que estaba en el dique oyó la llamada de la campana y dijo:

—¡La misa de once!

Las mujeres juntaron las manos y los hombres se quitaron el sombrero.

Don Camilo dio principio a la misa. Y cuando llegó el momento de hablar a los fieles, a don Camilo no le interesó el hecho que la iglesia estuviera desierta: él les hablaba a los del dique.

El agua había cubierto ya el tercer peldaño y empezaba a extender un velo sutil, helado y luciente sobre el pavimento de la iglesia.

La puerta estaba abierta y se veía la plaza con las casas anegadas y el cielo gris y amenazador.

—Hermanos —dijo don Camilo—, las aguas salen tumultuosas del lecho de los ríos y todo lo arrollan; pero algún día volverán amansadas a su cauce, y el sol brillará de nuevo. Y si por último ustedes lo han perdido todo, aún serán ricos, pues no habrán perdido la fe en Dios. Pero quien haya dudado de la bondad y la justicia de Dios será pobre y miserable, aunque haya salvado todo lo suyo. *Amén*.

Don Camilo habló en la iglesia devastada y desierta, mientras la gente, inmóvil en el dique, miraba al campanario.

Y siguió mirándolo, y cuando del campanario llegaron los tañidos de la Elevación, las mujeres se arrodillaron sobre la tierra mojada y los hombres bajaron la cabeza.

La campaña tañó anunciando la Bendición. Si bien la función de la iglesia había acabado, la gente charlaba en voz baja moviéndose apenas; era una excusa para oír todavía las campanas.

Éstas, al rato, empezaron a repicar alegremente y los hombres sacaron el reloj.

—Sí, ya es mediodía —dijeron—. Es hora de ir a casa.

Y subieron a las bicicletas, a los birlochos y a las motos y fueron a reunirse con sus hijos y sus cosas en los refugios extraños, desnudos e inhospitalarios.

Y al partir miraban sus pobres casas, que parecían navegar en el agua fangosa. Pero quizá pensarán:

«Mientras don Camilo esté en el pueblo, todo irá bien».

Cuando don Camilo, concluida la misa, subió al campanario para ver qué hacía la gente del dique, había cuatro dedos de agua sobre el pavimento de la iglesia.

Cuando bajó el agua le llegaba hasta los muslos. Entonces, antes de abandonar la iglesia para ir a la rectoral, miró hacia arriba, hacia el Cristo crucificado del altar mayor.

—Jesús, perdonadme si no me arrodillo como debiera —susurró—. Pero si me arrodillo me hundiré en el agua hasta el cuello.

Don Camilo había inclinado la cabeza y no pudo ver si el Cristo había sonreído. Pero estaba seguro de ello, pues sintió en el corazón una dulcedumbre que le hizo olvidar que el agua le llegaba a la cintura.

Navegó orgullosamente hasta la rectoral, encontró allí una escalera de mano que flotaba en las aguas, y parándola entró en la casa a través de la ventana del primer piso.

Se mudó de ropa, comió algo y se acostó. Hacia las tres de la tarde sintió llamar a la ventana.

—¡Adelante! —dijo don Camilo.

Apareció la cabeza de Pepón.

—Si le interesa —dijo éste—, el bote lo espera abajo.

—¡No me interesa! —respondió don Camilo—. ¡La guardia muere, pero no se rinde!

—¡Entonces váyase al infierno! —gritó Pepón volviendo a cerrar la ventana.

Cuando el bote pasó delante de la puerta de la iglesia, abierta de par en par, Pepón les gritó a los remeros:

—¡Atención a la izquierda, animales!

Así, todos miraron a la izquierda y Pepón pudo quitarse el sombrero y volvérselo a poner sin que nadie lo viera.

Por más que le revolviera el cerebro, Pepón no lograba comprender qué había querido decir don Camilo con eso de que la guardia muere, pero no se rinde. Con todo, había un hecho cierto: sabiendo que don Camilo permanecía allí, le parecía que el pueblo estuviese menos inundado.

IX. Cada cual en su sitio

Maroli era un hombre viejísimo reducido a una bolsa de huesos; pero cuando se entercaba, conseguía ser tan testarudo como un mozo de veinticinco años.

El día en que la situación adquirió realmente un feo cariz, también los dos hijos de Maroli, después de echar en los carros las cosas más importantes, se dispusieron a dejar la casa con toda la tribu; pero el viejo dijo que él no se movía.

—Esta casa es mía y yo me quedo.

Los dos hombres procuraron convencerlo, le explicaron que todos evacuaban el pueblo porque el agua de un momento a otro podía romper el dique, pero Maroli meneó la cabeza:

—No me muevo. Estoy enfermo. ¡Quiero morir aquí, en mi casa! Quiero morir en esta cama donde murió mi mujer.

Intentaron persuadirlo las dos nueras, pero el viejo era duro como el hierro.

Al fin, en cierto momento, el mayor de los dos hijos se acercó a la cama.

—¡Basta! —gritó—. Tú tómallo del lado de la cabecera y vosotros dos de los pies. Lo bajamos con el colchón.

—¡Fuera de aquí! —gritó el viejo.

Pero ya todos estaban alrededor de él y habían aferrado el colchón para levantarlo; y era cosa de nada levantar el colchón, pues el viejo Maroli, descarnado como estaba, no pesaba más que un muchacho.

El viejo agarró al hijo mayor por el pecho e intentó rechazarlo. Pero el hombre ya estaba enfurecido y, asiendo las manos del padre, se las arrancó de encima y con ira tumbó a Maroli en la cama y lo mantuvo inmovilizado mientras gritaba:

—¡Deje de hacer el loco, o le rompo la cabeza!

El viejo trató desesperadamente de soltarse, pero era como si encima tuviera una roca, y la angustia se apoderó de él.

Vio muchos ojos que lo miraban y todos eran ojos malos: los de los hijos, los de las nueras, los de los nietos más grandes. Pero, en un ángulo del cuarto, descubrió dos ojos diversos de los demás y entonces jadeó:

—¡Rosa!... ¡Rosa!...

Mas ¿qué ayuda podía darle una pobre chica infeliz, menor tal vez de doce años?

—¡Rosa! —jadeó una vez más el viejo.

La chica se arrojó sobre el hombre que tenía inmovilizado al viejo en la cama. Parecía una gata rabiosa. Pero diez manos la aferraron y la echaron a un lado llenándole la cabeza de pescozones.

—¡Fuera, estúpida! ¡Loca, fuera!

El viejo, de rabia, tenía baba en la boca.

—¡Los locos sois vosotros! —aulló—. ¡Locos y cobardes! ¡Si estuviera aquí su padre no me trataríais así!

Pero el padre de Rosa ya era tierra en la tierra desde hacía muchos años y también había muerto la madre de Rosa. El padre era el mejor de toda la banda. Cuando perdió a ese hijo, el viejo Maroli había sentido una pena muy grande.

—Ahora estamos nosotros —dijo el hijo mayor riendo— y usted hará lo que nosotros queremos. ¡Vamos!

Diez manos impacientes aferraron el colchón y lo levantaron de la cama, mientras con sus dos negras manazas el hijo mayor le impedía al viejo agitarse.

En ese momento se oyó la voz de Rosa.

—¡Déjenlo, o tiro!

Una escopeta cargada en manos de una chica causa más miedo que una ametralladora en manos de un hombre. Y además, Rosa, aparte de ser una chica, estaba loca: por tanto se comprende cómo, aun siendo seis (dos hombres, dos mujeres y dos mozos), todos estuvieron de acuerdo en que lo mejor era dejar tranquilo al viejo.

Dejaron en su sitio el colchón y el hombre que lo tenía asido retiró las manazas.

—¡Fuera, o tiro! —dijo la chica.

La banda reculó hacia la puerta, y cuando hubieron salido la chica la cerró con el pasador.

—Haré que vengan a buscarlo los carabineros y los enfermeros del hospital —gritó desde la escalera el hijo mayor.

El viejo no se turbó.

—¡Recomiendo que os quedéis callados, porque si alguno se acerca incendio la casa! —amenazó Maroli.

Entre el ala habitada y las dependencias rústicas estaba la «puerta falsa» y sobre ésta el cuarto del viejo, que unía ambas alas y que por el lado de la rústica confinaba con el henil. Él había querido habitar ese cuarto, el cual generalmente sirve de granero, porque había mandado hacer un agujero en el piso, por donde podría ver los animales que iban a beber del establo a la pila de la «puerta falsa» y seguir todo el movimiento de la gente y de las cosas que entraban y salían. El henil estaba repleto de forraje seco y bastaba atar una mecha a un bastón y asomarse un instante por la ventana del cuarto viejo para incendiar el pasto en dos minutos.

La amenaza del viejo les produjo a todos un sudor frío. El viejo tenía un candil, un frasco lleno de queroseno, una escopeta de doble cañón cargada y una loca desencadenada a su disposición.

—¡Lo dejaremos tranquilo! —dijeron entonces desde la escalera.

Y el viejo rió burlonamente:

—¡Os conviene!

Cuando estuvieron en la era, una de las nueras tuvo una idea sutil, y después de guiñar un ojo a los otros gritó en dirección a la ventana del viejo:

—Si quiere quedarse, allá usted; pero no tiene derecho a exponer al peligro de la inundación a la muchacha. ¡Si de veras la quiere, debe dejarla venir con nosotros!

El viejo se quedó pensativo unos instantes. Después le habló a la chica:

—Rosa, aquí hay peligro porque llega el agua. Si quieres irte, vete.

La chica dijo que no con la cabeza, y después de asomarse a la ventana cerró los postigos y corrió el pestillo.

—¡Que Dios os fulmine a los dos! —refunfuñó la mujer que había intentado la treta.

Los mozos observaron que, al cabo, si los dos infelices hubieran muerto, habría sido un negocio para todos.

Los hijos de Maroli permanecían hoscos y nada dijeron. Pero cuando se hallaron sobre el dique junto a sus cosas, miraron la casa y el de más edad dijo con ira:

—También ésta pasará. Pero al regreso esto quedará arreglado de una vez para siempre. Él al hospital y ella al manicomio.

El hermano aprobó.

—Esta vez no hay tu tía.

El viejo y la chica siguieron solos en la casa abandonada y nadie sabía que estuvieran allí.

Apenas estuvo segura de que todos se habían ido, la chica bajó a cerrar con pasador todas las puertas y a atrancar las ventanas.

En las habitaciones del primer piso y en el granero había alimentos: el viejo hizo llenar su cuarto con todo lo necesario. Mandó a la chica que subiera una damajuana vacía, y ella, con un baldecito, fue poco a poco llenándola con el agua que traía de la cocina.

Cuando llegó la noche la muchacha tenía los huesos rotos y se acostó en el suelo, en un colchón.

—Hay el peligro de que esos desgraciados vuelvan esta noche —rezongó el viejo—. Tú duermes tranquila porque yo no duermo. Si oigo algo, te llamo.

Permaneció sentado en la cama, con la escopeta entre las manos; pero nadie se dejó ver.

Al día siguiente el río se abrió la vía bajo el dique y el agua llegó a la era.

—Ahora podemos estar tranquilos —dijo el viejo.

Hacia las once oyeron sonar la campana y el viejo mandó a la chica a mirar desde el sobrado.

La chica estuvo allí bastante tiempo y cuando regresó explicó:

—La puerta de la iglesia está cubierta y hay agua en todas partes. El dique está lleno de gente.

A las tres, la chica, que había vuelto a hacer guardia, corrió abajo.

—Hay un bote con gente que va de una casa a otra —gritó.

Maroli suspiró:

—Rosa, si quieres ir, ve.

—¡Si vienen a buscarnos, incendiamos el henil! —contestó la chica.

El bote entró también en la era de la casa de Maroli y la chica estuvo espiando por la rendija de la ventana.

—En el bote está ese hombre grande que es herrero y lleva siempre pañuelo rojo —explicó al viejo.

Se oyó la voz de Pepón.

—¡Hola! ¿Hay alguien aquí?

El viejo y la chica retuvieron el aliento y el bote se alejó.

—Se ve que han tenido miedo y no han dicho nada a nadie —dijo el viejo —. Ahora nos dejarán en paz.

Don Camilo se despertó sobresaltado y se encontró a oscuras.

Había dormido toda la tarde porque estaba muerto de cansancio y ya era de noche. Abrió la ventana: en el fondo, en el horizonte de esa gran extensión de agua que parecía el mar, había una línea de sol poniente, muy delgada, como si la hubiesen marcado con lápiz rojo.

Se sintió oprimido por tan enorme silencio. Recordó las ventanas iluminadas como algo lejano, casi un sueño. Ahora todas las casas estaban oscuras y el agua llegaba a ochenta centímetros del techo de la planta baja.

Oyó el aullido lejano de un perro y de improviso pensó en *Cen*.

¿Dónde estaba *Cen*? ¿Dónde se encontraba en el momento en que el agua había invadido el pueblo?

El aullido continuaba, y más que de lejos, parecía venir de bajo la tierra y le producía una angustia que tenía algo del miedo.

El aullido no cesaba y parecía escucharse bajo los mismos pies de don Camilo.

Entonces don Camilo encendió el candil y, habiendo encontrado un trozo de hierro, se arrodilló y sacó del piso un ladrillo. Después sacó otros y vio abajo a *Cen*, que aullaba en una balsa. Una balsa que era sencillamente una mesa vuelta.

El agua lo había sorprendido fuera de la casa. Y cuando, sabe Dios cómo, *Cen* había llegado a la rectoral, el agua alcanzaba un metro con ochenta: *Cen* había entrado por la puerta a la salita; pero rápidamente el agua había subido hasta cubrir la puerta y *Cen* se había encontrado prisionero. Pero la gruesa mesa que don Camilo no había podido subir lo había salvado, pues se había vuelto convirtiéndose en una balsa. En cierto momento el agua se había detenido y *Cen* hacía rato que estaba allí, esperando una ayuda del cielo, o por lo menos de arriba.

Don Camilo lo sacó por el agujero del piso y *Cen* estaba tan mojado y tan satisfecho que don Camilo quedó tan empapado como si hubiese permanecido medio día bajo la lluvia.

Era la hora de ir a tocar las campanas para el oficio nocturno. Don Camilo, con una vasija y cuatro barriles vacíos que funcionaban como flotadores, se había construido una especie de bucentauro en el cual podía navegar tranquilamente.

Subió al bucentauro y entró en la iglesia. Llegado a los pies del Cristo crucificado —el altar estaba ya todo cubierto—, se arrodilló.

—Jesús, perdonad si ahora el altar lo he levantado sobre el campanario y si celebraré desde allí: una inundación se parece un poco a una guerra, y yo me siento capellán de una sección de combatientes; como tal he sacado a relucir mi viejo altarcito de campaña.

El Cristo suspiró:

—Don Camilo, ¿qué haces aquí? ¿Tu lugar no está entre tu gente?

—Jesús, mi gente está aquí: los cuerpos están lejos, pero con el corazón están todos aquí.

—Don Camilo, tus brazos son fuertes y aquí quedan sin empleo mientras que podrían servir para ayudar a los débiles.

—Jesús —respondió don Camilo—, yo los ayudo a todos estando aquí, y con la voz de estas campanas mantengo viva la esperanza de la gente distante. La esperanza y la fe.

Don Camilo amarró el bucentauro bajo la ventana del dormitorio, subió a la cama y se acostó. Y durmió bastante, pues ese silencio infinito le pesaba sobre el cerebro y lo amodorraba.

Lo despertaron de pronto los ladridos de *Cen*, que estaba alarmado y se abalanzaba a la ventana.

Don Camilo cogió la escopeta y sin encender la luz entornó los postigos. Alguien lo llamaba, y entonces don Camilo encendió la linterna eléctrica y exploró el agua bajo la ventana.

Dentro de un gran cubo había un bulto de trapos que se movía.

—¿Quién eres?

—Soy Rosa, de los Maroli —dijo el bulto de trapos—. El abuelo quiere verlo.

—¿El abuelo?

Don Camilo se descolgó de la ventana, cargó la muchacha en el bucentauro y, manejándose con un largo palo, se puso a navegar.

—¿Qué haces aquí, en nombre del cielo?

—El abuelo ha querido quedarse y yo lo he hecho compañía. Los otros no querían que el abuelo se quedara y le hacían daño. Pero yo sabía dónde estaba la escopeta...

—¿Te has quedado y no has tenido miedo?

—No: estaba el abuelo. Además, en su casa se veía luz y se oía la campana.

El viejo Maroli estaba en las últimas.

—Querían hacerme morir como un perro en un hospital... —jadeó—. Yo quiero morir como un cristiano, en mi casa... ¡Loco! ¡Decían que estaba loco!... ¡Dicen que también ella está loca!

La chica, inmóvil y muda, miraba al viejo.

—Rosa —jadeó el viejo—, ¿es cierto que estás loca?...

—A veces me duele la cabeza y entonces no comprendo... —dijo tímidamente.

—¡Le duele la cabeza, eso es todo! —dijo el viejo—. Cuando era pequeña cayó sobre una piedra... Ahora un hueso le comprime el cerebro... Lo dijo ese profesor... Me lo dijo a mí... Con una operación todo habría quedado bien... Pero yo enfermé y la operación cuesta y los otros no quieren gastar... ¡Quieren mandarla al manicomio! ¡Les molesta!...

Don Camilo intervino:

—Cálmese que yo estoy aquí.

—... Usted la hará operar —dijo el viejo—. Mueva la cama... Allí, en la pared... ¡En el fondo! Saque ese ladrillo rayado...

Don Camilo sacó el ladrillo y encontró una bolsita que pesaba como plomo.

—¡Oro! —jadeó el viejo—. Objetos de oro... monedas de oro... ¡Todo mío!... ¡Todo para ella!... Hácala operar, colóquela en una casa de personas honradas que la instruyan... ¡Ya verán si estamos locos o no! ¿Es cierto, Rosa?

La chica afirmó con la cabeza.

Ya amanecía cuando don Camilo se puso en pie: el viejo Maroli había muerto como cristiano y la chica permanecía mirando con ojos desmesuradamente abiertos al abuelo inmóvil.

—Ahora te vienes conmigo —dijo don Camilo con dulzura—. Y nadie hará enojar a tu abuelo. Ni tampoco te harán enojar a ti.

La chica lo siguió.

Cen aguardaba ladrando en la casa, sobre el alféizar de la ventana del primer piso: el bucentauro atracó y don Camilo hizo subir a la chica.

—Échate en la primera cama que encuentres y duerme tranquila.

Después don Camilo navegó en el bucentauro hacia la iglesia y cuando estuvo delante del altar mayor, miró hacia arriba.

—Jesús —dijo—, ¿habéis oído? Ella lo ha dicho: no tenía miedo porque veía la luz de mi ventana y sentía la campana... No está loca: la verdad es que se cayó de pequeña. ¡Con la operación sanará!...

—También tú te caíste de pequeño, pobre don Camilo —contestó el Cristo sonriendo—. Pero tú no tienes cura... Y por eso escucharás siempre más tu corazón que tu cerebro... Que Dios te conserve intacto ese bendito corazón.

La campana tocó a muerto, pero nadie la oyó porque el tañido se desvaneció al instante en el viento.

EL PIEL ROJA



Ese año el Carnaval se presentó en forma inmejorable, pues como el tiempo era extraordinario, concurrió gente de todas partes. También fueron

muchísimos los carros y las comparsas llegadas de afuera, y nunca se había visto un espectáculo igual.

Como de costumbre, el largo cortejo de carros y máscaras en grupo o sueltas desfiló tres veces a través del pueblo. Pepón, que estaba en el palco de las autoridades, en la segunda vuelta notó entre las máscaras sueltas un piel roja en motocicleta. No bien hubo pasado, Pepón se preguntó cómo había notado esa máscara en vez de otra; pensándolo bien, el piel roja no tenía nada de extraordinario. Era un piel roja común, con una gran nariz de cartón y un gran casco de plumas de gallina en la cabeza. En cuanto al vestido, era vulgarísimo. Pepón llegó a la conclusión de que debía de haber notado al piel roja simplemente porque le recordaba a alguien o algo. En efecto: le recordaba un famoso letrero, *réclame* de las motocicletas «Indian».

A la tercera vuelta Pepón verificó si su aparición era exacta.

No había duda: el piel roja le recordaba la *réclame* de las motocicletas «Indian». Pero el piel roja no montaba una «Indian». La suya era una «BSA». Una vieja «BSA».

Pepón, en materia de motores de motocicletas era exactamente como esos entendidos en música que apenas oyen tres notas, en el acto os saben decir el nombre del compositor y el título de la obra. Pepón no podía equivocarse, pues aparte de lo restante, esa motocicleta la había tenido doscientas veces entre las manos. Era la vieja «BSA» de Darío Camoni...

E inmediatamente una pregunta asomó a la mente de Pepón: ¿quién se escondía bajo el disfraz del piel roja en el asiento de la vieja «BSA» de Darío Camoni?

Pepón dejó el palco y se abrió paso fatigosamente entre la multitud tratando de mantenerse siempre a la par del piel roja. Durante una brevísima parada del desfile, el piel roja volvió la cabeza hacia el lado de Pepón y sus ojos se encontraron.

Entonces Pepón no tuvo ninguna duda: sobre la vieja «BSA» de Darío Camoni estaba Darío Camoni. Aun ocultos detrás de una nariz fingida de cartón, dos ojos como los de Darío Camoni se reconocen siempre.

Pepón andaba paso a paso en el desfile, manteniendo clavados los ojos en el piel roja, y no había obstáculo que pudiera detener a Pepón cuando éste avanzaba al modo de un *Panzer*.

Dada la tercera vuelta y llegado al ancho descampado que hay entre el pueblo y el dique, el cortejo se disolvió, pero había tal batahola de gente, carros, birlochos, camiones, etc., que el piel roja motociclista no pudo siquiera pensar en escaparse. El único camino que le quedaba abierto

conducía de nuevo a la plaza: ya había notado que Pepón lo seguía, y no titubeó. Con riesgo de derribar a alguien, retrocedió. Pero, recorridos pocos metros encontró la calle bloqueada por un carro y tuvo que desviar hacia la derecha, con Pepón jadeando a sus espaldas.

En el atrio no había nadie: él se metió acelerando por la callejuela que rodeaba la iglesia. A los diez metros logró apenas clavar la máquina para no atropellar a don Camilo que estaba fumando su medio toscano sentado delante de la puerta de la casa parroquial.

Antaño, la callejuela, al llegar a la rectoral, doblaba a la derecha e iba a unirse con la calle que llevaba al dique. Pero desde hacía algunos años ese pasaje estaba cerrado.

Don Camilo, viendo delante de sí semejante figura, quedó como alelado. Después saltó con el firme propósito de atrapar por el estómago al piel roja y estrellarlo contra la pared. Pero no tuvo tiempo: habiendo visto la puerta abierta, el piel roja abandonó la motocicleta y se metió en la casa.

En ese justo momento llegó Pepón, y también él, sin preocuparse de don Camilo, se dirigió derecho hacia la puerta de la rectoral. Pero su ímpetu se quebró contra el tórax macizo de don Camilo.

—¿Qué ocurre? —gritó éste—. Primero un piel roja casi me salta encima con la moto, ahora me embiste un alcalde a pie. ¿Qué es esto? ¿Una comparsa alegórica?

—Reverendo —jadeó Pepón—, permítame entrar. ¡Debo ajustar una cuenta con Darío Camoni!

—¿Camoni? ¿Y qué tiene que ver en esto?

—¡El piel roja es él! —dijo Pepón haciendo rechinar los dientes.

Don Camilo lo rechazó de un empujón, entró y echó el pasador.

El piel roja esperaba sentado en el pequeño gabinete. Don Camilo se le acercó y le quitó la nariz de cartón.

—¡Sí, soy yo! —exclamó el piel roja levantándose—. Soy yo. ¿Y qué?

Don Camilo se sentó detrás de su escritorio y volvió a encender el medio toscano.

—Nada —dijo con calma después de haber echado dos o tres bocanadas de humo—. Sin embargo sería mejor que en lugar de ser Darío Camoni, fueras de veras un piel roja.

En 1922, Darío Camoni tenía diecisiete años y un programa preciso: saldar las cuentas con los rojos que a fines de 1919, cuando él tenía catorce años, habían apaleado a su padre en su presencia.

Darío Camoni era robusto, pero sobre todo era temerario. Cuando se ponía en directa, sus ojos, sin hablar, hacían discursos extraordinariamente convincentes.

Pepón era algunos años mayor que él y por lo menos un palmo más alto, pero cuando se veía encima esos malditos ojos, viraba de largo.

Una tarde Pepón estaba charlando con su novia sobre el puentecito de la casa de ella, cuando llegó en bicicleta Darío Camoni.

—Lamento molestar —había dicho Darío bajando de la bicicleta y acercándose—. Pero he recibido un encargo.

Después había sacado del bolsillo una copa grande y un frasquito, y puesta la copa sobre el espaldar del puente, la había llenado con el contenido del frasco.

—El doctor me ha encargado decirte que necesitas una purga porque estás empachado —había explicado Darío Camoni dando un paso atrás y metiendo la mano en el bolsillo derecho de la chaqueta.

Una copa tan grande de aceite de ricino era algo espantoso y Darío Camoni había explicado:

—Bébela, porque llevando el frasco en el bolsillo se me ha untado el cañón de la pistola y no quisiera que se me resbalara algún tiro. Si para ti la dosis es demasiado fuerte, no importa: lo que no bebas quiere decir que lo beberá tu amor. Cuento hasta tres. Uno... dos...

Pepón había tragado el aceite hasta la última gota.

—Bien —había concluido Darío volviendo a montar en bicicleta—. Trata de no pisar más los callos a la gente, porque la próxima vez puede ir peor.

Pepón consiguió tragar el aceite de ricino, pero la villanía no consiguió nunca digerirla. Pues había sido una villanía espantosa haberle hecho beber el aceite delante de la joven. Más adelante Pepón se había casado con ella, pero eso había empeorado las cosas antes de mejorarlas. Pues cada vez que Pepón subía la voz con su mujer, ésta le decía:

—Es seguro que si estuviera aquí el tipo que te purgó esa noche, no te harías tanto el malo.

Pepón no había nunca digerido esa villanía. Ni tampoco la había digerido don Camilo.

Porque en ese lejano 1922, don Camilo, que era un curita recién salido del horno, pero al que no se le trababa de ningún modo la lengua, lanzó una valiente filípica contra los violentos en general y en particular contra los guapos que andan de un lado a otro haciendo beber porquerías a la gente.

Ocurrió así que una noche alguien lo hizo bajar porque un pobrecito estaba enfermo y necesitaba los santos óleos.

Cuando llegó abajo, don Camilo encontró a Darío Camoni que con un máuser en la derecha y una copa grande de aceite de ricino en la izquierda, le explicó:

—El pobrecito que necesita el aceite es usted, reverendo. Tráguelo aunque no sea santo. Como hay que tener consideraciones especiales con el clero, en vez de contar hasta tres, contaré hasta cuatro.

Don Camilo tragó su correspondiente aceite de ricino.

—Usted verá, reverendo, cómo le aclara las ideas. Si el aceite de ricino no le sirviera y usted quisiera de veras el óleo santo, le bastará seguir entremetiéndose en nuestros asuntos.

Don Camilo, lo mismo que Pepón, había tragado el aceite, pero la acción no había logrado digerirla.

—Jesús —había dicho muchas veces al Cristo—, si me hubiese dado una paliza, vaya y pase. También si me hubiese roto la cabeza. ¡Pero no el aceite de ricino! ¡A un sacerdote pueden matarlo, pero no purgarlo!

Pasó el tiempo: Darío Camoni siguió militando hasta cuando fue cuestión de cascar: después se había retirado, desentendiéndose de la política.

Pero había golpeado y purgado a demasiada gente, así que a más de veinte años de distancia, cuando en 1945 se produjo el vuelco, Darío Camoni había tenido que huir y abandonar su pueblo.

Y Pepón había mandado a decirle que si se dejaba ver en el pueblo alguna vez le habría costado la vida.

A Darío Camoni no se le vio más en el pueblo, y habían corrido varios años; pero helo vuelto ahora, disfrazado de piel roja.

—Me gustaría saber cómo te ha pasado por la cabeza una ocurrencia semejante —dijo don Camilo.

—Hace casi seis años que estoy ausente del pueblo —barbotó el piel roja—. Tuve deseos de volver a verlo. Disfrazándome era el único modo de ir de un lado a otro sin llamar la atención. No me parece que fuera mala idea.

Don Camilo suspiró:

—¡Triste situación la de un piel roja en motocicleta que para defenderse de un alcalde a pie, va a esconderse en casa de un cura! De todos modos, tranquilízate: aquí estás casi seguro. Claro que si entre tú y yo no hubiera esa copa de aceite de ricino, estarías mucho más seguro.

El piel roja dijo resoplando:

—¿Todavía guarda en la memoria esa tontería? Cosas de casi treinta años atrás. ¡Muchachadas!

Don Camilo tenía la intención de hacerle al piel roja un largo discurso, pero en ese momento se abrió violentamente la puerta y entró Pepón.

—Disculpe, reverendo, si me he permitido entrar por la ventana del huerto —gruñó—. Pero no podía hacerlo de otra manera porque todas las ventanas están cerradas.

El piel roja había saltado en pie: Pepón tenía muy fea cara en ese momento. Además asía con la mano derecha una barra de hierro y parecía firmemente decidido a querer servirse de ella.

Don Camilo intervino.

—No vayamos a combinar una tragedia en pleno Carnaval —exclamó—. Tratemos de mantenernos serenos.

—¡Yo estoy serenísimo! —dijo Pepón riendo burlescamente—. Y no he venido a combinar ninguna tragedia. Tengo un encargo.

Sacó del bolsillo dos copas grandes y las puso sobre la mesa. Después, sin perder de vista un segundo al piel roja, sacó de otro bolsillo un frasco y llenó las dos copas con el contenido del mismo.

—Bueno —dijo retrocediendo hasta la puerta—. El doctor me ha encargado que te haga tomar este aceite de ricino. Estás empachado y te hará bien. Date prisa porque esta barra de hierro se me ha untado y tengo miedo de que te resbale sobre la cabeza. Bebe las dos copas: una a mi salud y otra a la salud del reverendo. Es un homenaje que yo le hago.

El piel roja había palidecido y apoyándose en la pared.

Pepón avanzó hacia él y verdaderamente daba miedo en ese momento.

—¡Bebe! —gritó levantando amenazador la barra de hierro.

—No —contestó el piel roja.

Pepón se lanzó contra él y lo aferró por el cuello.

—Vas a beber a la fuerza —gritó.

Pero el piel roja tenía la cara y el cuello untados de cosmético y logró soltarse. Saltó al otro lado de la mesa y Pepón y don Camilo acudieron demasiado tarde: el piel roja había aferrado la escopeta colgada de la pared y la apuntaba contra el pecho de Pepón.

—¡No seas loco! —gritó don Camilo, haciéndose a un lado—. ¡Está cargada!

El piel roja avanzó hacia Pepón.

—¡Suelta la barra! —dijo con voz dura.

Los ojos del piel roja se habían vuelto los de Darío Camoni de treinta años antes. Lo notaron los dos, Pepón y don Camilo, porque los recordaban muy bien. Comprendieron que Darío Camoni habría tirado.

Pepón dejó caer la barra.

—¡Y ahora bebe! —dijo el piel roja a Pepón haciendo crujir los dientes—. Contaré hasta tres: uno... dos...

Era la misma voz de antaño, eran los mismos ojos locos de antaño. Pepón aferró una de las dos copas llenas de aceite y bebió.

—¡Y ahora vete por donde viniste! —ordenó el piel roja.

Pepón salió y el piel roja cerró con el pestillo la puerta del gabinete.

—Que vengan —dijo—. Yo dejaré aquí el pellejo, pero no iré solo al infierno.

Don Camilo encendió su medio toscano.

—Basta ya de payasadas —dijo—. Deja la escopeta y quítate de en medio.

—Váyase usted, más bien —contestó con voz dura el piel roja—. Yo los espero aquí.

—No te conviene, piel roja. Aparte de que las caras pálidas no vendrán, ¿cómo podrás defenderte con una escopeta descargada?

—¡Vieja historia! —dijo en tono burlón el piel roja—. ¿Me ha tomado por un niño?

Don Camilo fue a sentarse en el ángulo opuesto.

—Yo me siento aquí —dijo—. Mira.

El piel roja abrió un instante los cañones y palideció. La escopeta estaba vacía.

—Deja la escopeta en su lugar —dijo tranquilamente don Camilo—. Quítate el disfraz, sal del lado del huerto y vete a través de los campos. Si alargas el paso llegarás a tiempo para tomar el ómnibus a Fontanile. La moto la guardaré yo. Me dirás después dónde debo mandártela, o bien manda tú a buscarla.

El piel roja dejó la escopeta sobre la mesa.

—Es inútil que andes buscando la cartuchera —explicó con calma don Camilo, que con los anteojos puestos había empezado a leer el diario—. La cartuchera está guardada en el armario y la llave de éste la tengo en el bolsillo. Te advierto que si no te apresuras me harás volver a la memoria el aperitivo que me ofreciste aquella vez de que estábamos hablando.

El piel roja se arrancó de encima los trapos del disfraz y con ellos se limpió los afeites del rostro. En el bolsillo tenía una gorra y se la encajó en la

cabeza.

Mientras tanto había descendido una niebla finísima que parecía hecha a propósito para proteger la fuga.

Darío Carmoni se encaminó a la puerta: llegado a ésta se volvió, se detuvo un instante y luego retrocedió resuelto.

—Paguemos las deudas —dijo.

Y, aferrada la copa que había quedado llena de aceite hasta el borde, la bebió de un solo sorbo.

—¿Estamos en paz?

—Estamos —contestó don Camilo sin alzar la cabeza.

El hombre desapareció.

Al atardecer llegó palidísimo Pepón.

—¡Espero que usted no será tan infame como para ir a contar lo que me ha sucedido! —dijo sombrío.

—Me cuidaré mucho —respondió con un suspiro don Camilo señalándole la mesa—. Una la bebiste tú, pero la otra me la hizo beber a mí ese condenado.

Pepón se sentó.

—¿Se fue? —preguntó.

—Desapareció.

Pepón se quedó contemplando un rato el suelo en silencio.

—Qué quiere que le diga —murmuró al fin—. En el fondo ha sido un poco como rejuvenecer, como volver treinta años atrás...

—Es cierto —suspiró don Camilo—. Ese piel roja nos ha traído un soplo de juventud...

Pepón tuvo un arrebato de protesta.

—Tranquilo, Pepón —le aconsejó don Camilo—. Puedes comprometer tu dignidad de alcalde.

Pepón se marchó con paso cauteloso y don Camilo fue a hacerle su relación al Cristo crucificado.

—Jesús —explicó don Camilo—, ¿podía obrar de otra manera? Si hubiera dicho que la escopeta estaba descargada, Pepón habría matado a ese desgraciado piel roja sin conseguir que bebiera el aceite, porque los Camoni tienen la cabeza de hierro. Así, sin ninguna violencia, el piel roja ha bebido su aceite cumpliendo también un acto que vos tendréis sin duda en merecida consideración. Y sacrificando mi orgullo personal he evitado humillar a Pepón.

—Don Camilo —replicó el Cristo—, cuando el piel roja intimó a Pepón que bebiera el aceite, tú, sabiendo que el fusil estaba descargado, debiste intervenir.

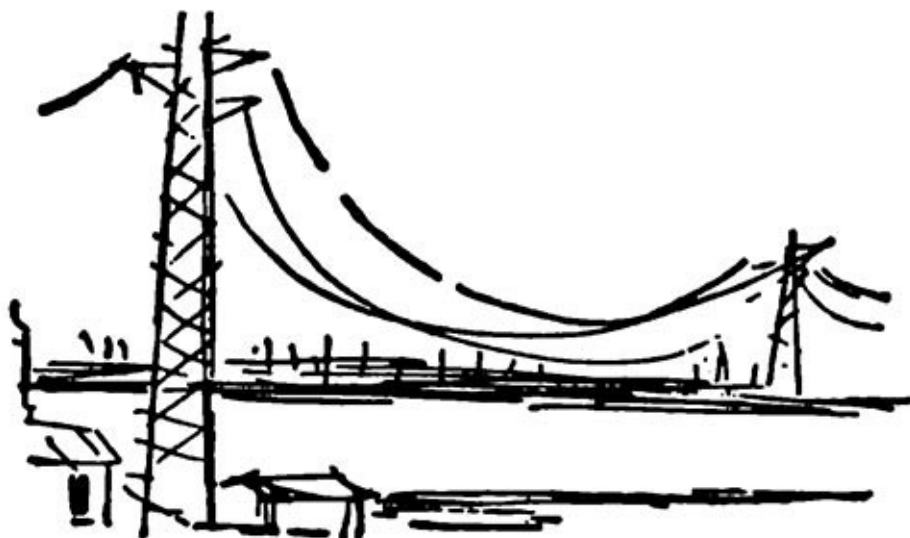
—Jesús —suspiró don Camilo abriendo los brazos—. ¿Y si Pepón notaba que la escopeta estaba descargada y no tomaba el aceite?

—Don Camilo —respondió severamente el Cristo—, tú también merecerías que te hicieran tomar una buena copa de aceite de ricino.

Parece que don Camilo, mientras salía, rezongó que ésos eran razonamientos de escuadrista^[12]. Pero el hecho no es seguro.

Con todo, don Camilo colgó como trofeo en su gabinete, cerca de la escopeta, el casco de plumas del piel roja y cada vez que lo miraba pensaba que puede lograrse una óptima caza también con una escopeta descargada.

LA TORRE



Mozo tímido como era, el nuevo maestro perdió el color cuando el segundo grado A fue invadido improvisamente por Pepón y la banda de los

concejales.

—Continúe su lección —le dijo Pepón—. Tenemos curiosidad de ver qué diferencia hay entre la enseñanza de ahora y la de nuestros tiempos.

El maestrillo siguió balbuciendo la lección interrumpida; pero como se trataba de los primeros elementos de geografía, Pepón encontró que, en el fondo, era una cosa igual a la de sus tiempos y se sintió satisfecho.

—Muy bien —exclamó al fin—. Ahora, con el permiso del señor maestro, quisiera ver qué saben estos niños.

Los veinticinco pequeños escolares, con las manos puestas atrás, permanecían inmóviles y respiraban despacito, todos ellos con los ojos clavados en Pepón.

Pepón, con aire bastante torvo, miró de hito en hito a la cuadrilla; luego, su mirada se detuvo en el tercer banco de la fila de en medio.

—Escuchemos a ése —dijo apuntando con el índice al niño de la izquierda.

—¿Cuánto hace tres por seis?

El niño bajó la cabeza y empezó a mover los hombros, pero el maestro intervino:

—Vamos, levántate y contesta al señor alcalde cuánto hace tres veces seis...

El niño se puso en pie y, siempre con la cabeza baja, contestó:

—Dieciocho.

—¡Muy bien! —tronó Pepón—. Y seis por siete, ¿cuánto hace?

—Treinta y dos —contestó el niño.

Pepón abrió los brazos.

—¡Linda figura hago aquí! —exclamó—. ¡El hijo del alcalde no sabe cuánto hace seis por siete! ¡Apuesto que tu compañero de banco, en cambio, lo sabe muy bien! Dime: ¿cuánto hace seis por siete?

El niño que se sentaba al lado del hijo de Pepón se levantó y quedó impávido, con los ojos bajos y la boca cerrada.

—¡Pronto, contesta! —intervino el maestro—. ¡Seis veces siete!

El niño negó con la cabeza.

—¿No lo sabes? —preguntó irritado el maestro.

—Lo sé —murmuró el niño.

—Y si lo sabes, ¿por qué no contestas al señor alcalde?

—Porque él pegó a mi papá —afirmó el chico mirando siempre fijamente el piso.

Pepón creyó no haber entendido.

—¿Qué es lo que dices? —balbució.

El niño bajó los ojos, después miró a la cara a Pepón.

—Sí —afirmó—, tú pegaste a mi papá. Le hiciste sangrar la boca. Yo lo he visto. Yo estaba con él en el carro.

De nuevo el niño bajó la mirada, después miró una vez más en los ojos a Pepón y dijo con voz dura:

—¡Cuando sea grande te parto la cabeza!

Pepón, el maestro y los concejales, como heridos por un rayo miraban aturridos al niño: sólo tenían ojos y pensamientos para él, como si no estuviera más que él en los bancos.

Pero en ese momento el hijo de Pepón, que había quedado en pie también él, se volvió hacia el compañero y le dijo:

—¡Estúpido!

El otro, que tenía la cabeza baja, le contestó empujándolo con el hombro. El hijo de Pepón se tambaleó y apenas tuvo tiempo para asirse del banco.

Entonces intervino el maestro.

—¡Scartini! —gritó—. ¡Fuera del aula!

Siempre con la cabeza gacha, el niño salió del banco, pero antes de irse refunfuñó dirigiéndose al hijo de Pepón:

—Nos veremos afuera después.

Y Pepón y los otros lo oyeron.

El joven maestro estaba más confundido que nunca.

—Yo no alcanzo a comprender... —balbució—. Es la primera vez que sucede una cosa como ésta...

Scartini: Pepón pensaba en que el compañero de banco de su hijo era el hijo de Scartini.

«Cuando sea grande te partiré la cabeza», había dicho a Pepón el hijo de Scartini. Y el hijo de Pepón se había puesto rojo y le había contestado: «¡Estúpido!». Después, el empujón. Después, «nos veremos afuera».

Mientras tanto el maestrito se afanaba por disculparse y repetía: «Los separaré... Los separaré...».

Y Pepón oía dentro de sí una voz que le decía: «Es inútil; ya están separados».

El hijo de Pepón ese día volvió a casa más tarde que de costumbre y tenía el pelo revuelto y la cara encendida.

—¿Qué has hecho? —preguntó Pepón.

—Nada. Hemos jugado un poco.

—¡Debes estudiar mejor la tabla de Pitágoras! —sostuvo Pepón severamente—. Vagabundeas demasiado por ahí. ¡Y cuando sales de la escuela debes volver en seguida a casa!

—Sí, papá —contestó el niño.

Al día siguiente fue puntual y todo marchó bien durante dos semanas. Pero un sábado el niño demoró su regreso y Pepón entonces subió a la bicicleta para ir a buscarlo a la escuela.

La calle estaba desierta y tampoco se veía una alma en las inmediaciones de la escuela. Siguió hasta el río y cuando llegó al dique encontró a don Camilo que, habiendo dejado la bicicleta al borde del camino, se revolvía gritando. Para ser más precisos: don Camilo estaba reprendiendo a dos chicos, y como los había agarrado por el pescuezo, en los puntos salientes del sermón les sacudía las cabezas una contra otra.

Cuando Pepón llegó, don Camilo le entregó uno de los chicos.

—Aquí tienes a este buen pillete: procura enseñarle a vivir como persona educada. Estaban revolcándose en medio de la calle y si yo no llego se habrían matado. Mira cómo se han puesto.

Los dos chicos tenían la cara surcada de arañazos y los vestidos embarrados y hechos guiñapos. Los cuadernos y los libros estaban desparramados en el suelo.

Pepón no tuvo tiempo de decir nada porque en ese momento llegó por el camino del dique otro hombrachón en bicicleta: era Scartini.

Don Camilo le entregó al chico que le había quedado entre las manos, explicándole el escándalo que había sucedido y aconsejándole educara mejor a sus hijos.

Pepón, que ya había sentado al suyo en la bicicleta, lo bajó y le dijo en voz dura:

—Vete a casa inmediatamente. ¡Rápido!

También Scartini despidió a su hijo ordenándole correr a casa. Quedaron, pues, el uno frente al otro los dos padres mirándose hoscamente. Don Camilo, en medio de ambos, parecía un árbitro pronto a dar la señal para la iniciación de la pelea.

Habló primeramente Pepón.

—Scartini —dijo—, las cuentas pendientes entre tú y yo deben quedar entre los dos. La mayor bellaquería que has hecho ha sido la de calentar la cabeza a tu hijo. Si el mío y el tuyo se golpean, es por tu culpa. ¡Mira que si las cosas no vuelven a su quicio, yo te mato!

Scartini apretó los puños.

—Pepón, las cuentas quedan entre tú y yo, y un día el que deba pagar, pagará —contestó entre dientes—. Si entre mi hijo y tu hijo sucede lo que está sucediendo, la culpa solamente es tuya. Yo no he hablado nunca ni con él ni con nadie de lo que sucedió: pero el muchacho estaba presente y vio cuando tú, en la Ruta Cuarta, me bajaste del carro y me rompiste la cara. Era chico, pero ciertas cosas se comprenden aun de chico y quedan clavadas en la memoria toda la vida. La tuya fue la bellaquería más grande que puede cometer un hombre.

Pepón dejó caer la bicicleta y avanzó amenazador contra Scartini. También Scartini dejó caer la bicicleta y movió contra Pepón; pero don Camilo dio un paso adelante y quedó en medio de los dos.

—¡Quietos, desgraciados! —dijo en voz baja—. Vuélvanse y miren.

Sobre el camino del dique, cincuenta pasos detrás de Pepón, estaba inmóvil su hijo, mientras el de Scartini estaba inmóvil en medio del camino, al lado contrario, detrás de su padre.

Pepón, de su parte, y Scartini de la suya les pegaron un grito a sus hijos. Éstos se alejaron corriendo, pero dos minutos después habían vuelto al sitio de antes y aguardaban inmóviles.

Era mejor simular que no los veían. Pepón y Scartini levantaron sus bicicletas y volvieron a hablar.

—Yo nunca hago bellaquerías —dijo Pepón—. Yo, cuando te bajé del carro, te devolví simplemente los puñetazos que me diste cuando mandabais.

—La bellaquería la hiciste golpeándome en presencia de mi hijo —contestó Scartini—. Yo no podía defenderme porque entonces tenías la sartén por el mango...

—¡Lo mismo que cuando tú me aporreaste! —lo interrumpió Pepón—. Yo ni pensé en tu hijo. No recuerdo siquiera haberlo visto. Pensaba solamente en ajustar cuentas.

Don Camilo intervino:

—¿Y ahora? Ustedes, uno y otro, se han golpeado y han envenenado la sangre de dos inocentes.

Pasó algún tiempo y todo parecía tranquilo, pero cierto día el hijo de Pepón regresó a su casa con un enorme chichón en la cabeza.

—Los de la otra parte —explicó el niño mientras Pepón lo curaba— nos han atacado por sorpresa. Todos tenían una piedra en el bolsillo y nos han golpeado con ella... Pero ahora también nosotros tenemos...

Pepón dejó todos sus quehaceres: corrió afuera, saltó sobre la bicicleta y apretó los pedales como un condenado.

«Esta vez, pensó, liquidamos el asunto para siempre. ¡Agarro por el pescuezo a Scartini y lo mato a puñetazos!».

No llegó siquiera hasta el dique, pues de pronto volvió a oír las palabras de su hijo. Palabras que había oído, pero a las que no había dado ninguna importancia, porque en ese momento lo importante era que el hijo de Scartini había golpeado con una piedra la cabeza de su hijo. «Los de la otra parte... Ahora también nosotros tenemos...».

No dos niños, sino dos facciones. El odio se había multiplicado, pues. Pepón regresó a su casa y pasando delante de la rectoral le volvió a la memoria la escena del dique: frente a frente, él y Scartini; detrás los dos niños y entre ambas partes don Camilo.

Entró en la rectoral.

—Parece que ahora las cosas se complican —explicó Pepón—. Ahora existen dos escuadras...

—Dos partidos —precisó don Camilo—. Uno, mandado por el Pepón número dos, y el otro por el anti pepón número dos. Lo sé; pero yo no entiendo de partidos. Más bien tú, Pepón, que eres el jefe de un partido, por lo menos en este pueblo, ¿cómo te las arreglas para mantener tranquilos a tres hombres e impedirles cometer violencias, vejaciones y demás locuras?

Pepón enrojeció tanto que parecía a punto de reventar.

—No te agites, Pepón —le aconsejó don Camilo—. La realidad es la que es. ¿Cómo podéis pretender vosotros, que enseñáis a los hombres a odiar, que los hijos queden inmunes de la peste infernal que difundís? El odio es una semilla arrojada en tierra fértil. De la semilla nace una espiga, cada uno de cuyos granos es una semilla que, cayendo en la tierra, producirá otra espiga. Sí, Pepón; yo he hablado, yo hablaré a estos chicos; pero las mías son pobres palabras que se desvanecen en el aire, mientras los hechos perduran. Y los niños creen más en los actos de violencia que en mis palabras de bondad.

Pepón se encaminó a la puerta.

—Pepón —dijo todavía don Camilo—, tu vecino echa la cizaña en tu campo y tú la echas en el campo de tu vecino. Al fin, tu grano y el de tu vecino mueren, porque en vez de extirpar la mala hierba, una sola preocupación pesa sobre ti y tu vecino: la de echar nueva cizaña cada uno en el campo del otro, como si el daño ajeno fuera el bien propio. Y en cambio, es daño para todos.

La pequeña guerra siguió trasladándose de uno a otro dique, de un matorral a un cañaveral, y escapaba a toda intervención, de modo que parecía no haberla. Pero cierto día resonó un grito de terror en el pueblo.

Una turba de chiquillos enloquecidos brotó de improviso como de la tierra y atravesó voceando las calles y la plaza, desapareciendo luego en las callejuelas y detrás de las puertas. Y una sola palabra quedó como suspendida en el aire quieto de esa tarde de otoño: ¡el Guijarral!

El Guijarral era una especie de cantera, distante medio kilómetro del pueblo. Un gran hoyo pedregoso rodeado de un anillo espeso de aromos. La gente oyó esa palabra, sintió el terror que había en ese grito y corrió hacia el Guijarral.

Cuando llegó Pepón, los que se le habían adelantado le abrieron paso y Pepón se encontró ante su hijo abandonado en el pedregal, como muerto, con el rostro totalmente ensangrentado.

Lo llevó a casa en brazos, seguido por toda la gente, y cuando el doctor dijo que un grueso guijarro había roto la cabeza al chico y que la cosa era grave, muy grave, Pepón salió de la casa pálido como quien va a perecer.

Los chicos se habían arracimado en torno. De ellos supo lo que ya había oído: había sido el hijo de Scartini.

Esta vez Pepón no se habría detenido llegando al dique; habría seguido adelante. Nadie habría podido detenerlo. Tomó a través de los campos, sin importarle la mala hierba de don Camilo: Scartini habría pagado por su hijo. Él había empezado, él había arrojado la semilla que se había multiplicado.

Pepón siguió caminando y su paso era inexorable: cuando vio el pilar, no experimentó ninguna turbación. Como quien multiplicando tres por tres obtiene nueve.

La casa de Scartini estaba al pie de la breve subida que llevaba al dique. Más allá del terraplén estaba plantada la altísima torre de estructura metálica que hacía juego con una segunda torre del otro lado del río, el cual en esa parte se extendía en su mayor amplitud. Las dos torres servían para sostener la línea de alta tensión que pasaba por encima de aquel inmenso cauce.

No había modo de equivocarse: para llegar a la casa de Scartini se debía marchar directamente hacia la torre.

La amarilla casa de Scartini se le apareció de pronto a veinte metros de distancia; pero también en ese momento Pepón se mantuvo impasible.

Atravesó el puentecito y entró en la era, pero Scartini no estaba. La era se veía desierta: oyó voces del otro lado del dique y trepó al terraplén. Traspuesto éste vio un grupo de personas y entre ellas Pepón buscó a Scartini.

Una vieja se le acercó.

—Dios mío, Dios mío —gimió—. Nunca creí que pasaría un susto así.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Pepón, ausente, siempre buscando la cara de Scartini.

—El hijo de Scartini, un chico de ocho años, ha dado una pedrada en la cabeza a otro chico y parece que lo ha matado. Entonces el miedo le ha hecho perder la cabeza y ahí lo tiene ahora... ¡Virgen Santa!

Pepón levantó los ojos: en alto, agarrado a un barrote de la torre, estaba el chico, que había subido ya más arriba de la mitad. Y miraba hacia abajo, y su terror era tal, que se comprendía aun cuando no pudiera vérselo los ojos.

La gente se había agrupado al pie del dique; junto a la base de la torre estaba solamente Scartini, quien miraba hacia arriba y gritaba:

—Mario, baja; nadie te hará daño... Mario, no tengas miedo; nadie quiere hacerte daño... Si no sabes bajar, quédate, que yo subo a buscarte...

Pero apenas el padre adelantaba un paso, el niño seguía subiendo. Entonces el padre retrocedía y le decía:

—Mario, quédate donde te encuentras... No subas más... Ahora los echamos a todos. Quedamos solos los dos...

El niño no contestaba y seguía mirando alrededor con los ojos desmesuradamente abiertos, como si temiera la llegada de algo terrible. Y no se lograba comprender qué esperaba.

Pepón miró allá en lo alto a aquel pajarito asustado, agarrado de los barrotes, y sintió una pena inmensa, aún mayor que si hubiera sido su hijo.

Mientras tanto el niño seguía espionando alrededor, y de repente se comprendió qué era lo que temía tanto ver llegar.

Porque se oyó arriba un grito pequeño, agudo, angustioso, y el niño volvió a trepar desesperadamente: sobre el dique habían aparecido cuatro carabineros con el jefe.

Pepón se lanzó hacia ellos para gritarles que se fueran, pero era demasiado tarde: el chico los había visto y el miedo lo había enloquecido. Sus manos ya no tenían fuerza.

Un grito de angustia infinita cruzó el aire. Y el agua del río plácido tembló.

Don Camilo ese atardecer caminó sobre el dique, luego descendió hacia el río y se detuvo a orillas del agua. ¿Cuántos días habían pasado? Muchos quizá, pero ¿qué cuenta el tiempo?

El hijo de Pepón había sanado y olvidado la pedrada, pero Scartini no había olvidado a su hijo, acabado de ese modo ante sus ojos.

Don Camilo miraba el agua del gran río.

«Oh tú que recoges las voces del monte y del llano —susurró don Camilo—, tú que has visto las angustias de los milenios pasados y ves las de nuestros días, cuenta a los hombres también esta historia. Di a los hombres: Vosotros fecundáis en vuestro corazón el germen del odio y soltáis una fiera que después se os escapa y hace estragos en las tiernas carnes de los cuerpos. Una fiera que de noche corre a través de los campos dormidos, entra en las casas, y después, al alba, se junta con la manada que recorre todas las regiones del mundo. Di a los hombres: Tened piedad de vuestros hijos. Dios tendrá piedad de vosotros».

El río seguía llevando agua al mar. Siempre la misma agua de cien mil millones de años atrás. Descienden al mar historias y del mar retornan historias al monte y al llano. Y siempre son las mismas, y los hombres las escuchan, pero no entienden la cordura. Porque la cordura es aburrida como los ciento y mil y cien mil don Camilos que, perdida la fe en los hombres, les hablan al agua de los ríos.

COMERCIO



El Negro estaba martillando desde hacía tres horas, pero no había conseguido todavía nada, porque aquel condenado muro parecía un solo bloque de piedra y era preciso sacar los ladrillos a pedacitos.

El Negro interrumpió su trabajo para secarse el sudor de la frente y, mirando la pequeña abertura que había logrado excavar después de tanto esfuerzo, lanzó una imprecación.

—Hay que tener paciencia —dijo una voz. Era el dueño de la casa, el viejo Molotti, que había entrado hacía unos minutos y se había detenido junto a la puerta a observar al albañil.

—¡No basta la paciencia! —exclamó malhumorado el Negro—. Ésta no es una pared, es un bloque de hierro. ¡Como si con la sola paciencia se pudiera abrir una puerta en un demonio semejante!

El Negro volvió a martillar rabiosamente, pero poco después dejaba caer el martillo y el formón junto con una blasfemia.

El golpe había sido fuerte y el índice de la mano izquierda le sangraba.

—¡Te había dicho que tuvieras paciencia! —exclamó el viejo Molotti—. Cuando uno tiene paciencia no pierde la calma y no se da martillazos en las manos.

El Negro echó otro juramento, y entonces el viejo Molotti meneó la cabeza.

—El Padre Eterno no tiene la culpa de que te hayas machacado un dedo —exclamó—. Tómala, no con él, sino con el que te ha dado el martillazo. Y recuerda que para ganar el Paraíso es preciso sufrir.

El Negro se rió burlonamente.

—¡Es preciso sufrir para ganarse un pedazo de pan! —dijo—. ¡Sí, el Paraíso! ¡Lo que me importa el Paraíso de ustedes!

El Negro era rojo como el fuego y uno de los más exaltados de la banda de Pepón, pero el viejo Molotti, si bien había pasado ya los noventa años, no era un tipo fácil de impresionar.

—Claro —dijo—, no te importa nuestro Paraíso. ¡Olvidaba que eres uno de los que prometen el Paraíso en la tierra!

El Negro se volvió hacia él.

—Mucho más honrados que los que prometen el Paraíso en el cielo. Porque, mientras nosotros prometemos cosas que pueden verse y verificarse, ustedes prometen cosas que nadie puede ver ni verificar.

—No temas —replicó el viejo Molotti levantando el dedo monitorio—. Te llegará el turno y entonces verás y verificarás.

El Negro rió con ganas.

—Muerto yo, muerto el mundo. Cuando uno revienta, se acabó todo. Al otro lado hay solamente la charla de los curas.

El viejo Molotti suspiró:

—¡Dios salve tu alma!

El Negro comenzó de nuevo a martillar.

—¡Cosas de locos! —farfulló—. ¡Que todavía uno oiga hablar de tales pavadas! ¡El alma! ¡El alma que vuela al cielo con las alas y va a recibir el premio! ¡Nos toman verdaderamente por cretinos!

El viejo Molotti se le arrimó.

—Si yo no estuviera seguro de que hablas así para hacerte el guapo y que dentro de ti piensas de un modo completamente diverso, te contestaría que eres un pobre loco.

—¡Locos son ustedes, los de la burguesía y del clero, que todavía creen que pueden hacérsela tragar! —gritó el Negro—. Yo estoy bien seguro de lo que digo y hablo como pienso.

El viejo Molotti meneó la cabeza.

—¿Entonces estás de veras seguro de que el alma muere junto con el cuerpo?

—Tan seguro como de que estoy vivo. ¡El alma no existe!

—Luego si el alma no existe, ¿adentro qué tienes?

—Pulmones, hígado, bazo, cerebro, corazón, estómago, intestinos. Somos máquinas de carne que funcionan mientras funcionan todos los órganos. Cuando un órgano se descompone, la máquina se para, y si el médico no consigue arreglar la descompostura, la máquina muere.

El viejo Molotti abrió los brazos indignado.

—¡Pero el alma —gritó— es el soplo de la vida!

—Cuentos —replicó el Negro—. Haga la prueba de sacarle los pulmones a un hombre y vea después qué pasa. ¡Si el alma fuera el soplo de la vida, etcétera, un cuerpo humano debería funcionar también sin algún órgano interno!

—¡Tú blasfemas!

—Yo razono. Yo veo que la vida del hombre está atada a sus órganos internos. Nunca he visto morir un hombre porque le hayan quitado el alma. Y luego, si como usted dice el alma es el soplo de la vida, como las gallinas vivas están vivas, también tienen alma las gallinas, y por lo tanto habrá Infierno, Purgatorio y Paraíso también para las gallinas.

El viejo Molotti comprendió que era inútil continuar la discusión, y se alejó. Pero no renunció a la lucha y cuando a mediodía el Negro dejó de

martillar y fue a sentarse bajo el porche para almorzar lo que se había traído de casa, el viejo se llegó a él nuevamente.

—Oiga, Molotti —le avisó el Negro apenas lo tuvo delante—. Si viene para empezar otra vez la música, pierde su tiempo.

—No tengo ningún deseo de discutir —explicó el viejo Molotti—. Vengo a proponerte un negocio. ¿Estás verdaderamente seguro de que no tienes alma?

El Negro se ensombreció, pero el viejo no le dio tiempo para hablar.

—Si estás verdaderamente seguro de no tener alma, ¿por qué no me la vendes? Te doy quinientas liras.

El Negro miró el billete que el viejo le alargaba y se echó a reír.

—¡Es gracioso! ¿Y cómo hago para venderle lo que no tengo?

El viejo Molotti no cedió:

—No te preocupes: tú me vendes tu alma. Lo cual quiere decir que si verdaderamente no la tienes, yo pierdo las quinientas liras. Si en cambio la tienes, el alma pasa a ser de mi propiedad.

El Negro estaba divirtiéndose como nunca se había divertido. Pensó que Molotti debía de estar chocheando por la edad.

—Quinientas liras son pocas —objetó alegremente el Negro—. Por lo menos debe darme un billete de mil.

—No —contestó el viejo Molotti—. Una alma como la tuya no vale más de quinientas liras.

—¡O mil, o nada! —sostuvo el Negro.

Molotti cedió:

—Está bien, mil liras. Antes de que te vayas, concluiremos el negocio.

El Negro martilló alegremente hasta el atardecer: a esa hora reapareció el viejo. Traía en la mano una hoja de papel sellado y una estilográfica.

—¿No has cambiado de parecer? —preguntó al Negro.

—Absolutamente.

—Bueno, siéntate ahí y escribe. Son pocas palabras.

El Negro se sentó ante la mesa y el viejo dictó: *Yo, el firmante, Francisco Golini, dicho «Negro», con el presente escrito privado, válido para todos los efectos legales, declaro vender mi alma al señor José Molotti por la suma de mil liras. El señor Molotti entra hoy mismo en posesión de mi alma antes mencionada, habiendo abonado en mis manos la suma estipulada de mil liras, y de dicha alma puede disponer como crea mejor. Leído y firmado...*

El viejo Molotti entregó las mil liras al Negro, quien puso al pie del contrato su más linda firma.

¡Perfectamente! —dijo satisfecho el viejo, guardando cuidadosamente el contrato en la cartera—. Negocio concluido, y no se hable más de ello.

El Negro se marchó riendo: evidentemente el viejo estaba chocho del todo. Lamentó no haber pedido más. Era, no obstante, un billetito de mil llovido del cielo.

Pero mientras apretaba los pedales de su arruinada bicicleta, el Negro siguió pensando en el extraño contrato: «Y si Molotti no está reblandecido, como parece, ¿por qué me ha regalado mil liras?».

Molotti era tan adinerado como tacaño y si había hecho eso con mente lúcida, algún objeto debía de tener.

De pronto una luz brilló en el cerebro del Negro, que lanzó una imprecación y volvió atrás, decidido a remediar la estupidez cometida. Encontró al viejo Molotti en la era y entró sin más en materia.

—Escuche —dijo con aire sombrío—, he sido un estúpido al no pensarlo antes. Con todo, mejor tarde que nunca. Conozco los puercos sistemas de propaganda de ustedes los reaccionarios. Usted con picardía me ha sacado esa declaración para publicarla, causar un escándalo y perjudicar a mi Partido: «Ya ven quiénes son los comunistas: gente que vende el alma por mil liras».

—Éste es un negocio entre tú y yo y sólo nosotros dos debemos conocerlo —contestó Molotti—. Sin embargo, estoy dispuesto a poner al pie del contrato una cláusula de garantía: «Juro por mi honor que no mostraré nunca a nadie el presente documento». ¿Te basta?

Molotti era un hombre de honor: cuando juraba se podía fiar en él. Entró en la casa, escribió al pie del contrato la cláusula de garantía y la firmó.

—Ahora puedes estar tranquilo —dijo—. Pero podías estar tranquilo también antes, porque tu alma yo la he comprado, no para negociarla con propósitos más o menos políticos, sino para guardármela.

—¡Eso siempre que usted la encuentre! —exclamó alegremente el Negro.

—Naturalmente —replicó con calma Molotti—. Como quiera que sea, para mí el negocio es óptimo, pues estoy seguro de que tú el alma la tienes. Sería la primera vez en mi vida que me falla un negocio.

El Negro regresó satisfecho a su casa. Ya no abrigaba ninguna duda: el viejo Molotti estaba completamente chocho.

Tenía unas ganas locas de contar la cosa por lo menos a los más íntimos de la banda; pero lo retuvo el temor de que la historia corriera por ahí y sirviera a los reaccionarios para hacer horrorizar a las viejas beatas.

Los trabajos en casa de Molotti duraron una semana y cada día el Negro tuvo ocasión de encontrarse con el viejo; pero éste no volvió nunca sobre el

argumento del contrato ni tampoco inició discusiones de asunto político. Verdaderamente parecía que no se acordaba más de nada. Después, cuando hubo dejado la casa de Molotti, también el Negro olvidó el famoso contrato y pasó un año antes de que el recuerdo le asomara de nuevo a la mente. Eso ocurrió una tarde en el taller de Pepón. Pepón debía hacer un trabajo urgente y necesitaba que alguien le diera una mano: había que juntar todas las piezas que ya había forjado, de una cancela de hierro batido.

—Es del viejo Molotti —explicó— y la quiere a toda costa para mañana. La pondrá en la tumba de la familia; dice que quiere verla antes de morir, pues los demás no entienden nada de esto.

—¿Está enfermo? —preguntó el Negro.

—Tiene noventa y tres años —contestó Pepón—. Se ha metido en cama hace una semana con algo en los pulmones, y ya se sabe que a esa edad también un resfriado puede mandar al otro mundo.

El Negro empezó a hacer girar la manija del fuelle.

—Un viejo puerco reaccionario menos —barbotó—. Una suerte para todos, también para él, porque desde hace tiempo se había vuelto completamente chocho.

Pepón meneó la cabeza:

—No me parece: hace un mes realizó el negocio de la finca de Trespiano, ganando no menos de quince millones.

—¡Un simple caso de suerte asquerosa! —replicó el Negro—. Te aseguro que desde hace tiempo se había vuelto completamente cretino. Jefe, voy a decirle algo que nunca dije a nadie.

El Negro, riendo, contó la historia del contrato del alma y Pepón lo escuchó atentamente.

—¿No es un cretino el hombre que compra una alma por mil liras? —concluyó el Negro.

—Ciertamente —observó Pepón—. Pero es más cretino el que vende el alma por mil liras.

El Negro se encogió de hombros:

—Lo sé, podía haberle sacado mucho más dinero —reconoció.

—No es cuestión de más o menos dinero —dijo Pepón—. El hecho en sí es cretino.

El Negro dejó de hacer girar la manija del fuelle.

—Jefe —exclamó—, ¿sabes que también tú me vas pareciendo una hija de María? ¿Qué historias son éstas? Dejemos a un lado la oportunidad política de no enfrentar la religión y la Iglesia; dejemos estar la posición oficial del

Partido; pero, dicho aquí entre nosotros, ¿no estás de acuerdo en que el alma, el Paraíso, el Infierno y demás historias son solamente invenciones de los curas?

Pepón continuó dando martillazos sobre el hierro candente.

—Negro —dijo después de un largo silencio—, todo esto no hace al caso. Yo digo que vender el alma por mil liras es contraproducente.

El Negro se serenó.

—Jefe, ahora entiendo. Pero no tienes razón: para evitar cualquier especulación política he hecho agregar al contrato la cláusula de que Molotti nunca hablará de ese contrato con nadie.

—Bueno, si existe esa cláusula, es otra cosa —afirmó Pepón—. Se vuelve un asunto tuyo personal que no tiene nada que ver con el Partido. Con el Partido estás en regla.

Y siguió hablando de otras cosas.

El Negro volvió a su casa hacia medianoche, contentísimo.

Lo importante es estar en regla con el Partido, dijo para sí antes de dormirse. Cuando uno está en regla con el Partido, lo está con todo lo demás.

Molotti fue empeorando de día en día; después de haber velado largas horas junto a la cabecera del viejo, un anochecer don Camilo, regresando a la rectoral, topó con el Negro.

—Buenas tardes —dijo el Negro. Y la cosa fue tan rara que don Camilo consideró necesario frenar la bicicleta, descender e ir a mirarle la cara al Negro de cerca.

—Es extraordinario —dijo al fin—. Efectivamente eres el Negro en carne y hueso y me has saludado. ¿Te has equivocado tal vez? ¿Me has tomado quizá por un guardia aduanero? ¿Notaste que yo soy el párroco?

El Negro se encogió de hombros:

—Con usted uno nunca sabe cómo conducirse. Si no lo saludamos, dice que nosotros los rojos somos gente sin Dios. Si lo saludamos, dice que somos locos.

Don Camilo abrió los brazos:

—En cierto sentido tienes razón. Pero en otro no la tienes. Sea como sea, te doy las buenas tardes.

El Negro quedó mirando algunos instantes al manillar de la bicicleta de don Camilo y después preguntó:

—¿Cómo está el viejo Molotti?

—Se apaga lentamente.

—¿Ha perdido el conocimiento?

—No: siempre fue lucidísimo y lo está ahora.

El Negro titubeó, después preguntó agresivo:

—¿No le ha dicho nada?

Don Camilo abrió los ojos asombrado.

—Negro, no comprendo —aseguró—. ¿Qué tenía que haberme dicho?

—¿No le ha hablado de mí? ¿De un contrato entre los dos?

—No —dijo con extrema seguridad don Camilo—. Hemos hablado de todo menos de ti. Por lo demás, yo no voy a la cabecera de los moribundos para hablar de negocios: yo no administro bienes terrenos, administro almas.

El Negro pegó un brinco y don Camilo meció sonriendo la cabeza:

—Negro, no tengo intención alguna de sermonearte. Lo que quería decirte ya te lo dije cuando todavía eras un niño y no escuchabas. Ahora me limito a contestar a tus preguntas: no he hablado de negocios con Molotti. No me he interesado por ningún contrato. Ni puedo interesarme. Si necesitas ayuda, dirígete a un abogado. Pero date prisa, porque Molotti está más del otro lado que de éste.

El Negro se encogió de hombros:

—Si lo paré a usted y no a un abogado, significa que el asunto importa a un cura y no a un abogado. Se trata de una tontería insignificante, de una broma: de todos modos, usted debiera dar a Molotti estas mil liras y decirle que me restituya ese papel sellado.

—¿Dinero? ¿Papel sellado? ¡Cosas de abogados, no de curas! —opuso don Camilo.

Ya habían llegado delante de la casa parroquial: don Camilo entró, y el Negro, echando una mirada en torno, lo siguió.

Don Camilo fue a sentarse en el gabinete detrás de la mesita y señalando una silla al Negro, le dijo:

—Si crees que puedo serte útil, habla.

El Negro dio vueltas un rato al sombrero entre las manos y después dijo:

—Reverendo, el hecho es éste: hace un año yo vendí a Molotti mi alma por mil liras.

Don Camilo dio un pequeño salto en la silla, después dijo, amenazador:

—Oye: si quieres divertirte, te equivocaste de puerta. —¡No bromeo! —exclamó el Negro—. Yo trabajaba en su casa y nos pusimos a discutir sobre el alma. Yo sostenía que el alma no existe; entonces él dijo: «Si para ti el alma no existe, ¿por qué no me la vendes? Te doy mil liras». Acepté el negocio y firmé el contrato.

—¿El contrato?

—Sí: escrito de mi puño en papel sellado.

El Negro repitió de memoria el texto del contrato: lo recordaba a la perfección. Y don Camilo se convenció de que el Negro decía la exacta verdad.

Entonces abrió los brazos.

—He comprendido perfectamente. Lo que no comprendo es para qué quieres esa carta. Si para ti el alma no existe, ¿qué te importa haberla vendido?

—No es por el alma —explicó el Negro—. No quisiera que los herederos encontraran esa carta e hicieran sobre ella una especulación política en perjuicio de mi Partido.

Don Camilo se puso en pie y se plantó frente al Negro con las manos en la cintura.

—Dime algo —mugió entre dientes—, ¿así que tú crees que yo debiera ayudarte para servir el interés de tu partido? ¡Eso significa que me juzgas el cura más cretino del universo! ¡Fuera de aquí en seguida!

El Negro se paró y se encaminó lentamente hacia la puerta. Pero, andados pocos pasos, volvió atrás.

—¡Del partido no me importa nada! —gritó—. ¡Yo quiero que me devuelva ese papel!

Don Camilo estaba todavía allí inmóvil, en jarras, apretando las mandíbulas.

—¡Quiero de nuevo ese papel! —gritó el Negro—. ¡Ya hace seis meses que no duermo!

Don Camilo miró aquel rostro alterado, aquellos ojos turbados, aquella frente bañada en sudor.

—¡El papel! —jadeó el Negro—. Si aun a la muerte ese puerco quiere ganar dinero, le daré más. Le daré lo que pida. Yo no puedo ir a verlo. No me dejarían entrar.

Y además no sabría cómo plantear el asunto.

Don Camilo intervino:

—Cálmate: si no es por una cuestión de partido, ¿qué te importa ese papel? De todos modos, el alma y el más allá son cuentos inventados por nosotros los curas.

—¡Éstos son asuntos que a usted no le interesan! —gritó el Negro—. Yo quiero de nuevo mi papel.

Don Camilo se encogió de hombros:

—Mañana intentaré.

—¡No! ¡Ahora mismo! —dijo el Negro—. Mañana puede haberse muerto. Inmediatamente, mientras está vivo. Tome las mil liras y vaya. Yo lo esperaré afuera... Vaya, reverendo. ¡Pronto!

Don Camilo había entendido; así y todo no conseguía tragar el tono perentorio de aquel condenado sin Dios.

Y por eso permanecía allí parado, contemplando el rostro alterado del Negro.

—¡Reverendo, haga su deber! —gritó éste exasperado.

Don Camilo sintió que lo poseía la misma exaltación: corrió a la calle sin ponerse siquiera el sombrero y, saltando sobre la bicicleta, desapareció en la oscuridad.

Regresó aproximadamente una hora después; entró en la rectoral y el Negro lo siguió.

—Aquí lo tienes —dijo al Negro, entregándole un sobre grande sellado.

Dentro del sobre había una hojita con pocas líneas escritas y otro sobre lacrado. La hojita decía: *Por la presente, el firmante José Molotti declara anulado el contrato estipulado con el señor Francisco Golini, dicho «Negro», y se lo devuelve. Da fe, José Molotti.* En el sobre menor estaba el contrato famoso en papel sellado.

Don Camilo dio al Negro algo más.

—Las mil liras no las ha querido —explicó—; dice que haga con ellas lo que te parezca. Buenas noches.

El Negro no dijo una sola palabra. Salió llevando en las manos toda su mercancía. Pensó que debía rasgar en seguida el contrato, pero luego reflexionó que más habría convenido quemarlo.

La pequeña puerta de la iglesia todavía estaba abierta y se veían brillar algunos cirios.

Entró y se detuvo ante el cirio que ardía inmediatamente detrás del balaustre del altar mayor.

Acercó la hoja de papel sellado a la llama y la miró arder. Después apretó entre los gruesos dedos la hoja retorcida y carbonizada y la redujo a ceniza. Abrió la mano y sopló la ceniza.

Se encaminó a la salida, pero se acordó de las mil liras que había puesto en el sobre junto con el papel de Molotti. Retiró el billete de mil y acercándose al cepillo de las limosnas lo pasó por la ranura.

Después sacó del bolsillo otro billete de mil y también lo metió en el cepo. «Por haber recibido una gracia», pensó.

Salió y volvió a su casa. Tenía los ojos llenos de sueño y sabía que esa noche dormiría.

Don Camilo, poco después, fue a cerrar la iglesia y a saludar al Cristo del altar mayor.

—Jesús —dijo—, ¿quién es capaz de comprender a esta gente?

—Yo —respondió sonriendo el Cristo crucificado.

LA CARTA



Barchini, el papelerero-tipógrafo, hacía tiempo que estaba enfermo, y don Camilo, para imprimir su boletín, se vio obligado a recurrir a una tipografía de la ciudad. Así fue como, cuando tuvo que volver para corregir las pruebas, se entretuvo curioseando entre las máquinas.

El demonio es tan bribón que no respeta nada y suele ponerse al acecho en todas partes para gastar a la gente sus bromas sucias: no sólo en los lugares de diversión, de ocio, de perdición y sigan contando, sino aun allí donde la gente trabaja.

Bien: el demonio acechaba cerca de una minerva en que el obrero estaba imprimiendo el membrete en un papel de cartas y fue ése el motivo por el cual el pobre don Camilo, cuando salió de la tipografía, se metió en un lío.

Considerando que la carne es débil y que también el más honrado de los párrocos de campaña es de carne, ¿qué puede hacer un pobre cura campesino como don Camilo cuando, vuelto a su pueblo, se encuentra en la cartera, sin saber cómo, cinco o seis hojas de papel de cartas con el membrete de la secretaría provincial de un partido político?

Pepón, dos días después, recibió de la ciudad una carta certificada: quedó perplejo, pues el sobre traía el membrete de cierto Franchini y él no conocía a ningún Franchini.

Abrió el sobre y encontró una hoja que llevaba un membrete que lo hizo instintivamente cuadrarse.

“

Querido compañero:

Tú estás al corriente de la nueva situación que se ha creado con la traición de América, la cual, por una cláusula secreta del nefasto Pacto del Atlántico, impone a los Gobiernos cómplices una rigurosísima vigilancia sobre los partidos democráticos a fin de sabotear cualquier iniciativa de paz.

La policía nos espía y sería una imperdonable imprudencia escribir cartas en sobres que lleven el membrete del Partido. Con sobres que lleven ese membrete se debe escribir solamente cuando nos convenga que la policía sepa determinadas cosas. En el momento oportuno recibirás las nuevas instrucciones que regulan la correspondencia.

Lo que hoy te escribimos es de naturaleza delicadísima y debe quedar absolutamente secreto.

Compañero: la camarilla clericocapitalista trabaja en favor de la guerra. La paz es insidiada y la Unión Soviética, que es la única fuerza benéfica que pueda defender la paz, necesita la ayuda de todos los mejores compañeros.

La Unión Soviética debe estar preparada para resistir la agresión que traicioneramente lanzará la furia occidental. La Santa Causa de la Paz necesita tener a su disposición hombres de fe segurísima y alta competencia profesional, dotados de destacadas dotes autocríticas y de consciente disposición.

Estamos seguros de ti, compañero Bottazzi: por consiguiente, la Comisión Especial A. P. ha decidido por consenso unánime concederte el honor de formar parte del grupo de los Elegidos.

Estamos seguros de que la noticia te llenará de legítimo orgullo: partirás dentro de poco para la URSS.

Irás a ejercer tu labor de mecánico allá donde se trabaja por la salvación de la paz.

El glorioso país del Socialismo concederá a los componentes de esta escogida Brigada de la Paz, el mismo trato que al ciudadano ruso. Y en esto te ruego notes otra señal de la generosidad de los compañeros soviéticos.

Recibirás detalladas instrucciones sobre el día de la partida y el equipaje. Irás a la URSS por vía aérea.

Dada la extensa delicadeza del asunto, te ordenamos destruir inmediatamente esta carta. Envía la respuesta al compañero cuya dirección encontrarás en el sobre. Procede con extrema cautela. La Sagrada Causa de la Paz hoy más que nunca está en tus manos. Esperamos tu aceptación.

Por primera vez en su vida Pepón desobedeció una orden del partido: no quemó la carta.

«No la quemo —dijo para sí—. Éste es el más hermoso certificado de reconocimiento que me ha otorgado el partido. Un documento de tanta importancia histórica no lo suelto: mañana, si algún sinvergüenza quisiera poner en duda mis méritos, se lo sacudo en la jeta y lo hago callar. Papeles cantan».

No se sabe cuántas veces leyó la carta; después, cuando la supo de memoria, recapituló muy alegremente: «¡Trabajamos, sí; pero también se reciben grandes satisfacciones!».

Su solo fastidio fue el de no poder mostrar la carta a nadie. «Ahora les preparo una respuesta todavía más histórica que la carta —decidió Pepón—. Los hago llorar a todos por la emoción. ¡Les hago ver qué clase de sentimientos tengo en el corazón, aunque haya hecho solamente el tercer grado!».

La misma noche se encerró en el sótano y empezó a escribir la respuesta:

“ Compañero:

La inmensidad sobrenatural del orgullo vibrante la cual exalta mi ánimo por la elección entre el número de los elegidos de la Brigada de la Paz por consiguiente estoy pronto a las órdenes indefectibles del Partido. Levantamos el grito fatídico del socialismo:

«¡Obedezco!» como Garibaldi la camisa roja y esperamos las órdenes correspondientes aunque el impulso natural sería partir inmediatamente. Por lo cual yo no he pedido nunca nada pero ahora pido que me hagan partir ¡el primero de todos!

Pepón releyó: quedaban, naturalmente, algunas palabras por limar y había que arreglar la puntuación; pero como primera ola iba muy bien.

Postergó la segunda ola para la noche siguiente. No era el caso de apresurar demasiado los acontecimientos: él tenía que escribir una de esas cartas que el partido publica en los diarios con el comentario de la dirección al pie.

Calculó que en tres olas habría liquidado la cosa.

Don Camilo, una tarde estaba paseando por la calle del molino fumando su cigarro y contemplando la primavera en flor, cuando topó con Pepón.

Hablaron del tiempo y del campo, pero se comprendía a una milla de distancia que Pepón necesitaba escupir algo.

En cierto momento, escupió:

—Oiga usted, señor mío. ¿Podemos hablar dos minutos de hombre a hombre y no de hombre a cura?

Don Camilo se quedó mirándolo.

—Empezamos mal —observó—. Esa manera de hablar es de asno a hombre.

Pepón hizo un ademán de impaciencia.

—¡Dejemos aparte la política! Yo quisiera que usted me dijera, de hombre a hombre, qué piensa de Rusia.

—Te lo habré dicho ochenta mil veces —contestó don Camilo.

Pepón se detuvo.

—Aquí estamos solos y nadie nos oye. De vez en cuando puede ser sincero. No se trata de hacer propaganda política. ¿Qué es, en fin, esa Rusia?

Don Camilo se encogió de hombros.

—Pepón, ¿qué quieres que sepa yo? Nunca he estado allí. Sé lo que he leído en los libros y en los diarios. Para saber decirte con verdad cómo se vive allá, debería ir. Y además esas cosas tú debieras saberlas mejor que yo.

—¡Claro que las sé! —repuso Pepón—. En Rusia se vive bien, todos tienen trabajo, el pueblo manda, no hay explotadores ni explotados. ¡Lo que cuenta la reacción son mentiras!

Don Camilo lo miró.

—Y si lo sabes, ¿a qué me lo preguntas?

—Nada más que para oír su parecer de hombre: hasta ahora sólo he oído el parecer del cura.

—Yo, en retribución; solamente he oído tu parecer de *compañero*. ¿Podría saber cuál es también tu parecer de hombre?

—Para ser *compañeros* es preciso ser hombres y para ser hombres es preciso ser *compañeros*. Lo que pienso como *compañero* también lo pienso como hombre.

Caminaron unos pasos, después Pepón volvió a la carga.

—En fin, a su parecer, ¿en Rusia vivirán más o menos como se vive aquí!

—Yo no lo he dicho —rebatí don Camilo—. Pero, como tú lo has dicho, más o menos es ése mi parecer. Con excepción, se comprende, del aspecto religioso.

Pepón meneó la cabeza.

—De acuerdo —observó—. ¿Sabría explicarme entonces por qué todos dicen tanto mal de Rusia y lo escriben?

Don Camilo abrió los brazos.

—Sabes cómo es la política...

—La política, la política... —refunfuñó Pepón—. También América entra en la política. Y, sin embargo, nadie dice de América lo que dicen de Rusia.

—La verdad es que mientras todos pueden ir a ver qué sucede en América, son pocos los que pueden ir a ver qué sucede en Rusia.

Pepón explicó que se trataba de medidas defensivas razonables. Después asió de una manga a don Camilo y lo hizo detenerse.

—Escúcheme, de hombre a hombre: si uno tuviera la posibilidad de ir a Rusia a trabajar en un buen puesto y le pidiera consejo, ¿usted qué le contestaría?

—Pepón, me haces una pregunta...

—Reverendo, aquí hablamos de hombre a hombre y por lo tanto hay que tener el valor de ser sinceros: ¿qué diría usted?

Don Camilo meneó la cabeza.

—Seré sincero: si se tratara de trabajar, yo le diría que fuera.

Ocurren en la vida cosas raras: en este punto Pepón habría debido saltar de contento. En cambio, la respuesta no lo alegró.

Se tocó el sombrero e hizo ademán de marcharse. Pero, dado algún paso, se volvió.

—¿Y cómo puede usted en conciencia aconsejarle a uno que vaya a un lugar que usted no conoce? —preguntó.

—Lo conozco más de cuanto supones. Tú no lo sabes, pero yo leo también los diarios vuestros, y en ellos escriben personas que han estado en Rusia.

Pepón le volvió súbitamente las espaldas.

—¡Los diarios! ¡Los diarios! —rezongó alejándose.

Don Camilo estallaba de alegría y fue a confiarse en el Cristo del altar. Le refirió toda la historia.

—Jesús —concluyó don Camilo—, ahora él está en un enredo. Querría contestar que no acepta ir, pero dada su posición no se atreve a rechazar lo que sus jefes le han propuesto como un gran honor. Y ha venido a consultarme esperando que yo, al hablarle de la vida en Rusia, le diera la fuerza de rehusar. Y ahora no sabe qué hacer, pues debe contestar. No quisiera hallarme en su pellejo.

—Ni yo quisiera hallarme en el tuyo, aun cuando Dios lo permitiera —le respondió severamente el Cristo—. Me sentiría un malvado.

Don Camilo se quedó boquiabierto.

—Pero si yo —balbució al fin— le he gastado sencillamente una broma.

—La broma es tal hasta que no se vuelve complacencia con el sufrimiento que procura a la víctima.

Don Camilo se alejó con la cabeza gacha. Dos días después Pepón recibió una segunda carta del partido:

“

Querido compañero:

Sentimos comunicarte que a raíz de graves complicaciones sobrevenidas, ni tú ni ninguno de los Elegidos destinados a constituir la Brigada de la Paz podréis partir.

Te rogamos nos disculpes la desilusión que involuntariamente te hemos causado. Servirás desde aquí la Causa de la Paz.

Nunca se supo quién fue el que, aprovechando la oscuridad, entró en la iglesia y llevó un grueso cirio. El hecho es que don Camilo encontró el cirio encendido ante el Cristo, sobre el balaustre del altar.

LA DANZA DE LAS HORAS



A decir verdad, la Roca —la casa municipal— era un edificio arruinado que se venía abajo poco a poco: así que cuando llegó una cuadrilla de albañiles y empezó a levantar andamios alrededor de la torre de la Roca, todos dijeron: «¡Ya era hora!».

Desde luego, no se trataba de una cuestión estética, pues por esos lados la estética cuenta menos que un higo seco y una cosa es bella cuando es de buena calidad y sirve debidamente a su objeto. El hecho es que todos, en un pueblo, alguna vez tienen ocasión de ir a la Municipalidad y por tanto todos vivían con miedo de que, entrando en el vestíbulo de la Roca, les cayera sobre la cabeza un ladrillo o un trozo de cornisa.

Levantados los andamios, los albañiles cercaron la entabladura para que no cayeran los cascotes encima de quienes debían entrar y salir, y comenzaron los trabajos de reparación.

Duraron exactamente un mes; después, una noche, los obreros quitaron el andamiaje y a la mañana siguiente la gente del pueblo —y también la llegada de afuera, porque era día de mercado— se encontró con la sorpresa de la torre restaurada.

Un trabajo de veras bien hecho, de especialistas; naturalmente, no faltaba el golpecito político: un gran letrero puesto sobre el frente de la torre, bajo el almenaje, en el cual estaba escrito: *Esta obra pública NO ha sido financiada por el fondo ERP.*

También don Camilo se encontraba entre la gente que, apenas se desparramó la voz de que habían quitado los andamios, había corrido a curiosear en la plaza, y Pepón —el cual no esperaba otra cosa— no bien lo vio se las arregló para ponérsele detrás.

—¿Qué le parece al reverendo?

Don Camilo ni siquiera volvió la cabeza.

—Es un hermoso trabajo —respondió—. Lástima que ese letrero arruine toda la estética general.

El estado mayor de Pepón, oh casualidad, estaba cerca y Pepón se dirigió a él:

—¿Has oído? El reverendo dice que, a su criterio, el letrero echa a perder la estética. Yo sería casi del mismo parecer.

—Cuando se trata de cuestiones artísticas, la palabra del reverendo tiene su valor —exclamó el Flaco—. A mi juicio, el reverendo tiene razón.

Discutieron un poco; al fin. Pepón decidió:

—Vaya alguien a ordenar que bajen el letrero. También para demostrar que nosotros no somos como ciertos tipos que pretenden tener siempre razón.

Dos minutos después alguien aflojó las cuerdas y el letrero fue bajado en un instante. Entonces se produjo la verdadera sorpresa: el reloj.

Desde incontables años el pueblo solamente había tenido el reloj del campanario: ahora tenía también el reloj de la Roca.

—Ahora no se ve porque es de día —se apresuró a explicar Pepón—. Pero el cuadrante está iluminado. Puede leerse la hora también a una milla de distancia.

En ese momento se oyó cierto rumor en lo alto de la Roca y Pepón gritó:

—¡Silencio!

La plaza estaba llena, pero todos callaron, y en el silencio el nuevo reloj dio diez campanadas.

El eco de los diez toques no se había apagado aún cuando desde el campanario empezaron a sonar las campanadas de las diez.

—Muy bueno —dijo don Camilo a Pepón—, pero ese reloj adelanta casi dos minutos.

Pepón se encogió de hombros:

—¡También podría decirse que su reloj atrasa casi dos minutos!

Don Camilo no se excitó:

—Podría decirse, pero es mejor no decirlo por la simple razón de que mi reloj ha marcado el minuto desde hace treinta o cuarenta años, y como

funciona muy bien no valía la pena malgastar el dinero público para colocar semejante trasto en la torre del palacio municipal.

Pepón quería decir la mar de cosas, pero se le ahogó el motor y sólo se vio que las venas del cuello se le ponían gruesas como bastones.

Intervino el Flaco, que gritó, levantando un dedo:

—¡Le da rabia porque quisiera también el monopolio de las horas! ¡Pero el tiempo no es del clero! ¡El tiempo es del pueblo!

El reloj de la Roca dio el cuarto de hora e inmediatamente se hizo un gran silencio en la plaza.

Pasó un minuto, pasó otro minuto. Después el reloj del campanario dio también el cuarto de hora.

—¡Ya aumentó el error! —exclamó don Camilo—. Ahora adelanta dos buenos minutos.

La gente sacó de los bolsillos de los chalecos los gruesos «Roskoff» atados a la maciza cadena y empezaron las discusiones.

Cosa de locos: porque hasta ese momento por esos lados nunca había habido cuestión de minutos. Los minutos y los segundos son mercadería de la ciudad, donde un infeliz se afana por no perder siquiera un segundo y no advierte que obrando de ese modo pierde una vida.

Cuando el reloj de la Roca dio las diez y media, y dos minutos después le hizo eco el del campanario, se habían ya diseñado dos tendencias: la favorable a la hora del arcipreste y la favorable a la hora de la Municipalidad: no para preocupar, pues el conflicto quedaba circunscrito a los bolsillos de los chalecos y a los gruesos relojes de plata.

Pero el Flaco, que ya se había puesto en directa, de pronto gritó:

—¡El día en que el reloj de la Roca de la hora de la redención proletaria, ciertos individuos notarán haber quedado atrás, no dos minutos, sino dos siglos!

Esas palabras no eran nada extraordinarias: lo malo es que el Flaco las gritó agitando amenazador un dedo bajo la nariz de don Camilo. Y don Camilo era don Camilo.

Don Camilo procedió sin dilación: extendió el brazo y le encajó al Flaco la gorra hasta los ojos. Después le dio la clásica vuelta de tornillo llevándole la visera sobre la nuca.

Se adelantó Pepón.

—Y si le dieran a usted, reverendo, una broma como ésa, ¿qué diría? —preguntó entre dientes.

—¡Habría que probar a hacerlo! —contestó don Camilo—. Pero hasta hoy nunca nadie lo ha intentado.

Veinte manos aferraron a Pepón y lo hicieron retroceder.

—No puedes comprometerte —le dijeron—. El alcalde no puede meterse en estos líos.

El grupo de los rojos rodeó amenazador a don Camilo y empezó a gritarle un montón de cosas.

A don Camilo le faltó el aire y sintió la necesidad de abanicarse. Y el primer abanico que le cayó entre las manos fue el acostumbrado banco.

Con un banco entre las manos y con la caldera a presión, don Camilo era un ciclón: alrededor de él inmediatamente se hizo el vacío, pero en una plaza llena de gente y de puestos, hacer el vacío en un punto significa aumentar el lleno en las demás partes. Una jaula de gallinas quedó destrozada, un caballo se encabritó. Gritos, mugidos y relinchos.

La escuadra de los rojos quedó derrotada, pero Pepón, sitiado en el vestíbulo de la Roca por una muchedumbre que no quiere que el alcalde se comprometa, ha logrado asir él también un banco.

También Pepón, cuando acelera el motor y tiene entre las manazas un banco, se parece bastante a un ciclón y no conoce amigos ni enemigos.

La gente retrocedió: Pepón enderezó con paso lento y fatal hacia don Camilo, quien ya lo había visto y lo esperaba a pie firme con el banco entre las manos.

Todos se arrojaron a las orillas de la plaza: sólo el Flaco logró mantener contacto con su buen sentido y se apareció de pronto delante de Pepón:

—Déjalo, jefe, ¡no hagas bestialidades! ¡Razona!

Pero Pepón marchaba implacable hacia el centro de la plaza y el Flaco le hablaba reculando.

Llegó el momento en que se encontró entre el banco de don Camilo y el de Pepón, mas no se apartó. Se quedó a esperar el terremoto.

La gente guardaba silencio, pero detrás de Pepón se habían reagrupado las caras más prohibidas de los rojos, y detrás de don Camilo se veía a los viejos agrarios que sentían la llamada nostálgica de la cachiporra y empuñaban los bastones de boj o de cerezo. Era como si un tácito acuerdo se hubiese establecido entre ambas partes: apenas Pepón y don Camilo hubieran levantado los bancos, la jarana habría sido general.

Hubo un instante de perfecto silencio, y ya Pepón y don Camilo iban a blandir los bancos, cuando de improviso sucedió algo extraordinario: en el

reloj de la Roca y en el reloj del campanario empezaron a sonar las once. Y cada toque del uno era simultáneo al toque del otro.

Y los dos relojes señalaban las once precisas, marcadas hasta el milésimo.

Los bancos cayeron, el vacío se llenó. Don Camilo y Pepón volvieron a encontrarse, como salidos de un sueño, en medio de la gente que voceaba su mercancía o hablaba de negocios.

Pepón se encaminó a la Roca, don Camilo a la rectoral.

El Flaco quedó en medio de la plaza procurando pensar qué diablos había sucedido.

Al fin renunció a comprender, y como el puesto de las bebidas estaba cerca y todos los rojos estaban lejos, fue a tomar un refresco americano.

EL GUAPO



Cada pueblo tiene su guapo, y el Mericano era el guapo del Fontanar. Antes de partir para América se llamaba Luisito o Juanito, o algo así: a la vuelta le dieron el apodo de Mericano. Y ese apodo era todo lo que había ganado después de treinta años de permanencia en el Canadá cortando árboles en los bosques.

Después de treinta años de trabajo, tenía en el bolsillo justamente el dinero con que volver al Fontanar para recoger la escasa herencia de su padre: menos de tres hectáreas de tierra y una casa destartada que parecía mantenerse en pie por apuesta.

El Mericano se había vuelto muy pronto el guapo del Fontanar, no ya porque tuviera alma de camorrista o cosa peor, sino simplemente porque entre los cristianos del Fontanar era la bestia más grande y más fuerte.

A los cuarenta y cinco años de edad, lo más inteligente que sabía hacer era levantar una silla pesada a fuerza de quijadas, después de haberla aferrado con los dientes por el respaldo.

El Mericano tenía una fuerza brutal: uncido al arado a la par de un buey habría salido del paso honorablemente, si bien carecía de la agilidad y la inteligencia del buey. En el Fontanar, naturalmente, se había formado poco a poco la escuadra del Mericano: guapos y viceguapos, atraídos por la fascinación de aquella máquina de carne, habían formado la más poderosa e impertinente pandilla del universo y no había feria que no fuera alegrada por las fanfarronadas de la banda. El Mericano funcionaba como carro armado y entraba en acción solamente en los momentos críticos. Pero cuando se movía era peor que el terremoto.

La escuadra del Mericano recorría todos los Jugares, menos el pueblo de don Camilo. De éste se habían mantenido siempre alejados porque soplaban malos vientos para quien merodeaba por allí en son de bronca; pero acaeció que uno de la banda se enamoró de una muchacha del Molinillo y durante cuatro noches anduvo callejeando en bicicleta por las inmediaciones; la quinta, habiéndose encontrado con la muchacha, cometió la imprudencia de pararla: salieron entonces de un cerco tres mozos, que reexpidieron al guapo al Fontanar después de haberle dado una tunda.

Ya no se trataba de un caso personal: un pueblo había ofendido al Fontanar, y así fue cómo la escuadra del Mericano entró por el sendero de la guerra.

Un sábado, al atardecer, la escuadra apareció en la plaza del pueblo enemigo.

Habían hecho movilización general: eran más de sesenta, y todos resueltos.

Llegaron en bicicleta poco a poco. Entraron por grupos en las hosterías y en los dos cafés, fingiendo que se encontraban por casualidad y pegándose grandes palmadas en las espaldas.

El Flaco, que tenía ojo de halcón, comprendió en seguida de qué se trataba y corrió a avisar a Pepón.

—Toma mi moto y trae gente —ordenó Pepón al Flaco—. Que no se dejen ver: reunión en la Casa del Pueblo.

Después fue a sentarse junto con el Pardo y el Brusco bajo el pórtico, a una mesa del café de Ciro.

En ese momento se oyeron fuertes gritos y entró en la plaza el Mericano.

En el acto ocho o diez del Fontanar lo rodearon alborotando y deseándole afectuosamente que lo partiera un rayo, según es uso en esos lugares entre los amigos más queridos: lo empujaron bajo el pórtico y lo hicieron sentar a una mesa del café. Casualidad: precisamente delante de la mesa en torno de la cual estaban sentados Pepón y sus compañeros.

—Ya viene —murmuró Pepón. Y no se necesitaba mucha perspicacia para comprender que iban a empezar a aporrearse.

«Cómo va, cómo estás, cómo caíste tú también por aquí, qué haces de bueno, toma una copa, toma también ésta, que si no rompemos la amistad»: la primera parte de la maniobra se desarrolló rápidamente entre fuertes gritos. El Mericano bebió uno tras otro ocho o diez vasos de vino, y al mismo tiempo todos los de la banda que habían estado en el otro café o en las hosterías llegaban y se apiñaban alrededor de las mesas de Pepón y del Mericano.

De pronto uno de la banda gritó:

—Eh, Mericano: ¿qué te parece este pueblo?

Pepón apretó los puños porque comprendía que había llegado el momento y se preparó a saltar; pero al juego todavía le faltaba algo.

—¡Bah! —contestó el Mericano—. No está mal. Lo único que no me gusta es el monumento.

—¡El monumento! —gritó el otro—. ¡Oh, qué bueno! ¿Y por qué?

—Está mal colocado —explicó el Mericano.

En el fondo de la plaza del pueblo, al lado opuesto a la iglesia, había un monumento. Nada de extraordinario: un viejo Hércules de mármol con su maza, en pie sobre un gran paralelepípedo de piedra. Un solo bloque, asentado a su vez sobre un descanso de mármol alto un palmo.

Un monumento emplazado en ese sitio por los Farnesio, *tempóribus illis*, y que allí había quedado intacto porque nadie había descubierto alusiones políticas en aquel hombrón de piedra. Un monumento que no había molestado nunca a nadie ni que parecía pudiera molestar. Y resultaba que el monumento no le gustaba al Mericano.

Justamente al Mericano, el cual tenía el mismo gusto artístico que puede tener una vaca española. La cosa empezaba a mostrarse ridícula.

—¿Mal colocado? —gritó el de antes—. ¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que no hay simetría —explicó el Mericano mientras se echaba al gaznate otro vaso—. Yo en América he visto un montón de monumentos, pero todos tenían simetría.

—¡Mericano, no comprendo! —protestó el compinche—. Explícate.

El Mericano tragó otros dos vasos, luego se puso en pie y parecía el Pico de los Tres Señores: tan alto y macizo era. Se abrió paso delante de la mesa de Pepón, salió del pórtico y lentamente se dirigió hacia el monumento.

También se paró Pepón y salió del pórtico junto con los suyos. Ya toda la banda del Fontanar había hecho círculo en torno al monumento, pero cuando Pepón llegó, encontró abierto el camino para ponerse en primera fila.

El Mericano apoyaba el pie en el descanso de mármol como si pensara en algo: en realidad, aguardaba la llegada de Pepón. Tanto era así que, apenas Pepón estuvo en primera fila, el Mericano dijo:

—En el monumento no hay simetría porque el pedestal no está bien colocado.

Luego ciñó con sus largos brazos el pedestal y quedó con la cara pegada a la piedra.

De repente tendió todos los músculos y dio el tirón.

Los huesos de aquella gran máquina de carne crujieron, pero el paralelepípedo de piedra giró cuarenta y cinco grados, y el Hércules que antes miraba al norte, se volvió hacia el nordeste.

La gente se asombró.

—Así queda mejor —explicó el Mericano—. En todo caso, si a alguien no le gusta, vaya a llamar al alcalde, que es robusto, y que él vuelva a ponerlo en su lugar.

La escuadra del Fontanar lanzó un alarido frenético mientras Pepón palidecía.

Lo que había hecho el Mericano era una proeza bestialmente enorme. Pepón tenía los brazos parecidos a dos troncos de olmo, y la espina dorsal sólida como una viga de cemento armado, pero no se sentía capaz de hacer un esfuerzo semejante. Además, si lo hubiera intentado y hubiese fracasado, adiós.

Mientras tanto el cerco se había hecho más compacto: allí estaba el Flaco con su escuadra.

Pepón se adelantó.

—Vuelve a ponerlo en su posición —dijo con voz dura al Mericano.

—A mí me gusta así —contestó el Mericano—. Si a usted no le gusta, vuélvalo. Si no puede, hágase ayudar por los de su escuadra.

Pepón apretó los puños.

—Esta provocación va usted a tragársela —gritó—. ¡Ponga en su posición el pedestal!

El Mericano se echó a reír.

Ya era cosa de pocos segundos: la escuadra de Pepón y la del Mericano tenían los nervios tensos, a punto de dispararse. Nadie de uno y otro lado tenía nada en las manos, pero todos, naturalmente, llevaban, en el bolsillo o metidos en la cintura de los pantalones, un clavo largo o una llave inglesa.

Antes de un segundo habría comenzado la carnicería.

Pero se oyó retumbar en el silencio la voz de don Camilo.

—¡Un momento, muchachos! —exclamó alegremente, adelantándose y poniéndose entre las dos escuadras—. ¡Aquí, si no me equivoco, hay un grueso malentendido!

—¡No hay ningún malentendido! —gritó Pepón—. ¡El que ha dado vuelta al pedestal debe ponerlo de nuevo en su sitio!

—Así es —contestó sonriendo don Camilo, volviéndose al Mericano—. Si no estoy equivocado, le ha dado vuelta usted: póngalo, pues, como estaba.

El Mericano se encogió de hombros.

—A mí me gusta así —farfulló—. Si al alcalde no le gusta, que lo ponga él.

Pepón estuvo por lanzársele encima, pero don Camilo lo frenó.

—Usted, joven, pretende demasiado —continuó dirigiéndose al Mericano—. El alcalde es la más alta autoridad del pueblo y su función no es la de enderezar monumentos: otras cosas torcidas debe enderezar. Para poner derecho un monumento basta el párroco.

Don Camilo se arremangó y avanzó lentamente hacia el enorme paralelepípedo de piedra. Le parecía aún más grande, desmesurado. Sabía que no tenía fuerza bastante: sólo una bestia como el Mericano podía realizar tanta proeza.

Ya había llegado: veía confusamente, por encima de la gente agolpada en círculo, la puerta de la iglesia abierta de par en par y los cirios encendidos del altar mayor a los pies del Cristo crucificado.

—¡Jesús —dijo don Camilo con desesperación—, todavía no he empezado y ya me faltan las fuerzas!

—Lo que importa es que no te falte la fe —respondió en un susurro la voz del Cristo.

Se oyó un alarido y don Camilo dejó la presa para mirar qué era lo que sucedía: el gentío lo aplaudía frenéticamente porque el pedestal había vuelto a su posición.

Don Camilo dejó para más tarde un análisis del fenómeno: al pronto había que hacer algo más urgente.

—Cada cosa ha vuelto a su sitio —explicó, poniéndose otra vez entre las dos escuadras—. Gracias a la mediación de la Iglesia la broma de este mozo no ha pasado de tal. Cada cual, contento y satisfecho, tome la calle de su casa y váyase con Dios.

En ese momento llegó a la plaza el camioncete de los carabineros y eso aconsejó marcharse al Mericano y su banda.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó agitado el jefe, abriéndose paso.

—Nada grave —explicó sonriente don Camilo—. Una simple discusión de carácter artístico.

Pepón esa noche se acostó con un gato vivo en el estómago. No lo inquietaba el Mericano. Lo ocurrido con éste era un sapo grueso, pero aún conseguía hacerlo pasar por el tragadero. El Mericano, al fin y al cabo, no era un hombre: era un elefante, y un hombre lógicamente no puede sentirse humillado porque un elefante tenga más fuerza que él.

El hecho que no podía tragar era el de don Camilo. Éste no era un elefante; era un hombre como Pepón. Y don Camilo había conseguido enderezar el pedestal.

Pepón dio vueltas en la cama hasta la una de la madrugada. Después sintió en el estómago no uno, sino dos gatos vivos, pues don Camilo lo había humillado como hombre y como representante de un partido. «Gracias a la mediación de la Iglesia», había dicho.

A las dos, Pepón saltó de la cama, se vistió, bajó a la cocina y vació de un aliento una botella de vino. Después salió y caminó solo por las calles desiertas y silenciosas del pueblo dormido. Había descendido la niebla, una niebla espesa que no permitía ver a tres metros de distancia. Vagó con el alma en pena y, en cierto momento, se encontró ante el Hércules. «Si ese maldito cura ha podido, ¿por qué no he de poder yo?», pensó con rabia. El vino empezaba a circularle por el cuerpo y le había calentado los cilindros.

«¡Cristo! —dijo Pepón agarrando con furor el pedestal de piedra—, si eres justo y no muestras preferencia por los curas, ¿debes darme la fuerza que has dado a don Camilo!...».

Le pareció que se le partían todas las coyunturas; pero el pedestal giró cuarenta y cinco grados y el Hércules volvió a mirar hacia el nordeste. Pepón lanzó un suspiro que habría hecho desviar una milla un velero de tres palos.

«Gracias, Jesús —dijo Pepón—. Me convenzo cada vez más de que eres un hombre honrado e independiente y que no haces política».

Consiguió a duras penas llegar a su casa: ya nada le funcionaba. Le dolía todo. Se sentía como aquel sobre cuyo cuerpo ha pasado una apisonadora. Bebió de un aliento otra botella de vino, y echándose en la cama se zambulló en un sueño de hierro.

Alrededor de las diez de la mañana siguiente, cuando la niebla fue barrida, alguien notó que el pedestal del monumento estaba de través y dio la voz de alarma. El asunto era claro: durante la noche los del Fontanar habían vuelto a repetir la hazaña y la provocación.

El Flaco corrió a casa de Pepón y, habiéndolo encontrado todavía en la cama, quería despertarlo. Pero le tocó la frente y sintió que ardía. Era una fiebre de dinosaurio y el Flaco renunció a sacarlo de la cama.

Volvió a la Casa del Pueblo para avisar que no se hiciera absolutamente nada mientras el jefe no hubiese recobrado el uso de razón; pero ya el asunto había adquirido incremento y la gente lo había convertido en un suceso que interesaba al pueblo entero.

Era preciso darles una lección a los desgraciados del Fontanar.

«Esta noche vamos al Fontanar y los apaleamos a todos, desde el Mericano hasta el último de sus guapos. Si es preciso, apalearemos también a los que no son de la pandilla».

«Y si sucede que algún maldito soplón va a contárselo a los carabineros, no importa. Será para otra noche. Las cuentas deben ser ajustadas. Y cuidado con tocar el monumento. Quien le ha dado vuelta, debe ponerlo de nuevo en su sitio».

Éstas eran las conclusiones a las cuales habían llegado esa tarde, y en estos términos se las refirió Barchini, su informante oficial, a don Camilo.

En verdad, don Camilo no entendió nada de cuanto le dijo Barchini: don Camilo estaba todavía en cama y no tenía un huesecito que pudiera moverse sin chirriar o un nerviecito que, haciéndolo trabajar, no le arrancara un grito de dolor. Cuando, después de enderezar el pedestal, volvió a la rectoral, tuvo que meterse en cama inmediatamente, y en ella lo había tenido clavado una fiebre de rinoceronte hasta la siguiente tarde.

Barchini le repitió toda la relación y, como la cosa era grave, don Camilo, gimiendo, había abandonado la cama. Después había mandado llenar de agua

hirviendo el cubo de la colada y se había dado uno de esos baños que, si no matan a un hombre, consiguen volver a ponerlo en pie, aun estando en condiciones peores que don Camilo.

Adecuó la temperatura interna y la externa bebiéndose media botella de coñac, y finalmente pudo ponerse en marcha.

Pero ya era demasiado tarde: mucha gente del Fontanar había sido zurrada y había recibido el *aut aut*: «Si mañana no viene el forzado del pueblo a volver la estatua a su posición, por la noche repetiremos el bis».

Eso significaba que la mañana siguiente (u otro día, en el caso de que la policía interviniera) la escuadra habría partido para el Fontanar armada de escopetas, porque estaba segura de que los del Fontanar la habrían recibido a tiros.

Don Camilo se hizo prestar por Pasotti el birlocho y hacia la medianoche partió para el Fontanar.

Se encaminó derecho a la casa del Mericano, donde le abrió una vieja asustada.

El Mericano estaba acostado y cuando vio a don Camilo abrió los ojos desmesuradamente.

—¡Bestia maldita! —le gritó don Camilo—. Por tu culpa dos pueblos están a punto de degollarse. ¿Por qué diste vuelta otra vez al monumento?

—¡Yo no he sido! ¡Se lo juro! —sollozó el Mericano—. Apenas llegué a casa tuve que meterme en cama, porque no podía tenerme más en pie. ¡Todos, todos los huesos rotos! No he sido yo. ¡Pregúnteselo a mi abuela!

La vieja se persignó.

—Juro sobre la Cruz bendita que apenas volvió a casa se acostó y no se ha movido.

—¡Entonces ha sido tu escuadra! —gritó don Camilo.

—¡Yo no sé nada, no sé nada! —gimió el Mericano.

Don Camilo le habló a la vieja:

—¡Usted encienda el fuego y ponga agua a calentar! Llene un cubo y cuando todo esté a punto, avíseme.

Cuando el cubo estuvo lleno dentro del establo, el Mericano hubo de meterse en él a cocerse los huesos lo mismo que había hecho don Camilo. Después tuvo que vestirse y subir con don Camilo al birlocho.

—¿Dónde me lleva? Yo no he hecho nada —gemía el Mericano.

Llegaron al pueblo hacia las dos de la madrugada y la niebla era más densa que la noche anterior. Cuando estuvieron ante el pedestal del monumento, don Camilo ordenó al Mericano:

—¡Tuerza! ¡Yo te ayudo!

Empeñaron todas sus fuerzas, pero no consiguieron mover la piedra un solo centímetro.

—Quédate aquí —dijo entonces don Camilo.

Pepón bajó con ayuda de Dios, y apenas lo tuvo delante, don Camilo le dijo que se vistiera y lo acompañara.

—Si no enderezamos el monumento, aquí sucede la ira de Dios. El Mericano tiene los huesos rotos y no es capaz, yo también tengo los huesos rotos, así que tampoco entre los dos nos es posible. Ven a darnos una mano.

Pepón gimió:

—¿Y cómo hago si no consigo siquiera estar en pie?

—No te preocupes: échate la capa y ven conmigo.

Pepón no pudo aguantar más en el estómago los dos gatos vivos; por lo menos, quería librarse de uno:

—Reverendo, si usted y el Mericano tienen los huesos rotos por haber movido el monumento, ¿por qué no he de tenerlos yo, si también lo he movido?

Estaban en la cocina de Pepón. Don Camilo abrió una cómoda, sacó una botella, la destapó y se la alcanzó:

—¡Bebe, asesino!

Pepón bebió; luego se echó sobre los hombros la capa y siguió a don Camilo.

El Mericano esperaba sentado en el peldaño del monumento, temblando de frío.

Los tres aferraron el pedestal y empezaron a darle pequeños tirones. Y cada tirón les arrancaba tres gemidos de dolor. No se sabe si los tirones fueron cinco, quinientos o cincuenta mil; pero el pedestal quedó enderezado.

—Dormirás en mi casa —dijo al Mericano don Camilo, cuando hubieron acabado—. Explicaré que volviste esta madrugada temprano para enderezar el monumento en mi presencia y en la del alcalde y que después, como ya no podías tenerte en pie, yo te obligué a quedarte.

Llegados a la casa parroquial, el Mericano se desplomó en la otomana de la salita y no se movió más. Don Camilo le echó encima la capa y fue a ver a Pepón, que esperaba sentado en el diván del pasillo.

—¡Si tuviera fuerza siquiera para levantar un brazo, te daría tal puñetazo, que te enviaría a dar con la cabeza allá en el fondo! —exclamó don Camilo.

—Como si me lo hubiera dado —barbotó Pepón desplomándose en el diván, donde quedó cuan largo era.

—¡Mi casa se ha vuelto un dormitorio popular! —gritó don Camilo.

Encontró algunas prendas para echárselas encima a Pepón, y llegado que hubo a su cuarto después de largos esfuerzos, se desplomó en la cama.

—Jesús —susurró—, estableced vos quién es el más infeliz de los tres y poned vuestra santa mano sobre su cabeza.

Jesús estableció que el más infeliz era Pepón y le puso sobre la cabeza la santa mano. Fue así como, cuando al día siguiente Pepón despertó, tenía en la cabeza una idea luminosa que inmediatamente puso en práctica, aun cuando le costaba un esfuerzo sobrehumano manejar el martillo.

A tal efecto hizo cuatro grapas de hierro de tres kilos cada una y mandó que las fijaran inmediatamente con cemento 800, de manera que juntando el pedestal al descanso que le servía de base, nadie, ni siquiera el Hércules posado sobre el pedestal, pudiera ya moverlo un solo milímetro.

Y todo acabó en que la muchacha se casó con el guapito del Fontanar y al hijo que nació lo llamaron Hércules, y él quebró el cerco de odio que dividía a los dos pueblos y los unió mediante un lazo de amor.

EMPORIO PITACIÓ



Cuando cumplió los veinticinco años, Josué Bigatti no soportó más que en el pueblo todos lo llamaran Pitaciό y se fue a trabajar a la ciudad.

Estuvo ausente quince años y volvió al pueblo bien vestido, con buena escolta de dinero y bien casado.

Abrió en la plaza una hermosa tienda, en cuya muestra mandό escribir:

JOSUÉ BIGATTI E HIJO

EMPORIO

Artículos Domésticos

El hijo de aquel de quien hablaba la muestra, no había alcanzado todavía los diez meses; el hijo, así y todo, existía, y se llamaba Anteo Bigatti. Pero la gente no pensό en eso siquiera un minuto y dijo: «Josué Bigatti e hijo Emporio».

Y como Josué Bigatti era llamado Pitaciό, Anteo Bigatti fue llamado Emporio Pitaciό.

Anteo no tenía ninguna culpa, pero el de los Bigatti era un trágico destino y el apodo le quedό pegado. Su padre y su madre no intentaron luchar, y cuando un día Anteo, ya de seis años, volvió de la escuela llorando porque sus compañeros lo habían llamado Emporio Pitaciό, el padre le dijo:

—Déjalos hablar, Anteo: ¡cuando seas mayor les harás ver quién eres!

Anteo se clavό en el cerebro estas palabras, y desde entonces todas las veces que lo llamaban Emporio Pitaciό, ni pestañeaba.

A los diecisiete años, sin embargo, la cosa empezό a causarle fastidio, pues también las muchachas lo llamaban Emporio; entonces dijo a su padre:

—Mándame a la ciudad a estudiar.

Nadie sabía en el pueblo qué diablos estudiaba Emporio en la ciudad. Regresaba en las vacaciones y cuando los amigos intentaban sonsacarlo, salía del paso diciendo: «Hago práctica comercial».

Cuando cumplió veintidós años, en el pueblo estallό la bomba. Emporio estudiaba canto: lo decía el diario en la crónica de la provincia. Anteo Bigatti se había distinguido particularmente en el examen del Conservatorio.

Y ya no hubo dudas, pues en el escaparate del emporio de artículos domésticos estaba pegado al cristal el diario con la noticia del examen del Conservatorio recuadrada por un trazo de color rojo.

Esperaron que Emporio volviera en las vacaciones, pero Emporio no volvió. «Emporio se ha perdido en la niebla», dijo la gente.

Cinco años después el viejo Bigatti murió. La vieja siguió llorando en la tienda unos cuantos meses, hasta que cierta mañana la cortina metálica no se

levantó y desde entonces quedó bajada: los esposos Pitació se habían reunido.

«Tal vez también él haya muerto», comentó la gente no viendo asistir a Emporio ni al entierro del padre ni al de la madre.

Pero Emporio Pitació no había muerto, y un día reapareció en la tercera página de un diario: *Clamoroso éxito del tenor Anteo Bigatti en la Argentina*.

La gente, en el pueblo, quedó perpleja: le costaba admitir que Emporio Pitació pudiera haber dado tamaño golpe.

Después se vio forzada a admitirlo porque el nombre de Anteo Bigatti se volvió siempre más famoso, y cuando el diario más importante de la nación publicó la entrevista concedida por Anteo Bigatti al corresponsal neoyorquino, el pueblo fue poseído por el frenesí.

En la entrevista Anteo Bigatti afirmaba que, cuando hubiera cumplido sus contratos con los principales teatros de América, cantaría en Europa, y, por consiguiente, también en Italia: y eso estaba bien. Pero más abajo se afirmaba que Anteo Bigatti había nacido *en Castillejo, pueblecito a orillas del Po...*

«¡Qué porquería de gente!», gritaron todos en el pueblo. «¡Anteo Bigatti nació aquí, no en Castillejo! ¡Anteo Bigatti es nuestro!».

Pepón hizo fotografiar el acta de nacimiento y remitió la fotografía al diario con una carta de altiva protesta. El director del diario aprovechó la ocasión para mandar un enviado especial al pueblo con el encargo de reunir material para un artículo sobre la niñez del gran tenor.

Resultó que todos recordaban algún episodio a propósito de la extraordinaria vocación por el canto que había mostrado Anteo Bigatti ya desde niño, y resultó que todos habían dicho a su tiempo: «Este muchacho hará cosas grandes».

Solamente don Camilo, cuando el cronista fue a entrevistarse con él, explicó que él verdaderamente no atinaba a comprender.

—Era el que cantaba peor en el coro. Recuerdo que me vi obligado a excluirlo por completa falta de voz y oído. Como tipo de muchacho era taciturno, retraído y más bien antipático.

El diario publicó puntualmente también las declaraciones de don Camilo y el hecho resultó tan grave para el pueblo, que Pepón organizó un mitin para deplorar indignado «*a aquellos que, aun vistiendo el hábito de los ministros de la religión cristiana, aprovechan cualquier ocasión para denigrar a los ilustres artistas que son vástagos generosos del sano pueblo trabajador*».

Dijo además que «*el pueblo se enorgullecía de tener por hijo a Anteo Bigatti, aunque el oscurantismo medieval del clericalismo había intentado obstaculizar su luminosa carrera negando la belleza de ese canto que hoy*

resuena en los principales teatros del mundo y encumbra el prestigio de la nación y del pueblo nativo».

Don Camilo no se inquietó. Contestó con suma simplicidad:

—No puedo reprochar al buen Dios que no me haya favorecido con una fina intuición musical, tanto más que me ha regalado una virtud mucho más importante: la de la sinceridad.

Transcurrió cierto tiempo y cada vez que algún diario hablaba de Anteo Bigatti, el recorte con la noticia o el artículo eran pegados a los escaparates de todos los cafés y de los comercios más importantes.

El día en que la prensa y la radio comunicaron que Anteo Bigatti había llegado a Italia, el pueblo fue trastornado por tal ráfaga de entusiasmo, que se hizo necesario constituir inmediatamente una comisión.

«¡Anteo debe venir aquí! —dijo el pueblo—. Antes que nada debe venir al lugar que fue su cima, que lo ha inspirado, que lo ha sostenido en sus primeras duras batallas. ¡Debe venir aquí a encontrarse con los amigos, con los compañeros de juego, con la gente que celosamente ha custodiado a sus muertos! Su voz es la voz de esta tierra: es nuestra voz y tenemos el derecho de oírla antes que ningún otro».

La comisión trabajó día y noche y al fin resolvió: «Alguien debe partir inmediatamente para Milán, debe visitar a Anteo, llevarle el vibrante mensaje de bienvenida de todo el pueblo y convencerlo de que venga a cantar al menos una noche para nosotros. Le garantizamos una organización perfecta y la presencia de todas las personas principales de la provincia y de la prensa nacional».

Las dificultades comenzaron cuando se trató de dar con aquel que iría a Milán para convencer con su palabra apasionada al célebre tenor.

Pepón objetó que él habría ido con gusto, pero que, dada su posición política, no quería que Anteo, el cual venía de América y probablemente tenía ideas erradas sobre los comunistas, fuera inducido a equivocar las intenciones del alcalde.

Entonces, para eliminar cualquier equívoco, fue establecido que junto con el alcalde también iría el párroco.

Y don Camilo fue obligado a aceptar. Lo obligó sobre todo su furibunda curiosidad por ver qué se había hecho, después de tantos años, de ese chico callado que tenía tanto oído como una teja.

Pepón, vestido de fiesta, con los pantalones planchados, los zapatos lustrados, con cuello, corbata y la estilográfica en el bolsillo, funcionaba tal como si lo hubiesen almidonado por dentro y por fuera. Las palabras le

llegaban hasta el botón del cuello y después volvían a descender asustadas a rebullirse en el estómago.

—Hable usted, reverendo —dijo cuando llegaron delante del gran hotel de Milán—. Hable también en mi nombre. Procure, eso sí, no hacerme decir tonterías demasiado grandes.

—No temas compañero —lo tranquilizó don Camilo—. Te haré decir tus estupideces de costumbre.

Hubo que esperar bastante antes que don Camilo y Pepón pudiesen tener vía libre. Y cuando estuvieron delante de la puerta del departamento de Anteo, estaban más bien agitados los dos.

Los recibió un personaje sumamente grave.

—Soy el secretario —explicó—. El comendador está muy fatigado: les ruego sean breves.

Anteo, en bata, estaba echado en un enorme sillón de terciopelo rojo. Leía un diario y alzó lentamente la cabeza.

—Les ruego —suspiró con voz lejana— que hablen.

Pepón tocó con el codo a don Camilo, que estaba en pie a su lado y miraba con la boca abierta al célebre tenor.

—Bueno —balbució don Camilo—, nosotros hemos venido, el alcalde y yo, a traerle la afectuosa bienvenida del pueblo.

Anteo Bigatti se sonrió levemente.

—¿Del pueblo? —preguntó con calma—. Disculpen, ¿de qué pueblo?

Don Camilo, que hasta ese momento no había logrado orientarse, al fin se puso en marcha decididamente.

—De nuestro pueblo —respondió—. Del suyo, del mío, del pueblo del señor alcalde. Del pueblo donde usted nació, en suma.

Una sonrisa ambigua le torció la boca a Anteo Bigatti.

—Muy interesante y muy bonito —contestó—. Un pensamiento verdaderamente gentil.

Don Camilo empezó a ver turbio; por suerte, Pepón había logrado vencer el «complejo del cuello» y dar suficiente aliento a sus palabras.

—Comendador —dijo—, nuestro pueblo está orgulloso de usted y siempre ha seguido con ansiedad sus éxitos mundiales. Por eso, todos, por encima de las corrientes políticas, estamos aquí para pedirle el privilegio de una visita suya.

—Comprendo —contestó—. Pero mis compromisos son tantos, que me resulta absolutamente imposible.

El secretario abrió los brazos y movió la cabeza.

—Imposible —dijo él también—. Absolutamente imposible.

Don Camilo intervino:

—Nos damos cuenta perfectamente de lo que usted dice, comendador. El célebre tenor debe de tener compromisos extraordinariamente graves cuando no puede conceder al hijo siquiera unas horas de licencia para ir a ver si sus padres están enterrados en un cementerio o bien a orillas de una zanja.

Anteo Bigatti palideció. Después se puso colorado. Pero don Camilo, no bien hubo lanzado su flecha envenenada, había vuelto las espaldas al célebre tenor y se encaminaba majestuoso a la puerta. Pepón lo siguió.

No habían tenido tiempo de llegar a la escalera cuando los alcanzó jadeante el secretario:

—Les ruego, señores. Aquí hay un equívoco. No se preocupen, déjenme hacer a mí; arreglaré todo, encontraré la manera de posponer cualquiera obligación. Mañana recibirán un telegrama mío. Mientras tanto, eviten hacer cualquier declaración a la prensa. Aquí todo es claro y sencillo, y no hay que complicar lo que es claro y sencillo.

Don Camilo comprendió que tenía la sartén por el mango y no lo soltó.

—Ciertamente —contestó—. Nosotros le hemos organizado al comendador un solemne recibimiento y de él esperamos la gentileza de que por la noche cante algún trozo para sus paisanos. Todos están en gran expectativa. Aparte de eso, el fin es benéfico. Invitaremos a las autoridades, a la prensa. Algo digno del comendador.

El secretario tragó saliva.

—Déjenme hacer a mí —respondió—. Ciertamente el comendador cantará. Pero sin prensa y sin autoridades... De otro modo tendría que pagar fuertes multas por razón de los contratos firmados. Sí, algo en familia.

Pepón estaba radiante.

—Ciertamente —exclamó—. Anteo y nosotros somos hijos de la misma tierra. Algo íntimo, familiar, sin extraños.

Salidos del hotel, Pepón y don Camilo caminaron en silencio un buen rato. Luego don Camilo suspiró:

—Pepón, te digo que habría obrado más decentemente si, en vez de hacerle ese discurso, le hubiera encajado un puñetazo. Dios me habría perdonado el puñetazo; difícilmente me perdonará esas palabras.

Pero Pepón reventaba de alegría y no le inquietaba nada la molestia espiritual de don Camilo.

A la mañana siguiente llegó el telegrama. El comendador aceptaba ir a cantar, y establecía la fecha. Pepón hizo lanzar en seguida un manifiesto

triumfal y el pueblo se preparó para recibir dignamente a su ilustre hijo. El salón fue remozado: pintaron las paredes, barnizaron las puertas. Fueron instalados altavoces de modo que pudiera oír también la gente que quedase afuera.

Anteo Bigatti llegó en las primeras horas de la tarde del día fijado. La gente lo esperaba desde por la mañana.

Cuando apareció en la plaza el enorme automóvil americano del tenor, ni los gatos quedaron en las casas.

Anteo estaba de pésimo humor: bajó del gran automóvil negro que el polvo de la tierra baja había emblanquecido, tocó con el dedo ahusado, de uña muy cuidada, la solapa de su maravilloso traje gris, cruzado, a rayas blancas, e hizo una mueca de disgusto:

—Una indecencia: estoy lleno de polvo yo también. ¡Lleno de polvo y de mugre! Les ruego me conduzcan a mi habitación para que pueda asearme.

La gente aplaudía y gritaba: «¡Viva Anteo!», pero Anteo sólo tenía prisa por llegar a su habitación. El hecho de haber llegado al pueblo en un automóvil estupendo, pero que estando cubierto de polvo no causaba siquiera la mitad del efecto que habría podido causar, lo deprimió. Además, tenía las ropas en desorden y el rostro ajado y grasiento.

—¡Pronto, pronto, la habitación del comendador! —gemía en tanto el secretario que daba vueltas en torno al tenor como un avión de caza alrededor de un bombardero.

Después, cuando por fin vio la habitación, el secretario se cubrió el rostro con las manos:

—¡Jesús, Jesús! ¡Es una cosa imposible! ¡Al menos, el cuarto debería ser un poco decente!

El hotelero, que había sacado de las cómodas su ropa blanca más cándida y había colocado sobre los muebles las cosas más lindas de la casa, incluso la copa de plata chapada ganada en el torneo de bochas, estaba mortificadísimo.

—¡Pronto, el baño! —exclamó Anteo llegando y echándose sobre una silla—. Pronto, un baño caliente, que esto es la desesperación.

Todos habían salido de la pieza y se mantenían delante de la puerta cerrada, alhelados: salió como disparado el secretario.

—Por favor —imploró—, el baño. El baño, por favor: el comendador está en condiciones lastimosas. ¡El baño!

Se miraron unos a otros; luego Pepón balbució:

—Baño... baño no hay... Usted debe comprender, éste es un pueblo...

El secretario abrió los ojos asombrado.

—¿Y cómo se lo digo al comendador? ¡Aquí sucede una tragedia!

—Pongamos agua a calentar y preparemos el cubo del lavado —propuso el hostelero.

Pero el secretario no le hizo el menor caso. Dijo que era preciso encontrar un baño.

—¡En el Palacete viejo hay un baño! —exclamó el Flaco—. Lo ponemos en forma y entonces podrá bañarse allí.

Pepón, el Flaco y el Pardo corrieron al Palacete y dijeron al portero que no fastidiara, pues debían requisar el baño por motivos de utilidad pública.

Efectivamente, había baño. Lo había hecho instalar el loco de Trambini cuando le entró la manía nobiliaria. La caldera, un alto armatoste de cobre, se calentaba con leña. La bañera de hierro esmaltado estaba amarilla de suciedad y llena de patatas y cebollas.

El Flaco voló al taller a buscar ácido, al mismo tiempo que el Pardo y la vieja sudaban al desocupar la bañera y el cuartito. Pepón arremetió con la caldera. Trabajó febrilmente y consiguió llenarla de agua. Resistía bien; entonces él encendió el hornillo.

Cuando al cuarto de hora volvió el Flaco con el ácido, la caldera reventó.

La escuadra tomó tristemente el camino de regreso y delante del albergue encontró al secretario, que esperaba con aire sombrío.

—Hemos encontrado el baño —explicó Pepón—. Pero la caldera reventó.

El secretario lo miró; luego dijo con voz estremecida por el horror:

—No importa. ¡El comendador está bañándose dentro de un cubo!

La gente había vuelto a agruparse frente al albergue y aguardaba.

Sabía que Anteo Bigatti estaba bañándose y lo dejaba en paz.

Pasada media hora, la gente empezó a aplaudir y a gritar: «¡Viva Anteo!». «¡Que salga Anteo!». Llegó la banda, que empezó a tocar una pieza de efecto, y Anteo tuvo que asomarse a la ventana. Vestía una estupenda bata de seda. Sonrió, agitó la blanca mano y el enorme brillante que tenía en el dedo chispeó al sol.

Después el secretario bajó a rogar a la gente que dejara tranquilo al comendador, pues necesitaba descanso y silencio.

Parecía que todo hubiese quedado finalmente tranquilo y que todo habría de proceder bien, pero al atardecer el comendador pidió alguna comida y le trajeron un enorme plato de salchichón y otros fiambres, un pato asado y una fuente de fideos al horno.

El secretario por poco no lloró.

—¡Algo para que coma un cantante, no una leona! —gimió—. Cosas livianas, un caldito, una tajadita de jamón flaco, un pepino, un dedo de vino de Oporto...

El hostelero, que había cortado catorce piezas de fiambre antes de encontrar dos trozos perfectos, se sintió desvanecer.

El caldito, hecho a la ligera, resultó una asquerosidad, el jamón era rancio, el Lambrusco ni de lejos recordaba al Oporto. El pepino tuvo que ser sustituido por un horrendo manojo de rabanitos.

El comendador parecía un Júpiter a quien, en vez de néctar, le hubieran servido una tajada de mortadela.

Mientras tanto, las horas galopaban: el salón estaba lleno, la plaza atestada.

Malo también eso, pues, luego de haber debido proceder como un carro blindado para abrirse paso en la plaza por entre la muchedumbre, Anteo Bigatti encontró la sala llena como un huevo justamente cuando debiera haber estado vacía para que el comendador hubiera podido ensayar con el maestro de piano a los efectos de las tonalidades y las transposiciones.

La gente fue obligada a desalojar la sala. Sobrevino después la tragedia del maestro de piano, que no entendía nada. Al fin todo quedó arreglado y la gente pudo entrar de nuevo.

Pepón, que se había puesto un traje negro dentro del cual reventaba, porque había tenido que pedirlo prestado, cuando la banda hubo ejecutado el himno de Mameli se adelantó en el escenario introduciendo con un majestuoso ademán a Anteo Bigatti, que vestía un frac cortado por el mejor sastre de Piccadilly. El aplauso fue espantoso. Anteo se inclinó del mismo modo que se habría inclinado estando en el escenario del Metropolitan y no en la sala de su pueblo.

Pepón soltó un discurso formidable que concluía así: «Y ahora quisiéramos que el grande Anteo Bigatti, nuestro grande Anteo, antes de cantar dijera alguna palabra a sus amigos».

La cosa fastidió espantosamente a Anteo, que, después de haber vacilado un rato, se adelantó hasta el proscenio y dijo con voz indiferente:

—Cantaré para ustedes *Celeste Aída*.

La gente calló y se quedó mirando a Anteo Bigatti. Éste, lentamente, iba adoptando la postura estatuaría de la Voz Divina que se dispone a regalar al mundo —sucio y miserable— una de las joyas admirables de su cofre.

La escena se desarrollaba en medio de un silencio absoluto, un silencio casi sobrenatural. Anteo Bigatti ya estaba casi a punto: el brillante enorme

que tenía en el dedo estalló en mil resplandores.

El piano preludió. Los labios de Anteo se abrieron. La voz salió y una especie de zozobra se apoderó de la gente. Todos retuvieron el aliento temerosos de turbar el aire donde se extendía ese argénteo hilo canoro. Y el hilo, después de haberse extendido en el silencio, empezó a subir en lentas espirales, hasta alcanzar lentamente las primeras estrellas del cielo y se detuvo un instante para tomar el impulso que lo habría elevado a la cumbre del infinito. Pero entonces, implacable, inequívoco, sonó un gallo colosal, horrendo.

Un gallo atómico, que dejó aterrorizado a Anteo Bigatti y quitó a la gente el poquísimo aliento que le había quedado.

Pero fue cosa de una décima de segundo. Inmediatamente una voz gritó:

—¡Emporio, vete a cantar a la Argentina!

Y cien voces más crepitaron:

—¡Pitació, vete a la cama!

—¡Pitació!... ¡Pitació!... ¡Pitació!...

Fue algo así como una revuelta, un motín, una revolución. Fue un grito feroz, despiadado. El silbido furibundo de cien locomotoras bajo presión.

Después una carcajada brotó en medio de la sala, y otras surtieron en todas partes, hasta que la carcajada se convirtió en un río vertiginoso.

Anteo Bigatti palideció: permaneció inmóvil unos instantes, luego se abalanzó a la puertecita y desapareció. Pocos minutos después entraba en la posada.

—¡Pobre Emporio Pitació, te lo han dado el jamón y el pepino! —gritó a sus espaldas el hostelero con una risotada.

Ni hizo siquiera las maletas: ayudado por el chófer y el secretario, recogió sus cosas al tuntún, y bajando la escalera, las arrojó dentro del automóvil. El inmenso Buick se movió y desapareció rápidamente en la noche.

Eran las nueve. La gente siguió riendo hasta la una, después todos se acostaron porque estaban fatigados de la risa.

A la una y media chisporroteó y se apagó el último «¡Pitació!» y a las dos el pueblo cayó en un sueño de plomo.

La plaza quedó desierta. Los faroles estaban inmóviles porque no soplaba el menor viento.

A las dos y cuarto un enorme fantasma negro se deslizó hasta el borde de la plaza y se detuvo allí.

Un hombre salió de la sombra del fantasma y llegó hasta el centro de la plaza.

De pronto, la hoja sutil de una voz altísima horadó el silencio. Y la voz crecía más de volumen hasta volverse un canto totalmente desplegado. Un canto que corrió rápidamente el pórtico que rodeaba la plaza y luego giró en el cielo y llenó la noche.

Todos se despertaron y entreabrieron las ventanas, y por las rendijas vieron asombrados a Emporio Pitació, quien había vuelto atrás y ahora cantaba en medio de la plaza desierta.

Una, dos, cinco, diez arias: una tras otra, y la última fue justamente la que Emporio había tenido que interrumpir, horas antes, en el salón: *Celeste Aída*.

Cuando llegó al agudo, allí donde el gallo había saltado, la voz se arrojó segura a abordar esa nota, que, acaso, nadie nunca había conseguido alcanzar, y la asió firmemente por el largo tallo, la cogió como si fuera una flor y lo mismo que una flor la depositó delante de la polvorienta cortina metálica de la tienda que tenía escrito en la muestra descolorida:

JOSUÉ BIGATTI E HIJO

EMPORIO

Artículos Domésticos

Después Emporio Pitació entró en su gran automóvil y desapareció. No se oyó un respiro; las celosías volvieron a cerrarse silenciosamente y don Camilo, que también se había alzado para escuchar, volvió a la cama y susurró:

—Jesús, haced que las almas de sus padres lo hayan oído.

PASCUA



Parecía de veras que ese año la Pascua habría de venir a poner el sello lacrado sobre el tratado de paz, pues desde hacía bastante tiempo el pueblo estaba tranquilo, y ya no se hablaba en ninguna parte de huelgas, agitaciones y otras historias progresistas, como si hubiesen sido cosas pertenecientes a un triste y lejanísimo pasado.

—Es demasiado hermoso, no puede durar: debe de tratarse de una maniobra —decía la gente, preocupada, a don Camilo.

Y don Camilo sonreía.

—Aunque esta mañana es de sol, conviene ser previsores y pensar que esta noche puede llover o caer granizo —contestaba—. Y por eso, aunque uno se ponga en viaje con sol, obrará cuerdamente llevando el paraguas. Pero mientras haya sol gocémoslo y no vayamos de paseo con el paraguas abierto. Pensemos en lo peor, pero no conviene desperdiciar lo mejor. Es un necio quien cree que ahorrando la luz del día podrá valerse de ella como luz nocturna.

Don Camilo era prudente, pero estaba seguro de que esa habría sido una hermosa Pascua. Y mientras andaba por el pueblo bendiciendo las casas, tenía el corazón henchido de júbilo.

Sentía, sí, que algo ocurriría al final para amargarle el día, pero todas las veces que le asaltaba el pensamiento molesto, lo rechazaba.

«Mientras haya sol, gocémoslo: abriremos el paraguas cuando empiece a llover».

Un atardecer, concluido el recorrido de las casas, regresaba a la rectoral cuando el pensamiento molesto surgió de nuevo, pero esta vez no pudo desecharlo. Con mayor motivo porque, pasando delante de la casa de Pepón, oyó que lo llamaban. Y era la mujer del alcalde.

—Reverendo —dijo ésta—, si usted mira el registro de los bautismos verá que también nosotros estamos entre los cristianos.

—Lo miraré —contestó don Camilo—. Sin embargo, el hecho es que yo no puedo poner los pies en una casa excomulgada.

—Yo y mis hijos nada tenemos que ver con eso —replicó la mujer—. Yo y mis hijos no hacemos política.

—Claro —refunfuñó don Camilo—. No hacen política, salvo cuando tus hijos van a escribir «abajo el Vaticano» en las paredes de la casa parroquial y cuando tú te las das de partidaria de la paz y explicas al pueblo que los curas están de acuerdo con América y quieren la guerra.

—Política o no, ésta es una casa honrada —afirmó la mujer.

—No lo dudo —replicó don Camilo—. La casa está en regla: no está en regla quien la habita.

Don Camilo iba a seguir su camino cuando asomó a la puerta una viejecita flaca y encorvada, con un pañuelo negro en la cabeza.

—Buenas tardes, reverendo —dijo la vieja—. ¿No me conoce?

Don Camilo la reconoció: se había ido del pueblo muchos años antes, cuando el hermano de Pepón había establecido un taller propio en Trescastillos. Y desde entonces no había vuelto. Don Camilo pensaba que habría muerto allí, pues ya era viejísima cuando había dejado a Pepón para seguir a su hijo más joven.

—Ya pasé los ochenta y seis, reverendo —explicó la viejecita—. Me quedan pocos que vivir, así que antes de cerrar los ojos he querido volver a ver mi vieja casa. Hace una semana que estoy aquí y habría ido a visitarlo, pero me tratan como a una nena de tres años y no quieren que salga sola y no sé qué más. Además, pensé que usted habría venido por aquí con motivo de la bendición de Pascua. Entre, entre, reverendo.

Don Camilo tragó saliva.

—Claro... precisamente —balbució—. El hecho es que yo, como le decía a su nuera...

La voz imperiosa de Pepón lo interrumpió:

—¡Buenas tardes, reverendo! ¿Ha visto qué guapa está mamá todavía?

—¡Algo extraordinario! —exclamó don Camilo—. Parece verdaderamente que para usted los años no pasan.

—¡Pasan, sí; pasan, sí! —dijo riendo la viejecita—. Aquí me tiene doblada como una podadera, y, cuando camino, si no estoy atenta doy un traspié. ¡Pero entre, reverendo!

—¿Y Jacobito cómo está? —preguntó don Camilo.

—Jacobito está hecho un Jacobón como el malcriado de su hermano. Tiene un taller y trabaja bien. Se casó y tiene dos hijos. No quería dejarme venir porque también él tiene la idea fija de que yo me he vuelto una tonta incapaz hasta de poner la nariz fuera de casa. Pero yo se la canté clara: hace treinta años que no te pongo las manos encima, pero si no me llevas en seguida a casa de tu hermano, te doy tantas que te pelo la bocha. Entonces me trajo en el automóvil. Tiene un lindo automóvil de alquiler y no trabaja mal tampoco en ese ramo. Pero entre, reverendo, hablaremos con mayor comodidad. ¡Verdaderamente me alegra ser bendecida en mi vieja casa! ¡Pase, reverendo!

Don Camilo se secó la frente, sudorosa.

—En verdad, como estaba diciéndole a su nuera, yo no puedo...

Se interrumpió porque le llegó inesperado y fulmíneo como una ráfaga de ametrallador, un golpe de talón en el tobillo izquierdo: levantó los ojos y se encontró con los de Pepón.

Don Camilo nunca había visto dos ojos semejantes; eran dos ojos que decían con claridad espantosa: «¡Mire cómo habla o le rompo la cabeza con este martillo!».

Efectivamente, la mano derecha de Pepón empuñaba un grueso martillo. Pero lo extraño era que esa mano le temblaba.

No se sabe si don Camilo quedó más impresionado por esa mirada firme o por esa mano temblorosa: lo cierto es que sacó del bolsillo el enorme pañuelo blanco y amarillo y se secó una vez más el sudor de la frente.

—¿Qué estaba diciendo? —continuó don Camilo para ganar tiempo—. He dado tantas vueltas bajo el sol, que me flaquea la cabeza.

—Estaba diciendo que, como ha explicado a mi nuera, usted no puede —explicó la vieja a su vez.

—Ah, sí —exclamó don Camilo—. Como decía a su nuera, no puedo entrar a bendecir, a causa del recorrido.

—¿El recorrido? ¿Cómo es eso? —dijo la vieja con extrañeza.

—El recorrido en el sentido que se debe respetar una orden. Hay una lista: primero tal casa, luego tal otra, luego tal otra, luego tal otra, etcétera. Sí: procedemos por números para evitar que nazcan celos por haber el cura bendecido una casa antes que otra. ¿Me explicó?

—Así es —aprobó la viejecita—. ¿Ahora no nos toca a nosotros?

Uno de los monaguillos, que habiéndose acercado había escuchado las últimas palabras, intervino:

—Sí, reverendo, ahora toca a ésta. Ya las hemos recorrido todas.

Don Camilo tenía manos anchas como palas y del espesor de un ladrillo: debiendo, por razones obvias, castigar a sus monaguillos, se había visto obligado a adoptar la técnica del pescozón «rasante», de manera que la mano en lugar de caer sobre el objeto, le resbalara por encima. Eso volvía silencioso el pescozón y de peso soportable. Sólo gracias a esta astucia la viejecita no advirtió el azote que había caído sobre la cabeza del monaguillo.

—Si ésta es la última, quiere decir que la lista de los números se acabó. ¡Así que ahora nos toca a nosotros, reverendo!

Dicho esto, se encaminó a la puerta.

Don Camilo mandó a los monaguillos volver a la casa parroquial, después miró con ojos feroces a Pepón y mientras seguía a la vieja, le hizo señas para que no entrara.

Y Pepón con otra seña contestó que no se habría movido de allí.

Pero, cuando estuvieron en el vestíbulo, la vieja miró alrededor y gritó:

—¡Vamos, entra, cabeza de chorlo! ¿Qué esperas afuera?

Pepón abrió los brazos como para decir que él no tenía la culpa y entró.

Don Camilo, empuñando el hisopo con la gentileza con que habría manejado una cachiporra, bendijo el vestíbulo, después pasó a la cocina, después a la salita y después subió al primer piso a bendecir los dormitorios.

Descendió con presión muy alta, pero la viejecita tenía claro el juicio y no aflojó.

—¿Y el taller? Hay que bendecir también el taller —dijo—. ¡Donde se trabaja hace falta la bendición de Dios más que en cualquier otro lugar!

La puerta que comunicaba el taller con la casa estaba en el vestíbulo frente a la de la cocina.

—Usted, abuela, vaya a prepararme un buen vaso de limonada —dijo don Camilo a la viejecita—. Bastante ha subido y bajando escaleras. Voy solo.

—Ve también tú, cabeza de chorlo —intimó la vieja.

Se encontraron solos don Camilo y Pepón en el taller desierto y silencioso.

—Ella no sabe nada, pobre vieja —explicó Pepón—. Por eso no queremos que vaya por ahí a escuchar habladurías. No sabe nada de lo que sucede. Si ella supiera que yo estoy entre los de la excomunión, le daría un ataque.

—¡Pero yo lo sé! —gritó don Camilo—. Y lo sabía. Y aun sabiéndolo he hecho lo que hice. ¡Es un sacrilegio!

Pepón encogió los hombros.

—No digamos palabras hinchadas, reverendo. No mezclamos luego la política. Yo no creo que el Padre Eterno haya de ofenderse si un cura se comporta de vez en cuando como un hombre de bien. ¡Además, es una cosa que sucede tan raramente!

Don Camilo levantó el puño para dejarlo caer sobre la cabeza de Pepón: notó entonces que la mano todavía empuñaba el hisopo.

—Que Dios me perdone e ilumine las tinieblas que oscurecen esta cabeza de madera —dijo don Camilo convirtiendo el ademán de amenaza en el ademán de bendecir.

—*Amén* —masculló Pepón bajando la cabeza.

En la cocina, la viejecita esperaba con la limonada preparada.

—¿La quiere dulce, reverendo? —preguntó.

—Dulce, muy dulce —contestó don Camilo—. Tengo la boca amarga como si hubiese comido alquitrán.

—Mala digestión —sentenció Pepón descaradamente.

La vieja, mientras don Camilo bebía la limonada, había ido a hurgar en el aparador, y volvió con un cestillo que contenía seis huevos.

—¡No, gracias, no se incomode! —protestó don Camilo vivazmente.

Pepón se acercó.

—Mis gallinas no están inscritas en el partido —dijo en voz baja.

—Si no se los lleva, me ofende —declaró la viejecita.

Don Camilo se puso en el bolsillo los seis huevos y se dirigió resueltamente hacia la puerta.

Afuera hacía guardia la mujer de Pepón.

—Un momento —dijo la mujer a don Camilo, impidiéndole atravesar el umbral.

Después se hizo a un lado.

—Ya pasó. Era Barchini, en bicicleta. Ahora puede salir tranquilo, que nadie lo ve.

—¡Nadie, menos Dios! —exclamó sombríamente don Camilo.

—Eso no importa —afirmó con naturalidad la mujer—. Dios no es un charlatán y no le acarrearé disgustos.

Cuando, por la noche, don Camilo fue a arrodillarse ante el altar mayor, el Cristo crucificado le preguntó si todo había funcionado bien.

—Todo —respondió don Camilo.

—Y si todo anduvo como debía ir, ¿por qué no estás contento, don Camilo?

—No estoy contento porque estoy contento por algo por lo que de ningún modo debiera estar contento.

Don Camilo suspiró; después, alzando los ojos preguntó:

—Jesús, ¿no sería mejor que yo, en vez de seguir oficiando de sacerdote, fuera a trabajar de veterinario?

—No —respondió sonriendo el Cristo—. Los caballos no necesitan asistencia espiritual. Los hombres, en cambio, necesitan cada día más.

—Jesús, si yo dijera lo que he hecho, mudaríais de parecer.

—No, don Camilo: mudaría de parecer si Pepón no fuese un hombre y se hubiese vuelto un caballo.

EL PANZER



—¡Tengo una cosa aquí! —exclamó el viejo Dorini dándose una puñada en el pecho.

Don Camilo perdió la paciencia.

—Escuche: hace media hora que me está repitiendo como una maquinita esas solas palabras. O usted se decide a vaciar el costal explicándome qué demonio tiene en el estómago, o yo lo pongo en la puerta y me voy a la cama.

—Reverendo, se trata de una cosa gorda —dijo con voz quejumbrosa el viejo Dorini.

—¡No será, supongo, un buey lo que usted tiene dentro del pecho! —exclamó don Camilo.

—Peor que eso —gimió Dorini—. Si se tratara solamente de un buey, sería una tontería.

Don Camilo se paró, salió de atrás de la mesa y fue a plantarse con los puños en las caderas ante el viejo.

—Bien, ¿puede saberse de qué se trata? —gritó.

—Con exactitud no lo sé porque no soy práctico en esas cosas —balbució el hombre—. Se trata de uno de esos armatostes de hierro con llantas orugas.

—¿Un tractor?

—Algo así. Pero con un cañón arriba.

Don Camilo lo miró turbado y pensó que los casos eran dos: o el viejo Dorini estaba borracho, o se había vuelto loco.

—¿Un tanque? —preguntó.

—Un tanque o cosa parecida. Hace cinco años que lo tengo aquí dentro y no me deja dormir.

Si el viejo Dorini tenía un coche armado en el estómago era natural que no pudiera dormir. No le parecía igualmente natural a don Camilo que el viejo Dorini estuviera mezclado en un negocio de tanques.

—Es un asunto antiguo, de abril del 45, cuando los alemanes se retiraban —explicó el viejo—. Uno de esos carros atravesó mis campos para llegar al camino. Cerca de la era se paró porque se le había roto dentro no sé qué. Entonces se abrió la tapa y saltaron al suelo tres alemanes, que empezaron a blasfemar en su lengua. Dieron vueltas en torno de la máquina y uno se fue probablemente a pedir ayuda, mientras los otros dos quedaban esperándolo. Poco después uno llegó a la era e hizo señas de que tenía sed. Le hubiéramos dado la bodega entera con tal que se marchase. También llegó el otro y empezaron a beber botellas a gollete. Nunca vi gente con un estómago semejante. El que había ido a pedir ayuda tardaba en volver y los dos alemanes seguían trincando como si el vino fuese agua azucarada. Nosotros tenemos vino viejo, que golpea fuerte: a la media hora o poco más, esos desgraciados parecían dos trapos... Entonces hicimos el disparate.

El viejo Dorini se interrumpió y soltó un largo suspiro.

—¿Qué diablos hicieron? —exclamó don Camilo alarmado—. ¿Los mataron?

El viejo meneó la cabeza:

—Por amor de Dios, reverendo: ¿le parece que somos gente capaz de matar a cristianos que no nos han hecho ningún daño? Como por el camino pasaban otros alemanes, detuvimos un camión e hicimos entender que había dos borrachos. Entonces un sargento que parecía un elefante saltó al suelo, agarró por el cuello de la chaqueta a los dos desgraciados y los metió en el camión como si hubieran sido dos bolsas de trapos. ¡Y en marcha!

Don Camilo preguntó perplejo:

—¿Eso es todo el disparate?

—No, solamente es la primera parte —explicó el viejo—. Porque mis dos hijos, visto que nadie aparecía, echaron paja sobre el tanque. Y cuando una hora después el de los tres que había ido en busca de ayuda volvió con un coche de auxilio, le explicamos que los otros dos habían arreglado el tanque y habían partido hacía ya media hora.

Don Camilo miró con asombro al viejo Dorini: no le parecía posible una historia de ese calibre.

—Todos tenían una maldita prisa por huir —explicó el viejo con sencillez—. Cuando uno huye, no anda en muchas sutilezas. Y además usted lo sabe, reverendo; bastantes cosas han dejado en todas partes los alemanes. Y se han visto muchos camiones y tanques arrojados en un canal para que no obstruyeran el camino.

—Comprendo —observó don Camilo—. También hicieron ustedes bien en esconder el tanque. Sin embargo, no comprendo cómo tienen todavía sobre el estómago ese artefacto.

El viejo abrió los brazos.

—Codiciábamos esa máquina: habíamos pensado hacer con ella un tractor para arar. Por lo tanto, durante la noche quitamos la paja, cubrimos muy bien la máquina con lonas y después le echamos encima una pila de fajina que estaba a veinte metros de distancia. Un trabajo pesado, reverendo; pero hoy, aunque usted lo sabe, no podría de ningún modo comprender que bajo esa pila de leña está el tanque. Durante estos cinco años hemos renovado la fajina para que no se pudriera. Algo bien hecho.

Don Camilo miró al viejo agresivamente.

—¡Muy bien! —gritó—. Pero ¿por qué ha venido a contarme a mí esta historia? ¿Puede saberse qué tengo que ver yo con las porquerías de ustedes?

—Reverendo —gimió el viejo—, ¿a quién quiere que vaya a contárselas? Solamente usted puede ayudarme a librarme de esta pesadilla. ¡Yo no quiero más ese maldito armatoste en mi casa! Si lo descubren pueden pensar quién sabe qué.

—¡Apenas los alemanes se marcharon, ustedes debían haber denunciado el tanque a las autoridades!

—Pensábamos transformarlo en un tractor, reverendo. En esos días todo parecía posible. Al fin y al cabo, ¿qué mal hemos hecho? El tanque quedó allí sin que nadie pudiera tocarlo. Ahora queríamos que la autoridad lo encontrara. Pero no bajo nuestra leña o en nuestros campos. Bastaría poder llevarlo afuera o abandonarlo en el camino a algún kilómetro de distancia.

Era una idea de chiflados y don Camilo se lo explicó al viejo:

—Claro que sí: lo llevamos a unos cuantos kilómetros y después lo dejamos allí, junto a la zanja. Pasa cualquiera y dice: «Mira qué cosa, alguien ha perdido un tanque; hay que llevarlo a la oficina de objetos perdidos y hallados». ¡Y allí acaba todo! ¿No comprende que después habrá investigaciones y más investigaciones? ¿No comprende que los carabineros interrogarán hasta a los terneros de toda la región? ¿No comprende que se sabrá la verdad? Y ante todo, ¿quién podría llevar el tanque lejos de su casa?

El viejo empezó a sollozar y, viéndolo tan desesperado, don Camilo se calmó.

—Váyase y deme tiempo para pensar qué es lo que puede hacerse y para encontrar quien pueda ayudarme.

—Hágalo usted.

El viejo se fue, y don Camilo, en vez de acostarse, se quedó meditando sobre la extraordinaria historia del tanque.

Celebrada la misa de la mañana, don Camilo corrió a casa de Pepón. Lo encontró en el taller.

Apenas lo vio aparecer, Pepón puso la cara del hombre a quien le ha venido súbitamente un tremendo dolor de muelas.

—Pepón —dijo don Camilo—, ¿te sería útil un auto armado?

Pepón lo miró ceñudamente.

—Si se tratara de uno pesado y si usted se comprometiera a quedarse quieto mientras yo le paso encima, sí.

—No sé qué tipo de tanque es —explicó con calma don Camilo—. Sé que es un tanque alemán, y por lo tanto, una cosa maciza. Habría que sacarlo de cierto lugar y llevarlo a algunos kilómetros de distancia.

Pepón se echó el sombrero sobre la nuca.

—Reverendo, ¿ha dormido de pie esta noche? —preguntó.

—No he dormido de ninguna forma —respondió don Camilo—. Se trata de librar de una pesadilla a un desgraciado que ha tenido escondido en su casa un tanque. Se lo habían dejado en la era los alemanes mientras huían. Él inmediatamente pensó servir a la causa de la resistencia ocultando la máquina bélica. Después, cuando concluyó la guerra, no se sintió con fuerzas para entregar el *Panzer* a las autoridades: le había tomado cariño. Ahora quisiera quitarse ese peso del estómago. Y ha llegado hasta mí, no para confesar a Dios su pecado, sino para pedir mi ayuda material. Yo no soy práctico en tanques, así que si no me das una mano, vamos mal.

Pepón no podía convencerse de que don Camilo hablara en serio.

—Son asuntos que no me interesan —dijo—. Vaya al Vaticano a contarlos. Allí hay gente que entiende de tanques.

Don Camilo no se alteró.

—Sucedec también que el buen hombre al que el *Panzer* le pesa sobre el estómago, tiene algún hijo inscrito en un partido, digamos, de extrema izquierda. El *Panzer* no fue escondido, según me consta, esperando sostener con él la revolución proletaria; pero si las autoridades policiales descubrieran ahora el *Panzer* en esa casa, ¿quién podría evitar que los habitantes malignos lo relacionaran con la revolución proletaria?

Pepón se encogió de hombros.

—Haga lo que le parezca, reverendo: yo tengo mis papeles perfectamente en regla y no sé nada de autos armados.

—Ahora lo sabes porque yo te lo he dicho —rebatíó con tranquilidad don Camilo—. Si yo hubiera querido explotar el asunto desde el punto de vista político, en lugar de venir a verte habría ido directamente a avisar a los carabineros. En cambio, si bien es mi propósito que el *Panzer* sea entregado a las autoridades, no quiero causar fastidios a nadie, de ser posible. Vete a dar una mirada al *Panzer*, y mira si puede ponerse en movimiento. Elegimos un momento favorable, lo llevamos hasta la Hoya del Bosque y allí lo dejamos. Después avisamos a quien corresponde y hacemos que lo encuentren.

Pepón dio un martillazo en el yunque.

—¡Extraordinario! O mejor, maravilloso, pues para hacer la cosa más perfecta se hace poner en marcha a Pepón y se advierte a quien corresponde, en el momento justo, de manera que Pepón sea pescado mientras anda paseando el tanque. Así recobramos el *Panzer* y conseguimos librarnos de Pepón, quien va a presidio.

Don Camilo meneó la cabeza:

—Es una buena idea, pero a mí no me conviene. Porque si Pepón acepta lo que digo, dentro del tanque, junto con él, estaré yo también.

Pepón lo miró largamente sin hablar. Pero era un silencio que valía un discurso completo.

La misma noche se encontraron detrás de la pila de leña. El viejo Dorini había recibido la orden de no sacar siquiera la nariz por la ventana. Echaron al suelo algunas capas de fajina hasta descubrir la tapa de la torrecilla. Pepón había llevado consigo la linterna eléctrica y se hundió dentro del casco de hierro. Permaneció un largo rato y cuando subió estaba bañado en sudor.

—Para empezar hay que volver a cargar la batería —explicó—. Después veremos. El motor parece marchar bien.

Reconstruyeron la pila y se fueron.

Regresaron dos noches más tarde con la batería cargada. Era una noche tormentosa, de viento y truenos: parecía hecha a propósito para esa aventura. Pepón trabajó unas dos horas dentro del casco, luego se asomó un instante y dijo:

—Voy a intentar ponerlo en marcha: si usted nota que corremos peligro, avise, que paro.

Pero no había nada que temer: Pepón tocó cuanto quiso y cesó solamente cuando la batería quedó descargada. Salió del catafalco imprecando contra los alemanes y todas sus máquinas. Pero dos noches más tarde volvió y, después de haber trabajado dos horas, al fin logró hacer zumbear el motor.

La leña volvió a ser puesta en su lugar.

—La primera noche de temporal damos el golpe —explicó Pepón.

Después pensaron, en cambio, que habrías sido mejor elegir una noche normalísima: era el tiempo de arar y a partir de las dos de la madrugada zumbaban motores en todas partes, en los campos y la oscuridad era rota acá y allá por los faros de los tractores. Para llegar a la Hoya del Bosque no era preciso ir por el camino: bastaba conocer los carriles. El peligro no era excesivo.

Pepón, en el último momento decidió que don Camilo no debía entrar en el *Panzer*: después de estudiar de día el recorrido, don Camilo la noche elegida lo habría precedido como guía.

—Si me gasta alguna broma de cura, le disparo un cañonazo —le advirtió.

Don Camilo estudió el recorrido con suma diligencia y así llegó la noche famosa. Los Dorini estaban acostados con el corazón palpitante y la cabeza metida bajo la almohada. Pepón, después de quitar la fajina necesaria para entrar en el vientre del *Panzer*, puso en movimiento el armatoste e inició la

marcha con decisión, mientras don Camilo, santiguándose de prisa, encomendaba su alma a Dios.

La pila de leña se sacudió: las llantas del *Panzer* molieron maleza durante unos pocos minutos, luego la pila se movió, desmoronándose a medida que la bestia de acero seguía adelantando. Y al fin el *Panzer* recobró la libertad. No era una de las bestias mayores; con todo, era algo singular: don Camilo, habiéndose alzado la sotana, corría como perseguido por el monstruo.

El ruido era tal que erizaba los pelos, pero los motores cantaban en la noche y confundían las cosas. Además, estaban en el baile y había que bailar.

Pepón conocía su oficio: durante la guerra había reparado camiones militares y tanques, y marchaba tranquilo y seguro. Más bien parecía entretenerse.

No fue un viaje azaroso: llegado al Canal grande, que estaba casi seco, el *Panzer* entró en el cauce y empezó a marchar sobre la grava. Eso estaba previsto para no dejar huellas. Pero allí don Camilo hizo parar el *Panzer* y se metió él también adentro. Estaba cansado y quería su parte de diversión.

Marcharon bien hasta los Dos Chopos, subieron a la otra orilla y dieron allí mismo con la Hoya del Bosque. Entrados que hubieron en el matorral y entre la hojarasca, apagaron el motor y se quedaron escuchando, con el corazón que parecía tener seis cilindros y andaba a toda velocidad.

Oyeron zumbiar los motores de los tractores: la poca gente que estaba despierta eran sus conductores: fuera del estruendo de sus máquinas no habrían podido oír otra cosa.

—Con la ayuda de Dios parece que todo ha ido bien —susurró don Camilo.

—Con la ayuda de Dios y de ese desgraciado de Pepón —precisó éste.

Permanecieron todavía algún tiempo aguardando en silencio, sentados en la hoya.

—Pero es una lástima arrojar a los desperdicios una máquina tan hermosa —suspiró de repente Pepón.

—No se pierde —contestó don Camilo—. Todavía servirá.

—¡Sí, tal vez sirva para vuestra puerca guerra! —rugió Pepón.

—¡Mejor que sirva para nuestra guerra que para vuestra paz! —replicó don Camilo—. Y además debes sentirte orgulloso de haber colaborado en la reconstrucción del ejército de tu país.

Pepón perdió la calma y se movió mucho. Al agitarse, tocó con los pies un sinfín de cosas que más le habría valido no tocar.

Y como el cañoncito del *Panzer* estaba cargado, para testimoniar el perfecto municionamiento alemán dejó partir el tiro.

Fue algo espantoso: un cañonazo a esa hora y en esa situación produce muchísima mayor zozobra que el estallido de una bomba atómica.

Don Camilo y Pepón salieron como despedidos de la hoya, a todo correr, y sólo se detuvieron cuando les faltó el aliento.

Habían llegado al pie del dique cercano al río grande y allí permanecieron sin atinar a pensar en nada. Finalmente Pepón balbució:

—¿Dónde habrá ido a dar?

—¿Quién?

—¡El proyectil, caramba!

—¿El proyectil?

—¡Naturalmente! ¡No creerá usted que los alemanes anduvieran con los cañones cargados de mortadela!

Trataron de recordar cómo diablos estaba orientado el maldito cañón, pero no lo consiguieron.

Regresaron al pueblo a campo traviesa y encontraron en la plaza una confusión espantosa.

Se habían lavado en la casa parroquial la cara y las manos, y se metieron en medio de la gente.

—¿Qué sucede? —preguntó Pepón con voz imperiosa.

—¡Alguien ha hecho volar con una bomba la paloma de la paz! —explicó el Flaco agriadísimo.

Y, en verdad, la enorme paloma de la paz, de madera barnizada, que Pepón hiciera izar sobre el techo de la Casa del Pueblo, estaba hecha añicos.

—No recojamos la provocación, aunque sea sangrienta —gritó Pepón—. La indignación espontánea del pueblo será suficiente para marcar a fuego esta acción criminal de los enemigos del pueblo. ¡Viva la paz!

—¡Viva! —gritaron los demás, encaminándose a sus casas para volver a acostarse. Todos tenían sueño, y además, cuando la reacción pone en el tapete el argumento de las bombas, las fuerzas revolucionarias se sienten atraídas más que nunca por la vida pacífica.

A la Hoya del Bosque nunca iba nadie, y el *Panzer* podía dormir tranquilo. Los Dorini dispusieron del tiempo necesario para revolver con el arado todos los prados que el *Panzer* había cruzado y para esconder bajo una espesa capa de maleza el *Panzer*, ya oculto entre la hojarasca de la hoya.

Cuando todo estuvo en orden, don Camilo fue a aconsejar al jefe de los carabineros que mandase hacer una inspección en la hoya.

—Creo que usted conseguirá recuperar un tanque alemán en perfecta eficiencia —le dijo confidencialmente.

El jefe fue a ver y poco después estaba de vuelta.

—¿Como yo decía? —preguntó don Camilo.

—Como usted decía —contestó el jefe—. Encontré el tanque en perfecta eficiencia. Sólo que no es alemán, sino americano.

Don Camilo abrió los brazos:

—Los detalles son de importancia secundaria: lo que cuenta es el concepto.

Después, cuando, pasado cierto tiempo, encontró al viejo Dorini, le dijo:

—¡Desgraciado! Aquéllos no eran alemanes que huían; eran americanos que llegaban.

El viejo se encogió de hombros:

—Reverendo, Italia es un puerto de mar: éste va y el otro viene. ¿Cómo puede saberse quién es el que va y quién es el que viene? ¡Como todos hablan lenguas extrañas!

Y a él tampoco le faltaba razón.

VICTORIA PROLETARIA



El Flaco apagó la radio y el silencio cayó en la habitación semioscura y fría.

Durante muchas horas los hombres del estado mayor habían esperado con ansiedad el boletín, y ahora que el boletín había llegado nadie se sentía con fuerzas para hablar.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó al fin el Pardo.

—La situación es delicada —respondió Pepón—. Justamente por eso conviene no perder la calma. Antes que nada hay que aumentar la vigilancia. No conocemos las intenciones de los adversarios y, para empezar, debemos poner en seguridad ficheros y documentos.

En verdad, los adversarios no movieron un dedo: se limitaron a comentar sobriamente la desaparición del *padre de los pueblos*: «¡Uno menos!».

Don Camilo, a quien un agente provocador quiso sonsacar, se encogió de hombros:

—Son asuntos de su estricta competencia: es él ahora el que debe entenderse con el Padre Eterno.

—A mi parecer es un hombre que por haber hecho tanto bien a los pobres entrará derecho en el Paraíso —replicó el agente provocador.

—Si el Padre Eterno ha confiado la administración del Paraíso a Roosevelt es probable que Stalin entre en el Paraíso —refunfuñó don Camilo.

Pepón se dio cuenta de que la vigilancia debía ser reforzada, no tanto hacia lo exterior, cuanto en lo interno del partido.

—Muchos de los nuestros están aplastados por el dolor de la pérdida del jefe —dijo Pepón—. Hay que levantarles el ánimo, galvanizarlos.

Después decidió armar el altarcito, y éste fue levantado delante de la Casa del Pueblo. El gran retrato del Jefe destacaba sobre un hermoso fondo de banderas rojas, iluminadas por una gran estrella hecha de lamparitas eléctricas.

Armado el altarcito, Pepón dijo a los hombres del estado mayor:

—Entiendan bien: no deben tolerarse provocaciones. Vengan de donde vengan. El momento es delicado: los adversarios creen poder levantar cabeza. Hay que obrar sin vacilaciones. Hacer comprender a la gente que nada ha cambiado. Vigilen con los ojos y los oídos abiertos. Intervenir en los casos sencillos. Referir en seguida en los casos complicados.

Y el caso complicado se presentó en el acto. El que llevó la noticia fue el Flaco.

—Jefe —dijo el Flaco—, ¿el partido puede dar una paliza a la vieja Desolina?

La vieja Desolina tenía ochenta y tres años y parecía la *réclame* del dolor de riñones.

—No digamos estupideces —contestó Pepón—. ¿Qué tiene que ver con nosotros la vieja Desolina?

—Tiene que ver porque por su culpa el pueblo se está riendo a nuestras espaldas.

Pepón se quedó sorprendido.

—¿Qué ha hecho esa infeliz?

—Ha expuesto un letrero que todos van a leer.

—¿Un manifiesto contra nosotros?

El Flaco abrió los brazos:

—Jefe, es difícil explicarlo. Acompáñame a la tienda de Desolina y verás.

Se pusieron en camino y se encontraron pronto en medio de un grupo de burlones reunidos frente al tenducho de Desolina. Cuando la gente vio a Pepón, disolvió la reunión. Éste tenía una cara que no prometía nada bueno, y todos lo notaron.

Un letrero estaba pegado de la parte de adentro al vidrio de la muestra del tenducho y apenas Pepón leyó lo que estaba escrito en él, apretó los puños y entró.

El comercio de Desolina era un tabuco en el que uno podía apenas moverse: un triste mostrador y un estante con cuatro cajas constituían todo el capital del establecimiento. La mercadería la formaban algunas piezas de cintas de algodón, algún cartón de botones, unos sobrecitos de agujas, un manojo de cordones de zapatos, dos frascos de caramelos de color y cosas parecidas.

Pero el tenducho de Desolina era importante por la especialidad cuya concesionaria exclusiva ella era en la zona.

Desolina, en efecto, se prestaba a sacar los números de la lotería con motivo de cualquier acontecimiento, de cualquier sueño. Por eso un montón de gente frecuentaba su tienda. Y no en vano, pues más de una vez la vieja había acertado.

Viendo entrar a Pepón, Desolina alzó los ojos. Era una viejecita serena e imperturbable, que nunca se sorprendía de nada.

—Oiga —preguntó Pepón—, ¿qué significa ese letrero que ha expuesto?

—El letrero lo dice —explicó la viejecita—. Son los números del muerto.

—Y ¿por qué le agregó la explicación? —preguntó Pepón insistiendo.

La viejecita movió la cabeza:

—Era un ir y venir continuo: todos querían los números del muerto y todos querían la explicación. Ya no se podía vivir. Por eso expuse el letrero con los números y con la explicación.

El Flaco intervino:

—¡Ésa no es una explicación, es una provocación! —exclamó.

La vieja lo miró perpleja. Sacó del escaparate el letrero y lo colocó sobre el mostrador.

—A mí me parece que todo está claro —dijo. Y leyó en voz alta el letrero:

Números de la muerte de Stalin

23 — *Bandido*.

18 — *Sangre*.

62 — *Asombro*.

59 — *Fausto acontecimiento*.

Desolina miró a Pepón.

—¿Qué le encuentra de extraño? ¿Era o no un bandido? Y si era un bandido, es el 23.

—¡No digamos estupideces! —gritó Pepón—. ¡Era el hombre más bueno y más grande del universo, uno que ha hecho la mar de bien a los pobres!

La vieja movió la cabeza:

—Era un descomulgado, un sin Dios, un anticristo que mataba a los curas y a todos los que no pensaban como él. Así que era un *bandido* y su número es el 23. Como era un bandido y ha hecho matar millones de personas, el segundo número es el 18, porque la *sangre* es el 18. El tercer número es el 62, que significa *asombro*. En efecto, la muerte ha asombrado a todos. A los contrarios, que se han asombrado de que el Padre Eterno lo haya tenido con vida tanto tiempo. A los de su partido, que se han asombrado de que un hombre todopoderoso como él pudiera morir lo mismo que todos los demás. Y después viene el *fausto acontecimiento*. Si no es un *fausto acontecimiento* la muerte de un tipo como ése, ¿de qué podemos alegrarnos en el mundo? Por lo demás, basta hablar con la gente para enterarse de cómo están todos contentos. Así que el cuarto número es el 59, que significa fausto acontecimiento.

Pepón, de rabia, echaba espuma.

—¡Desolina, yo, si quisiera, podría hacerla arrestar! —exclamó—. Ésta es toda una denigración infame. Una puerca provocación política.

—Éstos son los números del muerto —afirmó tranquila la viejecita—. Quien los quiere jugar los juega, quien no los quiere jugar no los juega.

—¡Usted retira ese letrero y no lo expone más! —gritó Pepón.

La viejecita se encogió de hombros:

—Tengo ochenta y tres años —suspiró— y ésta es la primera vez que me dan una orden semejante. Llévase el letrero si quiere: daré de palabra los números del muerto.

Pepón ocultó el letrero bajo la capa e hizo ademán de salir. Luego se volvió.

—Desolina —dijo con voz serena—, usted está haciéndole el juego a algún canalla que se sirve de una pobre mujer para ofendernos. Eso no está bien.

—Yo no hago el juego a nadie —replicó la vieja—. Yo hago el juego de la lotería. Los números del muerto son éstos, y estos números se los doy a quien me los pide.

Pepón movió la cabeza:

—Desolina, no me tome por estúpido. Sea sincera: estos números se los ha sugerido alguien y usted se ha prestado porque ese alguien quizá sea el párroco, y entonces lo que dice el párroco es el Evangelio para usted, que es de iglesia. Si quiere acertar los números del muerto, saque otros, hágame caso.

—¡Los números del muerto son éstos! —porfió la viejecita—. Y si debo acertar los números del muerto no puedo sacar sino éstos: *Bandido, sangre, asombro, fausto acontecimiento*. 23, 18, 62, 59. Mi oficio lo conozco.

Más tarde la escuadra de vigilancia fue a decir que se había agolpado más gente frente a la tienda de Desolina: también llegaba de los pueblos vecinos para que la vieja les diera los números con «explicación».

—¡A esos malditos no les interesan absolutamente los números: les interesan las «explicaciones»! —exclamó el Flaco.

—¡Esto no puede continuar! —gritó encolerizado Pepón—. ¡Es una provocación insoportable! ¡Hay que hacer algo!

El Brusco, que sólo hablaba en los casos de emergencia, hizo oír su voz:

—Por mí, mientras tanto, empezaría por jugar los números...

Pepón saltó en pie y lo aferró por el pecho.

—¡Brusco —gritó—, supongo que estás bromeando!

El Brusco abrió los brazos:

—Jefe, di lo que quieras: hasta mañana a las doce hay tiempo. Yo voy por la mañana a la ciudad y sin que nadie sepa nada, juego los números.

—¡Brusco, me horrorizas! —dijo Pepón horripilado.

—Jefe —contestó el Brusco—, la política es la política, la lotería es la lotería. Yo, de los números de Desolina tomo en consideración solamente la parte que concierne a la lotería. Al fin y al cabo, Desolina acierta a menudo y los números pueden salir.

—¡No pueden salir! —gritó Pepón—. ¡Están fundados sobre la mentira y la más inmundada especulación propagandística!

Ya llegaba la noche y la reunión se disolvió sin más palabras.

El desagradable episodio del Brusco había indignado sobremanera a Pepón, que cuando se hubo acostado, no consiguió conciliar el sueño y estuvo revolviéndose entre las sábanas como si hubiese comido un gato vivo.

Oyó tocar las horas en el campanario. Las oyó tocar todas y cuando dieron las cinco y media, alguien lanzó desde la calle una piedra contra la ventana.

Pepón se asomó: era el Brusco.

—Jefe, ¿te hace falta algo? Voy a la ciudad.

Pepón le arrojó un atadizo.

—Terno y cuaterno en todas las extracciones —dijo ferozmente.

Después golpeó con violencia las persianas y volvió a la cama. Sólo entonces pudo dormirse.

Se levantó tardísimo y no se movió de casa. A las seis y treinta de la tarde llegó corriendo el Flaco:

—Jefe, ¿oíste la radio?

—No.

—Hay grandes novedades. Ven en seguida a la Municipalidad.

Apenas Pepón entró en su despacho, el Brusco corrió a su encuentro agitado:

—¡Salió el terno en el sorteo de Milán!

Pepón se secó el sudor.

—¡Yo saco unas trescientas cincuenta mil liras! —dijo—. ¿Y vosotros?

—Ídem: hemos jugado lo que tú jugaste.

—Bien... ¡si hubiese salido el cuaterno! —jadeó Pepón—. ¿Qué número no salió?

—¡El 62, el del asombro! —explicó el Pardo.

—¡Uno podía figurárselo! —observó el Brusco—. *Bandido, sangre, fausto acontecimiento*: eso tenía un sentido. ¡Pero el *asombro* no tenía nada que ver! ¿Qué asombro puede causar que un viejo muera cierto día?

El Largo recibió la orden de atrancar las puertas y ventanas e ir a buscar algo para comer y para beber.

Comieron y bebieron allí mismo, en el despacho de Pepón, y a la una de la noche todavía estaban comiendo y bebiendo.

A la una de la noche el Flaco llenó el vaso y se puso en pie:

—¡Bebamos a la salud del gran Jefe! —exclamó con voz solemne—. ¡Recordemos que si él no hubiera muerto, nosotros no habríamos ganado el terno!

—¡Él no ha muerto porque su obra está viva y es eterna! —precisó Pepón levantando el vaso. Después cortó unas rodajas más de embutido.

El viento corrió impetuoso por las calles esa noche. Pero no llegaba de la estepa. Era viento casero.

MENELIK



Giarón el carretero era tan conocido como la ruda, y en el pueblo todo se sabía sobre Giarón salvo una cosa: si era más bestia él o su caballo.

En general a la gente ordinaria se le escapa, cuando habla, algún terno: a Giarón, al contrario, cuando hablaba se le escapaba alguna palabra limpia, pues su vocabulario estaba compuesto exclusivamente de ternos, y los ternos no son palabras.

Giarón había conocido tiempos espléndidos y poseído nueve magníficos animales de tiro: seis caballos y tres hijos. En aquel entonces, cuando uno del pueblo o de los alrededores se ponía en camino en un carro, en bicicleta, en moto o en automóvil, debía todas las veces rogar al Padre Eterno que no lo hiciese cruzarse con algún Giarón.

Excepto la carretera provincial, los caminos de la tierra baja eran todos, poco más o menos, senderos, y cada Giarón se creía con derecho a decirle al que le pedía paso: «Yo voy por mi camino, ¿por qué pretendes que te lo ceda? ¡Déjame dormir y arréglate!».

Mal negocio despertar a un Giarón cuando dormía de bruces sobre la carga de grava o de arena de su carro. Mal negocio, porque todos los Giarón estaban hechos de la misma pasta condenada y estaban siempre dispuestos a dejar caer palos con el mango del látigo o sacudir palazos.

Por lo demás, en esos tiempos no solamente pensaban así los Giarón: el hecho de salir del camino y ceder el paso a alguien era una cuestión de honor para todos los carreteros en general. Y ni siquiera se trataba de maldad o de prepotencia. Cuando el carretero volvía del río después de haber cargado un montón de material, se sentía con derecho a ser dejado en paz: se echaba boca abajo sobre la arena fresca y mientras el sol le tostaba la espalda se dormía y dejaba que el caballo se las arreglase por sí solo. Y el caballo iba tirando y arreglándose hasta donde podía.

Los caballos de los carreteros eran excelentes animales, los mejores del mundo, y la gente estaba de acuerdo en decir que eran menos animales que sus dueños. Sólo en el caso del caballo de Giarón padre, la gente estaba algo dudosa. Porque el caballo de Giarón padre no se limitaba a andar por su camino mientras dormía el dueño; cada vez que pasaba delante de una hostería se paraba y se quedaba hasta tanto no despertara Giarón.

—No —decía siempre don Camilo—, a mi parecer Giarón es más bestia que su caballo porque él ha sido el que lo ha acostumbrado a pararse delante de cada hostería. El caballo se limita a hacer lo que le han enseñado.

—En mi opinión, en cambio, es más bestia el caballo que Giarón —explicaba alguien—. Porque un caballo por bestia que sea tendría el deber moral de razonar cuando el razonamiento de su dueño no funciona. Un caballo que no fuera más bestia que Giarón no quedaría parado delante de cada hostería para obligar al dueño a despertarse y bajar a rellenarse de vino.

Discusiones peregrinas, bobadas si se quiere, pero que sirven para explicar qué tipo era Giarón y qué especie de tipos podían ser los hijos de un condenado semejante.

Giarón, pues, había conocido tiempos espléndidos; luego, en cierta ocasión se había producido el lío.

Entrando una noche en su casa Giarón encontró que sus tres hijos tenían un aire diferente del acostumbrado. Comieron en silencio; después, el mayor de los hijos vació el costal.

—Así no se puede seguir —dijo—. Hay que llegar a una decisión, o moriremos de hambre.

Giarón disparó un terno con entonación interrogativa.

—Es inútil que se caliente —exclamó sombrío el hijo—. Mire alrededor y verá que nosotros somos los únicos en toda la comarca que insistimos en nuestro oficio. Todos los demás han comprendido desde hace tiempo que los caballos no pueden competir con el camión. El camión carga diez veces más y hace diez veces más camino que un caballo. Y mientras al caballo es preciso darle de comer también cuando no hay trabajo, el camión cuando está parado, no consume nada.

Giarón preguntó dónde quería ir a parar el hijo con tal discurso.

Y el hijo se lo explicó:

—Poseemos seis animales y algún ahorro: vendamos los animales y compremos un camión. Se ofrece una buena ocasión y no hay que dejarla perder.

Giarón miró alrededor y se dio cuenta de que los tres hijos estaban de acuerdo: entonces su ira estalló y se produjo una escena espantosa.

—El que quiera cambiar, que se vaya. ¡Las cosas son más y hago con ellas lo que quiero!

—¡Las cosas son nuestras —replicó el hijo mayor— porque nosotros hemos trabajado tanto como usted! Los derechos son iguales.

Giarón disparó su blasfemia más horrenda; luego concluyó:

—Hagan lo que quieran: yo me guardo *Menelik* y la *Rubia* y sigo en mi oficio.

Volviendo a su casa tres noches después, cargado de vino, Giarón encontró bajo el portal un camión grande. Era un hermoso vehículo y los tres hijos lo estaban contemplando como si fuera el panorama de Nápoles.

Giarón lo miró con odio y escupió al suelo.

—¡Le pasará! —les dijo a los otros dos el hijo mayor, riéndose burlonamente.

No le pasó, y aun cuando después los hijos le enseñaron las cuentas y le explicaron la ganancia obtenida en treinta días de trabajo, Giarón no se movió.

—Las cuentas no se hacen al mes —sostuvo—. Las cuentas se hacen al final.

No quiso tocar siquiera ese dinero.

—Huele a gasolina —dijo—. ¡La gasolina ha arruinado al mundo! Desde que en esta casa hay ese olor, nada marcha bien.

El hijo mayor estalló enfurecido.

—¡En esta casa nada va bien cuando usted huele a vino como ahora! —replicó.

Giarón se le arrojó encima para golpearlo, pero el hijo lo rechazó de un manotazo. Giarón estaba repleto de vino hasta los ojos y fue a dar en tierra tendido cuan largo era.

Volvió a levantarse trabajosamente y su cólera se había vuelto furor porque sentía que a duras penas lograba tenerse en pie.

—¡Habéis recibido todo lo que os correspondía y también más! —gritó a los hijos—. ¡Fuera de aquí y llevaos esa inmundicia, porque si mañana todavía la encuentro le prendo fuego! ¡Fuera todos, cobardes de porquería!

Los tres se marcharon esa misma noche: cargaron sus trastos en el camión y partieron sin decir palabra.

En la casa sólo quedaron Giarón y la vieja, y fue desde entonces una vida asquerosa, porque todas las conversaciones entre los dos estaban formadas por los furibundos ternos de Giarón y el silencio sombrío de su mujer.

Giarón siguió trabajando de carretero: a nada había renunciado. Era el único en toda la tierra baja que seguía llevando la faja de lana roja y verde alrededor de la cintura, las camisas a grandes cuadros, el chaleco de doble pecho con la pesada cadena del grueso «Roskoff» de plata, y el sombrero, conforme al uso socialista, puesto a la diablo.

Continuó trabajando de carretero sin renunciar a nada, aun cuando en un momento dado tuvo que renunciar a la *Rubia* y contentarse con seguir tirando como mejor podía con sólo *Menelik*.

No renunció a su faja roja y verde, no renunció a su vino, no renunció a sus horrendas blasfemias. Y aquella vez en que en una callejuela solitaria don Camilo llegó en bicicleta a sus espaldas y le gritó que se apartara porque la calle no era suya y también los demás tenían derecho a pasar, Giarón aulló con voz ronca cosas como para hacer erizar los pelos a un ateo calvo.

Don Camilo dejó la bicicleta y agarrándolo de una pierna lo bajó del carro.

—Giarón —rugió, golpeando al carretero contra el adral del carro—, esta vez te las hago pagar todas juntas.

—Usted es un cobarde igual a mi hijo, que me puso las manos encima aprovechando que yo había bebido un poco —dijo Giarón aflojándose como un trapo entre las manos de don Camilo—. ¡Golpéeme cuando yo esté sereno, si tiene coraje!

Don Camilo soltó al carretero y volvió a subir a la bicicleta.

—Giarón —dijo—, quien siembra vientos recoge tempestades. Todos te abandonarán si continuas llevando esa puerca vida. Algún día te encontrarás solo como un perro.

—No me importa un cuerno —replicó Giarón—. Me basta con que no me abandone mi caballo.

—¡También él te abandonará!

—¡Los caballos son más decentes que los cristianos! —gritó Giarón—. Los caballos no traicionan.

Esa misma noche, vuelto a su casa, Giarón no encontró a su mujer. Encontró un papelito sobre la mesa puesta, que decía; «Voy con mis hijos, he soportado demasiado».

Giarón rompió cuanto le cayó bajo las manos, pero ese desahogo no le bastaba y entonces fue al establo y gritando como un loco se arrojó sobre *Menelik*.

—¡Tú no, puerco maldito! —gritaba, mientras furioso llenaba de puñetazos la cabeza del caballo—. ¡Tú no me abandonarás como los otros! ¡Tú no me traicionarás! ¡No te rebelarás!

Giarón estaba lleno de vino y sus manos no conseguían castigar bien al animal: entonces aferró el látigo por la parte más delgada y empezó a golpear a *Menelik*. En la cabeza, en el lomo, en el vientre: palos feroces, tal como si en vez de golpear un caballo estuviera golpeando a un hombre.

Menelik relinchaba y se agitaba aterrorizado, pero Giarón siguió golpeándolo con creciente ferocidad. De repente, el cabestro se rompió y de un brinco el caballo se lanzó hacia la puerta del establo.

Giarón fue arrollado y cayó. Cuando se levantó, el caballo había desaparecido corriendo a través de los campos.

«También él te abandonará»; Giarón recordó las palabras de don Camilo y profirió otra horrenda blasfemia.

Después se sintió agotado y con la cabeza vacía y fue a echarse en la cama.

Se despertó cuando el sol ya estaba alto: se encontró vestido y todavía con los huesos molidos. Al escapar, *Menelik* le había herido una canilla con una herradura.

Bajó renqueando. La casa estaba silenciosa y desierta: en la cocina, los trozos de la vajilla que Giarón había roto en su furor cubrían el piso.

No le habría importado gran cosa si le hubiera quedado *Menelik*; pero también se había ido el caballo. Giarón entró en el establo vacío. Miró el cabestro despedazado. El furor se apoderó de él nuevamente y hubiera querido gritar quién sabe qué; pero por vez primera en su vida no tuvo fuerzas para blasfemar.

Salió del establo con la cabeza gacha y pasó detrás de la casa para echar una ojeada al carro bajo el portal.

El carro estaba allí, y entre las varas, *Menelik*, inmóvil, aguardando pacientemente.

Giarón quedó un instante perplejo; después se acercó lentamente al caballo, le echó encima las guarniciones que colgaban de la pared y las ajustó. Al colocarle la cincha notó que *Menelik* tenía una desolladura. Quién sabe cuántas más tenía en el lomo y en el hocico.

—¡Hip! —gritó Giarón parándose sobre un rayo de una de las altas ruedas y asiéndose del adral—. ¡Hip!

La caja se movió y la rueda giró levantando al carretero, el cual saltó en el momento preciso dentro del carro.

Giarón volvió a ver a sus hijos un año después.

Era una tarde llena de sol y la caja del carro de Giarón se balanceaba sobre las piedras de la Ruta Cuarta mientras el carretero dormía echado de bruces en lo alto de la carga de arena fresca.

Un sonido prepotente de bocina lo despertó: se volvió y vio que un camión grande venía detrás del carro y pedía paso.

Reconoció en los dos hombres que estaban en la cabina a sus dos hijos mayores. No dijo palabra. Volvió a dormirse y dejó que *Menelik* continuara su camino por en medio de la carretera.

Los del camión no insistieron en la bocina: habían reconocido a Giarón y, calladitos, siguieron al carro durante seis kilómetros hasta el cuadrivio de la Chopera: allí el carro dobló a la derecha y el camión siguió por la carretera.

Pasaron otros dos años y Giarón recibió la noticia de que su mujer había muerto. No fue al entierro porque no quería encontrarse con los hijos. Pero con dos de éstos habría de encontrarse seis o siete meses más tarde.

Ello sucedió en la carretera provincial, cerca de la encrucijada del Molinillo. Giarón dormía como de costumbre encima de la arena del carro, y de pronto un individuo paró el caballo y le gritó algo. Giarón se encontró ante un grupo de gente que discutía. Estaban también los carabineros.

Giarón descendió y fue a curiosear como los demás. Nada extraordinario.

—Un camión ha ido a parar al canal —alguien le explicó—. Uno de los conductores dormía en la camilla de la cabina, el otro debía de haberse adormilado por el calor y el cansancio. Los dos han muerto en el acto.

Los dos cadáveres estaban a la orilla de la carretera cubiertos con una lona. Giarón se acercó y, agachándose, la levantó por un extremo.

Lo sabía aun antes de levantar la lona: eran Diego y Marcos, sus dos hijos mayores.

Entonces Giarón blasfemó como nunca había blasfemado.

—¡Hubiera sido mejor que lo hubiese quemado! —gritaba—. Malditos estúpidos: les había dicho que la gasolina es la ruina.

Descendió hasta el canal para escupir sobre el resto del camión. Quería incendiar todo y hubieron de sacarlo de allí a la fuerza.

Volvió a subir al carro y a seguir su camino. La gente lo vio agitarse y lo oyó blasfemar hasta que *Menelik* dobló por el caminito del Molino Viejo.

Le quedaba un tercer hijo y le dijeron que vivía en Arroyito, donde hacía el oficio de recadero con una camioneta veloz. Un año después fueron a avisarle que también el tercero había seguido a los otros dos. Un tren lo había arrojado contra una pared junto con la camioneta.

Giarón blasfemó como un loco, y el día en que encontró a don Camilo y éste bajó de la bicicleta para hablarle, animarlo y persuadirlo de que debía soportar sus desgracias con espíritu sereno, Giarón aferró el látigo por la parte delgada y gritó:

—¡Maldito cura, si tienes el coraje de hablar, te mato a palos!

Los juramentos del viejo hicieron palidecer a don Camilo, el cual no tuvo ánimo para hacerlo callar.

Cuando al fin el viejo calló, porque le faltaba el aliento, don Camilo le habló con dulzura:

—Giarón, el dolor lo enloquece: que Dios le devuelva el juicio y lo proteja.

—¡Dios! —gritó Giarón—. No tengo nada que ver con tu Dios. Tu Dios me ha traicionado: solamente mi caballo no me ha traicionado ni me traicionará jamás.

Durante meses y años siguió trajinando por los caminos de la tierra baja el carro de Giarón, y cuando la gente se encontraba con él, le parecía ver pasar la carreta del demonio, pues a Giarón lo henchía tanto odio hacia Dios y hacia el prójimo, que sus blasfemias no sólo causaban horror, sino miedo.

Así siguió meses y años rodando entre los campos de la tierra baja la carreta del demonio, y cuando la gente la encontraba, sentía el impulso de santiguarse. Giarón ya no hablaba con nadie: hablaba solamente con *Menelik*; tumbado sobre la arena del carro, hablaba con *Menelik*, y no faltó una muchacha que un día, aterrorizada, fue a jurarle a don Camilo que ella misma había oído que *Menelik* le contestaba a Giarón.

—¡He oído a un caballo hablar como un cristiano! —gimió la muchacha.

—Yo he oído algo peor —replicó don Camilo—. Hace un momento he oído a una muchacha hablar como una gallina. ¡Trata de decir cosas menos estúpidas!

Menelik siguió arrastrando el carro del viejo Giarón todavía durante mucho tiempo y el viejo Giarón continuó hablando con *Menelik*. O aullaba como un poseso o hablaba en voz baja con *Menelik*. Pero una tarde de otoño sucedió algo que dejó perplejo al caballo.

El viejo Giarón, después de haber hablado largamente con *Menelik*, calló y no se puso a gritar: empezó a gemir y fue precisamente ese lamento el que hizo levantar las orejas a *Menelik*.

Ya había anochecido y los caminos estaban desiertos y silenciosos. *Menelik* se detuvo y lanzó un relincho. Pero sólo le contestaron los gemidos de Giarón. Entonces *Menelik* siguió andando; pero llegado al fontanar, allí donde la carretera se ensanchaba, giró lentamente y volvió atrás en dirección al pueblo.

Don Camilo se había sentado en ese momento a la mesa para cenar, cuando oyó el rumor, y como éste no terminaba, fue a echar una mirada para saber qué sucedía delante de la casa parroquial. Vio a *Menelik* que pifaba frente a la puerta y oyó gemir en el carro; entonces, haciendo escalera de la rueda, subió a él. A pocos centímetros de su cara se encontró con la del hombre tumbado sobre la carga de arena.

—¡Giarón! —exclamó don Camilo—. ¡Soy yo, don Camilo!

—Que Dios me perdone... —susurró con un hilo tenue de voz el viejo Giarón.

Después éste no habló más. No gimió más.

Pero Dios ya lo había perdonado.

Don Camilo bajó y sintió el cálido aliento de *Menelik*.

—*Menelik* —susurró don Camilo, acariciando el hocico del caballo—, él no puede haberte guiado hasta aquí. Ya no sostenía las riendas: se le fueron de las manos desde el momento en que se sintió mal, y eso debió de suceder hace largo rato porque se ve que las riendas han sido arrastradas por el suelo, han acabado bajo las herraduras y tú las has destrozado. ¿Cómo hiciste, *Menelik*, para llegar hasta aquí?

Don Camilo tuvo miedo del silencio y de la oscuridad. —*Menelik* —imploró angustiado—, ¿te dijo él que vinieras aquí, o lo has traído por tu inspiración?

Menelik no contestó, porque los caballos no pueden hablar, y entonces don Camilo se dio cuenta de la locura que estaba haciendo.

—Jesús —gimió—, alumbrad mi mente, pues tengo la cabeza llena de niebla, tanto que ahora estoy hablando con un caballo.

—Don Camilo —respondió la voz de Cristo—, un hombre ha venido hasta aquí para morir en gracia de Dios. ¿Por qué quieres dar gracias de ello a un caballo cuando debes dárselas solamente a Dios?

Don Camilo arrancó un suspiro:

—Jesús, perdonadme; pero no sé cómo ocurrió. Me vino a la memoria la poesía de la yegüita torda, la que contesta con un relincho...^[13]

—Don Camilo, no confundas la fe con la poesía.

Menelik tenía la negrura de la noche y la inmovilidad de la piedra.

De pronto relinchó, y más que un relincho parecía un sollozo.

Pero era poesía, sólo poesía, y don Camilo estalló en llanto, lo mismo que había hecho cuando, de muchacho, había leído el último verso de *La cavalla starna*. Poesía, solamente poesía.

CONSEJA DE SANTA LUCÍA



Cesarito se levantó de la cama y aun antes de lavarse tomó el lápiz azul y borró en el almanaque otro día.

Todavía faltaban tres, que en fin de cuentas eran dos, por cuanto el tercero era el famoso. Mientras se lavaba con el agua helada, Cesarito tuvo súbitamente un pensamiento: «¿Y el afrecho?».

Era una cosa importante, pero resultaba también lógico que no lo hubiera pensado, porque hasta el año anterior todo había sido hecho allá en el pueblo, donde para encontrar afrecho bastaba extender la mano.

Le volvió a la memoria el pan hecho en casa y el aroma que salía del horno. Oyó de nuevo el chirrido de la artesa y pensó en su madre.

Salió de prisa, y pasando por la portería se detuvo para entregar la llave a la portera: su padre había salido a las cuatro porque esos días había mucho trabajo para quien poseía un camión.

La calle hervía de gente que tenía una maldita prisa y la niebla de esa mañana húmeda de diciembre era traicionera porque automóviles y ciclistas saltaban de improviso hacia cualquier lado y era preciso estar atentos. No pudo pensar mucho en el afrecho, pero cuando estuvo en la escuela, volvió a pensar en él.

Había olvidado el asno, y eso era un contratiempo. Había que poner sobre el antepecho, cerca del zapato, también la bolsita llena de afrecho para el asno

que traía las cestas de los regalos.

Si no ponía el afrecho, Santa Lucía se ofendería seguramente.

Cuando a las doce y media lo dejaron en libertad Cesarito corrió en seguida a la panadería y pidió un poco de salvado. Pero no tenían. Y también eso era lógico, pues en una ciudad como Milán ¿para qué podía servir el salvado?

Probó en otra panadería, después en una tercera y al fin perdió la esperanza.

Cuando llegó a la casa, la llave aún estaba en la portería: su padre todavía no había vuelto y Cesarito comió solo en la cocina, fría y en desorden. El padre volvió por la tarde, pero no subió siquiera: lo llamó desde el patio y fueron juntos al restaurante de la esquina.

La sopa caliente causó a Cesarito tanto júbilo, que olvidó sus preocupaciones; pero, cuando hubo acabado de comer, las preocupaciones volvieron a la superficie.

Cesarito se sentía tremendamente cohibido ante su padre, que era un hombre hosco y de pocas palabras; así que le costó muchísimo abordar el asunto. Al fin le dijo:

—Haría falta un poco de afrecho.

El padre de Cesarito hablaba con un hombre en *overall*, que había ido a tomar una copa en su compañía; se volvió asombrado y preguntó:

—¿Afrecho? ¿Y para qué quieres afrecho?

—Lo quiero para el asno —balbució el niño.

El hombre del *overall* rió burlonamente y preguntó de qué asno hablaba.

—El asno de Santa Lucía —explicó Cesarito tímidamente.

El hombre del *overall* rió todavía más fuerte, pero el padre de Cesarito le guiñó un ojo y dirigiéndose al niño le dijo bruscamente:

—Deja estar al asno. Aquí Santa Lucía no se usa.

El niño lo miró perplejo:

—¡Santa Lucía está en el almanaque!

—¡Sí, pero no se usa! —exclamó secamente el padre—. También está San Hilario en el almanaque; pero en cambio se usa San Ambrosio. Cada ciudad tiene sus santos. Aquí los regalos los trae el Niño Jesús. Aquí se usa el Niño.

El chico miró al hombre del *overall* y éste le confirmó la cosa.

—¡Vaya si es así! Los santos son autoridades provinciales y cada cual tiene su provincia. Aquí esa tarea es de la competencia del Niño Jesús.

Cesarito bajó la cabeza; luego, muy preocupado, objetó:

—Pero el Niño no me conoce: hace solamente seis meses que vivo en Milán.

El hombre del *overall* lo tranquilizó:

—Puedes estar seguro de que el párroco de tu barrio ya lo ha informado de que vivís en Milán tú y tu padre. De todos modos, para estar más seguro se lo escribes a De Gasperi y éste se lo dice.

Otros dos o tres hombres que se habían acercado se echaron a reír y entonces intervino el padre y dijo a Cesarito:

—Ahora vete a casa y acuéstate. Deja la llave en la puerta.

El niño salió y el padre explicó la historia al del *overall* y a los demás.

—Son estupideces, pero no puedo decírselo en un abrir y cerrar de ojos. Es su madre la que le metió en la cabeza estas cretinadas. Aun en vísperas de morir, el día antes me recomendó: «Carlos, deja estar al chico. Déjalo ser tal como es. Cuando llegue la hora comprenderá por sí solo. No me des ese disgusto cuando haya muerto».

El hombre abrió los brazos:

—Muchachos, si se tratara de darle un disgusto a un vivo, pueden contar conmigo, aunque haya que matarse; pero no me siento capaz de darle un disgusto a un muerto. ¡Hace sólo seis meses que murió!

El del *overall* meneó la cabeza:

—¡Sentimentalismos idiotas, cosas de la Edad Media! Mientras tanto tú, para no disgustar a un muerto, le causas un disgusto a tu hijo, que está vivo, porque le dejas la cabeza llena de estupideces.

—No te preocupes —rebatió el padre de Cesarito—. Cuando vea que ni los santos ni la Virgen le traen nada, se convencerá solo.

Cesarito despertó temprano esa mañana. Todavía borró con lápiz azul otro día del almanaque; pero tenía la cabeza llena de los razonamientos de la noche precedente y la aproximación de la fecha, en vez de alegrarlo, lo acongojó. El tiempo pasaba demasiado rápido.

Consiguió hablar a su padre antes de que saliera.

—¿Quién es De Gasperi? —preguntó.

—Es uno que está en Roma —dijo entre dientes el padre—. Piensa más bien en hacer tus deberes, que será mejor.

Roma debía de estar en el fin del mundo y quién sabe cuánto tiempo tardaría una carta en llegar. Ya era demasiado tarde.

Y además a Cesarito le interesaba Santa Lucía. Había que encontrar la manera de hacérselo saber a Santa Lucía.

Tenía por delante más de una hora antes de ir a la escuela: pudo hacer la inspección de cuatro iglesias, pero en ninguna había una imagen de Santa Lucía. La conocía muy bien y si hubiera habido una, aunque pequeña, la habría visto en seguida.

Al salir de la escuela, Cesarito no prosiguió las averiguaciones. Había perdido muchísimo tiempo y se encontraba con las manos vacías, sin tener tampoco afrecho para el asno.

Pensó entonces que si, en cambio del afrecho, hubiera llenado de pan tostado una bolsita, habría sido lo mismo.

Con el pan viejo que encontró en la casa, consiguió poco o nada. Agregó la mitad del suyo del almuerzo del mediodía, y como el pan era fresco y blando lo cortó en trocitos y lo hizo tostar sobre el gas.

A la noche el padre regresó tarde: llevó un paquetito de comestibles y comieron en la cocina, sin hablar.

Cesarito tardó bastante en dormirse. Con todo, la bolsita llena de pan tostado le daba cierta tranquilidad. A las seis, cuando su padre se hubo marchado, Cesarito saltó de la cama. Ya no había que borrar nada en el almanaque y le pareció que la noche llegaría dentro de pocos minutos, aun cuando había de por medio muchas horas.

A las siete y media salió de casa y se puso a andar de prisa: así caminó hasta que se encontró fuera de la ciudad, al borde de una calle ancha llena de camiones que iban y venían.

Le había entrado una hambre tremenda y no pudo resistir: comió dos o tres tostaditas de las del asno.

«Comprenderá...», pensó.

Volvió a emprender la marcha y siguió caminando dos horas más. Después el corazón le dio un vuelco, porque parado ante un surtidor vio un camión que llevaba en la chapa dos letras que Cesarito conocía bien. Y el camión miraba también en la justa dirección. Cuando subió el camionero, en el momento que estaba a punto de cerrar la portezuela, Cesarito se hizo presente.

El camionero lo dejó subir y dos horas y media después lo bajó en la Crucecita. Allí había que tomar el camino que conduce a la tierra baja, otros treinta kilómetros, pero Cesarito debía llegar.

Empezó a caminar, mas andado un kilómetro tuvo que comer otro poco del pan del asno. Cuando Dios quiso, pasó un carro arrastrado por un tractor y

Cesarito subió a él.

El tran-tran del carro le infundía un sueño maldito; pero Cesarito resistió y no aflojó: ahora conocía el camino y en el cruce del Pontacho descendió porque el carro había tomado hacia la derecha, mientras que Cesarito necesitaba ir hacia la izquierda.

En cierto punto el niño dejó el camino y tomó un estrecho sendero: la oscuridad comenzaba a espesarse, pero Cesarito habría llegado con los ojos cerrados al lugar donde se proponía ir.

Así fue como se encontró de pronto delante de una casa oscura y silenciosa: más que verla, la adivinó.

Era la vieja casa donde, hasta seis meses antes, Cesarito había habitado en compañía de los suyos. Su padre siempre soñó abandonar el pueblo; por tanto, cuando murió su mujer había cargado algunos enseres y al niño en el camión y se había marchado a Milán, donde tenía parientes que trabajaban en los transportes.

La casa había quedado desierta y abandonada.

Cesarito sacó del bolsillo la gruesa llave, y con bastante trabajo, porque la cerradura estaba llena de herrumbre, se encontró en el zaguán bajo y oscuro.

Entró en la cocina. Sintió el olor de la chimenea. Pasó la mano sobre la tabla del hogar y encontró un cabo de vela y unas cerillas.

Esa poca luz le hizo parecer todavía más desierta y abandonada la vieja casa, y tuvo miedo. Después pensó en Santa Lucía y le vino la idea de que, seguramente, en algún lugar habría afrecho.

Si hallaba un poco, habría podido comer el pan tostado de la bolsita. Pero el aparador estaba vacío y, aun en los otros lugares no había más que polvo y telarañas.

Comió todavía unas migajas del asno. Después oyó sonar en el campanario muchísimas horas y se apoderó de él una viva excitación.

¡Por amor de Dios, que Santa Lucía no lo encontrara despierto!

Se quitó el zapato derecho, lo limpió, y abiertos los postigos de la ventana de la cocina, lo puso sobre el antepecho, como había hecho siempre, y cerca de él colocó la bolsita del pan.

Después cerró los vidrios y subió a su cuarto, caminando con un pie calzado y otro no.

Todavía estaban las viejas camas apolilladas, pero sin colchones. En la pieza de la abuela, en la cama había un jergón y Cesarito se echó en él. No habría querido apagar la vela, pero la idea de que la luz molestaría a Santa Lucía lo convenció de permanecer a oscuras.

No tuvo tiempo de tener miedo porque el cansancio lo despeñó de cabeza en el sueño.

A la una de la madrugada una motocicleta se detuvo en el camino delante de la casa solitaria.

De ella bajó un hombre envuelto en una capa, el cual atravesó la era y llegado frente a la puerta encendió la linterna eléctrica. Un círculo luminoso vagó sobre la fachada y se detuvo en la ventana que tenía los postigos abiertos y en el antepecho el zapato y la bolsita.

El hombre envuelto en la capa estuvo mirando el zapato cierto tiempo. Después volvió al camino y dejando la motocicleta se dirigió hacia el pueblo dormido.

Esa noche quedó grabada en la memoria de Cibelli como la más extraordinaria en su plácida vida de comerciante. Cibelli fue despertado, en efecto, a la una y media por alguien que estaba en la calle; se asomó y habiendo reconocido al que lo llamaba, bajó preguntándose qué diablos querría a esa hora. Y cuando supo lo que quería, exclamó:

—Carlitos, ¿el aire de Milán te ha vuelto loco?

Cesarito se despertó sobresaltado a las nueve de la mañana y sin demora salió del jergón en el cual se había arrebujado y corrió abajo, a la cocina, a abrir la ventana.

El zapato estaba lleno de paquetitos y había otros paquetitos a su lado en el antepecho.

Cesarito puso todo sobre la mesa y ya se disponía a desatar los hilos de los paquetes cuando oyó en la era una motocicleta. Momentos después aparecía en la puerta de la cocina su padre.

—¡He andado buscándote toda la noche! —gritó el hombre, quitándose la capa—. ¡He venido hasta aquí en moto desde Milán!

Cesarito lo miró boquiabierto.

—Cuando lleguemos a casa ajustaremos las cuentas —gritó el padre con voz terrible—. ¡Y si vuelves a hacer una cosa semejante, te mato!

Cesarito meneó la cabeza.

—No lo haré más —balbució—. Santa Lucía ya sabe que vivo en Milán... Le puse un billetito dentro del zapato y se lo llevó...

Era un hermoso día de diciembre, con un sol límpido y brillante: el padre salió gritando de la cocina y volvió con una gruesa brazada de leña que echó en el hogar. Éste llameó.

—¡Calientate, asesino! —gritó el hombre, agarrando por un hombro a Cesarito y clavándolo en una silla delante del fuego.

Después salió y volvió con dos escudillas de leche hirviendo y un panecillo fresco.

—¡Come! —gritó el hombre, poniéndole entre las manos el pan y la escudilla—. ¡Y déjate de estupideces! ¡Y vuelve a ponerte el zapato!

Cesarito estaba en una espantosa confusión entre el pan, la leche, los paquetitos abiertos y los por abrir. Además, la llama lo encandilaba.

Mientras tanto el padre comía, sombrío y ceñudo, con la cabeza gacha.

Después no pudo resistir más tiempo y se volvió un momentito. *Ella* estaba allí, detrás de él, y le susurraba:

—Desde que nos conocimos, éste es el primer regalo que me haces, Carlitos. Pero es un gran regalo... No me lo echas a perder, Carlitos, a mi pequeño. Déjalo ser como es...

El padre lanzó un rugido y, clavando los ojos feroces en el rostro de Cesarito, gritó:

—¡Así, por tu culpa, yo he perdido el día!

En cambio, no lo había perdido de ningún modo. Y lo sabía, pero no quería confesárselo.

EL FRAILECITO



Parados al pie del sendero que trepaba por el terraplén, Pepón y sus socios estaban discutiendo sobre la perfidia del clero en general y de don Camilo en particular, cuando cayó un fraile, lo mismo que un pichoncito dentro de un nido de halcones.

Era un frailecito esmirriado, de aspecto infeliz; llevaba a la espalda una bolsa pequeña y parecía, viéndolo caminar tan torcido, que de un momento a otro habría de descompaginarse o bien hundirse improvisamente dentro del sayo. Llegaba sabe Dios de dónde por el camino del dique y cuando vio el grupo de Pepón y sus socios, descendió como un minúsculo alud de huesos.

Lo miraron taciturnos y lo dejaron hablar un rato; después Pepón dijo con sarcasmo:

—Si en vez de gastarse vagando de ese modo, usted intentara hacer algún trabajito de utilidad práctica, tal vez se encontrara mejor.

El frailecito sonrió:

—Nosotros no procuramos encontrarnos mejor, procuramos encontrarnos peor.

—¡Son asuntos de ustedes! —farfulló Pepón.

El frailecito era tímido y humilde:

—No son asuntos nuestros: el convento no posee nada y cada día gente con hambre llama a la puerta del convento. Nosotros pedimos lo superfluo para ofrecer lo necesario a quien sufre.

Pepón estalló en una risotada.

—Si los que sufren, en vez de llamar a las puertas de los conventos, se unieran y dejaran caer palos en la cabeza de los que están demasiado bien, todo se arreglaría en seguida.

—Hay que tener fe en la Divina Providencia —murmuró el fraile—. Con la violencia sólo se logra la violencia. El mal no se cura con el mal. Para conseguir el bien es preciso hacer el bien.

Pepón rió otra vez.

—Entonces quedamos entendidos. Hasta la vista.

El fraile no se acobardó.

—¿No podrían darme algo? Cualquier cosa.

—¡No! —gritó Pepón con violencia.

El frailecito tuvo un sobresalto: hurgó en su manga y, pescando en ella un papelito, se lo ofreció a Pepón.

—Hágame la caridad de aceptar por lo menos esta estampa —susurró.

—No me sirve —contestó Pepón.

El frailecito parecía no haber advertido la presencia de los demás y sólo tenía ojos para Pepón.

Retiró lentamente la mano con la estampa. Después se volvió y subió fatigosamente al dique para tomar de nuevo su camino.

—Habrà que poner avisos en el pueblo —dijo Pepón—. Prohibida la mendicidad también a los frailes y a las monjas.

—¡Así es! —aprobó el Flaco—. Es hora de pasar enérgicamente a la acción. El noventa y cinco por ciento de estos frailes son espías del Vaticano.

La reunión quedó levantada y cada cual regresó por separado a su casa.

Pepón eligió el camino más largo, el del dique: necesitaba estar solo para poder tragar toda la bilis que tenía en el estómago. Cuando subió al terraplén miró hacia Castillejo y pudo divisar todavía, de lejos, al frailecito, que se alejaba rápidamente.

—¡Vete a hacer bendecir con tu estampa! —murmuró. Llegado a su casa se quitó la chaqueta, púsose el *overall*, entró en el taller y procuró trabajar, pero todavía estaba demasiado nervioso para poder hacer nada que valiera.

Volvió a ponerse la chaqueta y, montando en la bicicleta, salió a dar un paseíto hasta el pueblo.

Se encontró de nuevo en el camino del dique y ya había subido del río una niebla fina. Pepón empezó a pedalear con fuerza: era preciso apresurarse, pues de otro modo no habría podido encontrar nada.

Pedaleó bastante tiempo hasta dar con un viejo poco antes del cruce del Alamito.

Allí se detuvo.

—¿Ha visto un fraile?

—Me parece —contestó el viejo.

—¿Qué quiere decir «me parece»? ¡O lo ha visto o no lo ha visto!

—Hace un cuarto de hora encontré en la alcantarilla vieja un bulto de trapos que tenía el color del fraile, pero no vi bien qué había dentro del bulto.

Pepón volvió a emprender su camino.

Pasó dos kilómetros más allá de la alcantarilla vieja y luego retrocedió, pues, aun admitiendo que ese condenado fraile tuviera las piernas del más famoso andarín, más allá no podía haber ido. Seguramente había doblado apenas pasó la alcantarilla vieja.

Pepón se lanzó sobre esta nueva pista, pero no encontró siquiera la sombra de un fraile. Y la niebla mientras tanto se hacía más densa.

Al volver hacia la alcantarilla vieja, poco antes de desaguar ésta en el río, notó una senda que cruzaba el campo hacia Torrecita.

—¡Cretino! —refunfuñó—. Hay un convento entre Torrecita y Gabiolo. ¡Debí pensarlo!

Sudaba como sabía sudar solamente él; el caminito era inmundito y bajo, y la niebla se hacía más espesa, pero ya Pepón había tomado impulso y nadie podía detenerlo.

De pronto entrevió algo oscuro a la orilla de la zanja. Frenó y era el bulto de color fraile.

El frailecito, que estaba sentado a orilla de la zanja, se levantó y miró aturdido al hombrón.

Lo reconoció.

—Me he extraviado en la niebla —dijo Pepón—. ¿Usted sabe si voy bien a Gabiolo?

—Sí —respondió el fraile—. Yo regreso al convento, que está dos kilómetros antes de Gabiolo.

Pepón quedó indeciso. Luego cobró valor:

—Suba, yo lo llevo hasta el convento.

El fraile sonrió:

—Gracias, hermano. Nosotros siempre procuramos estar peor, no mejor.

Siguió andando con la bolsa al hombro, mientras Pepón, habiendo descendido de la bicicleta, caminaba a su lado. La niebla se hacía cada vez más espesa y los dos estaban lejos del mundo un millón de kilómetros.

De pronto Pepón se detuvo y también se detuvo el fraile.

—Para sus pobres —murmuró Pepón alargándole un billete de quinientas liras.

El frailecito miró asombrado al hombrón, sin atinar a decidirse a extender la mano.

—Dios se lo agradecerá —murmuró al fin, echando a andar después de guardar el dinero. Pero como Pepón no se movió, el fraile, volviéndose, le preguntó—: ¿Qué pasa?

—La estampa —dijo Pepón.

El frailecito hurgó en la manga, pescó la imagen y se la alcanzó a Pepón, que la metió en el bolsillo.

—Buenas tardes —farfulló Pepón saltando en la bicicleta y volviéndose por donde había venido.

El fraile lo vio desaparecer en la niebla. Estaba desconcertado: ¿ese hombre no había dicho que debía ir a Gabiolo? ¿Por qué se volvía atrás?

Era un fraile sencillo, y cuando no comprendía algo no se malhumoraba pretendiendo comprenderlo a cualquier costo. Encogiose de hombros y siguió su camino.

Pero a poco sintió que una gran dulzura le calentaba el corazón y entonces alzó los ojos al cielo y murmuró:

«Debe de ser algo muy hermoso: Jesús, os doy las gracias».

Pepón navegaba a toda velocidad en medio de la niebla. Cuando llegó al dique, al cruce con la alcantarilla vieja, paró la bicicleta, sacó del bolsillo la imagen y la guardó en la cartera, dentro del carnet del Partido.

En ese momento pensó de nuevo en el fraile dejado en el sendero solitario y se lo figuró parado al borde de la zanja, ocupado en hablar a los pájaros que surgían de la niebla y se posaban gorjeando sobre sus manos y sus hombros.

—¡Ocurantismo medieval! —rezongó Pepón volviendo a pedalear—. ¡Todos estamos impregnados de ocurantismo medieval! ¡Debemos vigilarnos a nosotros mismos!

E inmediatamente se puso de centinela a vigilar sus sentimientos, pronto a dar la señal de alarma.

Pero clandestinamente continuó pensando en el frailecito al borde de la zanja, entretenido en charlar con los gorriones y los reyezuelos.

EL MURALLÓN



La mayoría lo llamaban el huerto de Manasca, pero eran mil quinientos metros cuadrados de matorral, con ortigas altas como chopos pequeños, cercados por un murallón de unos tres metros de altura. Un rectángulo de tierra olvidada, con un frente de cincuenta metros sobre la plaza y treinta metros sobre la avenida arbolada que desembocaba en aquélla.

Hermosa posición en una esquina, el único terreno que había quedado baldío sobre la plaza. Se lo habían pedido un millón de veces al viejo Manasca, ofreciéndole además la mar de dinero, pero el viejo no había querido nunca cederlo. Desde hacía muchísimos años mantenía esa tierra inculta, malcriada como su dueño, pero un día el viejo murió y la tierra pasó a Manasca joven, junto con un alto montón de billetes de mil y terrenos en todas partes, a uno y otro lado del río.

Manasca joven pensó que era una lástima no utilizar esa tierra, y cierta vez se decidió y fue a ver al alcalde.

—Aquí la gente muere de hambre porque carece de trabajo —dijo Manasca, que era hombre expeditivo—; pero ustedes, proletarios de pañuelo rojo, son una raza tan condenada que les parece un pecado que los hagan trabajar.

—Nunca seremos tan canallas como vosotros los señores —contestó sosegadamente Pepón—. Al mejor habría que ahorcarlo con las tripas del peor.

Pepón y Manasca se habían pegado día tras día hasta los veinte años, empezando desde los tres: eran grandes amigos y se entendían al vuelo. Pepón le preguntó dónde quería ir a parar.

—Si tú me garantizas que después no me trabas con los sindicatos, la Cámara del Trabajo, el Partido, el Vicepartido, las víctimas de la resistencia, la justicia social, las justas reivindicaciones, las revaluaciones, las huelgas de protesta y todas las demás porquerías del repertorio, yo, dentro de una semana doy trabajo a la mitad del pueblo.

Pepón se metió los puños en las caderas:

—¿Y qué pretendes? ¿Que yo te ayude a estrangular a los trabajadores? ¿Que los convenza para que trabajen por un poco de polenta y un puntapié en el trasero?

—Yo no pretendo estrangular a nadie: pago la tarifa justa, pago las contribuciones y te regalo también una damajuana de vino; pero tú me garantizas que en cualquier momento no sucederá que esos requetemalditos me dejen el trabajo por la mitad y me hagan chantaje. Es una empresa grande, y si todo no funciona como debe funcionar, me arruino.

Pepón le pidió que pusiera las cartas sobre la mesa.

—Yo levanto un palacio de cuatro pisos en la superficie del huerto —explicó Manasca—. Un edificio digno de una ciudad, con un gran pórtico de treinta metros sobre la plaza y veinte sobre la avenida. Tiendas, un café y un restaurante con alojamiento. Garaje, estación de servicio, etcétera. Si en el garaje colocamos el surtidor de gasolina, te lo concedo a ti, que eres una chinche, pero que cuando quieres trabajas bien. Con un negocio como ése doblamos la importancia del mercado y convertimos en gente civil a estos rústicos.

Pepón nunca había visto a Nueva York, a París o a Londres; poco pensó que la plaza se volvería algo parecido a Nueva York, París o Londres. Vio a la puerta de su taller el surtidor rojo y amarillo y la bomba de aire comprimido para inflar los neumáticos.

—Sería necesario poner también el aparato hidráulico para levantar los automóviles —balbució.

—También pondremos el aparato hidráulico y todo lo que se te ocurra —respondió Manasca—. Pero aquí debes obligarte.

—¿Y si no me nombran otra vez alcalde? —preguntó Pepón preocupadísimo.

—Mejor, porque el nuevo alcalde tendrá miedo de ti y de tu banda, mientras que tú ahora no tienes miedo ni del alcalde ni de su banda.

Pepón dio un puñetazo sobre la mesa:

—¡Decidido! ¡Al primero que no me cumpla, lo mato! Está de por medio el porvenir del pueblo y quien no trabaje como se debe recibirá unos golpes.

Dime qué obreros necesitas y yo te encuentro a todos los que hagan falta.

—Cuentas claras —dijo Manasca—. Hay que proceder con justicia, no vaya a ser que encuentres sólo gente de tu puerco partido. Quiero gente que sepa trabajar y que tenga ganas de trabajar.

—El hambre es igual para todos —sentenció Pepón.

La misma tarde, Pepón, con la debida solemnidad, comunicó la noticia al estado mayor.

—Decid a la gente —concluyó— que nosotros, mientras los otros charlan ofrecemos hechos. ¡Edificamos rascacielos!

Una semana después se daba la orden a la escuadra de los demoledores y éstos comenzaban a derribar el murallón. Pero también empezaban los contratiempos.

El murallón era una porquería de piedras, cascotes y argamasa: viejo de casi trescientos años, se desmoronaba sin ningún esfuerzo; había, no obstante, en el murallón algo que todos conocían, pero en que antes nadie había pensado. Del lado de la avenida, a un metro del ángulo que formaba con la plaza, estaba la Virgencita.

Un nicho del espesor del muro, con una reja herrumbrada que protegía una Virgencita viejísima pintada en el fondo del nicho.

Una cosa sin ningún valor artístico: una Virgencita pintada por un pobrecito; pero allí estaba, y todos la conocían y todos la habían saludado un millón de veces y todos habían dejado una flor en el tarro de conserva colocado sobre la repisa de madera.

Si demolían el muro, la Virgencita habría acabado entre los escombros.

Manasca llamó de la ciudad a un especialista, uno de esos que, sin arruinar nada, retiran de los muros las pinturas.

Miró, estudió y después dijo que no había nada que hacer.

—Si tocamos la pintura, todo acaba en polvo —concluyó.

Mientras tanto los obreros adelantaban rápidamente en la demolición, y cuando llegaron, de ambos lados, a un par de metros del ángulo, pararon.

Pepón intervino: miró a la Virgencita, que había quedado prendida del resto del murallón, y meneó la cabeza.

—¡Estupideces! —dijo—. Aquí la religión no entra en juego; estamos en el campo de la superstición. Aquí nadie puede ofenderse. Si no es posible salvar la pintura, ¿debe renunciarse a un trabajo que da pan a tanta gente y es de pública utilidad para el pueblo?

Los demoledores, gente dura que le habrían metido piqueta hasta a su padre, estaban inmóviles delante del trozo de muro.

Bagó, que era el capataz de la escuadra, escupió la colilla que estaba mascando y luego movió la cabeza.

—¡Yo no la echo abajo aunque me lo ordene el Papa! —dijo.

Parecía que los otros eran de la misma opinión.

—Nadie ha dicho que debe ser echada abajo —gritó Pepón—: aquí están de por medio el sentimentalismo, el tradicionalismo y no sé qué. Aquí hay que hacer una sola cosa: se derriba el murallón hasta donde se pueda, el resto se arma por medio de llaves, y el trozo de muro se saca entero y se lleva a otro lugar. ¡Caramba! En Rusia trasladan de una calle a otra palacios de quince pisos. ¡Sé que estamos atrasados, pero un trabajo así debemos ser capaces de hacerlo!

Bagó se encogió de hombros.

—En Rusia trasladan los palacios, pero no las Vírgenes —rezongó.

El Brusco estudió el problema y después abrió los brazos:

—Detrás del nicho hay una grieta: es un milagro que todo no se haya venido todavía al suelo. Es un muro hecho de barro y piedras. Si le ponemos llaves, nos queda en las manos como un montón de nueces.

Pepón caminó largo tiempo de un lado a otro, mientras la mitad de la población contemplaba el espectáculo.

—Yo quisiera oír a todos —gritó de pronto Pepón—. Saben de qué se trata. ¿Debemos abandonar la obra entonces? ¡Digan algo, así Dios los fulmine!

La gente no sabía qué contestar.

—Aquí el único que puede decir algo es el arcipreste —concluyeron por fin.

Pepón se aplastó el sombrero en la cabeza:

—¡Bueno! Tratándose del interés del pueblo, hagamos un esfuerzo y vayamos a preguntarle al señor cura.

El señor cura estaba en el huerto ocupado en trasplantar. Pepón y todos los demás se pararon delante del cerco. Manasca explicó el caso. Pepón concluyó:

—¿Qué debemos hacer?

Don Camilo discutió largamente, haciéndose explicar las cosas una y otra vez. Pero las sabía muy bien y sólo quería ganar tiempo.

—Ahora ya se ha hecho demasiado tarde —concluyó al fin—. Mañana decidiremos.

—En la ciudad he visto por lo menos diez iglesias que han sido secularizadas y ahora en ellas venden carbón o hay un taller o una fábrica de

muebles —dijo Pepón—. Si eso se puede hacer con una iglesia, ¿por qué ha de haber dificultades para hacerlo con una imagen pintada en una pared?

—Si todos ustedes han venido aquí, parece que hay dificultades —contestó don Camilo.

Éste, esa noche, tardó en conciliar el sueño, pues la cosa le preocupaba. Con todo, a la mañana siguiente, cuando se vio con Pepón y toda la escuadra, ya tenía preparada la respuesta.

—Si, en conciencia, tenéis la certeza de que no hay modo de salvar la imagen, derribad el muro. Eso se hará para bien de la comunidad y no será ciertamente una pobre vieja Virgencita pintada sobre un viejo muro desconchado la que se opondrá a la marcha del progreso, la que habrá de quitar el pan a tantos que tienen hambre. Que Dios sea con vosotros... Así y todo, golpead despacio.

—¡Muy bien! —dijo Pepón, y después de tocarse el ala del sombrero, inició la marcha hacia la plaza.

Cuando estuvieron ante la Virgencita, Pepón se dirigió a Bagó:

—¡Procede! —le ordenó—. Tú también oíste. No lo hacemos para ofender a nadie.

Bagó echó a un lado y hacia arriba la visera de la gorra, se escupió en las manos y aferró el mango del pico. Lo levantó, lo mantuvo suspendido unos instantes, luego lo bajó.

—No —dijo.

Pepón empezó a vocear, pero ninguno de los de la escuadra quiso dar el golpe fatal. Entonces Pepón arrancó el pico a las manos de un joven y avanzó hacia el paño de muro. Levantó el pico, pero vio a través de la reja que los ojos de la Virgencita lo miraban, y lo arrojó lejos.

—¡Mundo pícaro! —gritó—. ¿Por qué ha de ser el alcalde el que haga esto? ¿Qué tiene que ver el alcalde con las Vírgenes? ¿Para qué hay un cura en un pueblo? ¡Que él venga y se las arregle! Cada cual debe hacer su oficio.

Pepón volvió a la casa parroquial, furibundo.

—¿Y bien? —preguntó don Camilo—. ¿Lo han hecho?

—¡Hemos hecho un cuerno! No se puede —gritó Pepón.

—¿No se puede? ¿Por qué?

—Porque las Vírgenes y los santos son asuntos de su incumbencia. ¡Yo no lo he llamado nunca para derribar a golpes de pico el busto de Lenin o el de Stalin!

—Pero si me llamas, voy —exclamó don Camilo. Pepón apretó los puños.

—Haga lo que quiera; pero recuerde que mientras la Virgen esté allí no se reanuda el trabajo, así que usted tendrá sobre la conciencia la responsabilidad de las horas perdidas, de la desocupación y demás. ¡Yo soy el alcalde, no el destructor de Vírgenes! ¡Sería cómodo poder decir después que nosotros somos los sacrílegos de siempre, que derribamos los santos a golpes de piqueta!

—Muy bien —dijo don Camilo—. Mientras yo hablo con el señor alcalde, ustedes pueden irse.

Cuando quedaron solos en la rectoral, callaron un buen rato. Después don Camilo rompió el silencio:

—Pepón, suceda lo que suceda, yo no la derribo.

—Y yo tampoco —gritó Pepón—. Si no tiene valor usted, que es especialista en santos...

—No es asunto de valor o de miedo —lo interrumpió don Camilo—. Pasa lo mismo que con mi ángel de la torre, que vela sobre el pueblo desde hace quinientos o seiscientos años. Los ojos de esa Virgencita han visto a todos nuestros muertos. Ante esa imagen han desfilado la desesperación y la esperanza, las penas y las alegrías de doscientos o trescientos años. Pepón, ¿te acuerdas de cuando, el 18, volvimos de la guerra? Las flores eran mías, pero la gamella era la tuya.

Pepón gruñó.

Don Camilo se pasó la mano por la barba.

Se echó encima la capa y se puso el sombrero.

Poco después llegaron frente a la Virgencita, que media población estaba contemplando.

También había alguien de fuera del pueblo: un mozo llegado en automóvil y que por la forma en que Pepón corrió a saludarlo se comprendía que pertenecía a la banda importante de la ciudad.

El mozo se adelantó y miró la Virgencita.

—¡Bah! —dijo en voz alta—, si las cosas son como ustedes me han dicho, si también el reverendo está de acuerdo en que no puede renunciarse a un beneficio de tanta importancia para los trabajadores y para el pueblo, yo puedo hacer aquello que por puro sentimentalismo burgués nadie se atreve a hacer.

Tomó un pico y se encaminó hacia el muro. Pero don Camilo lo asió de un hombro y lo obligó a retroceder.

—¡No hace falta! —dijo con voz dura.

Se hizo un profundo silencio.

Todos miraban el trozo de muro como si esperaran algo. Y de pronto el muro se estremeció. Una resquebrajadura se abrió lentamente.

El muro no cayó: se fue desmoronando hasta convertirse en un montón de piedras y cascotes, y encima de éstos, libertada de la reja herrumbrosa y de las sombras seculares del nicho, se vio intacta a la Virgen, sin siquiera una grieta. Vieja de doscientos o trescientos años, parecía haber sido pintada dos o tres días antes.

—Volverá a su sitio en el muro nuevo —dijo Manasca.

—¡Aprobado por aclamación! —exclamó Pepón. Y pensó en su vieja gamella con las flores de don Camilo adentro.





GIOVANNI GUARESCHI (Roccabianca, Parma 1 de mayo de 1908 - Cervia, Ravenna 22 de julio de 1968). Su nombre completo era Giovannino Oliviero Giuseppe Guareschi, fue un dibujante de humor, escritor y periodista italiano. Su padre tenía una tienda pequeña y su madre era profesora; tuvo una infancia feliz hasta que su familia se vio afectada por la crisis económica de los años 1926 y 1927 y Guareschi se vio obligado a abandonar sus estudios en la Universidad de Parma. Antes de dedicarse al periodismo ejerció todo tipo de profesiones, desde portero a docente, hasta comenzar a colaborar en un periódico local. En 1929 fue nombrado editor de la revista «*Corriere Emiliano*», llegando a ser editor jefe en 1936 de la publicación humorística «*Bertoldo*». En 1940 se casó con Ennia Pallini, quien se convirtió en el tema de sus columnas autobiográficas.

Al llegar la Segunda Guerra Mundial Guareschi se unió al ejército italiano, en parte para escapar de las denuncias que había recibido al burlarse de Mussolini. Cuando los aliados firmaron su armisticio con los italianos, Guareschi fue arrestado por los alemanes, y enviado a un campo de concentración en Polonia y después a Alemania otros dos años junto a otros soldados italianos: los «IMI» (Internados Militares Italianos). Todas sus experiencias las describió en su *Diario clandestino*. Ya en 1945 pudo fundar la publicación satírica «*Candido*», en la que seguía usando su tono burlón y

crítico, lo que condujo a varios encarcelamientos que contribuyeron a debilitar su salud. *Candido* incluyó las primeras apariciones del personaje que haría famoso a Guareschi, don Camilo.

Notas

[1] Remitimos al lector a los relatos del primer volumen: *Miedo y Sigue el miedo*. <<

[2] Esto se escribía en 1948, cuando todavía no había sido emitido el decreto de excomunión. <<

[3] Las operaciones que efectúa Pepón están relacionadas con los procedimientos del sistema electoral italiano, en que el lector marca con una cruz el emblema elegido por él. En la elección a que se refiere este relato los comunistas habían adoptado como emblema la efigie de Garibaldi con una estrella. (*N. del T.*) <<

[4] Del Partido Socialista Democrático Italiano, que tiene por jefe a José Saragat (*N. del T.*) <<

[5] Así hemos convenido llamar en el volumen precedente (*Don Camilo*) a la llanura del Po conocida por *la Bassa o la Baja* (N. del T.) <<

[6] En el original, *oi siamo e oi resteremo*, parodia de una frase hecha proverbial y atribuida, quizá falsamente, a Víctor Manuel II, después de la ocupación de Roma (*N. del T.*) <<

[7] Título del jefe de las antiguas comunas italianas, fue asimismo el de los alcaldes en el régimen fascista. (*N. del T.*) <<

[8] Lo que sigue alude a la caída del régimen de Mussolini y a su vuelta («la segunda oleada») con el establecimiento en el norte de la efímera república de Saló. <<

[9] El *Totocalcio*: concurso oficializado de ganadores de fútbol. (*N. del T.*) <<

[10] Alusión a la historia referida en *Don Camilo*, en el relato titulado *Julieta y Romeo (N. del T.)* <<

[11] Con referencia a Alcides de Gasperi, jefe del Partido Demócrata Cristiano. (*N. del T.*) <<

[12] Ya se dijo en *Don Camilo* que con este barbarismo traducimos literalmente el «squadrista» del original, con referencia a los miembros de la organización fascista de las escuadras de acción. <<

[13] Alusión a una famosa poesía de Giovanni Pascoli, *La cavalla atorna* («La yegua torda»), contenida en el volumen *Canti di Castelvecchio*. La situación tiene alguna semejanza con la relatada aquí. La madre del poeta interroga a la yegüita que montaba el marido al ser asesinado, y cuando la mujer pronuncia el nombre del presunto asesino, la yegua lanza un alto relincho, así dice el último verso a que más abajo se refiere este cuento. (*N. del T.*) <<